

Hugh J. Schonfield

El partido de Jesús

se



Pone la historia tradicional patas arriba, pero lo hace con tal despliegue de erudición y de testimonios documentales y arqueológicos que el lector objetivo no podrá dejar de pensárselo dos veces antes de aceptar las frases hechas y los dogmas estereotipados de las iglesias oficiales. Después de la muerte de Jesús, sus discípulos judíos se convencieron de que se aproximaba el fin del mundo, y de que a este seguiría el segundo advenimiento del Mesías. Los tiempos estaban maduros para la revolución. El yugo romano se volvía insoportable. Las iniquidades de Nerón y Calígula parecían presagiar el derrumbe del Imperio. Santiago, hermano de Jesús, heredó la jefatura del movimiento mesiánico. Esenios, nazarenos, zelotes y samaritanos olvidaron sus diferencias doctrinarias para incorporarse al partido de Jesús. El partido de Jesús fue el partido de los pobres: revolucionario y nacionalista. Pero el fin del mundo no llegó, y Pablo y los evangelistas transformaron el ideal mesiánico en una religión institucionalizada, que habría de entenderse muy bien con los enemigos históricos de Jesús: el Estado, los ricos, los fariseos.



Hugh J. Schonfield

El partido de Jesús

ePub r1.1

Piolin 4.11.2016

Título original: *The Pentecost Revolution*
Hugh J. Schonfield, 1974
Traducción: Joseph M. Apfelbäume
Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2



A mi querida esposa, por haberme ayudado y estimulado
tan fielmente en la preparación de todos mis libros,
y a la Universidad de Boston, por haber decidido
coleccionarlos y conservarlos de un modo tan generoso y
audaz.

Introducción

En los últimos tiempos se ha producido una gran transformación en la comprensión de los orígenes del cristianismo. Y ello ha ocurrido de un modo tan natural que no podía esperarse una confirmación oficial por parte de ninguna de las secciones de la Iglesia católica, obligada a pensar en los efectos que produciría tal confirmación entre sus creyentes. A pesar de todo, buena parte de dicha transformación se debe a la diligencia, integridad y objetividad de los propios eruditos cristianos, ayudados por el descubrimiento de materiales nuevos, como los manuscritos del mar Muerto.

El siglo XIX fue testigo de un enorme progreso en la arqueología, sobre todo en los llamados países bíblicos, así como en los descubrimientos literarios y monumentales hechos en Mesopotamia, Egipto y Palestina, lo que contribuyó a cambiar radicalmente el pensamiento sobre las Escrituras, la forma de su composición y su valor como registro histórico. Al margen de su valor espiritual, los nuevos descubrimientos permitían aplicar a las Escrituras los mismos criterios que ya se aplicaban a otras reliquias de la antigüedad. Ya no se las podía considerar como sacrosantas, ni aceptarlas como verdaderas en cada uno de sus detalles tácticos. Se presentó una considerable resistencia a admitir el tratamiento secular de la Biblia, especialmente en todo lo relacionado con el Nuevo Testamento, ya que, según les parecía a los conservadores, la arrogancia de los mortales falibles se atrevía a desafiar la verdad de los principales dogmas del cristianismo.

Afortunadamente, la mayoría de los eruditos cristianos no dejaron por ello de continuar sus investigaciones, abriendo así una

época muy fructífera para el estudio de los documentos del Nuevo Testamento, en un esfuerzo por determinar su calidad y el grado de confianza que podía depositarse en ellos; se investigaron las fuentes de tales documentos y se trabajó arduamente para determinar qué partes de los textos eran fundamentales y cuáles eran secundarios.

Tales actividades exigieron necesariamente altas calificaciones académicas, lo que, a su vez, impidió que el gran público tomara una adecuada conciencia de los progresos que se estaban llevando a cabo. En consecuencia, cuando se dio publicidad a algunos de los resultados alcanzados, éstos crearon mucha confusión e indignación entre los fieles, ya que las mentalidades de los laicos no estaban preparadas para aceptarlos. Por su parte, los clérigos, que habrían estado en disposición de ayudarles a entender, se mostraron mucho más reacios de lo que hubieran debido a actuar como medios de comunicación, y quienes se pronunciaron al respecto no se dieron cuenta de que se habría necesitado un trabajo educativo básico para amortiguar la conmoción de aquello nuevo que afirmaban. Es comprensible que los eruditos se preocuparan fundamentalmente por comunicarse entre sí los resultados de sus investigaciones, de acuerdo con su propio y peculiar estilo académico; a pesar de todo, es deplorable que muy pocos de ellos se ocuparan de la necesidad de ilustrar al público en general, sobre todo cuando sus trabajos abordaban cuestiones directamente relacionadas con la fe. Para que se produzca el progreso de la humanidad se tienen que encontrar los medios para llevar la información a la mayor cantidad posible de personas. Debemos aspirar a que la vasta mayoría de ellas se conviertan en estudiantes en la universidad de la humanidad.

En el campo de la investigación sobre los orígenes del cristianismo se han realizado grandes cambios, tanto en las actitudes como en los logros alcanzados. Tales cambios ya eran muy notables cuando empecé a trabajar en este tema, hace medio siglo. Uno de mis consejeros de aquellos tiempos, el profesor Burkitt

de Cambridge, lo expresó con cierta suavidad cuando escribió: «A partir de los datos que nos proporciona el Nuevo Testamento, consideramos el cristianismo primitivo como un *problema* [la cursiva es suya], lo que me parece algo completamente nuevo. Ahora somos capaces y, de hecho, nos vemos obligados a considerar objetivamente los comienzos del cristianismo, de un modo que no ha podido hacer ninguna otra generación de cristianos, ya fueran sinceros o nominales» (*Christian Beginnings*, pág. 40).

Burkitt se refería a que los documentos, y más especialmente los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, ya no podían ser tratados como registros auténticos que informaban de lo que había sucedido realmente, sino más bien como expresiones de lo que en un período posterior, que se localiza en el siglo V d. de C., se quiso ocultar sobre lo sucedido. Objetivamente, debemos tener en cuenta las motivaciones de los escritores en relación con las circunstancias que alteraron materialmente, y que determinaron tanto la forma de presentar los materiales como el propio contenido de éstos. Debemos reconocer que el pasado se configuró de acuerdo con las necesidades del presente, y debemos llevar a cabo una paciente tarea para ver bajo una nueva luz los elementos más antiguos, para que éstos, a su vez, nos dirijan hacia conclusiones de las que podemos llegar a depender.

Sin duda alguna, durante los últimos cincuenta años se ha incrementado notablemente nuestra capacidad para la objetividad, a pesar de que eso no ha sido nada fácil de alcanzar. Muchos confiaron en que sus estudios confirmarían que la figura histórica de Jesús se correspondía con la imagen que los cristianos nos dieron de él, y que tal imagen fue la aceptada por sus primeros seguidores. Las pruebas, sin embargo, no confirmaron lo que se esperaba de ellas, y eso produjo entre las personas de mentalidad más teológica una gran desconfianza hacia el método de aproximación histórica. Después de un proceso de desmitologización, parecieron quedar muy pocas cosas en pie, y algunos llegaron incluso a renunciar al descubrimiento del Jesús histórico, con lo que pasaban a depender

por completo de la Iglesia como fuente de inspiración. Dicha actitud realmente pesimista estimuló a su vez a los escépticos del lado opuesto, dispuestos a eliminar al Jesús histórico por considerarlo como una creación de la leyenda cristiana.

De hecho, la cuestión del Jesús histórico terminó por imponerse en un grado muy notable. No obstante, lo que se descubrió sobre él no se adaptó lo bastante a lo que esperaban la piedad y la adoración cristianas y, en lugar de reconocerlo de acuerdo con las dimensiones que le eran apropiadas, pareció preferible afirmar que nos hallábamos enfrentados al Gran Desconocido.

La investigación siguió su curso y tuvo éxito, tanto negativa como positivamente. Negativamente en la medida en que reconoció que una buena parte de la historia de Jesús había sido inventada con posterioridad. Tanto a su imagen como a sus enseñanzas se les sobrepusieron gran cantidad de cosas extrañas sin ninguna historicidad. Hubo tendencias anacrónicas, apologéticas y antijudías. La nueva aproximación a los Evangelios y a los Hechos puso al descubierto el hecho de que reflejaban muchas de las circunstancias e interpretaciones que se dieron posteriormente. Se descubrieron ciertas fuentes primitivas, anteriores a los Evangelios y a los Hechos, que pudieron ser adecuadamente definidas y reconstruidas. Los dichos y hechos de Jesús se nos presentaban con excesiva liberalidad, sin tener en cuenta las circunstancias en que se produjeron. Existía una gran incertidumbre en cuanto a las fechas y las secuencias. En la descripción de los acontecimientos se observó una gran influencia de la interpretación profética, de tal modo que, en algunos casos, se llegaron a inventar detalles con tal de adaptarse al cumplimiento de supuestas exigencias proféticas. Aparecieron indicios de que, al manejar sus fuentes, los evangelistas habían alterado o descartado materiales que no les parecieron convenientes y, en consecuencia, se barajó la posibilidad de que hubieran omitido mucho más de lo que dijeron cuando el material se oponía a la imagen que ellos deseaban dar de Jesús. La ventaja del aspecto negativo fue la de eliminar en buena medida una

gran parte de las extravagancias y florituras con las que se había adornado la imagen de Jesús.

Volviendo al aspecto positivo, aunque del Jesús histórico quedaron muy pocos detalles ciertos, esto, en sí mismo, nos dijo mucho más. Pudieron desaparecer así muchas de las contradicciones e inconsistencias de los Evangelios. Jesús ya no aparecía envuelto en un aura que no era terrenal, sino que más bien surgió ante nosotros como un hombre de fuertes sentimientos y convicciones personales y lleno de propósitos bien definidos—Indudablemente, fue un judío religioso nacionalista que creyó ser el Mesías que esperaba su pueblo. En consecuencia, y con la ayuda de las fuentes de que ahora podíamos disponer, surgió la posibilidad de hacer una nueva valoración de su figura. Uno de los pioneros en este campo, dentro del presente siglo, fue Robert Eisler, seguido por Brandon y Carmichael. Mi propia contribución sobre el tema quedó expuesta en *El complot de Pascua*.

La investigación, que había parecido quedar amortiguada durante un tiempo, se reactivó notablemente con el descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto y con las excavaciones llevadas a cabo en Masada. De pronto, surgió una gran riqueza de nuevos materiales anteriores a la destrucción de Jerusalén en el año 70 d. de C., y que, por lo tanto, tenían una gran importancia para la comprensión de los orígenes del cristianismo. En esta literatura resaltaba la personalidad del misterioso Verdadero Maestro, o Maestro de Piedad. Aparecieron expresiones e ideas que tenían paralelismos en el Nuevo Testamento. Se pudo aprender mucho más sobre el pensamiento mesiánico y las actividades de los judíos durante el siglo I de la era cristiana. Se obtuvieron también nuevos datos sobre los esenios y los zelotes.

Los descubrimientos permitieron dirigir la atención hacia el carácter y el destino de los primeros seguidores judíos de Jesús, los denominados cristianos judíos. El erudito J. L. Teicher llegó a la conclusión de que los manuscritos del mar Muerto eran documentos cristianos ebionitas. Más recientemente, el padre O'Callaghan ha

llegado a la conclusión de que algunos de los diminutos fragmentos encontrados en la cueva 7 de Qumran eran restos de rollos de libros del Nuevo Testamento, de Marcos, Santiago y Timoteo I, y posiblemente de Hechos, Romanos y Pedro II. No se han podido establecer fehacientemente ninguna de estas afirmaciones, pero el efecto general producido por el impacto de los nuevos descubrimientos ha sido un notable movimiento de investigación enfocado sobre el tema de los antecedentes judíos del cristianismo.

Durante muchos siglos, la principal preocupación de los cristianos en relación con la literatura bíblica judía ha sido la de buscar pruebas de que el judaísmo era inferior al cristianismo y hostil a éste. Sin embargo, a partir de la Reforma se empezó a estudiar la literatura rabínica como un medio más de ayudar a comprender e interpretar los Evangelios. No obstante, sólo había unos pocos especialistas en este campo, tanto entre los judíos como entre los cristianos, y éstos se remontaban al siglo XII. La mayoría de los eruditos se acostumbraron a depender de estas autoridades, aceptándolas como fuente de información y referencia. La gran obra de Strack y Billerbeck fue particularmente importante. En el siglo XIX también se desarrolló otro aspecto de los estudios judíos, resultado parcial del descubrimiento de nuevos manuscritos. Se hicieron traducciones y ediciones de los antiguos Apócrifos y Pseudoepígrafes judíos, considerándolos como una revelación del clima predominante en el pensamiento judío en el que, a su vez, se enraizaba el cristianismo. En relación con ello destaca el nombre de R. H. Charles.

No hay necesidad de extendernos aquí sobre las diversas direcciones y contextos en que han mejorado radicalmente las relaciones entre cristianos y judíos. No obstante, es pertinente señalar que dicho cambio ha sido bastante revolucionario. El deseo cristiano de comprender el judaísmo ha encontrado su justa reciprocidad en el gran interés que se ha despertado entre los judíos por la figura de Jesús. Como resultado de ello, se ha hecho posible el establecimiento de una valiosa cooperación en el campo de la

investigación, lo que, a su vez, ha permitido establecer que tanto los Evangelios como los Hechos nos han proporcionado una descripción inexacta y llena de prejuicios sobre las circunstancias históricas. De este modo, se ha podido rectificar la falsa interpretación sostenida durante siglos y que tanto ha hecho sufrir al pueblo judío. Pero ello no habría sido posible sin la moderna aproximación objetiva al estudio de los comienzos del cristianismo.

En primer lugar, se necesitó mucho valor para reconocer que los principales documentos del cristianismo no eran dignos de confianza en numerosas cuestiones, y después para admitir la necesidad de ver de un modo muy distinto la forma en que surgió realmente el cristianismo. Se debía someter a una penetrante investigación no sólo lo que se dijo de Jesús, sino también todo lo que se dijo sobre la creación de la Iglesia. Ya no servía la antigua división de la primitiva historia eclesiástica en las distintas épocas: apostólica, subapostólica y patrística. Se establecieron entonces nuevas divisiones, en consonancia con las fases del desarrollo, y mucho más cercanas a la realidad. Como una religión nueva, basada parcialmente en las enseñanzas paulinas, el cristianismo alcanzó progresivamente su existencia entre los años 75 y 150 d. de C. En mi obra *Jesús, ¿Mesías o Dios?* describí cómo sucedió esto. No resultaba fácil aceptar que Jesús y sus primeros seguidores no sólo fueron judíos, sino que siguieron siéndolo. Los apóstoles originales no conocieron de Jesús nada que les hiciera sentir la necesidad de crear una religión nueva.

En relación con la posición en Palestina anterior al año 70 d. de C., se tuvieron que rechazar como testimonios inciertos y con prejuicios todos aquellos que, tanto en los Evangelios como en los Hechos, sugerían que el cristianismo y el judaísmo estaban en conflicto. Lo que hicieron los evangelistas fue extrapolar al pasado las características de un período subsiguiente. Escribieron la historia de Jesús y de sus seguidores de una forma que fuera agradable para las circunstancias de su propio tiempo, y afirmaron falsamente que la fe que ellos profesaban ya había sido profesada desde el

principio, demostrada por Jesús y extendida por las enseñanzas apostólicas. Toda la información que les llegó y que contradijera esta versión fue ampliamente alterada o simplemente suprimida.

Poco a poco, se fue abriendo paso la idea de que la configuración de la religión cristiana había sido un proceso secundario, surgido en buena medida como consecuencia de la guerra judía contra los romanos, y que, hasta el año 66 d. de C., había existido una fase anterior de la expresión cristiana, de una naturaleza bastante distinta al cristianismo posterior.

Así pues, los esfuerzos por alcanzar la objetividad y mantenerse dentro del realismo impusieron un movimiento que se alejaba de las opiniones preconcebidas basadas o influidas por la preocupación del cristianismo por presentarse como una religión ajena, en sus aspectos originales, al movimiento mesiánico que existió en el seno del judaísmo. En consonancia con esta tendencia, los círculos académicos han reconocido que, para aproximarse correctamente a los principios del cristianismo, se tienen que recorrer previamente los canales judíos, tanto en sus aspectos espirituales como históricos, sin olvidar aquellas sectas judías adictas a Jesús que, durante los primeros siglos cristianos, fueron condenadas por la Iglesia católica como heréticas.

La investigación sobre la «Iglesia primitiva» no es en modo alguno nueva ya que, en cierto modo, se ha desarrollado paralelamente a la investigación sobre el Jesús histórico. Se aceptó así un mínimo de conocimiento irreductible que afirmaba que, tras la muerte de Jesús, surgió una organización judía centrada en Jerusalén que le aclamaba como Mesías y como el profeta anunciado por Moisés. Dicha organización fue conocida comúnmente como los nazoreanos. Se les puede considerar correctamente como un movimiento legitimista israelita, puesto que enfatizaba la lealtad a Dios y a su ley, y la fidelidad al rey de Israel, elegido por Dios. El rey, es decir, el propio Jesús, tras haber resucitado de entre los muertos, estaba en el cielo y no tardaría en regresar a la tierra para castigar a los malvados y liberar a los fieles

de su pueblo de sus enemigos y opresores. Después, reinaría sobre un mundo convertido al conocimiento de Dios y obediente a sus mandatos.

Es más, se aseguró que el líder de los nazoreanos durante aproximadamente un cuarto de siglo fue un hermano menor de Jesús llamado Jacobo, conocido como el Justo. En el Nuevo Testamento inglés se le llama Santiago, y Pablo lo describe como «el hermano del Señor». Aun cuando los Hechos y las epístolas paulinas sugieren su importancia, la literatura nazoreana e incluso eclesiástica le da mucha mayor importancia y autoridad. Al parecer, Jacobo fue un judío ascético admirado por su devoción a la fe judía y casi venerado por el populacho judío como su paladín. Eso no podría haber sido así, a menos que el partido de Jesús hubiera quedado comprometido en el proceso y, de hecho, en peligro, en relación con el destino de su nación, dedicándose a anunciar la inmediata redención mesiánica de Israel. El anhelo de que se produjera tal redención y la forma en que dicho anhelo se expresó, quedó perfectamente reflejada en las páginas de las historias de Josefo. Lo único que necesitaba aclararse era la relación existente entre los asuntos nazoreanos y la historia judía del período.

La dificultad de obtener una imagen coherente era inmensa. Una gran parte de los materiales se habían perdido, tergiversado o suprimido. De una forma u otra un gran eslabón de la historia, precisamente el correspondiente a las características más excitantes y vitales del principio del cristianismo, se había hundido bajo la superficie del recuerdo, como zarandeado por la acción volcánica, dejando únicamente visibles unas sutiles proyecciones reflejadas a través de las leyendas y las tradiciones.

Antes del descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto y de otras fuentes recientes, ya había sido posible llevar a cabo una cierta reconstrucción, basada en las pruebas de que se disponía. Yo mismo publiqué un libro sobre el tema titulado *Santos contra el César* (Macdonald, 1948). Pero la aportación más valiosa ha sido la

de S. G. P, Brandon, quien recientemente ha dedicado un libro al mismo tema, titulado *Jesús y los zelotes*.

Uno de los hallazgos más importantes en este sentido ha sido la recuperación de toda una biblioteca de manuscritos hebreos, anteriores al año 70 d. de C., que perteneció a un tipo esenio de secta judía. Dicha biblioteca ilustra de numerosas formas el ambiente de pensamiento en el que subsistió el nazoreanismo. Desgraciadamente, las referencias y alusiones existentes en los manuscritos eran a menudo crípticas y ambiguas. No obstante, los eruditos se mostraron de acuerdo en que los qumranitas habían estado activos por lo menos hasta la guerra judía contra los romanos. En consecuencia, la secta había sido contemporánea del movimiento zelote iniciado por Judas de Galilea, del movimiento bautista iniciado por Juan, el hijo de Zacarías, así como del movimiento centrado alrededor de Jesús, el hijo de José. Por lo tanto, tenían que explorarse de nuevo las conexiones existentes entre ellos. Se debía reunir e investigar cada fragmento de información, tanto antiguo como reciente. Se debían plantear nuevas preguntas y tener en cuenta nuevas posibilidades. El resultado de todo este trabajo es que la historia del movimiento original de Jesús tenía mucho más que ver con la historia judía que con la historia cristiana.

Así, el ámbito de la investigación se había ampliado tremendamente. Los temas a tener en cuenta comprendían tanto la geografía como la cronología y la historia religiosa, social y política. Buena parte de lo que se va a considerar y discutir aquí serán cosas con las que el lector, en general, estará poco familiarizado. En consecuencia, en este libro me he planteado la tarea de ofrecer una información esencial de tal modo que pueda ser fácilmente comprensible.

Lo que ahora hago público son los resultados de mi propio trabajo, tendente a romper las barreras del tiempo, en un intento por recuperar en la medida de lo posible los datos perdidos de los comienzos del cristianismo en su ambiente judío nativo. Ha sido una

empresa aventurada pues, aunque mi exploración se ha extendido a lo largo de cincuenta años, y aun cuando he llegado a una serie de conclusiones provisionales, no podía saber previamente si se adaptarían a la prueba de una narración ordenada en la que toda circunstancia debe hallar su lugar y su explicación natural. Tampoco podía imaginar qué nuevos aspectos surgirían para cambiar o confirmar descubrimientos anteriores. En realidad, tuve que descartar bien poca cosa y me vi recompensado en mi tarea por numerosas y nuevas comprensiones de los hechos, así como por algunos descubrimientos excitantes.

Todos estamos de acuerdo en que hemos entrado en una nueva era que va a ser necesariamente muy perturbadora para aquellos cuya fe depende de la veracidad de la historia cristiana, según la versión del Nuevo Testamento. Muchas cosas tendrán que formularse y valorarse de nuevo y no podemos predecir ahora con seguridad cuál podrá ser el resultado. No obstante, será mucho mejor el reajuste, por muy doloroso que sea, que tratar de conservar unos conceptos que la verdad exige abandonar, por muy preciosos que sean. Tengo la seguridad de que quienes acepten pasar por esta tarea terminarán por obtener una ganancia espiritual y una mayor amplitud de miras. Ya han aparecido señales de que esto se está produciendo en una nueva aprehensión de lo mesiánico.

Pero aun cuando mi trabajo tiene una evidente relación con la fe moderna, debo decir que una de mis principales preocupaciones ha sido la de presentar de un modo sensible y realista la imagen de un movimiento bastante extraordinario, teniendo en cuenta el período y el lugar donde se produjo. Para el pueblo judío, la época fue quizá la más extraña en la historia de cualquier nación, dominado como estaba por la obsesión de hallarse en el clímax de la historia humana, en la fase final de una larga lucha entre las fuerzas de la Luz y las de la Oscuridad. Todo acontecimiento debía observarse profética o apocalípticamente en su totalidad o en algún aspecto del conflicto, como si se tratara de una fase pertinente en el avance de los Últimos Tiempos hacia el momento en que las personas

piadosas serían justificadas y las malvadas rechazadas. Las personalidades y sectas de este período que respondían a esta atmósfera, tal y como aparecen en la historia, surgieron en correspondencia con la situación contemporánea y ejercieron su propio impacto sobre ella. Es vital, por lo tanto, comprenderlas dentro de su contexto.

Uno de los aspectos que presento es la reacción de las gentes ordinarias a la situación concreta de las cosas. Actualmente, somos muy conscientes del sentimiento popular y de la forma en que se expresa, del juicio apresurado y a menudo ilógico sobre lo que se presenta como erróneo, del impulso instintivo de las multitudes hacia la búsqueda de consuelo y fortaleza, de la predisposición a recurrir a la violencia cuando se encuentran con obstáculos o con negativas que impidan la rectificación, de la predisposición a escuchar a los demagogos, y también del profundo valor para desafiar al poder arbitrario y de la simple devoción a los principios. La voz del pueblo no es la voz de Dios, pero sucede a menudo que aquello que siente el pueblo se halla mucho más cerca del núcleo de una cuestión que el complejo razonamiento de las personas más sofisticadas.

Las gentes ordinarias, artesanos y campesinos, juegan un papel importante en nuestra historia. Las páginas de Josefo, el historiador judío, atestiguan continuamente el efecto ejercido sobre ellas por las graves circunstancias que existieron en Palestina en los oscuros días que él describió, y en el período más crucial del que él mismo fue testigo. Tanto los Evangelios como los Hechos también atestiguan la implicación de las masas en las situaciones que se describen.

Para interpretar correctamente los comienzos cristianos debe existir una empatía para con el pueblo judío, en una época de adversidades y expectativas. Debemos compartir sus sufrimientos, su perplejidad, su cólera y desesperación, así como sus esperanzas para el futuro. En este caso no es suficiente aplicar la ciencia y la teología. Las manifestaciones que apelaban a las gentes fueron

hechas fundamentalmente por hombres surgidos del pueblo. El recurso al Espíritu Santo ha sido, en todos los tiempos, un fenómeno de la clase trabajadora, y son precisamente las gentes ordinarias las que tienen una conciencia más psíquica de que «los tiempos están cambiando».

Fue el «viento de Dios» el que impulsó a los primeros que se reunieron bajo la bandera del eslogan «Ningún gobernante, excepto Dios». Fue el «viento de Dios» el que conmocionó el alma de Juan el Bautista y se apoderó del carpintero galileo Jesús. Fue el «viento de Dios» el que sopló sobre los apóstoles, induciéndoles a profetizar. Como si fuera una bebida fuerte, hizo aparecer la euforia, puso fuego en el vientre y soltó las lenguas. Quienes se sintieron «iluminados» se vieron convertidos en testigos verbales más allá de su capacidad habitual, liberados de toda humillación en presencia de los príncipes. De haberse tratado de mentalidades más débiles, podría haber tenido efectos colaterales produciendo un babel de lenguas y pronunciamientos incoherentes. En lugar de eso, lo que hizo fue conferir un sentido de exaltación y positividad. Se pensaba, de un modo apocalíptico, en una inminente transformación del orden existente y en su sustitución por la sociedad ideal representada por el reino de Dios. El populacho judío se vio convulsionado por un mesianismo ferviente, y el movimiento nazareano estuvo conectado con la situación de un modo exuberante.

Siempre me ha impresionado el hecho de que, por muy valiosas que pudieran ser las líneas de investigación de los eruditos, sólo se pudieran obtener ciertas comprensiones indispensables mediante una dramática reconstrucción de la secuencia de los acontecimientos y una narración de la historia completa, tanto descriptiva de las condiciones reales, como evocativa de la atmósfera reinante en el período. Con este propósito, debía reconocer la necesidad de comprender las reacciones generales de la gente ante los acontecimientos, tal y como se iban produciendo. Durante muchos años trabajé con un éxito considerable siguiendo este mismo esquema, aunque eso no siempre gustara a ciertos

eruditos y a los conservadores más ortodoxos. A ellos no les resultaba fácil admitir una imagen de Jesús y de sus seguidores que no estuviera encuadrada en un ambiente místico, que consideraban indispensable. A pesar de todo, mis ideas lograron llegar al gran público gracias a los medios de comunicación, que se mostraron no sólo más conscientes sino también más en contacto con lo que la gente deseaba saber. Ahora, estoy seguro, el clima de la opinión está mucho mejor preparado para captar la importancia de las necesidades modernas y las condiciones actuales en relación con lo que se relatará en estas páginas.

Si la iniciativa nazoreana en el antiguo Israel tiene un héroe, ese papel no se lo debemos asignar ni a Pedro ni a Pablo, sino a Jacobo (Santiago), el hermano de Jesús. Es interesante observar que en el recuperado *Evangelio de Tomás* los discípulos preguntaran a Jesús quién de entre ellos sería el más grande cuando él los abandonara. Jesús contesta: «Al lugar al que iréis [es decir, a Jerusalén], acudiréis a Jacobo el Justo, por motivo del cual el cielo y la tierra se unirán». De él se dijo en otra parte que las Escrituras le atestiguaban proféticamente tal y como habían hecho con Jesús como Mesías. Se le consideró como el Sufriente del que se habla en Isaías, denominándolo «mi sirviente Jacobo».

Jacobo se revela así no como un obispo cristiano, sino como un vicerregente del Mesías, cabeza de un gobierno de legalistas de Israel, en oposición al gobierno de «apóstatas», compuesto principalmente por los miembros de la jerarquía saducea. Él es el protector y defensor del pueblo judío frente a sus enemigos y opresores. Únicamente esta personalidad santa, pero muy decidida, pudo haber mantenido unidos los entremezclados y diversos ingredientes del movimiento nazoreano, que comprendía a los zelotes, los fariseos, los esenios y otros. Se ha establecido que los «cristianos» originales, con los apóstoles y los ancianos, constituían un «partido popular» de carácter religioso-político en el seno de la economía judía, con la sede de su gobierno establecida en el monte Sión, en la antigua ciudad de David.

La historia de los principios cristianos surge así de un modo muy distinto a como se ha enseñado habitualmente. Por lo tanto, y en preparación de la parte narrativa titulada «Progresó el drama», que cubre el tema de este trabajo y ocupa la Segunda parte, he seleccionado una serie de temas secuenciales para realizar sobre ellos una exploración particular. Dichos temas se distribuyen entre la Primera y la Tercera parte. En ellos, nos alejamos de la aproximación «cristiana» en busca de claves e hilos conductores — hallados a veces en lugares extraños—que nos ayudarán en la tarea de reconstrucción. Algunas de las cuestiones las he novelado y pueden ser consideradas como iluminadoras. La Primera parte, «Preparando el escenario» ofrece una información básica indispensable, mientras que la Tercera parte, «Entre bastidores», sigue unas líneas de investigación pertinentes para ciertos aspectos de los acontecimientos históricos.

He tenido dificultades para imaginarme una aproximación casual al tema, posiblemente debido a que soy un entusiasta y me siento profundamente preocupado por saber la verdad sobre Jesús y sus seguidores judíos en Israel, antes de que existiera el cristianismo. El desafío es tan grande que me ha exigido muchos esfuerzos para captar los problemas y temas que debían afrontarse. Pero he intentado evitar conscientemente mostrarme demasiado académico, y siempre he tratado de pensar en las exigencias del lector general.

En la Primera parte y al final de la Tercera me he dedicado a desentrañar la cuestión vital de la cronología. Este tema siempre ha representado un gran obstáculo para la comprensión de las circunstancias históricas, hasta el punto de que la datación de los acontecimientos claves de la historia cristiana ha originado no pocas discusiones. Aquí aporto criterios que nos permiten relacionar más confiadamente a los nazoreanos con los asuntos judíos. Ahora podemos percibir interacciones que previamente fueron oscuras o no se reconocieron como tales, lo que nos permite aumentar nuestro grado de comprensión.

La topografía, y especialmente la de Jerusalén, también tiene importancia. Muchos de los acontecimientos de los que vamos a tratar están relacionados con el trazado de la ciudad. Afortunadamente, en esta tarea nos vemos ayudados por las descripciones de Jerusalén, hechas por Josefo antes de la guerra judía, así como por los resultados de las excavaciones arqueológicas. Durante varios años se han llevado a cabo trabajos en las zonas sudoccidental y sur de la plataforma del Templo. Gracias a la colaboración del profesor Yigael Yadin, mi esposa y yo hemos podido inspeccionar estos lugares, y también hemos podido estudiar la zona del Ofel, donde se hallaba situado el cuartel general de los nazoreanos. Espero que en un futuro no muy lejano se puedan realizar grandes excavaciones en dicha zona.

Así, de una forma u otra, no he escatimado ningún esfuerzo capaz de permitir la comprensión del período del que se va a ocupar este volumen, esforzándome por sacar a la luz de una forma eficaz el destino de los primeros seguidores de Jesús en su ambiente judío nativo. Me siento muy agradecido en este campo al trabajo de pioneros hecho por otros, y creo que, entre todos, hemos limpiado la aproximación histórica del velo arrojado por quienes no deseaban admitir que ésta tuvo una contribución importante y constructiva, y trataron de imponer su propia visión.

Las fuentes por las que me siento particularmente agradecido se indican en el texto y en las notas. Pero deseo reconocer especialmente mis obligaciones en relación con las traducciones más importantes que he utilizado. Para las citas del Antiguo Testamento he empleado sobre todo la versión estándar revisada, mientras que para el Nuevo Testamento he utilizado mi propia versión de *El auténtico Nuevo Testamento* (Dennis Dobson). En cuanto a los escritos de Josefo y Filón expreso agradecidamente mi reconocimiento a los traductores de las ediciones de la Biblioteca Clásica Loeb, así como a los editores Heinemann y Harvard University Press. El lector será dirigido así hacia autoridades que puede consultar con facilidad. Esto también se aplica a las citas de

la literatura zadokita, para las que he citado principalmente la traducción de G. Vermes, *Los manuscritos del mar Muerto en inglés* (Penguin Books, 1962).

Hugh J. Schonfield

Primera parte - Preparando el escenario

1.- Empiezan los Últimos Tiempos

Para comprender la época sobre la que escribimos, sus extraordinarias personalidades y acontecimientos, debemos recordar continuamente que, para las multitudes de la Tierra Santa, aquellos eran los Últimos Tiempos.

No debemos aproximarnos a ellos ni con una lógica fría ni con una actitud extraña porque, de hacerlo así, nuestras interpretaciones tendrían muy poca semejanza con la realidad. Muchas de las cosas que sucedieron no podrían haber ocurrido más que en respuesta a las esperanzas y temores, urgencias y presiones propios de un período de intensa perturbación emocional, generada por la convicción de que la arena del reloj del destino se estaba acabando con mucha rapidez. Por delante estaba el Día del Juicio, y más allá la bendición del reino de Dios sobre la tierra. «Ese mundo»^[1] sólo podrían alcanzarlo las personas piadosas, y para lograr que no llegaran allí más que unos pocos de entre el pueblo de Dios, éste se veía sometido ahora a las más feroces seducciones y bombardeos por parte de las fuerzas del mal.

Las reacciones variaban, según el carácter individual, la inclinación e incluso el estatus social. Había personas que se mofaban, sobre todo entre las clases altas, para quienes las ideas sobre el fin de los tiempos tenían todas las características de la manía y la tontería propias de los ignorantes; pero no por ello podían evitar el verse implicados en sus consecuencias y efectos.

Toda una nación se vio crecientemente atrapada en las garras de convicciones que desafiaban a la razón, en espera de milagros capaces de superar obstáculos de tal magnitud que desalentaban incluso a las personas más serias. Aguijoneados por tal fanatismo, los judíos entraron en guerra contra los romanos, mientras que los militantes aseguraban que el reino de Dios podía ser conquistado al asalto y que la destrucción de los pecadores debía empezar ahora mismo.

Entre los creyentes convencidos de que habían llegado los Últimos Tiempos también se encontraban quienes aconsejaban paciencia y preparación personal para cuando llegara el momento elegido por Dios, cuya intervención sería indicada con una señal. Su influencia, sin embargo, no pudo contener la marea ni enfrentarse al agravamiento de la situación producido por las nocivas prácticas de los gobernadores romanos y de los aristócratas judíos. Cuanto más estudiamos a esta categoría de creyentes, entre los que se encontraba Jesús, tanto más evidente se nos presenta el hecho de que su contribución surgió y fue configurada e inspirada por las convicciones y expectativas de su época. Por lo tanto, una parte de nuestra tarea de aproximación consistirá en librarnos de toda suposición que implique que lo que ellos representaban era algo situado al margen e independiente de las peculiaridades de una situación especial, a la que ellos respondieron a su modo.

Una vez superado ese obstáculo —y no resulta fácil admitirlo— nos hallaremos mejor preparados para tomar conciencia de indicaciones significativas capaces de distinguir aquello que refleja la época, de aquello que fue impuesto por las enseñanzas posteriores.

Empezaremos, pues, con una cuestión pertinente: ¿cómo se pudo considerar precisamente al siglo I d. de C. como el período de los Últimos Tiempos?

Una parte de la respuesta la encontramos en el período en que Palestina estuvo bajo gobierno persa, quedando fuertemente sometida a la influencia del pensamiento religioso irano-babilónico.

Apareció entonces en un primer plano el concepto del drama cósmico, en el que, a través de una sucesión de eras, las fuerzas de la Luz luchaban contra las fuerzas de la Oscuridad con un éxito alternativo, proceso éste que terminaría en una era final con el triunfo definitivo de la Luz. Aunque el judaísmo no podía aceptar un concepto dualista de la divinidad, la idea del drama cósmico encendió la imaginación profética, adaptándose perfectamente a las esperanzas judías de una era en la que Israel sería redimida y el mundo viviría en paz y con justicia, bajo el gobierno de Dios.

Así pues, entre los piadosos (el chasidismo) se desarrolló una doctrina de los Dos Espíritus unidos a los Dos Caminos^[2] del código deuteronomico, que alcanzó su máxima expresión en la literatura apocalíptica posterior.

Cuanto mayores eran los sufrimientos de los judíos, y cuanto mayor era la presión celestial para que conservaran su fe ancestral, tanto más evidente parecía que las fuerzas del Mal actuaban para alcanzar la victoria. Eso sólo podía significar que el Enemigo (Belial y sus servidores) se daba cuenta de que ésta podía ser su última oportunidad. Por lo tanto, el drama debía de estar aproximándose a su clímax, lo que inducía a los fieles a intensificar su resistencia, fortaleciendo su lealtad a Dios y a su Ley, aceptando la persecución y el aislamiento como el precio que debían pagar para pasar incólumes el período y compartir al final la bendición de la era por venir, que, sin lugar a dudas, ya no podía estar muy lejos^[3]. De hecho, los santos pudieron realizar un gran trabajo de expiación para el pueblo y la nación, aceptable para Dios, para que éste pudiera adelantar a su vez el momento de la liberación.

Pero estas consideraciones no parecieron suficientes para indicar cuál sería el momento, de modo que se creó una nueva industria y técnica de interpretación de las Escrituras destinada a asegurar una mayor clarificación, y a aumentar la capacidad para comprender las señales. Esta situación fue prevista entre otros escritos en el libro de Daniel, compuesto hacia el año 166 a. de C.,

en medio de las terribles experiencias causadas por el intento de Antíoco IV de abolir la práctica de la religión judía.

El libro trata del período de la conquista medo-persa de Babilonia, ocurrida unos cuatrocientos años antes, y las visiones de Daniel «prevén» el curso de los acontecimientos que culminarían en la catástrofe presente. Por ello, el resultado no pudo ser revelado con precisión por el supuesto autor. A él se le dijo: «Anda, Daniel, porque estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del Fin. Muchos serán lavados, blanqueados y purgados; los impíos seguirán haciendo el mal; ningún impío comprenderá nada; sólo los doctos comprenderán» (12, 9-10). Es tarea de los «doctos», de los habilidosos (*maskilim*) de la propia época del autor, comprender las enigmáticas insinuaciones de las visiones.

Daniel, al igual que Enoch I fue un producto del chasidismo (los asideanos del libro de los Macabeos). Este grupo de judíos piadosos parece haber surgido hacia finales del siglo VI a. de C., en un intento por contrarrestar la influencia del helenismo que ejercía un impacto creciente sobre la vida y el pensamiento judíos desde la conquista de Alejandro Magno. Cuanto más se desarrollaba la tendencia, tanto más lo hacía el chasidismo, que incluía a muchos de los sacerdotes y avanzaba hacia la organización de un grupo característico en el seno de la nación, dedicado a la tarea de preservar sus valores espirituales y morales. Más tarde, hacia mediados del siglo II a. de C., una parte de este movimiento se dedicó a llevar una existencia casi monástica (los esenios), mientras que otra parte permaneció más en contacto con los asuntos públicos e intentó alejar al pueblo de los atractivos y señuelos de la sociedad helenizada (los fariseos). Evidentemente, planteamos aquí simples aproximaciones a la realidad, ya que los procesos de alineamiento fueron mucho más complejos.

Las visiones de Daniel son bastante circunstanciales y relativamente fáciles de seguir en una historia secular cuando trata de lo que, en realidad, fueron hechos ocurridos en una época pasada a aquella en la que escribió el autor. Pero es precisamente

al mirar hacia el futuro cuando se muestra bastante vago y emplea acertijos numéricos. Lo que parecía anticipar es que la tribulación presente continuaría y que representaría la última gran lucha antes de que Dios inaugurara su reino sobre la tierra, cuando el mundo sería gobernado por los santos. El dominio de los poderes de la «Bestia» quedaría eliminado, siendo sustituido por el poder del *homo sapiens*, el «Hijo del Hombre», representado por los santos.

La gran época del imperialismo anti-Dios, hasta la manifestación del reino de Dios, ocuparía setenta semanas de años, desde la fecha del decreto (es decir, de Ciro) de volver a construir Jerusalén (9, 24 y ss.). El período es un extraño setenta veces siete, o sea no una cronología exacta, como fue admitida más tarde. Es como la ocasión en que Pedro le pregunta a Jesús si tiene que perdonar hasta siete veces las ofensas que le haga su hermano, y Jesús contesta: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18, 21-22).

Los judíos no habían creado un sistema cronológico como el de las Olimpíadas griegas, o la fecha de la fundación de Roma. Ellos consideraron como un acto pagano, rechazado por los piadosos, el que se les indujera a adoptar la era seléucida (correspondiente al 1 de octubre del año 312 a. de C.), denominada por los judíos *minyán shetarot*, era de las contracciones. A la vista de su oposición, bien pudo haber sucedido que el chasidismo creara su propio sistema de cálculo a partir de la Creación, por medio de los Jubileos (siete veces siete años), teniendo como tenía una autoridad en la Ley de Moisés. Esto se basaba en un calendario lunar en el que se resaltaban los sabbaths y las lunas nuevas y se fijaban las principales fiestas. A este sistema se adhirieron sus sucesores, aunque no los fariseos, que optaron por un sistema lunar-solar más exacto. Así, uno de los documentos más preciados de los grupos del tipo esenio fue el libro de los *Jubileos*, escrito aproximadamente un cuarto de siglo después de Daniel.

Quizá sea en relación con la insistencia sobre la utilización de la era seléucida en Palestina que Daniel presenta a Antíoco tratando

«de cambiar los tiempos y la ley» (7, 25). Sea como fuere, es evidente que Daniel esperaba la instauración del reino de Dios en una fecha no muy remota, inmediatamente después del juicio de Dios sobre el monarca seléucida, quien, al convertir el Templo de Jerusalén en un santuario dedicado a Zeus Olimpo, había cometido la *abominación que desoía*. El término *shiqutz shomaim* parodia el título de *baal shamaim*, «Señor de los cielos», aplicado a Zeus.

En Daniel, cuatro reinos preceden el advenimiento del reino de Dios, el babilónico, el medo-persa, el macedonio y el seléucida. Aparecen primero en el sueño de Nabucodonosor (2, 31 y ss.) sobre una estatua con cabeza de oro, pecho y brazos de plata, vientre y lomos de bronce y pies parte de hierro y parte de arcilla. De pronto, se desprendió una piedra sin intervención humana y cayó sobre los *pies* de la estatua, con lo que ésta quedó pulverizada. La interpretación que sigue está clara. La piedra es el reino de Dios, que destruye todos los imperialismos de la humanidad cuando golpea a los seléucidas. «En tiempos de estos reyes, el Dios del cielo hará surgir un reino que jamás será destruido, y este reino no pasará a otro pueblo. Pulverizará y aniquilará a todos estos reinos, y él subsistirá eternamente» (2, 44).

La contribución de Daniel a la escatología judía (la tradición popular de los Últimos Tiempos) fue de la máxima importancia. Sus términos proporcionaron la base de los posteriores estudios mesiánicos, la Cuarta Bestia, las setenta semanas, la piedra, el Hijo del Hombre, y la abominación de la desolación^[4]. Cuando el advenimiento del reino de Dios no se materializó, tal y como había anticipado Daniel, su terminología no se descartó, sino que fue sometida a nuevas interpretaciones, con la convicción de que la aplicación de los sueños y visiones debía aplicarse a acontecimientos que todavía estaban por suceder.

Lo significativo de todo esto es que se había creado un estado mental favorable a la creencia en los Últimos Tiempos, lo que tuvo un poderoso efecto sobre la historia judía de los doscientos

cincuenta años siguientes, a través de lo cual el cristianismo evangélico ha seguido estando influido hasta la actualidad.

El tema nos concierne particularmente en el sentido de que, a partir de la intervención de Roma, gobernada por Pompeyo, en los asuntos judíos, lo que se produce en el año 63 a. de C., el cuarto reino señalado por Daniel se identifica cada vez más con Roma. El poder de Roma parecía corresponder más explícitamente con la descripción que se hace de la bestia, «diferente de las otras, extraordinariamente terrible, con dientes de hierro y uñas de bronce, que comía, trituraba y pisoteaba con sus patas lo sobrante» (7, 9). Se argumentó entonces que, sin duda alguna, los romanos debían de ser el último enemigo de los santos soñado por Daniel, y que las setenta semanas se debían aceptar literalmente en el sentido de que los Últimos Tiempos empezarían 490 años después del decreto de Ciro sobre la reconstrucción de Jerusalén.

Se conoce la fecha exacta de ese decreto: fue en el año 538 a. de C. Así pues, el año terminal de las setenta semanas sería el año 48 a. de C. Ése fue, de hecho, el año en que Pompeyo fue asesinado cuando desembarcó en las costas de Egipto. No mucho después de esto los *Salmos de Salomón* hacen referencia a los acontecimientos del año 63 y a la muerte de Pompeyo, utilizando un lenguaje que demuestra que la ocupación romana de Jerusalén y la penetración en el Templo fue considerada por los santos como un castigo por los pecados de Israel, y que el final de Pompeyo fue el juicio que se merecía por su pecaminosa arrogancia.

En la insolencia del hombre pecador, derriba con arietes las fuertes murallas y Tú no le contienes. Y los extranjeros gentiles subieron a tu altar y lo hollaron con su calzado en su insolencia. Porque los hijos de Jerusalén habían contaminado la Casa Santa del Señor; y estaban profanando las ofrendas de Dios con perversidad... Tú has dejado caer tu pesada mano, Oh, Señor, sobre Israel, al permitir la llegada de los gentiles, pues ellos se han burlado y no han tenido piedad en la cólera... Pero Tú, Oh, Señor, no tardes en darles la recompensa que se merecen: en derribar el orgullo del dragón; y yo no descansaré hasta que el Señor me muestre su insolencia afligida en las montañas de Egipto, y despreciaré lo que quede de él en el mar y en la tierra, y su cuerpo quedará sobre las olas, sin nadie que le entierre. Porque Él lo ha rechazado con escarnio, pues él no consideró que no era más que un hombre; y no tuvo en cuenta el final, pues dijo que sería el señor sobre el mar y la tierra y no sabía

que el Señor es Dios, grande, fuerte y poderoso y que Él es el único rey sobre los cielos y la tierra... (*Salmos de Salomón*, 2).

Sin embargo, no debemos esperar demasiado de la fecha del año 48 a. de C., puesto que no sabemos qué clase de sistema siguieron los intérpretes judíos para calcular las setenta semanas. Lo que sí descubrimos es que, a partir de esta fecha, aparece la creciente convicción de que habían empezado los Últimos Tiempos. Así, Juan el Bautista y Jesús pudieron proclamar: «El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca» (Me 1, 15; Mt 3, 2). No se sabía cuánto durarían los Últimos Tiempos, pero lo cierto es que, cuando en el tercer cuarto del siglo I d. de C. seguía sin aparecer el reino de Dios, los santos —tanto los cristianos como los zadokitas de los manuscritos del mar Muerto—creyeron necesario explicar que, en la sabiduría y la gracia de Dios, se habían prolongado los Últimos Tiempos.

Durante el reinado de Herodes (37-4 a. de C.), a quien los romanos convirtieron en rey de los judíos, se desarrolló una particular excitación. Para los judíos, Herodes era un extranjero, «el edomita», un títere de los romanos que había iniciado su sanguinaria carrera cuando, estando al mando en Galilea, aplastó a los grupos revoltosos judíos dirigidos por Hezekiah. Como rey, y tras haber suplantado a los asmoneos, experimentó un constante temor a los complots contra su vida y su trono, y la situación empeoró tanto que terminó por convertir el país en un estado policía con espías e informadores desparramados por todas partes, negando a sus súbditos el derecho de libre expresión y reunión.

Herodes poseía muchas cualidades de grandeza y, en otras circunstancias, bien podría haber obtenido no sólo la lealtad, sino incluso el afecto de su pueblo. Pero, además de las intrigas de la corte, tuvo que enfrentarse contra algo que no pudo superar: un fervor religioso en el que el nacionalismo se hallaba impregnado de una respuesta emocional a la idea de los Últimos Tiempos, algo de lo que fueron parcialmente responsables los fariseos. Esto se expresó en un rechazo por la pompa y el orgullo de la cultura

secular, un resentimiento por la dominación extranjera y el desarrollo de las esperanzas mesiánicas. El rey pudo conseguir que su país fuera más poderoso, creó exquisitas ciudades y edificios, planificó un Templo glorioso como una de las maravillas del mundo, pero no pudo hacer nada correctamente a los ojos del populacho resentido y de sus guías espirituales.

De este modo, se amplió el abismo existente entre el monarca y las masas puritanas, de tal modo que fue considerado y se vio obligado a actuar como el sangriento tirano que no le habría gustado ser. Herodes, que a su modo fue un judío devoto, no pudo comprender la animosidad de los fariseos y de otros sectarios, quienes estimulaban los movimientos clandestinos y rezaban continuamente solicitando el advenimiento del hijo de David, el Mesías.

Debemos considerar la situación desde el punto de vista de la oposición, sobre la que disponemos de información suficiente.

El autor del *Testamento de Moisés*, que escribió aproximadamente un cuarto de siglo después de la muerte de Herodes, nos describe su reino de la siguiente forma:

Y un rey insolente les sucederá [es decir, a los asmoneos], que no será de la raza de los sacerdotes, un hombre descarado y sinvergüenza que les juzgará como se merecen. Y arrollará a sus dirigentes con la espada y los destruirá en lugares secretos, de modo que nadie pueda saber dónde quedaron sus cuerpos. Destrozará a los viejos y a los jóvenes y no ahorrará ningún sufrimiento. Entonces, el temor que se sentirá ante él será amargo y se extenderá por todo el país. Y él ejercerá juicios sobre ellos, del mismo modo que hicieron los egipcios durante treinta o cuarenta años, y él los castigará (6, 2-6).

El mismo escritor parece haber considerado la guerra de Varo contra los judíos, que se levantaron tras la muerte de Herodes en el año 4 a. de C., como una señal de que había llegado la última fase de los Últimos Tiempos. «Y cuando esto esté hecho terminarán los tiempos y en un momento seguirá el (segundo) curso y llegarán las cuatro horas» (7, 1). Después de eso llegaría Dios para castigar a los gentiles y destruir sus ídolos, e Israel sería exaltado (cap. 10).

Incluso en la última parte del siglo I d. de C., hubo, entre otros, quienes, habiendo estado relacionados con Jesús, contaron historias hostiles a Herodes. Declararon que los ladrones de Idumea que atacaron Ascalón, tomaron como rehén a Antípater (padre de Herodes), llevándoselo del templo de Apolo. El padre de Antípater había sido ministro en el templo, y comoquiera que el sacerdote no quiso pagar el rescate por su hijo, éste fue educado según las costumbres de los idumeos. Así pues, Herodes era de un origen extraño e idólatra, no siendo un verdadero judío. También dijeron que, para ocultar sus orígenes, Herodes, una vez convertido en rey, ordenó quemar los archivos donde estaban registradas las genealogías de las familias judías nobles.^[5] No es cierto, sin embargo, el libelo según el cual Herodes fue un esclavo e hijo de un esclavo.^[6]

El vilipendio de Herodes alcanza su punto más alto en el evangelio de Mateo, donde se narra la masacre de los niños de Belén. Se trata de una versión mesiánica de historias similares narradas habitualmente sobre la infancia de Abraham y de Moisés, utilizada también en una saga de la natividad de Juan el Bautista. Según esta leyenda, se decía que Juan, el hijo primogénito del sacerdote Zacarías, estaba destinado a ser el Mesías, por lo que Herodes ordenó la masacre de los niños de Belén. Pero, advertida del peligro, Isabel, la madre de Juan, huyó con él al desierto y Zacarías fue asesinado por negarse a revelar dónde estaba su hijo.^[7]

Otra historia antiherodiana aparece en la antigua versión rusa de la *Guerra judía*, de Flavio Josefo. Aunque no puede serle atribuida al propio Josefo, como propone Eisler, vale la pena citarla en parte, ya que descubre algo sobre la atmósfera del período.^[8] Se informa de una discusión entre los sacerdotes, ocurrida en el año 31 a. de C. Esta fecha es significativa por cuanto la historia precede inmediatamente a lo que tuvo que haber sido considerado como una de las señales de los tiempos. Nos referimos al gran terremoto que devastó Judea y en el que, según relata Josefo, perecieron treinta

mil personas y multitud de ganado. Entre los edificios que sufrieron graves daños se encontraba el asentamiento esenio de Qumran que, como consecuencia de ello, fue abandonado durante muchos años.

En aquel tiempo los sacerdotes se lamentaban y discutían entre sí en secreto. No se atrevían a hacerlo abiertamente por temor de Herodes y de sus amigos. Porque, según dijo Jonathan «la ley nos impide tener un extranjero por rey. Además, esperamos un Mesías, el dócil, del linaje de David. Pero de Herodes sabemos que es árabe (*sic*), y que no está circuncidado. El Mesías será llamado manso, mientras que este hombre ha llenado toda nuestra tierra de sangre. Bajo el Mesías se ordenará que los cojos anden, que los ciegos vean y que los pobres sean ricos, mientras que bajo este hombre los sanos se han convertido en lisiados, los que ven han sido cegados, y los ricos son mendigos. ¿Qué es esto? ¿Cómo ha podido suceder? ¿Acaso han mentido los profetas?... No es como bajo Nabucodonosor y Antíoco. Porque entonces los profetas eran también maestros para el pueblo e hicieron promesas referentes a la cautividad y el regreso. Y ahora..., no queda nadie a quien preguntar o en quien encontrar consuelo».

Pero el sacerdote Ananus le contestó y les dijo: «Conozco todos los libros. Cuando Herodes luchó ante las murallas de la ciudad, no imaginé que Dios le permitiría gobernarnos—Pero ahora comprendo que nuestra desolación está cercana. Y acordaos de la profecía de Daniel; porque él escribe que, tras el regreso, la ciudad de Jerusalén permanecerá durante setenta semanas de años, lo que son 490 años, y que después de todos esos años será desolada». Y cuando ellos contaron los años aún había treinta y cuatro [que faltaban]. Pero Jonathan le respondió y dijo: «El número de años es tal y como hemos dicho. Pero ¿dónde está el Santo de los Santos? Porque él [es decir, Daniel] no puede llamar a este Herodes el Santo, siendo éste tan sediento de sangre e impuro».

Pero uno de ellos llamado Levi..., vencido por la vergüenza, corrió a Herodes y le informó de los discursos de los sacerdotes y de lo que habían dicho en contra suya. Herodes, entonces, envió por la noche a gentes que los asesinaron a todos,^[9] sin conocimiento del pueblo para que no se amotinara, y nombró a otros. Y a la mañana siguiente un terremoto asoló el país.

El terremoto, el hambre, la guerra y la opresión que caracterizaron el reinado de Herodes parecían encajar para señalar la llegada de los Últimos Tiempos y si no habían llegado ya debían de ser inminentes. Esta convicción, certificada por los investigadores de las Escrituras, estimuló la actividad sectaria. Por un lado intensificó la expectativa mesiánica, mientras que por otro lado se alió con los movimientos de resistencia antiherodianos y antirromanos. La lealtad a Dios y a su Ley se pusieron a la orden del día, manifestándose en una intensa devoción religiosa, lealtad y

oración, lo que fue también utilizado como eslogan para atraer la militancia de los oprimidos y los desafectos.

A partir de ese momento y particularmente a un nivel popular, todos los acontecimientos y todas las historias se verían impregnadas por las imaginaciones sobre los Últimos Tiempos y sus efectos psicológicos. La vida no podía ser ordinaria y monótona cuando se vivía bajo la sombra de la inminencia del Juicio investido de significado apocalíptico. Las relaciones humanas, tanto en el seno de las familias como en la propia nación, se vieron sometidas a una terrible tensión, con individuos y grupos reaccionando a las circunstancias de formas que serían consideradas fantásticas en condiciones normales, pero que, teniendo en cuenta la tensión emocional de la época, debieron parecer como naturales y apropiadas. Es bajo esta luz, y no bajo la de la sobriedad racional, como debemos contemplar todo lo que ocurrió, así como el carácter y el comportamiento de ciertos individuos que aparecieron sobre el escenario.

2.- Evidencias principales

Inicialmente y en su hábitat nativo, el cristianismo fue identificado con el esfuerzo del pueblo judío por alcanzar el pleno dominio de su destino, tanto espiritual como pragmáticamente. Debemos trazar una nítida línea distintiva entre lo que representaron Jesús y sus seguidores judíos, y el carácter y el contenido de la religión cristiana tal y como fue evolucionando progresivamente. Debemos apartarnos por completo del punto de vista según el cual esta última nos permite un acceso directo a los primeros y, en consecuencia, debemos revisar los juicios y creencias que han sido moneda corriente durante tantos siglos.

Cuando los autores de los Evangelios y de los Hechos crearon sus narraciones pensaban mucho más en las necesidades cristianas contemporáneas de la última parte del siglo I y principios del II. Como consecuencia del resultado de la guerra judía contra los romanos se produjo una notable separación de la Iglesia con respecto al ambiente judío que la rodeaba. La antigua comunidad nazoreano-cristiana de Roma fue prácticamente eliminada por la persecución a que la sometió Nerón tras el Gran Incendio de Roma en el año 64 d. de C., de modo que, ahora, las iglesias de Occidente eran predominantemente gentiles. No obstante, seguían conservando rasgos de la teología y del mesianismo judíos, ocupando así una especie de tierra de nadie que no les permitía ser ni verdaderamente judías ni totalmente gentiles, con el resultado de

que fueron consideradas con disgusto y sospecha por ambas partes. Entonces se puso en marcha un mecanismo de defensa que se extendió en ambas direcciones, exagerando por un lado el repudio de los judíos para obtener la tolerancia de los gentiles, y atacando por el otro la idolatría de los gentiles —incluyendo la divinidad del emperador—, con lo que los cristianos aparecieron como criptojudíos.

Los Evangelios y los Hechos reflejan apreciablemente la situación que conocemos por los historiadores durante los últimos años del reinado de Domiciano. Este emperador sentía un temor mórbido ante los judíos y sus predicciones mesiánicas, y estaba convencido de que los cristianos conspiraban contra él^[10], ya que, al no ser judíos, deberían haber aceptado su religión ancestral romana o griega.

Eusebio, citando en parte a Hegesipo, nos dice que Domiciano dio órdenes de detener a todos los descendientes del rey David para impedir así la posibilidad de que se produjera una nueva revuelta judía. Entre los detenidos se encontraban dos nietos de Judas, el hermano de Jesús; pero fueron puestos en libertad, al ser considerados como dos simples campesinos de los que no podía esperarse peligro alguno.^[11] Unos pocos años más tarde, durante el reinado de Trajano, también se detuvo, torturó y ejecutó al viejo Simeón, un primo hermano de Jesús y líder de los nazoreanos.^[12] Fue durante este período, entre los años 90 y 110 d. de C., cuando se escribieron los evangelios de Mateo y Lucas, así como los Hechos de los Apóstoles.

Observamos otro eco de la situación al considerar la posición en la que se encontró metido el historiador Flavio Josefo. A pesar de los intentos de los nacionalistas judíos por desacreditarle después de la guerra, debido a que había desertado, pasándose a los romanos, fue muy bien considerado por Vespasiano y su hijo Tito, a pesar de lo cual volvió a verse en peligro debido a los terrores de Domiciano. Josefo acababa de terminar su obra *Antigüedades de los judíos*, en la que había intentado mostrar su orgullo por la

historia y la contribución de su pueblo, abordando las causas de la revuelta de un modo mucho más objetivo de lo que había hecho en *Guerra judía*. De pronto, Justo de Tiberíades publicó otra historia de la guerra, en la que acusaba a Josefo de haber sido responsable de la participación de la ciudad de Tiberíades en la revuelta. Eso podía implicar que Josefo no había sido sincero en su lealtad a Roma, por lo que el historiador se apresuró a replicar escribiendo una autobiografía en la que exponía ampliamente sus actividades en Galilea, donde había sido el comandante judío al principio de la guerra. En esta obra decía explícitamente que se había dado cuenta de cuál sería el resultado de la revuelta, y que había hecho todo lo posible por convencer a los más exaltados, incluso corriendo grandes riesgos personales.

En la conclusión de la *Vida*, aparentemente escrita antes de dar a luz una segunda versión de *Antigüedades*, escrita en el decimotercer año del reinado de Domiciano (93-94 d. de C.), pero no publicada hasta el año 100, el autor cuenta cómo Domiciano aumentó los honores a los que se había hecho merecedor: «Castigó a mis acusadores judíos y, por una ofensa similar, ordenó el castigo de un esclavo, un eunuco y el hijo de mi tutor. También liberó de cargas fiscales la propiedad que tengo en Judea, una muestra del más alto honor para el individuo privilegiado. Es más, Domicia, la esposa del César, nunca dejó de otorgarme favores. Éstos han sido los acontecimientos de toda mi vida y que, a partir de ellos, sean otros los que juzguen mi carácter».

Debemos observar aquí que en *Guerra judía*, publicada en su edición griega entre los años 74 y 78 d. de C., cuando Josefo había sido acusado por los rebeldes judíos de conspirador, para así poder destruirle, llevó mucho cuidado de no hacer la menor alusión ni a Juan el Bautista ni a Jesús. En *Antigüedades*, la narración que hace de Juan es bastante inocua y no sugiere en modo alguno el carácter mesiánico de sus predicaciones. Josefo sólo dice que Herodes Antipas temía que las multitudes que rodeaban a Juan pudieran sentirse tentadas de embarcarse en alguna forma de sedición.

El pasaje sobre Jesús que aparece en *Antigüedades* ha sido considerado desde hace mucho tiempo como una falsificación cristiana, ya sea en su totalidad o en parte. Dicho pasaje no aparece en la copia de Josefo conocida por Orígenes a finales del siglo III, y sólo Eusebio lo cita por primera vez en el siglo IV. Uno de los argumentos esgrimidos en contra es que dicho pasaje rompe la continuidad del texto. No podemos descartar que algo se dijera, porque en *Antigüedades* (XX 200-203). Josefo habla de la ejecución por el Sanedrín de un hombre llamado Jacobo «el hermano de Jesús que fue llamado el Cristo».^[13] Pero no hay en ello nada que sugiera una actitud favorable hacia Jesús como el Mesías. Josefo sabía muy bien con qué avidez esperaban sus enemigos que cometiera un desliz de ese género.

Cuando se publicó *Guerra judía*, los cristianos de Italia debieron de sentirse perturbados por el silencio de Josefo, y es posible que ésta fuera, entre otra serie de razones, la causa que indujo la redacción del evangelio de Marcos, hecha aproximadamente por la misma época, con la intención de compensar tal omisión. Cuando apareció *Antigüedades* debió de parecer evidente la necesidad de disponer de un documento cristiano que siguiera una línea más histórica que la de Marcos y Mateo, que no persiguieron más que un propósito apologético, incluyendo una narración de los principios cristianos. Dicha necesidad fue cubierta con la producción de los Hechos de Lucas.

En el prólogo a la primera parte de su obra, el autor afirma: «Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden, ilustre Teófilo, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido».

Existen diversas evidencias que sugieren que Lucas utilizó las obras de Josefo, y es posible que las dos partes en que están

divididos los Hechos de Lucas fueran inspiradas por las dos partes del libro de Josefo *Contra Apion*, publicado hacia el año 100 d. de C.

Ambas secciones de esta obra de Josefo están dedicadas a Epafrodito, el último patrocinador del autor, considerado como un ilustre gramático y coleccionista de libros en dicha época. La primera parte empieza diciendo: «En mi historia de nuestras Antigüedades, mi excelente Epafrodito, creo haber dejado suficientemente claro para todo aquel que examine atentamente dicha obra, la extremada antigüedad de nuestra raza judía». Sigue afirmando que ha concebido la obra «para corregir la ignorancia de otros, e instruir a todos aquellos que deseen conocer la verdad relativa a la antigüedad de nuestra raza». La segunda parte se inicia con las siguientes palabras: «En el libro anterior, mi más estimado Epafrodito, he demostrado...», etcétera. Observando ahora los Hechos de Lucas, encontramos, de modo similar, la primera parte (el evangelio propiamente dicho) dirigida al «ilustre Teófilo», mientras que la segunda parte (los Hechos), empieza diciendo: «El primer libro lo escribí. Teófilo, sobre todo lo que Jesús hizo y enseñó desde un principio hasta el día en que... fue llevado al cielo».

El Teófilo de Lucas puede muy bien ser ficticio —el nombre significa simplemente amante de Dios—, ya que resulta difícil creer que en esa época un autor cristiano pudiera tener un rico patrocinador. Es de suponer, pues, que Lucas copió en este sentido a Josefo. Hubo un Teófilo, hijo de Anas, que fue sumo sacerdote judío en la época en que nació Josefo, que bien pudo haber sugerido el nombre.

Debemos considerar también la cuestión de la utilización que hace Lucas de Josefo. Pero antes diremos algo sobre Josefo como historiador. Josefo y Lucas son los dos testigos principales de lo que sucedió en Judea durante el período del que se va a ocupar fundamentalmente este libro, es decir, entre los años 36 y 66 d. de C. En consecuencia, debemos saber hasta qué punto su testimonio es dependiente.

Josefo, nacido en el seno de una familia sacerdotal en el año 37 o 38 d. de C. era, por lo menos, judío de nacimiento y poseía un conocimiento personal sobre lo que sucedió en buena parte del período en el que estamos interesados. La *Guerra judía* fue redactada originalmente en arameo, aunque esa versión no ha llegado hasta nosotros. Uno de sus objetivos fue el desalentar a los judíos del este, especialmente a los de Babilonia, para que no se opusieran al poder de Roma. Sin lugar a dudas, en el texto griego se introdujeron cambios y, evidentemente, tuvo la aprobación de los mecenas imperiales del autor que habían dirigido la guerra.

Josefo condena a los militantes y mesianistas judíos, a los que describe como bandoleros e impostores. Debemos reconocer, por lo tanto, que escribió imbuido de un fuerte prejuicio. Él no era un hombre del pueblo, sino un aristócrata. Es más, había visitado Roma antes de que estallara la guerra, siendo recibido en la corte de Nerón, y había quedado gratamente impresionado por la pompa y el poder romanos.

Como historiador, Josefo era sobre todo un aficionado cuando escribió *Guerra judía*, como consecuencia de lo cual dicha obra es muy irregular. Siempre que pudo se sirvió de fuentes escritas a las que tuvo acceso, como la historia del reinado de Herodes escrita por Nicolaus de Damasco y los *Comentarios*, los informes de guerra oficiales de Vespasiano y Tito. Complementó su información con la discusión y la correspondencia con su amigo Agripa II, con notas de los interrogatorios que hizo a los prisioneros tomados durante la guerra, y con conversaciones mantenidas con judíos eminentes que habían huido al campo de los romanos.

Pero allí donde no dispuso de fuentes detalladas, dejó grandes vacíos, compensándolo mediante el ardid de dedicar demasiado espacio a cuestiones poco relevantes para su tema. De los siete libros en que está dividido *Guerra judía*, casi la totalidad del Libro Primero y la primera cuarta parte del Libro Segundo se dedican al reinado de Herodes el Grande y a su sucesor Arquelaos. A partir de aquí los registros son extraordinariamente escasos para todo el

período comprendido entre la deposición de Arquelao en el año 6 d. de C., y la llegada de Ventidio Cumano como procurador en el año 48 d. de C. Josefo da un salto desde la gobernación de Coponio (6-9 d. de C.) a la de Poncio Pilato (26-36 d. de C.), dejando completamente de lado a los gobernadores intermedios, el último de los cuales, Valerio Grato, fue procurador de Judea durante once años.

Durante el mandato de Pilato aborda dos incidentes: el asunto de la imposición de las medidas romanas y el del embargo del tesoro del Templo para construir un acueducto. En el caso de este último asunto no hay mención alguna de la fecha. El siguiente incidente mencionado es el intento que hizo Calígula para que su estatua fuera erigida en el Templo (39-40 d. de C.). A continuación, Josefo pasa a Roma para describir la parte jugada por Agripa I en el nombramiento de Claudio como emperador cuando Calígula fue asesinado, actuación por la que fue recompensado con el reino de Judea. No se relata nada sobre el reinado de Agripa (41-44), excepto la construcción de la tercera muralla de Jerusalén, que él ordenó. Tampoco se hace referencia alguna a las condiciones soliviantadas existentes en Judea durante las gobernaciones de Cuspio Fado y de Tiberio Alejandro (44-48), y la historia de las circunstancias que condujeron a la guerra sólo se remontan hasta la administración de Ventidio Cumano (48-52), momento en que Josefo tenía doce años de edad.

Como hemos podido observar, Josefo no dice nada ni sobre Juan el Bautista ni sobre Jesús. Y, sin embargo, no se mostró reacio a hablar de los movimientos judíos, ya que habla de los fariseos y los saduceos y, en mucha mayor medida, de los esenios, a los que tenía en alta consideración. De Judas de Galilea sólo dice lo siguiente: «El hombre era un sofista que fundó una secta propia, y que no tuvo nada en común con los otros», una afirmación que tuvo que corregir en *Antigüedades*. En consecuencia, la *Guerra judía* únicamente nos proporciona una pequeña ayuda cuando tratamos de obtener la mayor información posible sobre los asuntos judíos en

la época de Jesús, y sobre el inmediato movimiento nazoreano que surgió después.

Antes de escribir *Antigüedades*, muchos años después, Josefo tuvo la oportunidad de recoger más información y en esta última obra se esforzó por rectificar algunas de sus omisiones y corregir errores. Pero, aun así, su historia sigue siendo débil y fragmentaria para el período en el que surgió el cristianismo. Afortunadamente, hemos obtenido algunos conocimientos adicionales sobre las actividades nacionalistas y mesiánicas, aunque hay muy poca precisión en cuanto a las fechas y los acontecimientos, precisamente allí donde más la necesitaríamos. O bien Josefo no pudo obtener la información, o bien no se preocupó de consignarla. En su conjunto, *Antigüedades* es una obra mucho más útil para nosotros, y algunas de sus deficiencias se pueden remediar. Al menos, disponemos así de un bosquejo bastante digno de confianza sobre el curso de los acontecimientos, lo que nos servirá para la reconstrucción de los mismos.

Volvamos ahora a Lucas. En su obra también es importante saber de qué fuentes obtuvo su información, y cómo la utilizó. En su prólogo, declara: «Después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes». Se trata de una afirmación impresionante y, al parecer, hizo un esfuerzo de lectura nada desdeñable. Pero él también era un aficionado, con calificaciones incluso inferiores a las de Josefo. En realidad, no se sentía preocupado por informar de lo que sucedió, excepto en la medida en que, al hacerlo, obtenía el efecto que deseaba alcanzar.

Por parte cristiana y en lo referente al evangelio, contó con Marcos, que escribió antes que él, y posiblemente con Mateo, pero, en cualquier caso, dispuso de una fuente sobre las enseñanzas y algunas de las actividades de Jesús, empleada también por Mateo: el denominado documento Q. Quizás el «muchos» citado en su prólogo, que había tratado previamente el mismo tema, implica la utilización de algunas otras fuentes escritas. Para una buena parte de los Hechos, sobre todo al principio, relacionados con el

movimiento cristiano en Judea, tanto el estilo como el lenguaje empleados sugieren la utilización de una fuente escrita originalmente en hebreo o arameo. Epifanio nos dice que los ebionitas-nazoreanos tenían sus propios Hechos de los Apóstoles, junto con una obra titulada *Ascendientes de Jacob*. El contenido de tales libros enfureció a Epifanio, puesto que ofrecían una imagen muy distinta de los asuntos cristianos primitivos a la que aparecía en los Hechos de Lucas^[14] Epifanio nos informa también que los judíos de Tiberíades tenían en sus archivos, en el siglo IV, el hebreo *Mateo*, el hebreo *Hechos* y el hebreo *Libro de Juan*, aparentemente una forma de la Revelación, del Nuevo Testamento.^[15] Una tradición judía sugiere que estas obras fueron compuestas por Simeón, hijo de Cleofás, martirizado a principios del siglo II.^[16]

Una buena parte de los Hechos canónicos están dedicados a la carrera del apóstol Pablo. En este caso, el autor bien pudo haber tenido acceso a algunas de las epístolas paulinas, y algunos fragmentos de su material proceden de un *Diario* escrito en primera persona del plural por alguien que había acompañado a Pablo en algunos de sus viajes. Este individuo pudo haber sido el doctor que Lucas menciona en las últimas epístolas, una circunstancia que dio pábulo a pensar que fue precisamente este Lucas quien había escrito tanto el Evangelio como los Hechos. Pero, sin lugar a dudas, el autor vivió en una fecha posterior, puesto que el Lucas de Pablo, de haber seguido con vida, habría tenido aproximadamente noventa años de edad.

La mayoría de las fuentes cristianas de Lucas ya no existen y sólo podemos juzgar el modo en que él las utilizó a partir de lo que ha sobrevivido, principalmente el material de Marcos y, en relación con el documento Q, comparando el empleo que hace Lucas de él con el que hizo Mateo. Sin necesidad de entrar en detalles, es evidente que Lucas subordinó sus fuentes a sus propias necesidades sobre la forma en que deseaba contar la historia. En los Hechos se observa que la narración que hace Lucas sobre los movimientos de Pablo posteriores a su conversión, así como la

controversia sobre las condiciones de admisión de los creyentes gentiles, no está de acuerdo con lo que el propio Pablo relata en sus epístolas. Lucas trata de suavizar los aspectos más peliagudos.

Toda la obra de Lucas tiene un tono apologético. Se esfuerza por demostrar que los funcionarios romanos no se opusieron a los cristianos como tales, y que su comportamiento fue extremadamente justo para con Jesús y sus seguidores, exonerándolos de toda intención subversiva. De hecho, Pablo, el principal emisario cristiano, se había sentido muy orgulloso de su ciudadanía romana. En cualquier otra parte, ya fuera en Judea o en otras zonas del Imperio, fueron los judíos los que se mostraron hostiles al movimiento y a su fundador, creando problemas y haciendo falsas acusaciones.^[17] Lejos de ser enemigos de la raza humana, como alegaban los ignorantes, los cristianos habían trabajado en pro de la salvación y el bien de los gentiles, corriendo con ello un gran riesgo personal y a costa de mucho sacrificio. Al aceptar el mensaje de Jesús no se les había exigido la circuncisión, ni seguir las costumbres de la religión judía.

Por muy desagradable que pueda parecer esta aspiración concreta, al menos puede ser comprensible a la luz de las circunstancias en que se encontraban los cristianos en la época en que Lucas redactó los Hechos. En consecuencia, al utilizar su obra debemos tener en cuenta estos prejuicios, del mismo modo que hemos hecho con los escritos de Josefo. En ambos casos, y en relación con ciertas conexiones específicas de gran importancia, debemos ser conscientes de que estos testigos tienen que ser considerados como hostiles y con prejuicios. En interés de la verdad, nuestra obligación consiste en hacer justicia a quienes han sido traducidos, reconociendo que aquello que ha llegado hasta nosotros no es más que una historia extremadamente unilateral.

Lucas, al igual que Josefo, se muestra mucho más efectivo cuando emplea fuentes documentales, aunque, sin duda, también omite cosas de las que no desea hablar o que, si las dijera, darían una impresión diferente. De modo similar y en lo relacionado con los

asuntos de Judea, la narración de Lucas contiene un vacío sustancial. No se dice nada de los nazoreanos nativos desde la muerte de Agripa I (44 d. de C.) hasta la última visita de Pablo a Jerusalén (58 d. de C.), lo que representa un intervalo crucial de catorce años, durante los cuales, tal y como sabemos por *Antigüedades*, hubo mucha actividad mesiánica y zelote mientras que las autoridades romanas y pro romanas hacían despiadados esfuerzos por suprimir toda manifestación de espíritu rebelde. Los nazoreanos tuvieron que haberse encontrado entre las víctimas de las medidas represivas. Lucas no dice nada de todo esto y no menciona tampoco el empeoramiento de la situación bajo el gobierno de Cumano, de Félix y de Festo. Pero podemos compensar en cierta medida las deficiencias de Lucas, aun cuando no vale la pena pretender que aquello que nos ofrece es una fiel imagen de los comienzos cristianos.

Como Lucas ha leído a algunas autoridades no cristianas, especialmente a Josefo, despliega su conocimiento histórico. En su Evangelio, es el único de los evangelistas que nos informa del censo realizado por Quirino, y ofrece una lista de los gobernantes que hubo en la época en que Juan el Bautista se dedicó a predicar, fechando este acontecimiento en el año decimoquinto del reinado de Tiberio César. Informa también de la matanza de galileos que Pilato hizo en el Templo, y dice que cuando Pilato descubrió que Jesús era galileo le envió a ser juzgado por Herodes Antipas, tetrarca de Galilea. En los Hechos, y por citar sólo cuestiones palestinas, pone en boca de Gamaliel una referencia a Judas de Galilea y a Teudas, este último de un modo anacrónico. Menciona la hambruna ocurrida durante el reinado de Claudio y la manera en que murió Agripa I. Cita a un funcionario romano en Jerusalén del que se dice que es un notorio falso profeta egipcio, líder de bandas terroristas de sicarios. Su historia incluye a personajes notables como el gobernador Félix y su esposa Drusila, Agripa II y su hermana Berenice, y el gobernador Festo.

Todos estos detalles persiguen impresionar al lector para que piense que el autor sabe de lo que está hablando, como sucede con todo el material que toma prestado del Antiguo Testamento en relación con su historia de la natividad.

Nos sentiríamos más impresionados si no pudiéramos observar que Lucas siempre está dispuesto a utilizar cualquier cosa capaz de aportar una mayor verosimilitud a su narración, y transmitir la idea de que es un escritor de alto nivel. En este último sentido, observamos su argucia de la dedicación a un supuesto e ilustre mecenas.

La narración del nacimiento de Juan el Bautista y de Jesús se remonta a las historias del nacimiento de Sansón y del profeta Samuel. Un ángel le anuncia a la madre de Sansón que va a tener un hijo. La madre, sin embargo, es estéril, como sucedía con la madre de Juan, y su hijo va a ser nazarita de nacimiento, como le ocurre a Juan. El canto de Lucas sobre María, o más exactamente de Isabel, toma su lenguaje del canto de Ana, la madre de Samuel (1 S 2, 1-10) y también él es consagrado al Señor desde su nacimiento. El niño es llevado al Santuario para que sea aceptado por Elí, el sacerdote anciano. En el caso de Lucas, Elí es sustituido por el anciano Simeón, cuyo nombre deriva posiblemente del venerable Simeón, hijo de Cleofás, martirizado poco antes de que Lucas redactara su evangelio. La profetisa Ana de Lucas deriva su nombre de la madre de Samuel. Cuando Lucas escribe que Jesús «progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (2, 52) está citando directamente lo que se dijo de Samuel (1 S 2, 26), poniendo así de manifiesto cuál ha sido su fuente. Así pues, se puede demostrar que Lucas creó parcialmente su historia a partir de un material extraído del Antiguo Testamento. Y si Lucas podía utilizar las fuentes bíblicas de este modo, también pudo haber empleado otras fuentes que sirvieran para sus propósitos. En otras palabras, Lucas no se mostró precisamente reacio a recurrir a la ficción cuando le faltaron los hechos, o bien

pensó que de ese modo se incrementaba su autoridad como investigador.

Las obras de Josefo nos han proporcionado una abundante información, lo que ya quedó bien ilustrado en *El complot de Pascua*, pero quizá no esté de más recordar lo que se dijo en dicha obra.

No había nada relacionado con Jesús antes de que empezara su vida pública. Resultaba tentador, por tanto, incluir una historia del héroe cuando éste tenía doce años. La inspiración procedió de Josefo, quien en su *Vida* había escrito: «Cuando era sólo un niño, de unos catorce años de edad, gané aplauso universal por mi amor hacia las letras, hasta el punto de que los sumos sacerdotes y hombres letrados de la ciudad [Jerusalén] solían acudir constantemente a mí para obtener información precisa sobre algún detalle particular de nuestras ordenanzas». Algo exagerado por parte de Josefo, pero aquí estaba el germen de un cuento para transmitir las cualidades del joven Jesús.

En Josefo, Lucas encontró una narración de cómo Arquelao acudió a Roma para ser confirmado como rey de los judíos por Augusto, y de cómo los judíos enviaron a una representación a Roma para rogar que no fuera nombrado su rey. Arquelao obtuvo la soberanía, pero sólo como etnarca, con la promesa de que, si gobernaba bien, sería convertido en rey. Después, demostró ser un verdadero tirano y fue depuesto en el décimo año de su reinado (*Antig.* XVIII). Lucas incorporó esta pequeña historia a su parábola de los talentos (Mt 25), donde su versión relata que «un hombre noble marchó a un país lejano para recibir la investidura real y volverse... Pero sus ciudadanos le odiaban y enviaron detrás de él una embajada que dijese: “No queremos que ése reine sobre nosotros”. Y sucedió que, cuando regresó, después de recibir la investidura real... [dio órdenes]... “Pero a aquellos enemigos míos, los que no quisieron que yo reinara sobre ellos, traedlos aquí y matadlos delante de mí”» (Lc 19, 11-27).

Josefo había relatado que «era costumbre de los galileos, en su camino hacia la Ciudad Santa para asistir a una fiesta, pasar por el territorio de los samaritanos. En cierta ocasión... los habitantes de un pueblo llamado Ginae... entablaron batalla con los galileos y asesinaron a un gran número de ellos» (*Antig.* XVIII, 118). Aquí encontró otra historia interesante cuya inclusión daría un toque de realismo al viaje que hizo Jesús hacia Jerusalén, pasando por Samaria. Y así, sólo en Lucas, leemos que Jesús «envió mensajeros delante de sí, que fueron y entraron en un pueblo de samaritanos para prepararle posada; pero no le recibieron [al venir de Galilea] porque tenía intención de ir a Jerusalén» (Lc 9, 51-56). Los tempestuosos hijos de Zebedeo pretendieron hacer bajar fuego del cielo para que consumiera a los inhospitalarios samaritanos.

El último detalle procede de la historia de Elías tal y como se narra en el Antiguo Testamento y, al igual que sucede con los fragmentos tomados prestados sobre el nacimiento de Sansón y Samuel, nuestro autor también encuentra inspiración en las historias de Elías-Elisa (Lc 4, 25-27). De esta fuente procedió la idea, que sólo encontramos en Lucas, de la resurrección del hijo de la viuda de Naím (Lc 7, 11-16).^[18]

Será suficiente con añadir un ejemplo más de la técnica de Lucas. Elabora la curación del siervo del centurión mencionando que el romano «ama a nuestro pueblo». El oficial le pide a Jesús: «mándalo de palabra y quede sano mi criado. Porque también yo, que soy un subalterno...». El oficial romano más conocido amigo de los judíos fue el legado Petronio, que arriesgó su vida para detener la idea del loco emperador Calígula de hacer erigir su estatua en el Templo. Significativamente, Petronio explica al pueblo: «Porque yo también estoy bajo autoridad, como vosotros» (G. J. II, 195; Le 7, 1-10).

Quedamos advertidos, pues, que Lucas fue una especie de novelista, que introdujo en sus narraciones toques coloristas derivados de sus lecturas, de los que no hay constancia en los documentos cristianos de los que dispuso.

Pero, incluso cuando se trata de fuentes cristianas, sospechamos que Lucas cambió ciertas cosas. Hay razones para creer que las palabras que él solo atribuye a Jesús: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen», fueron tomadas del discurso del moribundo Jacobo, el hermano de Jesús.

En su conjunto, al examinar lo aportado por nuestros testigos principales que poseen ciertos conocimientos, el uno sobre los asuntos judíos de Palestina y el otro sobre los asuntos cristianos, somos conscientes de la existencia de graves defectos. Tanto en el caso de Josefo como en el de Lucas tenemos que profundizar en su testimonio, ser conscientes de sus limitaciones y tratar de extraer de sus obras aquello que refleje más exactamente lo que sucedió en realidad. Debemos mostrarnos escépticos sobre lo que ellos pretenden hacernos creer y, al mismo tiempo, buscar entre lo que dijeron para encontrar aquello que no nos transmitieron. Afortunadamente, disponemos para esta tarea de otras ayudas capaces de hacernos seguir el camino correcto. Pero aun cuando no podamos obtener una completa iluminación, lo cierto es que va surgiendo una imagen muy distinta a lo que podíamos haber imaginado, y se trata de una imagen mucho más cercana a la realidad.

3.- Factores de tiempo

En estas investigaciones preparatorias es esencial considerar otro ángulo. Para obtener una comprensión adecuada del significado de los acontecimientos resulta evidentemente importante poder relacionarlos con lo que estaba sucediendo al mismo tiempo. Una de las dificultades de nuestras fuentes es que, con frecuencia, se muestran vagas en cuanto al momento en que sucedieron los hechos. Una afirmación como «aproximadamente por esta época» puede representar una diferencia de meses o años. Si pudiéramos disponer de un conocimiento más exacto probablemente podríamos comprender también por qué sucedieron ciertas cosas.

A este respecto se nos ocurre un simple ejemplo relacionado con el asentamiento de Qumran. El examen de los edificios revela la existencia de grandes grietas debidas a un terremoto que obligó a abandonar el asentamiento. Gracias a Josefo podemos determinar que éste se produjo en el años 31 a. de C. Los descubrimientos numismáticos establecen que el lugar fue restaurado y vuelto a ocupar a principios del reinado de Arquelao, y podemos enlazar este hecho con los estallidos de fervor mesiánico y nacionalista que siguieron a la muerte de Herodes el Grande. Posiblemente, esto también se relaciona con uno de los textos de Qumran donde se nos indica que, debido a la inminencia de los Últimos Tiempos, la comunidad zadoquita se trasladó de las soledades de los pueblos (en el norte) a las soledades de Jerusalén (en el sur).

En la vida de Jesús y en la historia nazoreana hay muchos acontecimientos que nos gustaría poder fechar con la mayor exactitud posible; pero tenemos dificultades para hacerlo así debido a que los informes no han suministrado una estimación temporal suficiente, como por ejemplo indicar el año del reinado del emperador, o el mes y el año de una de las eras que solían utilizarse. Ocasionalmente, sin embargo, tenemos suerte. Los Hechos informan que el apóstol Pablo viajó de Atenas a Corinto, donde fue llevado ante el procónsul Galio. Pero no se nos dan fechas. No obstante, entre las inscripciones recuperadas en las cercanías de Corinto, capital de la provincia de Aquea, se encontró una que no sólo mencionaba a Galio como procónsul, sino también la fecha en que se hizo cargo del puesto, que fue la del año 51 d. de C. Por lo tanto, el incidente narrado en los Hechos tuvo lugar entre el mes de julio del año 51 y el mes de junio del año 52. Y esto es de una gran ayuda para fechar otros acontecimientos ocurridos en la carrera de Pablo.

El problema de fijar una cronología de la vida de Jesús ha sido causa de interminables discusiones, debido principalmente a que se consideró necesario tener en cuenta fechas parcialmente contradictorias. En lugar de tratar la aparición de una estrella como un acontecimiento ocurrido poco antes del nacimiento de Jesús, según Mateo, permitiendo que este dato pasara a formar parte del aparato de la leyenda mesiánica, el fenómeno fue aceptado como literalmente cierto, y muchos se han sentido impresionados por el descubrimiento hecho por Kepler en el sentido de que se produjo una conjunción de planetas que podría haber sido la causa del fenómeno, y que fija su fecha en el año 7 a. de C.^[19] Herodes el Grande había muerto en el año 4 a. de C. y como Mateo dice que, tras la visita de los sabios, ordenó matar a los niños de Belén que tuvieran menos de dos años, resultaría que el año 7 a. de C. parecería el apropiado.

Pero si, como dice Lucas, Jesús tenía unos treinta años de edad cuando inició su ministerio, debería de haber sido bautizado por

Juan el Bautista no más tarde del año 24 d. de C. Y, según Lucas, el Bautista no empezó a predicar antes del decimoquinto año del reinado de Tiberio César, lo que no se produjo hasta los años 28 o 29 d. de C., fecha en la que Jesús habría tenido treinta y cinco años.

Podemos comparar esto con Josefo, cuyos escritos le eran familiares a Lucas. Josefo afirma que Felipe el tetrarca murió en el vigésimo año del reinado de Tiberio, es decir en el año 34 d. de C. (*Antig.* XVIII, 4). No hay posibilidad alguna de conciliar la información transmitida por Mateo con la que propone Lucas. El vacío se ve ampliado por la afirmación de Lucas según la cual Jesús nació en la época en que se llevó a cabo el censo de Quirino, cuando éste era legado de Siria. Y sabemos que eso se produjo en los años 6-7 d. de C., tras la deposición de Arquelao como etnarca. Así pues, existe una diferencia aproximada de doce años entre las fechas que da Mateo para el nacimiento de Jesús y las que da Lucas.

La cuestión que se plantea entonces es: ¿aceptamos seriamente la afirmación de Lucas de que Jesús empezó su ministerio cuando tenía unos treinta años de edad? Es posible que se basara también en el Antiguo Testamento, donde se dice (2 S 5, 4) que David tenía treinta años de edad cuando empezó su reinado. Sería conveniente no fiarse mucho de Lucas en este punto. Pero aun cuando fuera aproximadamente correcto, si Jesús no nació antes del año 6 d. de C., no habría sido bautizado por Juan hasta el año 34 d. de C. Observemos que Lucas no sugiere que Jesús tenía unos treinta años de edad en el decimoquinto año del reinado de Tiberio, es decir, en el 28-29 d. de C., sino que los tenía cuando Juan empezó a predicar. El Evangelio de Juan puede parecer que apoya el punto de vista según el cual Jesús inició su ministerio casi inmediatamente después de que el Bautista empezara a predicar, ya que ese evangelio sitúa la purificación del Templo por Jesús casi al principio de su vida pública, en lugar de al final de la misma. Jesús dice: «Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré». Los judíos le contestaron: «Cuarenta y seis años se han tardado en construir este

Santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?» (Jn 2, 19-20). La reconstrucción del Templo fue iniciada por Herodes el Grande en el año 19 a. de C., por lo que cuarenta y seis años más tarde nos daría la fecha del año 28 d. de C.

Pero no sería suficiente que Jesús hubiera iniciado su ministerio el año 28 o 29 d. de C. Si la purificación del Templo se produjo realmente al final de las actividades de Jesús, la datación de Juan no tendría importancia, y si Jesús nació el año 6 d. de C., en el año 29 apenas habría tenido veintitrés años. Una razón de mayor peso para rechazar esta fecha es que Juan el Bautista, que murió antes que Jesús, no fue ejecutado —según veremos más adelante— hasta el año 35 d. de C. Ninguna de la información dada sobre el tiempo que duró la vida pública de Jesús indica que ésta durara siete u ocho años.

No obstante, siguiendo la fecha de nacimiento que da Lucas, podríamos situar el bautismo de Jesús en el año 34 d. de C., poco antes de que Juan fuera detenido, lo que parecería mucho más probable.

Nos enfrentamos entonces al tiempo que duró la vida pública de Jesús y a la fecha de la crucifixión.

En el Evangelio de Marcos aparecen tres datos que debemos tener en cuenta en nuestros cálculos sobre el ministerio de Jesús. El primero es la referencia a que los discípulos abrieron camino arrancando espigas (2, 23); el segundo se refiere a la alimentación de la multitud sentada sobre «la verde hierba» (6, 39), y el último dato se refiere, desde luego, a la Pascua final, que fue en primavera. Las indicaciones de este tipo son extremadamente útiles. Siguiéndolas, y relacionándolas con las que se refieren a Juan, se deduce que el ministerio de Jesús tuvo que haber durado unos dos años. Podemos iniciar sus comienzos en el año 34 d. de C.; el bautismo de Jesús habría tenido lugar poco antes de la Pascua de ese mismo año, y la crucifixión se habría producido en la Pascua del año 36 d. de C. Esta fue la última Pascua en que tanto Poncio Pilato como Caifás ostentaron sus cargos, el primero como gobernador

romano de Judea y Samaria y el segundo como sumo sacerdote judío.

Las pruebas de que esta fecha es correcta son abundantes y es la única que concuerda con algo en lo que todos los evangelistas se muestran de acuerdo: que Jesús empezó su vida pública poco antes de que Juan el Bautista fuera detenido por Herodes Antipas, y que terminó unos pocos meses después de la ejecución de Juan.

Ciertas autoridades desconcertadas han afirmado que el año de la crucifixión plantea un problema virtualmente insoluble.^[20] Y, de hecho, eso es lo que sucede si se insiste en dar crédito a los evangelistas, ignorando la historia y tratando de conciliar los testimonios contradictorios de Mateo y Lucas. Pero, en tal caso, no sólo encontramos las dificultades que ya hemos mencionado, sino también las opiniones contrapuestas de los registros de Marcos y Juan. El primero afirma que el viernes en que fue crucificado Jesús fue el primer día de la fiesta de la Pascua (Nisan 15), mientras que el segundo declara que se trataba de la víspera del festival (Nisan 14). Comoquiera que la luna llena de Nisan, vigente el decimocuarto y decimoquinto día del mes, estuvo fijada por observación ocular, la visión no tuvo por qué corresponder con la luna llena astronómica. Debemos contar con la posibilidad de un día de diferencia al principio del mes, así como con la complicación añadida de si el viernes de la crucifixión fue el decimocuarto o el decimoquinto. Las cosas se complican si tenemos en cuenta que, para los zadokitas, la Pascua habría caído en un miércoles. Todos los cálculos astronómicos son necesariamente inconcluyentes, y es inútil proponer ciertos años, como el 29, el 30 o el 33 sobre la base de que, en tales años, el día decimocuarto habría coincidido con un viernes astronómico. Sólo podemos basarnos en que la crucifixión tuvo lugar un viernes de Pascua, y debemos emplear criterios más seguros para determinar el año.

Afortunadamente, disponemos de tales criterios capaces de iluminar las circunstancias mencionadas incidentalmente en los Evangelios. Podemos y debemos establecer el año de la crucifixión

de Jesús porque tiene una gran importancia para todo el curso de los acontecimientos en la historia primitiva de los cristianos hasta la caída de Jerusalén en el año 70 d. de C.

Encontramos una valiosa ayuda en dos sistemas de acontecimientos que se producían con regularidad: el año sabático judío (séptimo) y el año del censo romano.

Según la ley judía, la tierra debía permanecer en barbecho cada séptimo año. La tierra no se labraba, y las cosechas que se obtenían de ella, ya fuera de grano o de frutos, eran las que crecían por sí mismas. Para una población fundamentalmente agraria, esto significaba que los suministros de alimentos, aparte de las importaciones, dependían de lo que se hubiera podido almacenar inmediatamente antes del año sabático. Los campesinos sufrían grandes penalidades si la sequía, las plagas o la langosta impedían producir lo suficiente para almacenarlo. En la historia de Lucas sobre Pablo se habla de una gran hambruna, porque se nos dice que poco antes del nombramiento de Claudio como emperador (41 d. de C.), los profetas de Jerusalén bajaron a Antioquía y profetizaron «que vendría una gran hambruna sobre toda la tierra, la que hubo en tiempo de Claudio. Los discípulos determinaron enviar algunos recursos, según las posibilidades de cada uno, para los hermanos que vivían en Judea. Así lo hicieron y se los enviaron a los presbíteros por medio de Bernabé y de Saulo» (Hch 11, 2730).

Otro efecto del año sabático era que la población rural judía quedaba ampliamente liberada del trabajo, disponiendo por lo tanto de tiempo para unirse a las multitudes y escuchar a los predicadores o a los líderes nacionalistas, o participar en demostraciones y protestas políticas. En este período particular, el año sabático permitía que la gente se dedicara a pensar en la liberación de la dominación extranjera y de la opresión de algunos de sus propios gobernantes.

Gracias a Josefo y a la literatura rabínica podemos saber cuáles fueron los años sabáticos desde la muerte de Herodes el Grande hasta la caída de Jerusalén. Y estos años siempre empezaban el

primero del mes judío de Tishri^[21] (correspondiente a septiembre). Según el *Seder Olam*, los servicios del Templo cesaron un año después de un año sabático, el nueve de Ab, en el verano del año 70 d. de C.^[22] Así pues, el último año sabático antes de la caída de Jerusalén fue de septiembre del 68 a septiembre del 69, y a partir de aquí podemos trazar retrospectivamente un cuadro exacto del ciclo de siete años.

Al año siguiente de la muerte de Herodes el Grande hubo gran agitación pública y revueltas nacionalistas, y no nos sorprende nada saber que el año 3-2 a. de C. fue precisamente un año sabático.

El valor que tiene esta guía queda ilustrado, además, por el siguiente ejemplo. Era costumbre leer públicamente en el Templo la Ley Real y otros pasajes del Deuteronomio, precisamente el primer día de la fiesta de los Tabernáculos, que seguía a la terminación del año sabático. La Mishnah nos informa que así lo hizo el rey Agripa, y que lloró cuando leyó las palabras: «No vais a poner para gobernaros a un extranjero que no es vuestro hermano», ya que él era parcialmente de descendencia extranjera. Pero la multitud le gritó: «¡Tú eres nuestro hermano! ¡Tú eres nuestro hermano!» (*Sotah* 7, 8).

Ahora bien, el año entre septiembre del 40 y septiembre del 41 d. de C. fue un año sabático. En consecuencia, este incidente tuvo que haber ocurrido en la fiesta de los Tabernáculos, es decir en octubre del 41 d. de C.

Ésta fue, de hecho, la única ocasión posible durante el corto reinado de Agripa (41-44 d. de C.). Gayo Calígula fue asesinado en enero del 41, siendo sucedido como emperador por Claudio, de quien Agripa era amigo. Claudio le recompensó entregándole el trono de Judea. En el año 46 d. de C., justo antes del siguiente año sabático, se produjo la gran hambruna en Judea a la que se refieren los Hechos, que tuvo que haber causado una gran miseria, ya que en los años 47-48 no se pudieron obtener cosechas. Josefo dice que Helena, reina de Adiabene, una conversa al judaísmo, ayudó

enviando grandes sumas con las que importar grano de Egipto e higos de Chipre (*Antig. XX, 51-53*).

Así pues, encontramos en el ciclo del año sabático un instrumento muy efectivo para establecer las fechas de los acontecimientos relacionados con los primeros cristianos y con la historia judía contemporánea. El único año sabático coincidente con el ministerio público de Jesús se produjo desde septiembre del 33 a septiembre del 34 d. de C. durante este período, las multitudes se vieron libres para acudir desde todas partes con objeto de escuchar a Juan el Bautista, y el espíritu de la revuelta se extendió ampliamente. En consecuencia, todos los indicios señalan que Jesús acudió al Jordán para ser bautizado a principios del año 34 d. de C.; poco después de esto, Juan fue enviado a prisión por orden de Herodes Antipas, debido principalmente a que el tetrarca, que estaba a punto de iniciar una guerra contra los árabes, temía una revuelta en Galilea inspirada por las predicaciones del Bautista. El hallarse liberados del trabajo agrícola significaba que las multitudes de campesinos podían causar problemas si eran agitadas por los zelotes. Fue un momento adecuado para que Jesús proclamara en la sinagoga:

«El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19).

Pero también disponemos de otro ciclo que nos puede ayudar a fechar los acontecimientos. Nos referimos al censo romano periódico que se llevaba a cabo en las provincias orientales y que tenía lugar cada catorce años.

El primer censo se hizo en Palestina en los años 6-7 d. de C., lo que hizo que Judas de Galilea pasara a un primer plano; todo el proceso ha sido puesto de manifiesto por papiros descubiertos en Egipto. Comenzó con una proclamación oficial dando instrucciones para que todas las personas regresaran a sus localidades nativas con el propósito de efectuar el censo. Entonces, los censores

llegaron con sus documentos. Cada cabeza de familia proporcionaba detalles en los siguientes términos: «Yo, fulano de tal, hijo de mengano, de x años de edad, de nariz recta, pelo moreno, una cicatriz en la mejilla derecha, me registro en compañía de fulana de tal, mi esposa, de x años de edad». Seguían detalles sobre las propiedades que se poseían, como tierras, ganado, etcétera. Una vez recogidos y examinados todos los documentos, se calculaban los impuestos en cada caso y éstos eran los que se aplicaban durante los años siguientes, hasta el siguiente censo. Se ha descubierto un anuncio de censo fechado en el 104 d. de C., y documentos censales de los años 34-35 d. de C., y posiblemente de los años 20-21 d. de C.

Eso nos permite tabular los años censales considerados tan ofensivos para el sentimiento nacional judío, debido, en parte, a que la numeración de las personas era contraria a la ley judía, y en parte a que se lo consideraba como una muestra de esclavitud para con un poder secular pagano. Los zelotes proclamaron el eslogan: «Ningún gobernante excepto Dios», y el año censal, así como el año inmediatamente posterior a cada período, cuando los odiados recaudadores de impuestos exigían el pago de las nuevas asignaciones, eran épocas de gran perturbación civil. Los gobernadores provinciales, a quienes Augusto llamaba sus «sanguijuelas», siempre trataban de aprovechar la oportunidad para llenar sus propios bolsillos cobrando más de lo debido y sus subordinados hacían otro tanto en su propio interés.

Gracias a las páginas escritas por Josefo podemos asegurar que ciertas manifestaciones de revuelta y de fervor mesiánico que él cita, coincidieron de hecho con períodos censales. Debemos observar particularmente que los años censales se superponían parcialmente al año sabático judío una vez cada dos ciclos, de tal modo que el establecimiento de los documentos censales se veía relativamente facilitado por este hecho. Hubo año sabático desde septiembre del 33 a septiembre del 34 d. de C., pero los años 34-35

también fueron un año censal. Cuando se producían tales coincidencias se podían esperar graves repercusiones populares.^[23]

En los años 35-36 d. de C., se cobraron los primeros impuestos de una nueva asignación. Eso explicaría la hostilidad contra el recaudador Zaqueo, en Jericó (Lc 19, 1-10), así como lo tópicamente de la pregunta que se le planteó a Jesús en Jerusalén: «¿Debemos pagar tributo al César?», un acontecimiento notable, fechado con bastante seguridad en el año 36 d. de C., fue la aparición entre los samaritanos de un líder mesiánico, que ellos esperaban y al que denominaban Taheb. Grandes multitudes acudieron al monte Gerizim para asistir a la recuperación de los vasos sagrados que, según creían, habían sido enterrados allí por Moisés. Pilato se alarmó y envió a la caballería y a la infantería pesada para atacar y dispersar a los samaritanos, condenando a muerte a sus jefes, que fueron capturados (Josefo, *Antig.* XVIII, 85-87).^[24]

Este acto de brutalidad de Pilato fue inmediatamente puesto en conocimiento del legado de Siria, quien ordenó al gobernador que acudiera a Roma para responder de los cargos que tenían contra él los judíos y los samaritanos. Pilato tuvo que haber abandonado Judea hacia finales del 36 d. de C. Durante los diez años de su administración había actuado con frecuencia de un modo brutal y despectivo y su crucifixión de Jesús como aspirante a rey de los judíos durante la Pascua del 36 d. de C. no fue más que un incidente relativamente menor.

En la ordenada narrativa de la Segunda parte de este mismo volumen tendremos algo más que decir sobre estos temas, así como sobre los efectos de las conjunciones de ambos ciclos en los años 47-49 y 61-63 d. de C. Aquí, sin embargo, es vital confirmar que el año de la crucifixión de Jesús fue, en efecto, el 36 d. de C. Vamos a poder hacerlo gracias a la ayuda de Josefo, ya que los Evangelios establecen con claridad que la muerte de Juan el Bautista precedió a la de Jesús. Sólo tenemos que determinar con exactitud cuándo se ejecutó a Juan.

La evidencia no es nueva: eruditos reputados la han presentado en varias ocasiones durante el pasado siglo.^[25] No ha sido generalmente aceptada debido a que entra en conflicto con ciertas afirmaciones contenidas en los Evangelios, cuya veracidad se ha considerado superior. Pero ninguna erudición ha logrado reconciliar estas diferencias y los honestos han terminado por admitir su derrota. Ya es hora, sin embargo, de abandonar esa actitud que trata de presentar la leyenda como hechos, y prestar una mayor atención a los factores históricos que ofrecen resultados positivos y que demuestran que en ciertos recuerdos primitivos existe un alto grado de exactitud.

La causa ostensible de la detención del Bautista fue su denuncia de Herodes el tetrarca quien, siguiendo la verdadera costumbre zadoquita, había tomado a la esposa de su hermano cuando la suya aún vivía. Josefo dedica amplio espacio al asunto y a sus consecuencias (*Antig.* XVIII, 109—119). La esposa que fue sustituida por Herodías, a quien Antipas había conocido en Roma y que en esa época estaba casada con su hermanastro Herodes, era la hija del monarca nabateo Harith IV (Aretas), que reinó entre los años 9 a. de C., a 40 d. de C. Ella se enteró del propósito de su esposo y cuando él regresó de Roma le pidió permiso para irse a Macaero, un castillo situado en la frontera entre el territorio de Aretas y el de Antipas. Desde allí huyó a donde estaba su padre, en Nabatea. Éste, que ya sostenía una disputa territorial con Antipas, incrementó su ansia por acudir a las armas ante el insulto de que había sido objeto su hija. Antipas se vio obligado entonces a desguarnecer de tropas la Galilea para enfrentarse a la amenaza árabe. Y como tampoco deseaba arriesgarse a que se produjera un levantamiento entre sus súbditos, detuvo a Juan y lo cargó de cadenas, encerrándolo en Macaero.

Parece probable que Juan fuera detenido en el año 35 d. de C. y ejecutado antes de finales de ese mismo año. Su decapitación, según los Evangelios, se produjo con ocasión del banquete de aniversario de Herodes, y entre los presentes se encontraban los

comandantes en jefe de las fuerzas armadas del tetrarca (Mc 6, 21). Cuando se entabló batalla con el ejército árabe. Antipas fue gravemente derrotado. Los judíos declararon que éste fue el juicio de Dios por haber mandado decapitar a Juan el Bautista.

Resentido por esta derrota, Antipas escribió a Italia para informar de lo ocurrido al emperador Tiberio. A continuación, el emperador, enojado por las hostilidades emprendidas por Aretas, escribió a Vitelio, el legado de Siria, ordenándole que declarara la guerra a Aretas y, o bien lo capturara vivo y lo enviara a Roma cargado de cadenas, o bien que le enviara su cabeza. Poco antes o inmediatamente después de recibir tales instrucciones, Vitelio se vio envuelto por las protestas de los agraviados samaritanos, y envió a su amigo Marcelo para que se hiciera cargo del gobierno de Judea y Samaria, ordenando a Pilato que se dirigiera a Roma para dar cuenta de su conducta.

Después, el propio Vitelio acudió a Jerusalén y, a juzgar por sus acciones, debió de encontrar que el pueblo estaba en un estado de gran inquietud. En el libro XVIII de *Antigüedades*, Josefo dice que Vitelio llegó a Jerusalén durante la Pascua. Pero los eruditos creen que esto fue un desliz por parte del historiador, ya que en una mención anterior a la misma visita no se refiere a ninguna fiesta. El historiador confunde la primera visita del legado con una segunda hecha durante la Pascua del año 37 d. de C., cuando estuvo acompañado por Herodes Antipas.^[26] En esta primera visita —que se produjo quizás en septiembre del 36 d. de C.—, Vitelio destituyó a Caifás como sumo sacerdote, perdonó a los ciudadanos los impuestos sobre la venta de la producción agrícola y estuvo de acuerdo en que los sacerdotes conservaran sus vestimentas y ornamentos cuando oficiaban en el Templo. Hasta entonces, las vestiduras y ornamentos se conservaban bajo custodia de la guarnición romana en la fortaleza Antonia, eran entregadas a los sacerdotes antes de las festividades y se las volvían a quitar después. Ya hacía mucho tiempo que esto era sentido por los judíos como un agravio.

Ya fuera durante su estancia en Jerusalén o en su regreso a Siria, Vitelio recibió sus órdenes de atacar a Aretas. Para dicho propósito, reunió dos legiones de infantería pesada, ayudada por caballería e infantería ligera. El ejército estuvo dispuesto y se puso en marcha antes de finales del invierno del año 36-37, y Vitelio volvió de nuevo a Jerusalén, acompañado por Antipas, para ofrecer sacrificios durante la Pascua del año 37, presumiblemente como rogativa por el éxito de la expedición. En esta ocasión, Vitelio efectuó otro cambio en el cargo de sumo sacerdote, deponiendo a Jonatán, hijo de Anas, a quien había nombrado pocos meses antes, y entregándoselo a su hermano Teófilo. Sólo hacía cuatro días que Vitelio estaba en Jerusalén cuando recibió la noticia de la muerte de Tiberio, ocurrida el 16 de marzo, a quien sucedió Calígula. En consecuencia, hizo que el pueblo jurara lealtad al nuevo emperador, y como ahora necesitaba una orden expresa de Calígula para proseguir la guerra contra Arelas, llamó a sus tropas y él mismo se retiró a su cuartel general en Antioquía.

Es, por lo tanto, en el contexto de los acontecimientos y circunstancias históricas que hemos descrito donde tenemos que situar el ministerio y la crucifixión de Jesús. Si fue ejecutado durante la Pascua, el año que mejor concuerda con las pruebas de que disponemos es el 36 d. de C. Es más, ahora ya no vemos la muerte de Jesús como un hecho aislado, sino en el contexto de las condiciones que jugaron un papel importante en lo que sucedió.

A partir de esta fecha exacta y con la ayuda de los ciclos de siete y catorce años y de todos los demás recursos de que podemos disponer, estamos en situación de seguir los acontecimientos posteriores de un modo más inteligible y realista. A los factores que hemos citado hasta ahora podemos añadir la vital contribución que aporta la cronología. (En la Tercera parte se consideran también otros factores). Una vez situados ante el camino correcto podemos darnos cuenta de muchas cosas que hasta ahora no nos habían parecido tan relevantes. Las piezas del rompecabezas encajan en su lugar correspondiente y los fragmentos sueltos de la tradición nos

ayudan a recomponer una imagen coherente. Es posible que lo que surja de todo esto no esté muy de acuerdo con lo que habíamos imaginado, pero, sin duda alguna, esta nueva visión y el impulso de ver las cosas de un modo diferente, deben beneficiarnos, permitiéndonos aumentar nuestra comprensión.

TABLA DE CICLOS

<i>Año Sabático</i>	<i>Año censal romano</i>
<i>A. de C.</i>	
Sep, 3-2	
<i>D. de C.</i>	
5-6	
	<i>D. de C.</i>
	6-7
12-13	
19-20	
	20-21
26-27	
33-34	
	34-35
40-41	
47-48	
	48-49
54-55	
61-62	
	62-63
68-69	

4.- Recordando a Sión

En el último capítulo de la Primera parte, tenemos que volver a la topografía de Jerusalén, ya que muchos de los acontecimientos que se narrarán en la Segunda parte ocurrieron en la ciudad y sus alrededores. Algunos de ellos no se pueden comprender sin haberse familiarizado previamente con este aspecto. De ahí la necesidad de conocer su trazado y sus alrededores, así como la posición de ciertos edificios e incluso el carácter de los diversos barrios de la ciudad. Debemos tener presente continuamente que esta poblada ciudad, levantada sobre colinas rocosas, era la metrópoli espiritual y política de Israel, un centro elegido de culto y sede del gobierno. La historia de Jerusalén se remonta a la más remota antigüedad, puesto que ya existía mil e incluso más años antes de la fundación de Roma y representaba a un mundo visionario que se extendía hacia el futuro.

En la actualidad, el visitante de Jerusalén casi puede responder emocionalmente a lo que esta ciudad significa, especialmente si es judío, cristiano o musulmán. Pero aunque la ciudad ha estado siempre en el mismo sitio y ciertas características han sobrevivido, el aspecto de la ciudad actual no tiene nada que ver con el que presentaba en la primera mitad del siglo I d. de C.

La destrucción ocasionada por las fuerzas de Vespasiano y Tito durante la guerra judía contra los romanos dejó Jerusalén y su Templo en ruinas. Pero un cambio aún mayor lo produjo Adriano

durante el siglo II cuando construyó sobre el mismo lugar una ciudad nueva llamada Aelia Capitolina. No sólo era más pequeña en extensión, sino que fue trazada según un nuevo plan, sobre un eje norte-sur, en lugar de este-oeste. Se redujeron las colinas y los valles se llenaron de escombros, La parte sudoccidental de Jerusalén quedó situada fuera de las murallas de la ciudad. La zona del Templo permaneció, pero ahora fue ocupada por un santuario pagano dedicado a Júpiter Capitolino. En medio del atrio se erigió una estatua ecuestre del emperador.

Se hicieron otras alteraciones considerables durante el período Omeya.

Los árabes, los francos y los turcos dejaron su impronta en la ciudad. Como rasgo característico, la bóveda de la roca fue erigida en la plataforma del Templo, y las murallas actuales fueron la contribución de Suleimán el Magnífico durante el siglo XVI. Debe decirse que algunos de los lugares santos cristianos de Jerusalén no tienen una relación verdadera con las circunstancias que conmemoran, y que Jesús nunca acarrió la cruz a lo largo de la Vía Dolorosa.

¿Cómo podemos, pues, volver a hacernos una imagen del aspecto que tenía Jerusalén durante el período en que se sitúa nuestra historia? En parte gracias al resultado de las excavaciones arqueológicas emprendidas durante el último siglo y que actualmente se continúan activamente en las cercanías de la zona del Templo.^[27] Afortunadamente, disponemos también de una descripción general de la ciudad tal y como era en el siglo I, gracias a los recuerdos personales que Josefo incluye en su Libro Quinto de la *Guerra judía* (136-247). Se pueden aceptar tales recuerdos como sustancialmente exactos y han demostrado ser de gran utilidad para los arqueólogos modernos. Algunos puntos se han podido completar gracias a otras fuentes. La imagen total no es tan completa como desearíamos, pero, poniendo un poco de imaginación, podemos conjurar una imagen visual bastante impresionante.

Para nuestros propósitos, será suficiente con transmitir una impresión general, de modo que seamos conscientes de la relación existente entre las diferentes partes de la ciudad. Intentaremos ilustrar la configuración topográfica en algunos aspectos particulares, así como en aquellos rasgos que nos ayuden a comprender mejor los acontecimientos.

Fue precisamente durante el período que abarca nuestra historia cuando Jerusalén alcanzó en la antigüedad su mayor extensión y gloria. La situación de la vivienda era difícil, y la ciudad se había extendido hacia el norte, más allá de sus murallas. Se formó un suburbio residencial, con villas y jardines, al que se dio el nombre de Bezetha, y que era habitualmente citado como Ciudad Nueva. Con objeto de proporcionarle una mayor protección ante cualquier ataque, y además de la segunda muralla ya existente, esta zona quedó parcialmente cerrada por una nueva muralla (la tercera), comenzada a construir por orden de Agripa I durante el breve período de su reinado (4144 d. de C—), en un momento en que Judea volvía a encontrarse temporalmente bajo gobierno judío. Jesús, desde luego, no fue testigo de estos cambios, pero la expansión hacia el norte ya se había producido en su tiempo, haciendo que los límites de la ciudad se acercaran más al lugar donde fue ejecutado y enterrado.

Los caminos llegaban a Jerusalén desde diversos puntos, pero nosotros nos aproximaremos desde el este, no sólo porque, al hacerlo así, obtenemos la vista más impresionante de la ciudad, que daba al este, hacia el monte de los Olivos, sino también porque por este lado de la ciudad llegaban los caminos procedentes de Jericó y Betania.

El aspecto era impresionante desde el lado oriental, ya que aquí la ciudad se levantaba sobre una formación de colinas que se extendían hacia el norte y el sur, cuyos bordes caían a pico sobre el barranco del valle de Cedrón, situado entre Jerusalén y el monte de los Olivos. El valle era mucho más profundo de lo que es en la actualidad, pero por él se podía acceder al Templo. Aquí, detrás de

la muralla, se encontraba la plataforma nivelada artificialmente de la montaña del Templo, encerrada por altos pórticos. Situado sobre otra plataforma interna se elevaba el Templo propiamente dicho, con sus torres y parte superior visibles desde el otro lado. Con sus blancos muros de mármol y su tejado sobredorado daba una profunda impresión de belleza y majestuosidad, especialmente por la mañana, a la salida del sol.

Al norte del Templo, se podía entrar en la ciudad por la Puerta de las Ovejas, pero en lugar de hacerlo así podemos recorrer los huertos de olivos, con el cercano jardín de Getsemaní (Geshemanim),^[28] siguiendo hacia el sur por el valle de Cedrón. A nuestra izquierda dejamos cinco monumentos funerarios —que todavía existen—, y mirando hacia arriba en dirección a la ciudad vemos casas a lo largo de la parte superior de una colina ligeramente baja. Allí arriba se encontraba el monte Sión, sede de la fortaleza jebusita original que se convirtió con el tiempo en la Ciudad de David. Desde Jerusalén aún se podía observar así, a pesar de las alteraciones llevadas a cabo por los asmoneos, que redujeron la colina para permitir una mejor vista del Templo desde el interior de la ciudad. La colina situada justo hacia el sur, en un espolón, estaba rodeada por el valle de Cedrón por uno de sus lados, y por el valle de Tiropoeon por el otro, ya dentro de la ciudad. Debido a su configuración, esta zona era conocida como el Ofel (la Protuberancia). Aquí, y no sobre la colina occidental algo más suave —como supusieron más tarde judíos y cristianos— fue donde estaba el verdadero Sión, que juega un papel tan importante en nuestra historia. En esta gran fachada rocosa que da hacia el sudeste se encuentran las grandes tumbas, hechas en cavernas, de la casa real de Judá, incluyendo la de David (Hch2, 29).

Llegamos a la antigua fuente de Gihon y recordamos que el rey Ezequías hizo oradar un túnel en la roca para traer sus aguas al estanque de Siloé, ya en el interior de la ciudad. Al otro lado del valle que queda a nuestra izquierda hay otra colina conocida como el monte de la Ofensa, porque se supone que el rey Salomón hizo

allí sacrificios a los dioses paganos. Entre las torres protectoras que rodeaban la ciudad en esta zona se encontraba la de Siloé. Según Lucas (13, 4), la torre ya se había desplomado en tiempos de Jesús, matando a dieciocho personas. Lucas relaciona este incidente con la matanza de galileos en el Templo por orden de Poncio Pilato. Esto indica la existencia de una actividad revolucionaria (Mc 15, 7) que podría haber estado relacionada con la protesta contra el uso que hizo Pilato de los fondos sagrados judíos (el *Corban*) para construir otro acueducto desde los estanques de Salomón hasta Jerusalén. Como consecuencia de ello, hubo una demostración en la que, según nos relata Josefo (*Antig.* XVIII, 60-62), perecieron muchos judíos. ¿Acaso los rebeldes fueron sitiados en la torre de Siloé que luego asaltaron los romanos? Nunca lo sabremos.

Más allá del estanque de Siloé la muralla de la ciudad se dirige hacia el oeste por encima de otro barranco, el valle de Hinnom, donde se quemaban las basuras y que daba su nombre al Infierno (*Ge-Henna*). Entramos en Jerusalén por este ángulo sudoriental donde se encuentran los valles de Cedrón y de Hinnom, y donde se les une otro valle que sube por la ciudad, casi biseccionándola. Se trata del valle de Tiropoeon, el valle de los Queseros. A sus pies y ascendiendo por las faldas inferiores de las colinas situadas a ambos lados se encontraban las atestadas viviendas de los pobres, formando una verdadera maraña de estrechas y empinadas callejuelas. Los de mejor posición ocupaban los niveles superiores. A toda esta zona se la conocía como la Ciudad Baja, dominada desde el espolón del Ofel por el Akra (la ciudadela). Casi toda esta zona resultó devastada y cambiada, y está situada fuera de las actuales murallas de la ciudad, hacia el sudeste.

A medida que ascendemos por el valle de los Queseros vemos una aglomeración de casas y calles, algunas de éstas dedicadas exclusivamente a los diversos oficios. Hay sectores favorecidos por judíos procedentes de otras partes del mundo, que tienen aquí sus sinagogas propias y mantienen su propia vida comunitaria. En su conjunto, la Ciudad Baja es un enclave característico. Si caminamos

colina arriba a la izquierda, en la parte occidental veremos que por las laderas se extiende el acueducto ordenado construir por Poncio Pilato para traer agua a la ciudad desde los estanques de Salomón, cerca de Bethlehem. Se produjeron graves tumultos cuando empleó para ello el tesoro del Templo. En esta parte hay una muralla interior que la bloquea, separándola de la Ciudad Alta. Si continuáramos subiendo por la colina, a nuestra derecha, encontraríamos otra muralla que cubría los accesos al Akra. En el extremo norte del Ofel se encuentra el barrio sacerdotal.

El Ofel y su vecindario inmediato tiene para nosotros un interés particular pues aquí se encontraba el centro de la actividad nazoreana, según veremos más adelante. Aunque su altura se ha reducido, sus contornos, situados por debajo de la sección sudoriental de la muralla de Suleimán, deberían ser más sagrados para los cristianos que muchos de los lugares situados dentro de lo que se conoce como Ciudad Vieja, a la que suelen peregrinar. A nivel del suelo no se ve mucho que nos indique que aquí estaba Sión; pero eso es algo que se discierne mucho mejor desde el aire.

Si no nos equivocamos fue en este vecindario sacerdotal donde se encontraba la casa de Juan, el sacerdote judío, conocido también por el discípulo bienamado, es decir la casa a una de cuyas habitaciones del primer piso acudió Jesús para celebrar la Última Cena antes de su crucifixión;^[29] se trata de la misma casa que fue más tarde el hogar de su madre y el cuartel general del movimiento nazoreano. Los Hechos (6, 7) nos dicen que multitud de sacerdotes, residentes en el Ofel, se fueron uniendo a los discípulos.

¡Qué podría ser más apropiado para el Mesías, el hijo de David, para coronar su testimonio en la Ciudad de David! ¿Acaso no se había escrito «Ya tengo yo consagrado a mi rey en Sión mi monte santo»? (Sal 2, 6). Pero los devotos no han erigido aquí ningún santuario, ya que la ubicación de esta casa se sitúa erróneamente en la parte occidental de la ciudad. Quizás esté bien que sea así.

Por nuestro itinerario podremos habernos dado cuenta de que Jesús estaba más familiarizado con la parte oriental de Jerusalén.

En la historia de los Evangelios aparecen los nombres de los caminos de Jericó y Betania, el monte de los Olivos, Getsemaní y el valle de Cedrón, el estanque de Siloé y, desde luego, el Templo. Así pues, sería natural, y también estaría en consonancia con las profecías, que Jesús hubiera recorrido el sector de los pobres de la Ciudad Baja, ascendiendo hacia el Akra y el Ofel. Más allá del Templo y también en el este, conocía el estanque de Bethesda y la puerta de las Ovejas. En la parte occidental de Jerusalén no había nada que le atrajera, por razones que aparecerán más tarde. Allí sólo acudió más tarde, ya como prisionero.

De todos modos, será necesario que visitemos ese sector occidental, aunque no nos proponemos hacerlo directamente. El carácter de la Ciudad Alta es muy diferente y está más en consonancia con la cultura griega y romana que con la judía. Tiene su propia *agora*, una especie de *mercado-cum-forum*, buenas calles con villas de la clase alta y gran abundancia de árboles, jardines y fuentes. Sin embargo, para llegar a este vecindario opulento vamos a desviarnos, siguiendo la calle del valle de los Queseros a medida que sube hacia el norte y después se ramifica hacia el oeste. Delante de nosotros y a nuestra derecha se levanta la montaña del Templo, y junto a ella y por debajo se halla el edificio dedicado a la conservación de los archivos, lazos y contratos. Amplios escalones se remontan desde el valle para dar acceso al Templo en el lado occidental, a través de una escalera abovedada. Por delante de nosotros, el valle está completamente cruzado por un viaducto que une directamente la zona del Templo con la Ciudad Alta.^[30]

Más allá, Jerusalén se abre. Nos encontramos en el sector cívico. Aquí se encuentra el edificio donde celebraba sus sesiones el Consejo Judío (el Sanedrín), combinando las funciones de tribunal y ayuntamiento, y a la izquierda está el Xisto. Antiguamente, ésta fue una arena atlética, pero en la época que nos ocupa se la utiliza como lugar de reunión pública a la que son convocados los ciudadanos para escuchar los discursos y proclamaciones oficiales. Hacia el noroeste se encuentran otros rasgos de la cultura

extranjera, con el teatro y el hipódromo, la delicia de los gentiles y de los judíos helenizados, pero verdadero anatema para los patriotas devotos. Uno de los placeres de Herodes el Grande había sido el convertir su capital en una ciudad llena de grandeza y diversiones, comparable con cualquiera de la que el Imperio romano pudiera sentirse orgulloso.

Pero nosotros no tenemos necesidad de ocuparnos de esta parte de la ciudad, excepto como turistas. Estaba cerrada por el oeste y por el norte por la segunda muralla y hacia el norte se extendía la Ciudad Nueva, mientras que en la parte oriental se encontraban las tiendas de lanas, los herreros y el mercado de ropa.

Al pie del extremo norte de la Ciudad Alta y partiendo del centro cívico, seguimos la línea de la primera muralla que corta Jerusalén desde el monte del Templo hasta la entrada occidental de la ciudad, en la Gennath o puerta del Jardín, cerca de lo que actualmente es la puerta de Jaffa, donde la segunda muralla se unía con la primera. Ésta es la puerta por la que fue conducido Jesús en su camino hacia el Gólgota, un altozano situado fuera de la ciudad, hacia el norte. Muy cerca de la puerta y por encima de ella se elevaban dos torres cuadrangulares, llamadas Fasael e Hípico, y cerca había otra torre llamada Mariamme. Estas tres torres fueron construidas por Herodes el Grande y Josefo nos ha dejado una completa descripción de las mismas (G. J. V, 164-171).

Entre Fasael e Hípico ascendemos a esa parte de Jerusalén que puede ser denominada colina de la Gobernación, que configura la cara norte de la Ciudad Alta. Aquí estaban situados los palacios de los dirigentes y de la nobleza. El primero de ellos, que ocupaba una vasta zona, era el magnífico palacio de Herodes, que en estos momentos es la residencia del gobernador romano durante sus visitas a la capital. Contenía grandes salas de banquetes, despachos y dormitorios para cien invitados. Detrás de los salones de estado había claustros circulares comunicados entre sí y adornados con prados y fuentes. Los jardines tenían largos paseos bordeados de árboles, y estaban enriquecidos con aguas

ornamentales y una gran abundancia de estatuas. Una parte de la estructura principal estaba formada por el *praetorium*, con su patio, adonde fue llevado Jesús para ser juzgado.

Girando hacia el este y bajando desde los niveles más altos en dirección al Templo por caminos exquisitamente empedrados, encontramos otros edificios. Aquí está el palacio de los asmoneos e igualmente cercano al Templo el palacio del sumo sacerdote. El viaducto que cruza el valle de Tiropoeon, bajo el que cruzamos previamente, enlaza con el camino que estamos siguiendo, permitiendo un acceso directo a la montaña del Templo sin necesidad de mezclarse con el populacho. Los nobles, acompañados por sus familiares y escoltas pueden dirigirse directamente al santuario, pasando por encima de las cabezas del pueblo.^[31] Desde aquí, las tropas también pueden marchar hacia la fortaleza Antonia, situada en el rincón noroccidental de la zona del Templo.

Nuestra mirada se posa ahora sobre la Casa Santa, que podemos contemplar en toda su belleza y magnificencia, en medio de su recinto. Entramos por una puerta occidental y nos encontramos en una vasta plaza pavimentada con piedras de distintos colores. La gran plataforma que se extiende hacia el norte y el sur está rodeada por altos pórticos con tejados planos sostenidos por altas columnas corintias. El pórtico del lado sur conocido como el Pórtico Real, tiene tres hileras de columnas. Todo este recinto forma el Patio de los Gentiles, al que tiene acceso todo el mundo, y a la sombra de sus columnatas se pueden escuchar las lecciones de los maestros, tomar parte en una discusión, o simplemente charlar un rato con los amigos. El pórtico del este ostenta el nombre de Pórtico de Salomón. Por encima de la unión entre las murallas sur y occidental del recinto, y visible sólo desde el exterior, hay un lugar prominente donde se sitúa un trompetero para llamar a las gentes al culto en las horas de oración. El sonido baja por el valle en medio de la ciudad.

Pero hemos llegado hasta aquí para contemplar la Casa Santa. Esta da al este y se eleva en medio del patio general, sobre plataformas más elevadas, dentro de otro recinto dotado de puertas. Los muros de este recinto disponen de columnatas en los lados interiores y en el exterior hay una terraza que se eleva por encima del Patio de los Gentiles, con una balaustrada en la que las inscripciones en griego, latín y hebreo advierten a los no judíos que la entrada al interior está prohibida.

En consecuencia, sólo podemos seguir avanzando en compañía de amigos judíos, pero podemos describir lo que vemos. La entrada más imponente está situada en el este. La puerta es de un brillante bronce corintio barnizado y es conocida como la Puerta Hermosa, formando una puerta de dos hojas por encima de una escalinata de doce escalones. Por aquí entramos en el patio exterior del propio santuario, llamado el Patio de las Mujeres porque, además de las cámaras existentes en las esquinas, se ha previsto una sección aparte para las fieles. Los sacerdotes no tienen que pasar por este patio ni por el Patio de los Gentiles: a ellos se les permite llegar a sus puestos a través de pasadizos subterráneos que comunican directamente con el sur, donde se halla su propio barrio residencial, en el Ofel.

En el lado oriental del Patio de las Mujeres llegamos a otro nivel. La puerta central se halla situada al final de una escalinata de quince escalones que forma un semicírculo. Durante la celebración de los servicios el coro de levitas canta sobre esta escalinata sus himnos, con acompañamiento de instrumentos de cuerda.

Al final de los escalones la Puerta Nicanor da acceso al patio interior, cuya primera sección es el Tribunal de Israel y más allá está el Tribunal de los Sacerdotes. No debemos seguir avanzando; pero podemos llegar a un gran espacio abierto donde se ofrecen los sacrificios y libaciones. Finalmente, y sobre una plataforma aún más elevada a la que ascendemos subiendo más escalones, se eleva la propia Casa de Dios, flanqueada por torres, cuyos tejados, sostenidos por vigas de cedro, están recubiertos de oro.

La entrada a la Casa Santa está cubierta por una cortina. Dentro hay un vestíbulo y después otro cortinaje lo separa de la habitación donde se halla el gran candelabro de oro de siete brazos, el altar de incienso y la mesa. Por detrás de esta habitación un cortinaje aún más espléndido cubre el acceso a la cámara más interior de todas, el *sanctasanctórum*, completamente vacía, excepto por la presencia de un afloramiento de roca con su parte superior aplanada. Dentro de este santuario sin adornos, en el que reina un elocuente silencio, el sumo sacerdote entra con toda solemnidad sólo una vez al año, durante el gran Día de la Expiación.

Regresamos silenciosamente al Patio de los Gentiles, pero ahora seguimos el camino hacia el norte, a lo largo de su lado occidental. Por esta época se llevaron a cabo grandes trabajos de reconstrucción, que ocuparon a 18 000 personas durante muchos años.

El último edificio que contemplamos es la maciza fortaleza Antonia, con sus cuatro torres, situada en la esquina noroccidental de la montaña del Templo. La fortaleza, unida por el oeste con la segunda muralla que cubre la aproximación por el norte, fue diseñada como protección del Templo y había sido reconstruida por Herodes el Grande. Ocupa un alto peñasco cuya cara cortada a pico ha sido cubierta de piedras deslizantes para impedir que el enemigo suba por aquí. Toda esta gran estructura, con su patio interior, es completamente autosuficiente, disponiendo de su propia reserva de agua, y de amplios acomodos para los oficiales y los hombres.

Citando a Josefo: «En el punto en que se elevaba, dominándolos, sobre los pórticos del Templo, había escaleras que bajaban hacia ellos y por las que descendía la guardia; aquí siempre había estacionada una cohorte romana, cuyos hombres armados tomaban posiciones alrededor de los pórticos cada vez que se celebraban las fiestas [es decir, sobre los tejados], con objeto de vigilar al pueblo y reprimir cualquier movimiento insurreccional» (G. J. V, 243-244). De este modo, la fortaleza Antonia recordaba

permanentemente al pueblo judío su sometimiento a un poder pagano.

Confío en que nuestro itinerario nos haya permitido imaginar de un modo realista el aspecto de Jerusalén durante la primera mitad del siglo I d. de C., de modo que podamos visualizar así la posición y el carácter de algunos de los rasgos principales. Necesitaremos recordar esta información para clarificar muchas de las cuestiones que vamos a relatar.

Pero también debe habernos familiarizado con algo que la historia no ha resaltado con énfasis suficiente. El valle de la calle de los Queseros no sólo representaba una división natural dentro de la misma ciudad, sino que constituía una división espiritual y política. Quienes vivían en las alturas orientales sólo servían al Dios de Israel, mientras que quienes habitaban en las colinas occidentales también servían al César y a Mamón. Sión estaba completamente dedicada a la devoción a la Torah y a la independencia nacional. Cuando se produjo la ruptura con Roma las monedas que conmemoraban la revuelta llevaban la leyenda: «Por la redención de Sión» y «Libertad de Sión». En las colinas opuestas de la Ciudad Alta, hacia el norte, reinaba una solución de compromiso. Aquí las culturas y filosofías del Imperio romano se mezclaban con la judía y existían pocos deseos de sacudirse el yugo extranjero. Dentro del período que estamos tratando, es significativo el hecho de que cuando la familia real de los adiabenos se convirtió al judaísmo y la reina Helena y su hijo Monobazo se construyeron palacios en Jerusalén, no eligieron como lugar de residencia la Ciudad Alta, donde predominaba la aristocracia helenizada, sino que se instalaron en el corazón de la Jerusalén nacionalista, en el Akra. Varios miembros de esta familia tomaron parte en la revuelta al lado de los rebeldes.

La mayoría de los simpatizantes de la Cuarta Filosofía de Judas de Galilea vivían en la zona oriental y en las profundidades de la Ciudad Baja.^[32] Tanto aquí como en la antigua Ciudad de David fue donde los nazoreanos encontraron multitud de simpatizantes. Jesús

pasó la última noche en el Ofel, en compañía de sus discípulos y, en los años posteriores, ellos confiaban en asistir desde esta prominencia, mirando por encima del valle de Cedrón, a su descenso de los cielos sobre el monte de los Olivos, tal y como había dicho el profeta Zacarías (14, 4).

Los contrastes existentes dentro de la ciudad, tal y como eran vistos por quienes vivían en la parte oriental, sirvieron para ilustrar dichos de Jesús que se pronunciaron aquí por primera vez. «Los que visten magníficamente y viven con molicie están en los palacios» (Lc 7, 25), refiriéndose sin duda alguna a la Ciudad Alta. El hombre rico de la parábola de Lázaro el pobre, el primero «vestía de púrpura y lino, y celebraba todos los días espléndidas fiestas» (Lc 16, 19). ¡Qué hermoso era disponer de mucha comida *todos los días*. En el mundo por venir, desde luego, todo sería diferente. Entonces, el pobre mendigo se vería reconfortado, y el rico atormentado. Pero aún seguía existiendo un valle de Tiropoeon. «Entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo —dice Jesús—. Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios».

Jesús dice: «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios. Bienaventurados los que tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis... Pero ¡ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre. ¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto» (Lc vi. 20-25). Jesús dice que al camino de la perdición se llega por una entrada ancha y un camino espacioso (como en la Ciudad Alta), mientras que el camino que lleva a la vida tiene una entrada estrecha y un camino angosto, difícil de encontrar (como en la Ciudad Baja) (Mt 7, 13-14).

Los ricos y aristócratas de la Ciudad Alta podían demostrar desprecio por los habitantes de la Ciudad Baja, pero también les temían. Podían vivir rodeados de lujos en sus señoriales palacios y agradables jardines, lejos de las casuchas congestionadas, los

hedores y suciedad reinantes en lo más profundo del valle, pero sólo gracias a que vivían bajo la protección de las armas romanas.

Una vez comprendida la topografía de Jerusalén comprendemos mucho más vívidamente el ambiente en el que tuvo sus comienzos el cristianismo. Tenemos así la impresión de una ciudad en la que los distintos asentamientos reflejaban los ánimos y contrastes humanos. Ahora ya estamos instruidos de un modo más exacto y realista en cuanto al significado de lo que se desplegará ante nosotros a medida que se vaya narrando el transcurso de la historia.

Segunda parte - Progresión del drama

5.- Bajo Poncio Pilato

Cualquiera familiarizado con el profundo compromiso del pueblo judío con su fe, lo que le impulsaba a abrigar un fuerte sentido de orgullo nacional, podría haber informado al gobernador romano de Judea y Samaria de que se podían esperar problemas entre los años 34 y 35 d. de C. Durante estas fechas el año sabático judío se superpondría al año del censo romano por primera vez desde que Poncio Pilato se hizo cargo del puesto.^[33]

Es posible que Pilato estuviera advertido; pero, a pesar de experiencias anteriores de solidaridad judía en defensa de sus «absurdas supersticiones», y de los conflictos que le habían producido, Pilato no esperaba que este pueblo sometido se embarcara en ninguna gran aventura hostil. Era un pueblo sin líder nacional y sin organización militar. Las tropas de que disponía serían suficientes para enfrentarse con cualquier incidente que pudiera ocurrir.

Poncio Pilato había llegado a Judea el 26 d. de C., lleno de arrogancia y sentido de autoimportancia, sin ninguno de los rasgos de exquisito comportamiento del diplomático de carrera, decidido a ejercer sus funciones en nombre del César y a no permitir tonterías. Detrás de él estaba, sin duda alguna, el ambicioso y antisemita L. Aelio Sejano, que por esta época gobernaba virtualmente el Imperio romano en nombre de Tiberio. Filón de Alejandría describe el carácter de Pilato en su *Embajada a Gayo*, citando y probablemente

desarrollando una carta de Agripa I al emperador Calígula, fechada en el año 40 d. de C. En esta fuente casi contemporánea, Pilato es descrito como un hombre «naturalmente inflexible, una mezcla de voluntad propia y actitudes implacables, notorio por su espíritu de venganza y su temperamento furioso». Cuando fue finalmente llamado a dar cuentas en el año 36 d. de C., las acusaciones contra él concordaban con la reputación que se había ganado: «sobornos, insultos, robos, atropellos y desenfrenos, repetición constante de ejecuciones sin juicio previo, crueldad constante y extraordinariamente penosa.»^[34]

El primer acto de Pilato cuando llegó a Cesárea, en la costa, el lugar de residencia habitual de los gobernadores romanos de Judea, fue enviar una nueva guarnición a Jerusalén. Los soldados habrían estado de servicio en el palacio de Herodes, en la zona occidental de la ciudad, y, sobre todo, en la fortaleza Antonia, en el ángulo noroccidental de la montaña del Templo. Los gobernadores anteriores se habían mostrado condescendientes para con los escrúpulos religiosos judíos, pero no fue así con Pilato: permitió que sus tropas llevaran sus estandartes, que probablemente mostraban imágenes del emperador. Como el César era un objeto de culto, esto transgredía la ley judía contra los ídolos. Josefo dice que las tropas llegaron al amparo de la oscuridad y que los ciudadanos de Jerusalén sólo se dieron cuenta de lo que había sucedido a la mañana siguiente. Es de suponer que los estandartes fueron vistos en las murallas de la fortaleza Antonia en cuanto se abrieron las puertas del Templo para el servicio religioso de la mañana, y que fue esta profanación de los sagrados contornos lo que despertó la ira de los judíos. Quienes llegaban a la ciudad procedentes del campo fueron informados inmediatamente y no tardó en formarse una multitud que emprendió el camino hacia Cesárea con la intención de pedir a Pilato que ordenara retirar los estandartes. Al parecer, la acción fue espontánea y sin ninguna intención violenta, suponiendo muchos de los participantes en ella que se había tratado de un

verdadero error por parte del nuevo gobernador, debido sobre todo a la ignorancia.

Los judíos no tardaron en verse desilusionados. Con una actitud insolente, Pilato los hizo esperar durante cinco días, sin darles ninguna respuesta. Al sexto día, fueron convocados para que acudieran a un gran estadio en Cesárea, donde se encontraron rodeados por tres filas de soldados romanos. Desde su tribuna, el gobernador hizo una señal para que sus tropas desenvainaran las espadas; a continuación amenazó a los demostrantes con pasarlos a cuchillo sin piedad alguna si se negaban a aceptar los emblemas de la divina autoridad del emperador. Entonces, según dice Josefo, la gente se arrojó al suelo y dejaron los cuellos al desnudo, gritando que preferían morir a transgredir sus leyes. Ésta fue una situación inesperada para el jactancioso Pilato, quien no se atrevió a cumplir sus amenazas. Finalmente, se mostró de acuerdo en retirar los estandartes.

Sin embargo, los judíos conocieron a partir de entonces al hombre que tenían por gobernador. Por su parte, Pilato, resentido por aquel insulto a su orgullo y su prestigio, se mostró decidido a devolver con intereses el golpe que se había visto obligado a encajar.

Es una pena que dispongamos de tan poca información sobre el período de la administración de Pilato. La carta de Agripa a Gayo sugiere una larga serie de fechorías y duras medidas. Pero Agripa sólo cita un incidente, pertinente para el propósito de su carta. Este incidente particular no lo menciona Josefo, que sólo ofrece dos ejemplos de las acciones de Pilato en *Guerra judía*, y otras dos más en *Antigüedades* si incluimos la referencia a la ejecución de Jesús. Esta última acción está certificada en cualquier caso por los Evangelios y por Tácito. De modo que, a partir de las fuentes, sólo tenemos constancia de cinco incidentes específicos, y todos ellos, excepto el primero que acabamos de describir, corresponden a fechas varios años posteriores al 26 d. de C.

El ejemplo particular del comportamiento de Pilato al que se refiere Agripa en su carta sólo pudo haber ocurrido después de que el gobernador hubiera ejercido su cargo durante algún tiempo, ya que los agraviados ciudadanos de Jerusalén propusieron enviar una embajada a Tiberio. Según Agripa, Pilato temía que esto se llevara a cabo, ya que los enviados podían exponer su larga lista de agravios. Branden, que trata en profundidad los incidentes conocidos, acepta que todos ellos, excepto el primero, sucedieron después del año 31 d. de C., el año en que Tiberio se decidió por fin a actuar contra Sejano y lo mandó ejecutar.^[35]

En la Primera parte ya hemos señalado lo poco que tiene que decir Josefo en su primera obra. *Guerra judía*, sobre los acontecimientos ocurridos en Judea antes del año 48 d. de C.^[36] Una de las razones que explican esta actitud pudo haber sido su afán por resaltar que la infamia y la mala administración de los últimos gobernadores romanos fue uno de los factores que impulsaron a los judíos hacia la revuelta. Pero si Josefo lo hubiera dicho así, aportando las pruebas, se le podría haber preguntado por qué entonces no se rebelaron los judíos una generación antes. Josefo aportó una mayor información en *Antigüedades*, pero eso ya fue casi un cuarto de siglo después, cuando su propósito era muy distinto.

Toda la información de que disponemos, incluyendo la de Marcos y Lucas, así como la de Filón, indica que la administración de Pilato se caracterizó por la animosidad contra los judíos y una actitud infame y despiadada, lo que despertó las iras del pueblo en un momento en que era más probable su desafección y en que estaba más abierto a cualquier estímulo antirromano. Este período se alcanzó en el año sabático 33-34, seguido por el año censal romano. Por lo que sabemos de Pilato, podemos suponer que el censo se llevó a cabo rudamente, y que los tributos impuestos en el año 35 se cobraron de modo violento. Los Evangelios se refieren al tributo, pero Josefo prefiere ignorarlo, aunque tuvo que haberlo sabido. En su conjunto, debemos llegar a la conclusión de que,

entre los años 33 y 36 d. de C... las condiciones existentes en Palestina fueron muy turbulentas y las provocaciones mayores de las que se debería haber permitido. Esta situación tuvo que haber sido bastante peor de lo que nos transmiten los cinco incidentes de los que tenemos constancia. Sólo así podemos encontrar justificación a los calificativos de la carta de Agripa, que habla de «sobornos, insultos, robos, atropellos y desenfrenos, repetición constante de ejecuciones sin juicio previo, crueldad constante y extraordinariamente penosa».

En consecuencia, la detención y ejecución de Jesús no fue más que un incidente entre otros muchos, aun cuando fuera muy importante para los evangelistas. Por razones suficientemente explicadas, los evangelistas se preocuparon por minimizar la culpabilidad de Pilato y magnificar la responsabilidad de los judíos. Sus informes reflejan las actitudes, polémicas y apologéticas de finales del siglo I y principios del siglo II. Después de la caída de Jerusalén, uno u otro de los evangelistas presentaron los hechos con numerosos elementos contradictorios y embelleciéndolos, y ésta fue la versión que circuló por todo el Imperio romano. Cuando emergió la historia de Jesús, su valor histórico se redujo mucho, a pesar de que siguió conservando ciertos lazos con la realidad, procedentes de recuerdos o de fuentes más antiguas. Tenemos que buscar para ir más allá de estas interpretaciones de los evangelistas, y tener en cuenta las cosas que ocultan, y aquellas a las que sólo aluden, sin llegar a desarrollarlas.

En principio, sería deseable ver los últimos acontecimientos ocurridos durante el período en que Pilato estuvo a cargo del gobierno, tal y como se citan en nuestras fuentes, sin prejuizar ni el orden en que se produjeron ni la cuestión de la relación que pudieron haber tenido entre sí.

1. Pilato hizo colocar en el palacio de Herodes en Jerusalén unos escudos sobredorados dedicados al emperador «para irritar a la multitud» (carta de Agripa a Gayo, citada por Filón).

2. Pilato construyó un nuevo acueducto para traer agua a Jerusalén, utilizando para ello una parte de los fondos sagrados del Templo. Los judíos de Jerusalén se manifestaron en contra de esta medida, gritando insultos. Anticipando los problemas, Pilato introdujo entre la multitud a soldados disfrazados con ropas civiles, con órdenes de golpear a los manifestantes con porras cuando él diera la señal. Muchas personas murieron, ya fuera a causa de los golpes o al ser pisoteadas tras la estampida que se produjo al intentar escapar (Josefo).

3. Con ocasión de cierta perturbación que produjeron los galileos en Jerusalén, Pilato emprendió una acción que «mezcló su sangre con la de sus sacrificios». En relación con este informe. Lucas menciona el desplome de la torre de Siloé, que mató a dieciocho personas.

4. En Jerusalén se produjo algún tipo de levantamiento en el que se derramó sangre. Algunos de los judíos implicados fueron detenidos y enviados a prisión. Entre ellos se encontraba uno llamado Barrabás (Marcos).

5. Jesús de Nazaret fue detenido en Jerusalén como inductor a la sedición y aspirante al trono judío. Al parecer (según el evangelio de Juan) muchos ciudadanos habían acudido a saludar a Jesús como rey cuando éste entró en la ciudad poco antes de la Pascua. Fue juzgado y crucificado por Pilato.

6. Un hombre acudió a los samaritanos llamándoles a seguirle al monte Gerizim, donde revelaría el lugar en que se encontraban los vasos sagrados que se creía habían sido enterrados allí por Moisés. El avance de la multitud se vio bloqueado por las órdenes de Pilato, que ordenó a sus tropas pasar al ataque. Muchas personas fueron muertas y los samaritanos más prominentes e influyentes fueron capturados y ejecutados (Josefo).

Cada uno de estos hechos puede representar un incidente aislado. Por otro lado, es posible que 2, 3 y 4 reflejen aspectos de un mismo acontecimiento, o que debamos considerar juntos el 3 y el 4, o alternativamente el 4 y el 5. El asunto de los samaritanos, el 6,

es claramente distinto, y debemos considerarlo como el último agravio, ya que fue lo que decidió a Vitelio, el legado de Siria, a ordenar a Pilato que acudiera a Roma para responder de las acusaciones que tenían contra él los samaritanos y los judíos.

Todos estos hechos parecieron tener lugar en el intervalo de cuatro o cinco años, entre el 31 y el 36 d. de C., y nos indican, en su conjunto, un rápido deterioro de la situación, agravada por la personalidad despiadada y dominante de Pilato.

Pero también debemos considerar que el tratamiento a que se vio sometido el pueblo, así como la violación de sus principios religiosos, debió de haber estimulado el convencimiento de que éstos eran efectivamente los Últimos Tiempos, intensificando así las expectativas mesiánicas. Los más militantes, como los zelotes galileos, estaban preparados para explotar cualquier acontecimiento que permitiera una aceleración de la liberación de Israel.

Ya hemos explicado cómo el año sabático liberaba del trabajo agrícola a grandes multitudes, que disponían así de tiempo para deambular alrededor de quienes proclamaban la llegada del reino de Dios, y también sabemos cómo reaccionaron al primer censo romano los seguidores de Judas de Galilea y de Zadok.^[37] Cuando estos acontecimientos periódicos se superponían, como sucedió en esta coyuntura, se encontraban reunidos todos los ingredientes necesarios para que se produjeran explosiones populares, incluso sin la actuación de Pilato. Por lo tanto, su sed de venganza y su brutalidad no hicieron más que añadir leña al fuego.

Los Evangelios, aunque preocupados por lo que deseaban presentar como la historia de Jesús, también preservaron restos de circunstancias que no intentaron enfatizar y que nos contarían una historia bien diferente. De ellos hemos extraído los aspectos 3, 4 y 5 de nuestra lista. Pero también obtenemos trazos de otros reflejos de la situación contemporánea.

Juan el Bautista les dice a los recaudadores de impuestos que no cobren más que el tributo correcto, y a los soldados que no deben emplear la violencia contra nadie, ni acusar a nadie en falso.

El pueblo está a la expectativa, y todo el mundo se pregunta si Juan no será el Mesías (Lc 3, 12-15). Esto también sucede con Jesús (Mt 12, 23), quien es aclamado con frecuencia como el hijo de David. Algunos de los ciudadanos de Jerusalén están convencidos de que Jesús tiene que ser el Mesías (Jn 7, 42). En el Sermón de la Montaña hay pasajes que aluden a la opresión romana. En Galilea, el pueblo pretende obligar a Jesús a convertirse en su rey (Jn 6, 15). Cuando Jesús se dirige a Jerusalén en compañía de los peregrinos galileos, se presume que el reino de Dios está a punto de convertirse en realidad (Lc, 19, 11). La madre de los hijos de Zebedeo solicita para sus dos hijos que se sienten a la derecha y a la izquierda de Jesús en su reino (Mt 20, 21). Jesús promete a los doce apóstoles que se sentarán en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (Mt 19, 28). Tenemos referencias sobre el recaudador de impuestos Zaqueo y la cuestión que se le plantea a Jesús sobre el pago de tributos al César. Los Evangelios sinópticos afirman que Jesús entró en Jerusalén en su papel de Mesías, mientras que Juan dice que las multitudes acudieron a recibirle como rey (Jn 12, 12-13). Las autoridades dan instrucciones para obtener información sobre las andanzas de Jesús, de modo que puedan arrestarlo (Jn 11, 57). Toda la ciudad de Jerusalén estaba conmovida (Mt 21, 10). Entre los principales dirigentes hay quienes creen que Jesús es realmente el Mesías (Jn 12, 42). Las autoridades deciden prender a Jesús con engaños y no durante la fiesta, por temor a que «haya alboroto del pueblo» (Me 14, 1-2).

Cuando estudiamos éstos y otros detalles, no sólo obtenemos una imagen del estado de ánimo del pueblo judío, sino también un clímax de las actividades de Jesús, cargadas de dinamita política. ¿Es que Poncio Pilato va a permanecer tranquilamente sentado en el palacio de Herodes, sin hacer absolutamente nada contra esta grave amenaza?^[38] Eso es algo inconcebible, por lo que sabemos de él. ¡Sólo tenemos que pensar en lo que les hizo más tarde a los samaritanos en el monte Gerizim! Sería natural esperar leer en los Evangelios que Pilato, creyendo que se estaba incubando una

insurrección, envió a sus tropas para dispersar a la multitud y a detener y matar a Jesús, produciéndose una batalla en el valle de Cedrón y en las laderas más bajas del monte de los Olivos.

Los incidentes registrados revelan un empeoramiento de la relación entre Pilato y los habitantes de Jerusalén. Ellos observan cada uno de sus movimientos y le acusan de infamia, organizando protestas masivas que, en ocasiones, producen actos de violencia y derramamiento de sangre cuando el exasperado y vengativo gobernador devuelve los golpes. El capítulo que hemos dedicado a la topografía, al final de la Primera parte, nos ayuda a comprender lo que estaba sucediendo. Había una situación de hostilidad entre la Ciudad Baja y la Ciudad Alta.

Tal y como permiten deducir los propios Evangelios, el pueblo llano de Jerusalén consideraba a Jesús como alguien que estaba de su parte. Si los evangelistas hubieran escrito que Pilato, mediante la utilización de alguna estratagema o empleo de la fuerza, había conseguido prender a Jesús y que a continuación miles de ciudadanos acudieron a la residencia del gobernador para clamar por su libertad, esta narración habría estado más en armonía con la conocida actitud del pueblo. Pero resulta bastante incongruente que presentaran la situación en el sentido de que el pueblo le pidió a su peor enemigo que crucificara a su líder. Una falsedad tan burda sólo pudo haber sido cometida por personas hostiles a los judíos, que escribieron bastante después de ocurridos los hechos, con la intención de aplacar a los romanos y, como creyentes gentiles, nada familiarizados ni con el carácter de Pilato ni con la historia de su administración. Pero es absurdo que los portavoces cristianos siguieran hablando de desilusión popular y de multitudes volubles.

[39]

Hasta Josefo, que se sentía orgulloso de ser judío, pudo suprimir las pruebas antirromanas debido a que perseguía sus propios fines. Nos dice que, para sufragar el coste de su acueducto, Pilato utilizó «el tesoro sagrado conocido como *Corbonas*». Pero no nos dice cómo logró el gobernador echar mano de estos fondos. ¿Cómo

logro convencer a los principales sacerdotes para que le entregaran el tesoro del Templo, del que ellos eran custodios?

¿Se nos está diciendo otra cosa distinta referente al mismo acontecimiento cuando, en el evangelio de Lucas, se habla de esos galileos cuya sangre mezcló Pilato con sus sacrificios? ¿Encontramos un eco de lo que sucedió realmente en esta ocasión cuando el nervioso sumo sacerdote Caifás, según afirma el evangelio de Juan, expresa el temor de que si el pueblo reconoce a Jesús «los romanos vendrán y nos arrebatarán nuestro puesto y nuestra nación»?

Éstas son la clase de preguntas que debemos hacernos para tratar de descubrir lo que sucedió realmente en relación con Jesús.

Todo lo que sabemos sobre la situación contribuye a convencernos de que la narración que hacen los Evangelios sobre la Pasión está tergiversada y es artificial. Nadie parece estar actuando de acuerdo con su carácter. Pilato no es él mismo. Los sumos sacerdotes y escribas, por mucha razón que tuvieran para presionar en favor de la crucifixión de Jesús, jamás habrían acudido al escenario de la ejecución para burlarse de su víctima. El populacho judío, si fue realmente el que asistió al juicio —lo que hay muchas razones para dudar^[40] —habría gritado en favor de la liberación de Jesús, y no en favor de su muerte.

Los eruditos han señalado correctamente que, a veces, se han entretejido tendenciosamente algunos fragmentos de genuina historia y tradición para configurar una imagen compuesta de retazos del Antiguo Testamento considerados como proféticos de lo que sucedió. Hacia el 140 d. de C., Papías afirmó que Mateo había compuesto los Oráculos (relacionados con Jesús) en lengua hebrea, y que «cada cual los explicó según su capacidad». Sabemos por Justino mártir y otros que tales *testimonia* que utilizaban la versión griega septuaginta del Antiguo Testamento, experimentaron considerables añadidos introducidos por los cristianos, sobre todo para refutar a los judíos.^[41] Las narraciones de la Pasión se basan en el «descubrimiento» e interpretación de lo que se consideraban

como importantes textos del Antiguo Testamento. Y en un sentido bastante distinto al prólogo del evangelio de Juan «Y el Verbo se hizo carne». Ahora que disponemos de los comentarios explicativos de la Biblia suministrados por los manuscritos del mar Muerto, nos hallamos en una posición mucho mejor para comprender que se había puesto de moda un método de interpretar las Escrituras proféticamente, en relación con el fin de los tiempos. En manos de los cristianos gentiles, la utilización de dicho método alcanzó extremos inconcebibles, hasta el punto de que tales textos terminaron por convertirse en los padres de una historia falsa.

No obstante, no se ha perdido del todo la posibilidad de desentrañar los hechos de la ficción. En la descripción de la Pasión hay cosas que no pudieron haber sido inventadas, aun cuando algunas de ellas fueran perversamente utilizadas. Por ejemplo, la existencia del individuo llamado Barrabás, o Bar-Rabban, como se dice en el evangelio hebreo, no pudo haber sido extraída de ninguna supuesta profecía. Y este personaje puede proporcionarnos una de las claves que nos permita saber lo que sucedió en realidad.

6.- Barrabás

En Marcos, el primero de los evangelistas, Barrabás (es decir, Bar-Abba o Bar-Rabban) se nos presenta en el juicio de Jesús ante Pilato en los siguientes términos: «Había uno, llamado Barrabás, que estaba encarcelado con aquellos sediciosos que en el motín habían cometido un asesinato» (15, 7). Como estos hombres estaban detenidos por un supuesto asesinato, se supone que estaban esperando un juicio y que aún no habían sido condenados. En tal caso, la insurrección tendría que haberse producido muy recientemente, y habían sido encerrados en las mazmorras pendientes de la inminente llegada de Pilato a Jerusalén procedente de Cesárea. Parece que dos de ellos, considerados como líderes, fueron los llamados «ladrones», crucificados junto a Jesús. Pero no eran simplemente ladrones, puesto que habían participado en la insurrección y, en consecuencia, los que habían matado podrían haber sido soldados de Roma. A Barrabás se le distingue de los otros por alguna razón no explicada y se ha llegado a sugerir que él mismo no mató a nadie. Pudo muy bien haber sido una persona inocente atrapada en medio de la lucha.^[42] Podemos despreciar los cambios efectuados en Mateo, los Hechos de Lucas y en Juan. Para Mateo, Barrabás es un prisionero notable; Lucas lo considera un asesino, y Juan un ladrón.

Pero ¿qué se dice de esa insurrección judía? ¿Cuál fue su naturaleza y cuándo se produjo? Los Evangelios no dan la menor

indicación al respecto. Pero Lucas, en un lugar anterior, habla de un informe que se le da a Jesús sobre unos galileos cuya sangre había mezclado Pilato con sus sacrificios, y donde también se menciona el desplome de la torre de Siloé en el que murieron dieciocho personas. Esta torre era una poderosa fortificación situada en el ángulo sudoriental de la muralla de Jerusalén, desde la que se dominaba el estanque de Siloé y la entrada a la ciudad por el valle de Tiropoeon. Sin duda alguna, no es nada probable que se desmoronara por sí sola, puesto que en caso de deterioro habría sido sometida a reparación.^[43]

Puesto que se hace referencia a los galileos comprometidos con sus sacrificios, podemos inferir que el incidente se produjo con ocasión de la fiesta judía. Las circunstancias podrían estar relacionadas con la protesta descrita por Josefo a consecuencia de la utilización por parte de Pilato de los fondos sagrados para la construcción del acueducto; pero eso no es cierto. También hay dificultades para relacionar la historia de Lucas con la insurrección en la que se vio envuelto Barrabás. Y, sin embargo, no sólo se ha propuesto así, sino que se ha llegado a afirmar que la insurrección que comentamos se produjo en la semana de la Pasión y que tuvo que ver con Jesús el galileo.

Este último punto de vista cuenta con defensores fuertes y eruditos.^[44] Transmite la idea de que, durante la semana de la Pasión, se produjo un enfrentamiento en toda regla entre judíos y romanos. Según la teoría, la insurrección habría empezado cuando Jesús y sus simpatizantes ocuparon el Templo, en un momento en que la guarnición de la fortaleza Antonia era demasiado débil para intervenir. Las fuerzas galileas, reunidas en el monte de los Olivos, bajaron hacia el valle de Cedrón y atacaron la torre de Siloé, tomada fácilmente porque no estaba fuertemente defendida, ya que no se esperaba ningún ataque. El objetivo de la maniobra sería el de ocupar la Ciudad Baja y el Akra, contando los rebeldes con incrementar su fuerza gracias a un levantamiento de simpatizantes, para unirse después a los que ya se habían apoderado del monte

del Templo. De este modo, y con una gran rapidez gracias al factor sorpresa, toda la parte de Jerusalén situada al este del valle de Tiropoeon habría caído en manos de los revolucionarios, que se encontrarían entonces en una posición prácticamente invulnerable.

Según se ha sugerido, parece ser que Pilato sólo tardó tres días en reunir una gran fuerza, equipada con máquinas de asedio, y hacerla entrar en Jerusalén. A pesar de todas las probabilidades, los romanos alcanzaron un éxito rápido. No sabemos muchos detalles de la forma en que los romanos lanzaron el contraataque. Debemos suponer que un cuerpo de fuerzas romanas avanzó procedente del oeste para unirse con la asediada guarnición romana de la fortaleza Antonia, para caer inmediatamente después sobre los galileos rebeldes y quienes les apoyaban desde el Templo en el momento en que se estaban preparando los corderos para la semana pascual. De este modo, la sangre de los galileos se mezcló con sus sacrificios. Mientras tanto, otra fuerza romana provista de máquinas de asedio y podemos suponer que acompañada por la caballería, rodeó las murallas de la ciudad por el exterior de las mismas, derrotó a los mal organizados y mal equipados rebeldes en el monte de los Olivos, bajó las máquinas por el valle de Cedrón y en poco tiempo demolió la fuerte torre de Siloé que, al desmoronarse, mató a dieciocho de sus defensores.

Pero ¿qué pasó con Jesús? ¿Qué se suponía que estaba haciendo mientras los acontecimientos se escapaban de su control? Mientras se está produciendo la masacre en el Templo, él se encuentra rodeado de sus discípulos, celebrando tranquilamente la Última Cena en alguna casa remota, lejos de la lucha. Después, todos se dirigen a Getsemaní, donde los encuentra una cohorte romana, acompañada por la policía del sumo sacerdote, dirigida por el traidor Judas, y lo detiene. Se ignoraba que ahora, con el valle de Cedrón en poder de los romanos. Jesús contaba con pocas posibilidades de llegar a Getsemaní, y hubiera sido mejor que huyera a otro sitio.

Esta versión de las circunstancias se lee muy bien, pero no resiste un examen serio. No hay ni tiempo ni deseos de afrontar tal sugerencia. Lo que dice Lucas sobre la matanza de galileos y el desplome de la torre de Siloé, si es histórico, tuvo que haber estado relacionado con un acontecimiento anterior de carácter menos complejo. Se debe observar que, en Lucas, se informa a Jesús de lo que ha sucedido en Jerusalén mientras él estaba de viaje, bastante antes de la semana de la Pasión. El conflicto bien podría haberse producido durante el transcurso del censo romano, en los años 34-35 d. de C., ya que sabemos lo amargamente que los zelotes galileos se oponían a la entrega de tributos. Podrían haber organizado una demostración en una de las fiestas que se celebraron en Jerusalén durante ese período.

Pero, entonces, ¿qué hay de la insurrección en la que fueron detenidos Barrabás y los otros? ¿Fue otro acontecimiento distinto y más reciente del que no se nos dan detalles? Podemos decir que es inútil especular, de no ser por el hecho que, por debajo del concepto que acabamos de sugerir, surge un pasaje mucho más interesante relacionado con Jesús, interpolado junto con una serie de extrañas inserciones en el antiguo texto ruso de la *Guerra judía* de Josefo. Reproducimos a continuación la parte relevante en la que se hace referencia a Jesús.

Y muchos de entre la multitud le siguieron y escucharon sus enseñanzas; y muchas almas se conmovieron, pensando que de ese modo las tribus judías podrían librarse a sí mismas de las manos de Roma. Era su costumbre permanecer ante la ciudad, sobre el monte de los Olivos; y, también allí, él hizo curaciones entre la gente.

Y se reunieron a su alrededor hasta ciento cincuenta ministros y multitud de gente. Cuando vieron cuál era su poder, y que conseguía lo que quería con sólo una palabra, y cuando le dieron a conocer su voluntad de que entrara en la ciudad e hiciera retirarse a las tropas romanas y a Pilato y nos gobernara, él no hizo caso.

Y cuando más tarde se enteraron de ello los líderes judíos, se reunieron con el sumo sacerdote y hablaron: «No tenemos poder y somos demasiado débiles para oponernos a los romanos. Pero viendo que el arco está tensado, iremos a Pilato y le comunicaremos lo que hemos escuchado, y así estaremos libres de problemas, antes de que él se entere por otros, y nos robe nuestra sustancia y nos mate a nosotros y a nuestros hijos». Y fueron a ver a Pilato y se lo comunicaron. Y él envió sus fuerzas y mató a muchos de entre la multitud. E hizo que le trajeran al hacedor de milagros, y tras ordenar una investigación sobre él, pronunció su juicio: «Él es un benefactor, [no]

un malhechor, [no] un rebelde, [no] un codicioso de un reino» [y le dejó marchar, porque había curado a su esposa moribunda].

[Y él fue al lugar que quería e hizo las obras que quería. Y cuando más gentes se reunieron a su alrededor, se glorificó con sus acciones más que nunca. Los maestros de la ley estaban llenos de envidia, y le dieron treinta talentos a Pilato para que lo condenara a muerte. Y él los aceptó y les dio libertad para ejecutar ellos mismos su voluntad]. Y lo detuvieron y lo crucificaron de acuerdo con la ley de sus padres.

El texto sigue aquí la traducción de Robert Eisler.^[45] Los corchetes contienen lo que él creía que eran adiciones cristianas. Después de las palabras «Y él [Pilato] envió sus fuerzas y mató a muchos de entre la multitud. E hizo que le trajeran al hacedor de milagros, y tras ordenar una investigación sobre él, pronunció su juicio», deberíamos seguir leyendo: «Él es un malhechor, un rebelde, un codicioso de un reino, Y lo detuvieron y lo crucificaron *de acuerdo con la ley del emperador*». La conclusión, escrita en cursiva, nos es suministrada correctamente por un manuscrito romano.

Lo que hace este pasaje es proporcionarnos una variante de la historia relatada en el evangelio, lo que —de tener una base— explicaría la alusión de Marcos referente a un levantamiento y otras muchas cosas que crean dificultades en la presentación del evangelio.

La multitud de galileos que acompaña a Jesús y que participa en su aclamación como rey cuando se aproxima a Jerusalén, cree que él tiene el poder de liberar a Israel de los romanos. Josefo nos ofrece otros ejemplos de esta clase de creencia en el período anterior a la revuelta del año 66 d. de C. En consecuencia, la gente le pide a Jesús que entre en la ciudad como su líder, rechace a las tropas romanas y se convierta en su gobernante.

Jesús, quien está convencido de ser el Mesías, pero que se opone a la militancia, rechaza la proposición. Su comprensión de la naturaleza del Mesías se corresponde con la predicción del Príncipe de la Paz, tal y como se presenta en los *Salmos de Salomón*, y no está dispuesto a involucrar a su pueblo en una guerra^[46]. Los sumos sacerdotes, sin embargo, sabiendo que Jesús ha sido aclamado

como rey, y alarmados por sus acciones en el Templo, temen que se produzca un levantamiento, incluso sin su consentimiento. Antes de permitir ser considerados culpables de complicidad, se apresuran a comunicar a Pilato la situación, potencialmente peligrosa. En consecuencia, el gobernador se apresura a dar órdenes de dispersar a la multitud. Durante el proceso se produce un enfrentamiento y muchos resultan muertos. Jesús, el presunto instigador de la insurrección, es detenido, interrogado y condenado a la cruz.

La narración cobra así todo su sentido y está de acuerdo con la situación del momento y con el conocido comportamiento de Pilato. Y lo que relatan los Evangelios no excluye en modo alguno la versión que presenta Josefo en el antiguo manuscrito ruso. Los evangelistas podrían haber incluido esta información adicional sin violentar por ello su discurso narrativo, excepto por el hecho de que eso habría significado someter su actitud antijudía. Es conocido que Jesús se presentó en Jerusalén como rey, que fue aclamado como tal por las multitudes, que los sumos sacerdotes temían un levantamiento popular en su favor y que le acusaron por ello ante Pilato, por lo que el gobernador lo condenó a ser crucificado. También tenemos la referencia que hace Marcos a una insurrección que, en Lucas, se convierte en «un motín que hubo en la ciudad» (23, 19).

La cuestión consiste en determinar cómo se originó la adición incluida en la *Guerra judía*. Esta cuestión llamó la atención de ciertos eruditos occidentales durante la última década del siglo XIX; pero el descubrimiento y traducción de los textos eslavos no se produjo hasta la obra del profesor Alexander Berendt y su colega Konrad Grass, así como la del profesor V. N. Istrin, entre 1906 y 1921. El trabajo de estos pioneros y de otros quedó completado con las exhaustivas investigaciones llevadas a cabo por el doctor Robert Eisler durante la década siguiente.

Eisler intentó establecer la tesis de que, aparte de ciertas interpolaciones cristianas reconocibles, las adiciones podrían

haber derivado, en último término, de un material procedente genuinamente de Josefo. Afirmó que habían formado parte del primer borrador griego del libro del historiador titulado *Sobre la captura de Jerusalén*, obra posteriormente revisada y reeditada con el título de *Guerra judía*. El contenido de los pasajes, sin embargo, no nos permite garantizar la veracidad de estas conclusiones. El interés del escritor, así como algunas de las cosas que dice, sugieren que no se trata de Josefo y que está acreditando al historiador opiniones e informaciones extrañas a su punto de vista y a sus conocimientos. Siguiendo lo que ha dicho el propio Eisler en una investigación a fondo en la que trataba de confirmar su tesis, parece probable que las adiciones fueran obra de un cristiano bizantino sectario del siglo X o del siglo XI. La consiguiente versión ampliada de la *Guerra judía* fue alterada posteriormente por un copista cristiano ortodoxo, configurándola de un modo aceptable para la Iglesia. Las interpolaciones más recientes, tal y como ya viera Eisler, se reconocen con facilidad.

Pero al pronunciarnos en contra de la autoría de Josefo no estamos rechazando las adiciones más que en sus invenciones medievales, y no en su totalidad. Su autor bien pudo haber utilizado fuentes de información inexistentes en la actualidad. Varios de los primeros documentos nazoreanos todavía estaban disponibles en el imperio bizantino, algunos de los cuales se encontraban incluso en manos de judíos. A principios del siglo IX se produjo un sustancial descubrimiento de manuscritos del mar Muerto que, a través de la secta judía de los karaites, fueron puestos en circulación en una medida desconocida pero no despreciable. Los karaites disponían de una amplia comunidad en Constantinopla. Desde Bizancio, una buena parte de ese material penetró hasta el sur de Rusia, incluyendo el texto griego ampliado de la *Guerra judía*, contribuyendo, por medio de las traducciones eslavas del mismo, al desarrollo de una herejía judaizante ampliamente extendida que a la Iglesia le resultó difícil combatir. Uno de los centros de actividad fue Kiev.^[47]

En su conjunto, debemos admitir que las antiguas tradiciones de importancia histórica relacionadas con Jesús y sus seguidores sobrevivieron bastante bien en la Edad Media, y podemos suponer que tales tradiciones se reflejaron en algunas de las adiciones a la antigua versión rusa de la obra de Josefo.

Así pues, la posición que adoptamos es que la narración de lo que ocurrió, tal y como hemos citado y despreciando las alteraciones ortodoxas, podría haberse basado en fuentes que habían preservado una información genuina. Esta versión tiene todas las características de la autenticidad a la luz de lo que sabemos sobre el estado de los asuntos judíos, y explica al mismo tiempo muchas de las cosas a las que aluden los Evangelios o que han sido presentadas de un modo prejuizado. Entre otras cosas, esta historia diferente nos permite dar mucho más sentido al incidente de Barrabás, lo que también habla en su favor.

El propio Eisler ya se dio cuenta de que el levantamiento en favor de Jesús, rápidamente sofocado por los romanos, podría haber sido la misma sedición a la que se refiere Marcos y que causó la detención de Barrabás y de los otros.

El apoyo que él (Barrabás) recibió de los sumos sacerdotes y de sus masas de seguidores, sugiere que era un miembro bien conocido por la jerarquía, el hijo de *Abba* (Padre) o *Rabba* (Maestro), designando ambas palabras a un venerable doctor de la ley, conectado no con los rebeldes, sino con sus oponentes, que había sido capturado en la *mélée* junto con ellos y que estaba destinado ahora a compartir su castigo. Tratándose de un error por parte de la guardia romana, como suele suceder en cualquier tumulto de esta índole, Pilato, escuchando la voz del pueblo, pudo haberlo liberado «para la fiesta», es decir con la prontitud requerida para que el inocente pudiera participar en la celebración de la Pascua. Pero perdonar a un rebelde conocido y condenado era algo que estaba, desde luego, más allá de las atribuciones de un gobernador romano, ya que, al hacerlo así, habría sido culpable de invadir una de las prerrogativas del emperador, cosa que el suspicaz Tiberio no habría tolerado en modo alguno. De hecho, nadie, hasta ahora, ha logrado descubrir ninguna ilustración en los escritos judíos o paganos sobre la supuesta costumbre judía de obtener el perdón de un prisionero durante la Pascua.^[48]

Veamos si podemos hacer avanzar aún más esta misma argumentación.

Sobre la base de la información enviada a Pilato por los sumos sacerdotes acerca de la amenaza de un estallido sedicioso en favor de Jesús como rey de los judíos por parte de la multitud acampada en el monte de los Olivos, en espera de la próxima fiesta, Pilato, de acuerdo con su verdadero carácter, y cumpliendo con su deber, se apresura a enviar tropas para dispersar a los demostrantes y detener a sus líderes. En algunos manuscritos evangélicos el que conocemos simplemente como Barrabás es llamado Jesús. Pudo haberse encontrado allí inocentemente, tal y como propone Eisler, o bien su presencia pudo haber sido intencionada con el propósito de reprender o advertir a la multitud (Lc 19. 39). Al encontrar entre los «rebeldes» a una persona distinguida (Mt 27, 6) llamada Jesús, los romanos pudieron haber creído que acababan de descubrir a aquel del que les habían hablado. Fue inútil que él negara ser el responsable de lo que sucedía y, junto con otros que se habían resistido con las armas, fue encerrado, en espera del juicio y la sentencia.

Cuando tales noticias llegaron a oídos del Consejo Judío, hubo una gran consternación. Conociendo a Pilato, sabían que sería difícil convencerlo de la inocencia del prisionero. Tendrían que establecer que en este caso se trataba de un error de identidad, y la única forma efectiva de conseguirlo sería presentando a Jesús el nazoreano.

Después de que Jesús abandonara el Templo por última vez, sus andanzas son desconocidas. Por lo tanto, los sumos sacerdotes y ancianos se sintieron muy aliviados cuando Judas les hizo su oferta de traición. Contando con su cooperación, se envió a la guardia civil a Getsemaní para detener a Jesús por la noche, con el mínimo de publicidad. Se obtuvo de él la confesión de que era el Mesías, el rey de los judíos. Se le acusó entonces de haberle encontrado «alborotando a nuestro pueblo, prohibiendo pagar tributos al César y diciendo que él es el Mesías, un rey» (Lc 23, 2). El prisionero fue enviado a presencia de Pilato a primeras horas de la mañana, como si con ello se pretendiera anticipar la liberación de Barrabás. El

governador, al ver que tenía entre sus manos al hombre que realmente deseaba, y con los sirvientes y lacayos de los sumos sacerdotes clamando ante él, hizo de la necesidad virtud y puso en libertad al inocente pero desafortunado Jesús Barrabás, pero no a los otros dos militantes demostradores que habían sido detenidos y que fueron condenados a la cruz, junto con Jesús el nazareno.^[49]

Claro que todo esto no es más que una conjetura, pero nos presenta una narración mucho más razonable y probable de lo que sucedió realmente. Tal y como ya hemos observado, Eisler cree que Jesús Barrabás podría haber sido un conocido miembro de la jerarquía, hijo de un eminente doctor de la ley. Siguiendo esta sugerencia podemos descubrir la identidad de este hombre «distinguido».

El nombre por el que lo conocemos se nos presenta de dos formas, como Bar-Abba y como Bar-Rabban. Ambos son descriptivos e indican la cualidad antes que el nombre del linaje de este Jesús. El funcionario presidente del Consejo Judío, encargado de administrar la ley mosaica y de tratar cuestiones de ritual era el sumo sacerdote. Pero junto a él había un sustituto, capaz de presidir en su ausencia y que ostentaba el título de *Ab* (en arameo, *Abba*). Beth-Din, Padre del Tribunal de Justicia. Este funcionario también ostentaba el título honorífico de *Rabban* (Maestro). Se pone en boca de Jesús las siguientes palabras:

«No os dejéis llamar Rabbí, porque uno solo es vuestro Maestro... Ni llaméis a nadie Padre vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo» (Mt 23, 8-9). Tales palabras se asocian con los escribas y fariseos «sentados en el asiento de Moisés» y, en su forma original, pudo haberse referido al funcionario del Tribunal Supremo llamado Padre y Maestro. Por cortesía de la mayoría saducea del Sanedrín, el puesto de sustituto del sumo sacerdote se asignaba a uno de los miembros fariseos, que estaban en minoría. Según la tradición rabínica, el puesto habría sido conferido por esta época a Gamaliel, uno de los líderes fariseos, que fue el primero en ser llamado Rabban.

¿Fue Jesús Bar-Abba o Bar-Rabban hijo del Rabban Gamaliel? Naturalmente, esto sólo es una especulación. Pero no cabe la menor duda de que resulta algo extraño encontrar a este eminente fariseo, conocido por su fuerte oposición a la heterodoxia, hablando más tarde de mostrarse indulgente con Pedro y Juan, y citando, con referencias a Jesús, casos de actividades revolucionarias de inspiración religiosa que terminaron por ser abortadas. Solicita la liberación de los discípulos por parte del Consejo, sobre la base de que si sus actividades son las propias de los hombres, se destruirá, «pero si es de Dios, no conseguiréis destruirles» (Hch 5, 34-40). De hecho, los nazoreanos, según afirma su tradición, consideraban a Gamaliel como un simpatizante secreto que les informó de las medidas contempladas contra ellos por los sumos sacerdotes. ¿Acaso el Rabban trató de salvar a los apóstoles impulsado por la gratitud, recordando que debía la vida de su propio hijo a Jesús, de quienes ellos eran seguidores? Si no se hubiera detenido y crucificado a Jesús el nazoreano en un breve espacio de tiempo, habría sido su propio hijo Jesús el que sufriera en la cruz.^[50]

Los documentos en los que podemos tener alguna confianza son tan inadecuados, parciales y de una historicidad tan dudosa, que existen todas las justificaciones necesarias para llevar a cabo una investigación aclaratoria que nos permita extraer deducciones de todos los datos que se puedan reunir y explorar.

Si tenemos que ser críticos también debemos aventurarnos, y no desechar las claves simplemente porque nos conducen por canales con los que no estamos familiarizados. En ausencia de una sola autoridad en la que tener confianza plena, toda nuestra empresa debe adquirir el carácter de una reconstrucción imaginativa, pero de tal forma que no violente aquello de lo que podemos depender honestamente.

7.- La ciudad enfurecida

Un ingrediente importante de nuestra aproximación a lo que sucedió después de la crucifixión de Jesús y sus compañeros debe ser una especie de transferencia mental al escenario en que se produjeron los hechos, de tal modo que, al tratar de recrearlo, nos mostremos sensibles a los sentimientos y reacciones del pueblo judío, así como a los discípulos. Los Evangelios no nos presentan una equilibrada descripción histórica de las circunstancias, sino más bien un drama cúllico que utiliza ciertos recuerdos valiosos, pero haciéndolo de modo que contribuya efectivamente a transmitir una cierta impresión. Se concentran en un héroe que se encuentra tremendamente solo en sus últimas horas, privado del apoyo de Dios y de los hombres, e insultado por las multitudes de su propio pueblo. La propia tierra se estremece ante lo que está sucediendo, y el sol se oculta a la vista. La tragedia es dolorosa y tremendamente conmovedora. El sufrimiento es muy real, pero durante todo el tiempo somos conscientes de que una buena parte de lo que se nos presenta es ficticio, como una creación artística, una especie de obra milagrosa diseñada para atraer nuestra simpatía y conjurar nuestros prejuicios. Los autores, sin embargo, no se limitan a utilizar su imaginación. Buena parte de lo que relatan ha sido extraído de pasajes de las Escrituras, interpretado como algo que se ha cumplido en la Pasión del Mesías, dándole así un significado único.

Tenemos que liberarnos del conjuro configurado por los Evangelios, y abrirnos paso esforzadamente hacia la realidad de la que tan poco se preocupan.

Debemos apartar a un lado todo aquello que no suene a cierto, una vez comprobado con los criterios de los que disponemos como resultado de las investigaciones eruditas. Esto se aplica a todas las circunstancias descritas y afecta a todos los participantes en los acontecimientos, y no sólo a su figura central. Debemos captar comprensivamente las condiciones y motivaciones tal y como se ponen de manifiesto a través de la investigación histórica, y ser capaces de penetrar en todo el medio ambiente histórico. Aquí es donde más se necesita el análisis estudioso y la erudición. El historiador necesita de otras disciplinas, pero también necesita poseer las cualidades de un periodista y reportero. Debe situarse en el meollo de las cosas que transmite, observando, interrogando, obteniendo distintos puntos de vista, dando vida a la atmósfera reinante.

Resulta incongruente que, después de toda la excitación producida en Jerusalén durante la semana de la Pasión, de la que son testigos los Evangelios, toda la situación se normalice de repente, casi como si nada hubiera ocurrido. Los discípulos de Jesús, desde luego, se sienten conmocionados y miserables, y permanecen ocultos por temor a ser detenidos, pero, por lo demás, este primer día de la Pascua del año 36 d. de C. da la impresión de ser un día sabático muy pacífico. A uno le gustaría gritarles a los evangelistas: «¿No os dais cuenta de lo que significa para estos cientos de miles de judíos el hecho de que ayer mismo, al otro lado de esas mismas murallas, los romanos hayan crucificado a varios judíos y en particular a uno a quien las multitudes habían aclamado como su esperado rey? ¿Cómo podéis mostraros tan extraordinariamente indiferente a los sentimientos de este pueblo tan desgraciado?».

Las ejecuciones públicas no eran ninguna novedad para los habitantes de Jerusalén, pero, hasta ese momento, nadie había sido

crucificado como rey de los judíos. Algo así debió de afectar a cualquier judío, al margen de su actitud política. Es normal que ese día de Sabbath toda la ciudad estuviera enfurecida.

En nuestras fuentes hemos detectado acontecimientos sensacionales que precedieron al arresto de Jesús, así como la anticipación, ya fuera bienvenida o temida, de la inminencia de un levantamiento mesiánico. Se habían producido manifestaciones, e incluso, con toda probabilidad, una demostración de militancia. Las autoridades habían tomado disposiciones para enfrentarse a la amenaza de un estallido entre los zelotes y las fuerzas romanas. El peligro había sido creado por las actividades del profeta galileo Jesús, quien había dado claras muestras de que creía ser el Mesías. Había gentes convencidas de que realizaría un milagro, librando a Israel del yugo romano.

Temeroso de una explosión popular si Jesús era detenido abiertamente durante la fiesta, el Sanedrín, responsable del mantenimiento del orden, urdió una estratagema que le permitió detenerle de noche. Acusado de rebelde contra Roma, habiendo confesado ser el Mesías y el rey de los judíos, fue llevado ante el gobernador Pilato a primeras horas de la mañana. Durante este juicio, quienes clamaron pidiendo su crucifixión no fueron los judíos, ignorantes de lo que estaba ocurriendo, sino los siervos y lacayos de los sumos sacerdotes, en su mayoría gentiles, que habían recibido instrucciones de sus amos para que lo hicieran así. El juicio se desarrolló en la Ciudad Alta, en la residencia de Pilato, situada en el extremo occidental. El populacho judío, que vivía en la remota zona sudoriental de la Ciudad Baja, no fue alertado, y los discípulos, acobardados, se habían apresurado a ocultarse.

No hay necesidad de describir lo que sucedió en el palacio de Herodes,^[51] excepto para hacer notar el regocijo de los soldados romanos al burlarse de Jesús como rey humillado después de haber sido azotado. «¡Aquí está vuestro rey!», proclama Pilato malévolamente a los representantes oficiales de la nación y, para su gran desconcierto, insiste en que el título a colocar sobre la cruz

diga: «Jesús el nazoreano, rey de los judíos». De este modo, el brutal romano demostraba lo mucho que odiaba y despreciaba a quienes había gobernado tan mal durante los diez años que llevaba en el cargo.

Cuando el pueblo se enteró de las cruces que se habían levantado en el Gólgota y algunos acudieron llenos de aflicción al escenario de la tragedia, no sólo asistieron a la agonía de las víctimas, sino que también pudieron leer aquellas palabras tan insultantes y mortíferas para las esperanzas de tantos. ¿Es que las tribulaciones de Israel no terminarían nunca? Se retiraron lamentándose y con el corazón encogido.

Esta era, sin lugar a dudas, una negra y débil conmemoración de la liberación del yugo de Israel. El dolor se mezcló con una cólera creciente. Podemos suponer que no sólo se maldijo y se insultó a Pilato, sino también a los sumos sacerdotes y al Consejo. Pero ¿qué se podía hacer? No se podía apelar a Tiberio, puesto que Jesús se había revelado como rey y eso era alta traición contra el emperador.

Pero a principios de la nueva semana empezaron a circular extraños informes por las calles y mercados. Se murmuraba que el cuerpo de Jesús había desaparecido de la tumba en que había sido enterrado, construida por el piadoso senador José de Arimatea. Algunas de las mujeres seguidoras de Jesús habían descubierto la tumba abierta y vacía. Y eso era un hecho verificado. ¿Quién se había llevado el cuerpo? Quizá lo habían hecho los galileos para trasladar el cadáver de Jesús a su país de origen. En tal caso, se trataba de una acción peligrosa y temeraria. Otros sugirieron que los responsables podrían haber sido los romanos, para evitar así que los restos del nazoreano inspiraran a otros a rebelarse.^[52] Fue imposible encontrar una respuesta al rompecabezas mientras duró la fiesta y, al final, la mayoría de los peregrinos, incluyendo a los galileos, se marchó de la ciudad, regresando cada cual a su hogar.

Pero entre los devotos pudo haberse extendido otra idea. Mientras estaba aún en la cruz se dijo que Jesús había llamado al profeta Elías. ¿Había contestado Dios a esa llamada, elevando a su

siervo a las alturas tal y como se había elevado el gran profeta montado en un carro de fuego? Los fariseos enseñaban que el Mesías desaparecería y volvería a aparecer para salvar a Israel, tal y como había desaparecido Moisés de Egipto, reapareciendo después para salvar a su pueblo.^[53]

Se trataba de una idea capaz de consolar en cierta medida a los piadosos y crédulos, pero, para los nacionalistas ardientes, tal idea representaba sobre todo admitir la derrota. Ellos querían acción y no unos juegos malabares con los textos que indicaban el fracaso y sugerían la sumisión durante un período indefinido. Los jóvenes se harían viejos y cabía la posibilidad de que no hubiera sucedido nada capaz de arrojar de su país a los romanos. Muy bien, podía haberse producido un milagro. Pero era mucho mejor creer que Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos.

Esa autoayuda podría explicar el misterio de la tumba abierta que, al parecer, no se les ocurrió ni a los discípulos. No se imaginó que hubiera podido existir un intento de reanimar a Jesús, lo que habría exigido que estuviera vivo cuando lo bajaron de la cruz. En otra parte he narrado cómo se pudo haber planificado esta acción en connivencia con José de Arimatea.^[54] El cuerpo de Jesús habría sido sacado secretamente de la tumba el sábado por la noche, no devolviéndolo a ella cuando se descubrió que ya era demasiado tarde para reanimarlo. Según este punto de vista, al expirar, Jesús volvió a ser enterrado apresuradamente en una nueva tumba cuya localización no se reveló posteriormente, tal y como se hizo con Moisés.

La ciudad de Jerusalén, extrañada y perturbada, se fue tranquilizando lentamente una vez absorbida la conmoción de lo sucedido, algo más comprensible en cuanto que durante estos tiempos tan crueles se habían tenido que soportar tantas cosas. Pero permaneció una corriente subterránea de amargura y especulación. Entre las masas reinaba la cólera contra los sumos sacerdotes por lo que habían hecho, y especialmente contra el sumo sacerdote Caifás. Se les consideraba como lacayos de Roma,

únicamente preocupados por salvaguardar sus riquezas y privilegios. Eran corruptos, servidores indignos de Dios, antimesianistas que aceptaban la cultura extranjera y toleraban el gobierno pagano. Tanto los santos como los militantes se mostraban de acuerdo en que la debilidad reinante entre los que ocupaban los altos cargos era uno de los mayores obstáculos para la redención.

Pero los acontecimientos ocurridos recientemente en Jerusalén también produjeron repercusiones en otro barrio, predominantemente hostil a los judíos. Una vez debilitada la esperanza mesiánica por lo ocurrido a Jesús, y sintiéndose inmediatamente atraídos por la Cuarta Filosofía, abogados tales como los zelotes y los baptistas agitaron a los samaritanos.^[55]

Josefo nos ha dejado una narración de lo que sucedió (*Antig. XVIII, 8587*). Entre los samaritanos surgió una personalidad profética, a quien el historiador prefiere considerar como un pícaro. Convocó al pueblo para que le siguiera hasta el monte Gerizim «que, según su creencia, es la más sagrada de las montañas», donde se proponía revelarles el lugar donde Moisés había enterrado los vasos sagrados. Se produjo una gran excitación a medida que se extendió la noticia, y una gran multitud de samaritanos se dirigió hacia Tirathana, el pueblo elegido como punto de concentración. Según se pudo comprobar después, muchos portaban armas.

Las noticias de la formidable concentración llegaron a oídos de Pilato, que también era gobernador de Samaria, además de Judea. Acababa de suprimir una revuelta potencial en Jerusalén provocada por el profeta galileo Jesús, que afirmaba ser rey de los judíos, y ahora, ante su gran disgusto, se veía confrontado con otro tumulto. Pudo haber pensado que existía una relación entre ambos episodios, y que formaban parte de un plan hostil común. Volvió a actuar con rapidez y crueldad. Se envió una fuerza de caballería e infantería pesada al pie del monte Gerizim para impedir el avance de la multitud. No dispuesta a verse frustrada en sus propósitos, los samaritanos, llenos de fervor religioso, presionaron para seguir avanzando. Josefo indica que se produjo una batalla campal en la

que resultaron muertos una serie de samaritanos y los demás fueron puestos en fuga.

«Se tomaron muchos prisioneros, y Pilato condenó a muerte a los líderes principales, así como a los más influyentes de los fugitivos».

El airado y agraviado Consejo Samaritano envió una delegación a Vitelio, legado de Siria y superior de Pilato, y que probablemente tenía su sede en Antioquía. Acusaron a Pilato de haber provocado el asesinato de gentes inocentes, asegurando que no se habían reunido como rebeldes contra Roma, sino como refugiados de la persecución a que les había sometido el gobernador.

Vitelio, que ya debía de estar harto de escuchar quejas sobre los agravios e infamias del gobernador, decidió actuar con firmeza. Si las cosas continuaban igual todas las provincias podían rebelarse y poner en peligro el gobierno y los ingresos de Roma, circunstancias éstas que Tiberio no toleraría. En consecuencia, el legado envió a su amigo Marcelo a Jerusalén para hacerse cargo de los asuntos judíos, ordenando a Pilato que regresara a Roma para responder ante el emperador de las acusaciones que habían hecho contra él tanto los judíos como los samaritanos.

Pilato ya no volvió a ocupar su puesto y, a la muerte del emperador en marzo del año 37 d. de C., su sucesor envió un nuevo gobernador. Por lo tanto, podemos fechar el incidente con los samaritanos en el año 36 d. de C., probablemente —como sugeriremos— a principios del verano de ese mismo año.

Josefo sólo había proporcionado una narración burda e inexacta sobre este asunto. Los samaritanos, como los judíos, esperaban la llegada de un profeta como Moisés. Gerizim era para ellos como la montaña sagrada de bendición. En consecuencia, el verdadero Templo sólo podía estar situado en Gerizim, y consideraban el Templo levantado en Jerusalén como un acto de apostasía judía. A Israel todo le había salido bien en los tiempos de Josué, hasta la época del sumo sacerdote Uzzi. Después llegaron los malos tiempos, la *Fanuta*, la pérdida del favor de Dios, y esa situación

había continuado. En tiempos de Uzzi los vasos sagrados se habían ocultado en secreto en el monte Gerizim, y éstos saldrían a la luz en la *Rahuta*, la era en que se recuperaría el favor de Dios. El acontecimiento vendría indicado por el advenimiento del *Taheb*, el Restaurador. Gracias a él se volvería a recuperar la Ley entregada por Moisés, que sería conocida universalmente, y los fieles obtendrían la bendición prometida.^[56] El hecho de que en esta coyuntura apareciera alguien afirmando ser el Taheb indica la convicción, ampliamente extendida, de que habían llegado los Últimos Tiempos, una convicción a la que también había respondido Jesús.

El festival conocido como la Fiesta de las Semanas, Pentecostés, cincuenta días después de la Pascua, conmemoraba tradicionalmente la entrega de la Ley a Moisés en el Sinaí. En consecuencia, los samaritanos pudieron haber creído que el Taheb se manifestaría durante la fiesta de Pentecostés. Evidentemente, el profeta que convocó a la multitud al monte Gerizim se presentó a sí mismo como tal. La fiesta, según veremos, tenía un significado especial para los esenios zadokitas. Y ello explica el porqué fue precisamente en Pentecostés cuando los discípulos de Jesús experimentaron el descenso del Espíritu Santo.

Por lo tanto, existe una fuerte probabilidad de que el incidente con los samaritanos se produjera hacia finales del mes de mayo o a principios de junio del año 36 d. de C., lo cual concordaría con otras indicaciones cronológicas. Porque tuvo que haber sido en pleno verano de ese año cuando Vitelio, tras haber escuchado las quejas del Consejo Samaritano, envió a Marcelo para que se hiciera cargo temporalmente de los asuntos.

Pilato se había hecho poderosos enemigos judíos y samaritanos, pero, de no haber sido por este nuevo incidente, ocurrido tan a continuación de otros, podría haber continuado en su cargo durante más tiempo. Los judíos tenían que agradecer su sustitución a sus propios enemigos religiosos.

A pesar de todo, Marcelo tuvo que haber informado a Vitelio de que todavía existía una gran inquietud en Jerusalén. Aliviados por el hecho de que Pilato hubiera sido enviado a Roma, cabía suponer, como así fue, que el legado de Siria se sentía extremadamente ansioso por moderar los sentimientos antirromanos. Era, por lo tanto, una ocasión excelente para presionar en favor de diversas medidas capaces de mitigar la severidad del gobierno de Roma, especialmente en cuestiones relacionadas con el sentimiento religioso judío. En tales circunstancias, a Vitelio le pareció conveniente visitar personalmente Jerusalén. Ya hemos visto las razones para creer que su visita se produjo hacia finales de agosto o principios de septiembre.^[57] Las acciones que llevó a cabo Vitelio en Jerusalén hablan por sí mismas. Estaba decidido a mostrarse conciliador. Josefo dice (*Antig.* XVIII, 90-95) que el legado condonó a los habitantes de la ciudad todos los impuestos sobre la venta de la producción agrícola. También estuvo de acuerdo en que las vestiduras y ornamentos de los sumos sacerdotes se guardaran en el Templo, custodiadas por los sacerdotes, tal y como había sido su privilegio antes.^[58] Los judíos se habían sentido muy agraviados por el hecho de que, entre una fiesta y otra, fueran los romanos quienes custodiaran en la fortaleza Antonia las vestiduras sagradas con las que oficiaban los sumos sacerdotes. Una cosa había sido que las vestiduras se guardaran allí en tiempos de los gobernantes asmoneos, que eran sumos sacerdotes a la vez que gobernantes, y otra muy distinta que se hiciera lo mismo cuando los dos puestos fueron separados bajo Herodes el Grande. Éste tenía la costumbre de controlar a sus súbditos «para que nunca se levantaran en insurrección contra él». Cuando los romanos se hicieron cargo del gobierno tuvieron, sin lugar a dudas, la misma idea. Pero lo que se podía tolerar bajo un rey judío resultaba intolerable cuando los custodios de las vestiduras eran paganos. Por eso, la retención de las vestiduras era para ellos como un insulto al todopoderoso Dios.

Estas concesiones agradaron tanto a los sacerdotes como al pueblo. Pero hubo otra medida que puede atribuirse a la insistencia

popular. Vitelio depuso a Caifás como sumo sacerdote. Sin embargo, no habría sido ni política ni financieramente deseable ofender a la rica y poderosa casa de Anas. En consecuencia, sustituyó al yerno de Anas por uno de sus hijos llamado Jonatán.

De este modo resultó que la crucifixión de Jesús no quedo del todo sin venganza. Pocos meses después de ocurrida habían perdido su autoridad y su puesto los dos individuos principales responsables de lo acontecido: el gobernador romano y el sumo sacerdote judío. El populacho judío, que se había sentido tan profundamente agraviado, se calmó un poco.

8.- Entre dos fiestas

Si nuestra datación del incidente samaritano es correcta, fue durante esta misma estación, en la fiesta de Pentecostés del año 36 d. de C. cuando el Espíritu Santo descendió sobre los seguidores de Jesús en Jerusalén, y empezaron a profetizar. ¿Qué pudo conducir a esta manifestación? Aquí surgen numerosos problemas que no pertenecen únicamente a la historia. Sin embargo, podemos comprender sustancialmente aquellos relacionados con el comportamiento y las reacciones humanas. La transformación que se produce se halla gobernada por la creencia de que Jesús había resucitado de entre los muertos y ascendido temporalmente a los cielos. Pero el surgimiento de esta convicción no explica por sí sola todas las circunstancias. Hay muchas cosas que deben ser investigadas en un plano menos exaltado, y no debemos rehuir tal investigación. Ya hemos argumentado en *El complot de Pascua* que la desaparición del cuerpo de Jesús de su tumba se puede explicar razonablemente sin tener que recurrir a la idea de la resurrección. Pero debemos aceptar que los discípulos creían que, en efecto, había resucitado de entre los muertos y sido elevado a los cielos. La cuestión que nos planteamos es saber cómo surgió esta convicción y, en este sentido, debemos comprender con exactitud lo que significaba el concepto de «resurrección». No tenemos derecho a mostrarnos evasivos refiriéndonos a un fenómeno de un orden totalmente distinto.

Resurrección no es lo mismo que la supervivencia del espíritu o del alma a la muerte. No tiene nada que ver con fantasmas o materializaciones de espíritus.

Resurrección significa el «levantarse» de alguien que ha estado echado como cadáver, la reanimación de un cuerpo muerto, de tal modo que el individuo es capaz de respirar y moverse y ve restauradas todas sus funciones físicas. Es como el despertar de un profundo sueño o del coma. La enseñanza judía sobre la resurrección era bastante clara al respecto, y con ello están de acuerdo las historias de los Evangelios sobre la resurrección de entre los muertos del hijo de la viuda de Naim y de Lázaro. En cuanto a lo que se refiere a la doctrina en general, la única diferencia permisible entre la vida, tal y como se experimenta en el mundo actual, y la vida tal y como se experimentaría en el mundo por venir (la era mesiánica) era que el cuerpo restaurado sería dotado de una mayor permanencia, e incluso, concebiblemente, con la inmortalidad.

A pesar de ciertos mitos orientales, la idea de la resurrección era extraña al pensamiento del mundo grecorromano. Cuando Pablo habló de ella en Atenas, sus argumentos fueron recibidos con amable incredulidad. No obstante, él estaba preparado para admitir que el cuerpo devuelto a la vida, aun cuando siguiera siendo un cuerpo, sería de un orden distinto, no hecho de carne y sangre, sino más bien similar al de los ángeles.^[58] Este punto de vista fue adquiriendo reconocimiento en el seno de la Iglesia, aunque se encontró con una gran resistencia durante mucho tiempo. Por lo que se refiere a Jesús, los Evangelios reflejan inequívocamente lo que significaba la resurrección, cuando describen al resucitado mostrando sus heridas, e invitando a los discípulos a tocarlas, así como solicitando comida que ingiere a continuación. Hace todo lo concebible para demostrar que es un ser de carne y hueso.^[59]

Por lo tanto, no debemos hablar de ningún tipo de «resurrección» de Jesús, a menos que nos refiramos concretamente a la reanimación de su cuerpo físico después de la muerte. Algunos

teólogos desearían tratar como secundarias las referencias que se hacen a la tumba abierta y vacía; pero, de hecho, se trata de referencias básicas. Por la forma en que fue cerrada, la tumba tuvo que haber sido abierta desde el exterior, haciendo rodar la gran piedra que cubría la entrada. Y esto sólo podían haberlo hecho o los hombres o los ángeles. El propósito habría sido el de sacar el cuerpo para aparentar una resurrección o con cualquier otra idea, quizá siniestra, o bien para permitir que saliera de la tumba una persona física, ya reanimada.

Pablo nos proporciona una lista de «visiones» de Jesús. Lucas y Juan añaden otras. Estos únicos «testigos» de la resurrección afirmaron haber visto al Jesús físico. Pablo no pudo ver a Jesús de esta manera, sino sólo en una visión, ya que se afirma que Jesús ascendió a los cielos antes de la conversión del apóstol. Su cuerpo, por lo tanto, ya no estaba en la tierra. A partir de entonces, por lo tanto, y en espera del regreso del Mesías, Jesús sólo podía aparecerse a sus seguidores en sueños y visiones. En algunas de éstas sería visto en los cielos, sentado o de pie a la derecha de Dios. La experiencia de Pablo pudo haberle confirmado que el informe sobre la resurrección era cierto; pero eso no lo califica como prueba del orden aseverado por las «visiones» de otros, que enumera, y que presumiblemente ocurrieron antes de la Ascensión.

Cuando fue ganando terreno la proposición de la resurrección, se pudo argumentar en su favor que representaba una necesidad mesiánica, previamente discernida sólo por unos pocos, entre los que se encontraba el propio Jesús. Había existido algún vislumbre de esto en la especulación esenia, donde se ponía el acento sobre la Asunción, pero no había aquí nada que lo resaltara así hasta que las circunstancias de la inesperada muerte del Mesías hicieron necesaria una revelación. Una vez encontrada esta solución al rompecabezas, fue sorprendente que en las Escrituras se encontraran tantas pruebas de que era correcta. Según se dijo, el propio Jesús había descubierto todos los pasajes relevantes. Tal y como se podía esperar tratándose de un hijo de David, los Salmos

de David parecieron proféticamente elocuentes. Los textos «preveían» no sólo los sufrimientos del Mesías, sino también su triunfo final sobre la muerte.

Se había escrito: «Oráculo de Yahveh a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que yo haga de tus enemigos el estrado de tus pies. El cetro de tu poder lo extenderá Yahveh desde Sión: ¡domina en medio de tus enemigos!» (Sal 110, 1-2). «Excelsa la diestra de Yahveh... No, no he de morir, que viviré, y contaré las obras de Yahveh; me castigó, me castigó Yahveh, pero a la muerte no me entregó... La piedra que los constructores desecharon en piedra angular se ha convertido; (Sal 118, 16-23). «Pongo a Yahveh ante mí sin cesar; porque él está a mi diestra, no vacilo. Por eso se me alegra el corazón, mis entrañas retozan, y hasta mi carne en seguro descansa; pues no has de abandonar mi alma al seol, ni dejarás a tu amigo ver la fosa. Me enseñarás el camino de la vida, hartura de goces, delante de tu rostro, a tu derecha, delicias para siempre» (Sal 16, 8-11).

Estas ideas eran desconocidas para los apóstoles originales, simples pescadores del mar de Galilea y similares. Inicialmente, cuando se informó que la tumba estaba abierta, eso sólo pudo significar para ellos que alguien desconocido se había apoderado del cuerpo de Jesús para algún propósito propio. Para su gran dolor y desesperación, habiendo confiado en que Jesús sería el que liberaría a Israel, ahora se encontraban con que los restos del maestro habían sido robados y se hallaban quizá en manos hostiles, y a ellos no les quedaba siquiera el consuelo de gemir en el lugar donde lo habían enterrado.

No había nada que retuviera a estos galileos en Jerusalén. Una vez terminada la Pascua, regresaron a sus casas. Los que eran pescadores volvieron a ejercer su oficio. El cuarto evangelio nos dice que éstos eran Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, Juan y Jacobo (los hijos de Zebedeo) y presumiblemente otros dos: Andrés y Felipe, este último el cuñado de Betsaida. Pero había entre ellos alguien más, el

llamado «el discípulo bienamado». ¿De quién se trataba y por qué abandonó Jerusalén?

El cuarto evangelio y la tradición cristiana nos dicen mucho sobre este individuo anónimo. Aparece primero como un discípulo de Juan el Bautista, cuando conoce a Andrés, el hermano de Pedro. Cuando Jesús acude al Bautista para que le bautice, y éste ve en él al que ha estado anunciando como su sucesor, nuestro hombre, acompañado por Andrés, busca a Jesús al día siguiente y se pasan toda la noche discutiendo con él. Al día siguiente, ambos están convencidos de que Jesús es el Mesías. De ello se desprende que el discípulo bienamado continuó con Jesús durante algún tiempo, pero él era de Judea y cuando Jesús concentró sus actividades en Galilea, regresó a su casa de Jerusalén. Y ya no se le vuelve a citar hasta la Última Cena, en Jerusalén. Lo encontramos entonces (Jn 13, 23) en una posición destacada, recostado sobre el pecho de Jesús. Esto sugiere que fue en su casa donde se celebró la Última Cena, lo que explicaría la extraña historia de los otros Evangelios, en los que se habla de una persona desconocida, con quien, evidentemente, Jesús tenía una gran confianza, y con quien había planeado en secreto pasar la Pascua en su casa (Mc 14, 12-16; Mt 26, 17-19; Lc 22, 713). Que el discípulo bienamado disponía de una casa en Jerusalén viene demostrado por el incidente que se produce durante la crucifixión, cuando Jesús le pide que se haga cargo de su madre como si se tratara de la suya propia, y él se lleva a María a su casa (Jn 19, 26-27). Esa casa, que tuvo que haber sido bastante grande, se convertiría posteriormente en el primer cuartel general de los discípulos en Jerusalén (Hch 1, 13-14). Al parecer, el discípulo bienamado era una persona de abundantes medios e influencia, bien conocido por el sumo sacerdote, emparentado posiblemente con él (Jn 18, 16), y existen fuertes indicaciones que le señalan a él mismo como sacerdote.^[60]

Hay, hasta el momento, tres ocasiones en que el discípulo bienamado y Pedro aparecen juntos. La primera es simplemente introductoria, cuando Andrés y el Discípulo están con Jesús, y el

primero va a buscar a su hermano Simón. La segunda es durante la Última Cena, cuando Pedro le pide al Discípulo que le pregunte a Jesús quién, de entre ellos, será el que le traicione. La tercera es cuando el Discípulo le procura a Pedro entrada en el patio del palacio del sumo sacerdote. Y llegamos así a la cuarta ocasión, después de la crucifixión (Jn 20), cuando María Magdalena acude a Pedro y al Discípulo con la alarmante noticia de que el cuerpo de Jesús ha desaparecido de la tumba. Los dos hombres se dirigen a toda prisa hacia el sepulcro, y el Discípulo, que podía haber sido más joven que Pedro, le deja atrás y llega primero. Se detiene ante la entrada y mira en la tumba, pero no entra. Podemos considerar que esta vacilación se debe a que es un sacerdote y teme verse corrompido. Pero Pedro no tiene tales escrúpulos. Entra y encuentra la tumba vacía. A continuación el Discípulo también entra, y «vio y creyó, pues hasta entonces no habían comprendido que según la Escritura Jesús debía resucitar de entre los muertos».

Encontramos aquí la afirmación, que puede ser una clave importante, de que aquel a quien a partir de ahora podemos considerar como Juan el sacerdote, fue el primero en abrigar la convicción de la resurrección de Jesús. ¿Qué le predispuso a abrigar esta creencia, que no se le había ocurrido ni a Pedro ni a María Magdalena?

Por lo que sabemos de Juan el sacerdote, se trataba de un hombre joven de buena educación, dotado de una fuerte inclinación hacia el mesianismo y el misticismo. Se había unido al círculo de Juan el Bautista, y es razonable sugerir que, al igual que el joven Josefo, también de linaje sacerdotal, había estudiado con los esenios. Es significativo que sea precisamente en el cuarto evangelio donde se da una gran importancia al origen del movimiento de Jesús como procedente del movimiento de Juan el Bautista, y a que este evangelio muestre afinidades mucho más estrechas que los otros con las ideas y el lenguaje empleados en los manuscritos del mar Muerto. De la misma forma, encontramos en el cuarto evangelio una mayor insistencia sobre la necesidad del

Mesías para cumplir lo profetizado en las Escrituras, y a que se haga mayor hincapié en la doctrina del hombre celestial (el hijo del hombre). Algunas de las cosas características del cuarto evangelio lo son también del libro de la Revelación.

Las ramificaciones del movimiento del Bautista son intrigantes. Parece que tuvo conexiones tanto con los zelotes como con los esenios zadokitas. Por tradición, los mandaeanos actuales, que se llaman a sí mismos nazoreanos, son los representantes del antiguo movimiento bautista. La literatura y la liturgia mandaeana revela numerosas similitudes de enseñanza y creencias con lo que encontramos en los manuscritos del mar Muerto^[61] Así pues, podemos deducir que existió una interrelación entre quienes seguían las diversas expresiones del Camino. Esencialmente, los distintos grupos estaban del mismo lado: eran, en su conjunto, los Elegidos, fueran cuales fuesen sus diferencias de énfasis y su adscripción a personalidades particulares destinadas a cumplir las expectativas mesiánicas. Nos vemos obligados a considerar la importancia de tales interrelaciones cuando consideramos que estos nazoreanos, de quienes creemos que fueron los cristianos originales, llegaron incluso a crear su propio partido.

Fue un hombre quien representó la figura puente y a quien se le ocurrió por primera vez la idea de que Jesús, como Mesías, había resucitado de entre los muertos. Las confusas narraciones de los Evangelios reflejan una situación que todavía no ha sido aclarada del todo.

Pero no se ha erradicado del todo la idea de que Pedro y otros de los doce se mostraron extremadamente dubitativos sobre la interpretación de Juan el sacerdote acerca de la tumba vacía, y regresaron a Galilea sin estar aún convencidos. La afirmación de María Magdalena de haber visto y hablado con Jesús resucitado fue despreciada como imaginaciones de una mujer mentalmente desequilibrada. De hecho, sólo el cuarto evangelio habla de su experiencia. Ni los otros evangelios ni Pablo hacen la menor

referencia al tema. El discípulo bienamado lo hace porque estaba de su parte.

La historia del discípulo bienamado yendo a Galilea en compañía de los demás sugiere que continuó sus esfuerzos por persuadirlos y convencerlos para que regresaran a Jerusalén. Tenemos la extraordinaria narración del desconocido junto a la orilla del lago, identificado como Jesús por el discípulo bienamado, y acreditada por Pedro, únicamente sobre la base de la afirmación de Juan. Informados de que el hombre era Jesús, ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle: «¿Quién eres tú?» (Jn 21, 12). Una especie de paralelismo en Mateo admite que algunos dudaron (Mt 28, 17).

El evangelio de Lucas da otra indicación sobre la incredulidad de Pedro. Durante la Última Cena, Jesús le había dicho: «¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 31-32). En el cuarto evangelio encontramos algo que produce el mismo efecto en la historia sucedida a orillas del lago, cuando Jesús le pregunta a Pedro tres veces si le ama y le dice que se ocupe de sus seguidores («apacienta a mis corderos»). Entonces resulta que el devoto Pedro siente celos de Juan: «Pedro se vuelve y ve siguiéndoles detrás, al discípulo a quien Jesús amaba... Viéndole Pedro, dice a Jesús: “Señor, y éste, ¿qué?”. Jesús le respondió:

... “¿Qué te importa? Tú, sígueme”».

Al principio de los Hechos de los apóstoles encontramos a Pedro trabajando en armonía con un tal Juan, de quien se supone que es el impetuoso hijo de Zebedeo, al que siempre se le menciona junto con su hermano. Pero Lucas puede estar equivocado y el Juan en cuestión bien pudo haber sido Juan el sacerdote de Jerusalén, cuya casa se había convertido en el cuartel general de los discípulos. Es concebible que Juan el sacerdote jugara un papel mucho más importante del que luego se admitió tanto en la creencia sobre la resurrección de Jesús como en la organización de la comunidad nazoreana.

La situación exigía un hombre del calibre y las asociaciones de Juan, quien creía estar guiado por el «espíritu de la verdad» esenio, como uno de los «hijos de la luz»^[62]. Sin embargo, sólo podemos llegar a tal conclusión gracias a que disponemos del cuarto evangelio donde se incorporan los recuerdos personales del propio discípulo bienamado cuando ya era un anciano que vivía lejos de Jerusalén, en Éfeso (Asia Menor).

Es una pena que tengamos que esforzarnos tanto para obtener una idea sólo aproximada de lo que estaba sucediendo. Se ha perdido o destruido una gran cantidad de material, y buena parte del que ha sobrevivido ha sido mutilado o falsificado. Sólo mediante una decidida atención a cada detalle y la aportación de una vasta cantidad de hechos surge la seguridad de que debemos encontrarnos entre las manos con algo que se acerca bastante a la realidad. A pesar de todo, quedan muchas incógnitas debido a la falta de fuentes que puedan arrojar alguna luz sobre los temas. Una de dichas incógnitas se refiere al triunvirato nazoreano. En los evangelios sinópticos son Pedro, junto con Jacobo y Juan, los hijos de Zebedeo. Pero cuando Pablo habla de los apóstoles fundamentales de su tiempo, los nombres son los mismos, aunque uno de los tres, por lo menos, es un individuo diferente. Ahora, Jacobo ya no es el hijo de Zebedeo, sino el hermano de Jesús, y puede ser muy bien que el Juan al que se refiere Pablo no fuera el hijo de Zebedeo, sino Juan el sacerdote. Hay otras evidencias de una tradición galilea en oposición a la tradición de Jerusalén que afloran en las narraciones de la resurrección y ascensión de Jesús.

Así, hasta nosotros han llegado elementos de versiones diferentes de lo que sucedió entre la Pascua y Pentecostés. La línea oficial, que representa la tradición de Jerusalén, enfatizó el nuevo principio producido por la transferencia del centro de actividad desde Galilea a la metrópolis. Ello se refleja particularmente en los Hechos de Lucas. Lucas acepta no saber nada de un abandono de Jerusalén por parte de algunos de los apóstoles. Según él, ninguno de ellos regresó a Galilea, ni siquiera temporalmente. Siguiendo las

instrucciones del Mesías resucitado, permanecieron en la ciudad y, tras haber sido testigos de su ascensión, estuvieron continuamente en el Templo, rezando y alabando a Dios.

Pero los recuerdos no quedaron eliminados del todo. Quedaron algunas dudas y dificultades iniciales en el sentido de que se necesitó cierto estímulo para convencer a Pedro y a otros que habían regresado a Galilea para que regresaran a Jerusalén que, en muchos aspectos, era para ellos un ambiente hostil. Se trataba de gentes sencillas del campo con un acento extraño del norte y que no estaban acostumbrados a la vida en una gran ciudad. Necesitaron ser convencidos para creer que, de conformidad con una necesidad mesiánica. Jesús había resucitado de entre los muertos y ascendido a los cielos. Sólo esa convicción pudo inducirles a abandonar Galilea para instalarse entre los judíos y empezar una nueva vida.

El reconocimiento de hasta qué punto los pescadores galileos se encontraban en Jerusalén fuera de su medio ambiente, arroja graves dudas sobre la idea de que los apóstoles hubieran podido imaginar y poner en práctica las medidas organizativas que, al parecer, tuvieron un efecto casi instantáneo. Esta clase de compromiso estaba más allá de su propia experiencia y competencia. En los Hechos se indica que los apóstoles no se mostraron muy dispuestos a hacerse cargo de las tareas propias de una comunidad importante y bien establecida (Hch 6, 1-6). Debemos, por tanto, llegar a la conclusión de que fueron incluidos en un modelo cuya creación fue responsabilidad de otros. El carácter de ese modelo, tal y como lo expresa Lucas, es similar al de los esenios.^[63] Y eso tiende a confirmar lo que hemos propuesto: que existía una interrelación con otras comunidades de otras expresiones del Camino, y que Juan el sacerdote tuvo algo que ver con ello.

Lo que se nos presenta en los Hechos es una descripción superficial y supersimplificada de las circunstancias, acompañada de numerosos rasgos legendarios. Una buena parte del libro se lee como si se tratara de historias seleccionadas para ser contadas a

los niños. A pesar de todo, hay indicaciones sobre muchas cosas que no son contadas.

Junto a Juan el sacerdote aparece otro individuo que también es una figura clave. Nos referimos a Jacobo, el hermano de Jesús, que se convirtió en el líder de la comunidad nazoreana. Pablo menciona que el Jesús resucitado se le aparece; pero Lucas no dice nada de esto ni sobre cómo llegó a alcanzar una posición de autoridad. Tenemos que volver nuestra mirada a otras fuentes para obtener esta información vital. El *Evangelio de los hebreos* nos dice que Jacobo había jurado no comer ni beber hasta que estuviera seguro de que Jesús había resucitado de entre los muertos. Después de la resurrección. Jesús le pidió a Jacobo una mesa y pan. Bendijo el pan, lo partió y se lo ofreció a Jacobo diciendo:

«Hermano, come el pan, porque el hijo del hombre ha resucitado de entre los que duermen».^[64]

El *Evangelio de Tomás*^[65] (Dicho 11) nos informa que «los discípulos le dijeron a Jesús: “Sabemos que te separarás de nosotros. ¿Quién será el más grande de entre nosotros?”. A lo que Jesús responde: “En el lugar al que habéis ido [es decir, a Jerusalén], iréis a Jacobo el Justo, por quien fueron creados el cielo y la tierra”». Encontramos aquí una tradición judía según la cual los apóstoles recibieron instrucciones de ponerse bajo el liderazgo del hermano del Mesías en Jerusalén. Jacobo, según informa Hegesipo, era un nazirita de toda la vida, como Juan el Bautista, que seguía el estilo de vida ascético de los esenios y, en consecuencia, bien pudo ser otro eslabón de unión entre los apóstoles galileos y los grupos de santos de Jerusalén. Lucas admite que, tras la ascensión de Jesús desde el monte de los Olivos, los apóstoles se reunieron en la habitación de la casa que hemos sugerido era la casa de Juan el sacerdote en el Ofel, y que con ellos se encontraban las mujeres que habían seguido a Jesús, así como su madre y sus hermanos (Hch 1, 13-14).

Es significativo que los Hechos enfatizan la importancia de Jerusalén porque sería al monte de los Olivos adonde regresaría

Jesús desde el cielo «para restaurar el reino de Israel». Esto era lo que se desprendía de la interpretación de las profecías antiguas.

No hay razones para dudar que, tras la admisión de que Jesús había resucitado de entre los muertos y ascendido a los cielos, donde estaba sentado a la derecha de Dios, muchos afirmarían haberlo visto de una forma u otra antes de que se produjera la ascensión. Eso habría sido algo natural. Pero la impresión que recibimos cuando se pregunta:

«¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» (Lc 24, 26), es la de que fue un tipo de exégesis esenia, sobre la base de motivos doctrinales y proféticos, lo que indujo y permitió que aparecieran las «visiones», y no al contrario. Inicialmente se produjo una admitida «lentitud de pensamiento» antes de aceptar la tesis de la resurrección del Mesías, lo que se produjo en buena medida gracias a la intuición de Juan y a su sofisticado razonamiento. Los galileos estaban ansiosos de que eso fuera cierto, por lo que lo aceptaron agradecidos, aunque no apresuradamente, ya que tales argumentos procedían de quienes poseían conocimientos superiores y a quienes respetaban. El Espíritu llegó una vez que se hubo generado un fervor común de fe y se hubo alcanzado una «unanimidad», es decir, cuando los discípulos ya pensaban todos lo mismo.

La revelación tuvo una gran importancia y causó una gran transformación, así como un tremendo alivio inductor de un fervor y una exuberancia rayanos en la histeria. Se nos dice que los discípulos actuaron como si estuvieran borrachos, cantando y gritando inteligiblemente y en galimatías. Se les había transmitido un conocimiento al que ellos nunca habrían podido llegar por sí solos; se sentían como transportados, en éxtasis. El *Paracleto* (Consolador, Consejero), a través de Juan, había llevado a cabo esta tarea. El Espíritu Santo descendió sobre ellos como una ráfaga de viento impetuoso, como lenguas de fuego que queman. Todo era tal y como lo había descrito el profeta Joel.^[66] Los habitantes de Jerusalén y los peregrinos llegados desde numerosas partes del

país para la fiesta de Pentecostés, se quedaron estupefactos y comenzaron a sentir lenguas de fuego a medida que las oleadas de emoción les envolvieron a todos.

Se produjeron escenas desconcertantes en la Ciudad Baja, con gentes que lloraban, rezaban, se abrazaban y se besaban. «Aquel día se les unieron [a los discípulos] unas tres mil almas» (Hch 2, 41).

9.- La revolución de Pentecostés

El libro Hechos de los apóstoles es el único del Nuevo Testamento que nos proporciona una escueta narración de la génesis del partido nazoreano, por lo que este libro es de una gran utilidad. El autor, que escribía a principios del siglo II tuvo que haber tenido acceso a fuentes de información, existentes todavía en aquel tiempo, que habían conservado recuerdos de la historia nazoreana durante el período anterior a la guerra judía contra los romanos. Estas fuentes fueron documentales, al menos parcialmente. Pero fueran cuales fuesen, y podemos arriesgarnos a hacer algunas suposiciones. Lucas sólo empleó aquello que consideró suficiente para sus propósitos, consistentes sobre todo en describir cómo había llegado el evangelio a los gentiles a través de Pedro y Pablo. No se nos ofrece una historia del partido nazoreano durante sus años de formación, sino más bien una historia edificante y apologética capaz de servir como introducción al cristianismo. Afortunadamente, podemos servirnos de ciertos detalles esclarecedores; pero necesitamos poner algo más de carne fresca en los desnudos huesos y dedicarnos más directa e íntegramente a la tarea de reconstruir el carácter y el destino del movimiento de Jesús en Judea.

Los capítulos segundo y tercero de los Hechos se dedican a discursos supuestamente pronunciados por Pedro como principal portavoz de los seguidores de Jesús. El autor compuso estas

arengas para transmitir ideas y sentimientos que consideraba apropiados, permitiéndose una licencia aceptada y ejercida por los historiadores para conseguir que sus narraciones fueran más vividas y circunstanciales mediante la creación de discursos que ponían en boca de personas eminentes. A los griegos les encantaba hacer discursos y ponían mucho énfasis en la calidad retórica de tales conferencias artificiales. Josefo utilizó este estilo en sus propios escritos y Lucas se basó mucho en su autoridad.^[67]

Por lo tanto, las palabras que leemos son sustancialmente las empleadas por el narrador, quien, aun cuando trata de ponerse en la posición del que habla, está poniendo en su boca puntos de vista que sólo supone pudo mantener. En consecuencia, podía adscribirle sentimientos y doctrinas que nunca abrigó o expresó y que podrían haber sido rechazadas en su tiempo.

Los dos discursos de Pedro a los que nos hemos referido revelan continuamente las ideas predominantes en la Iglesia medio siglo más tarde, y sólo muestran lazos muy tenues con la realidad. El redactor era incapaz de hablar como lo haría un judío que se dirigiera a otros judíos. De no haber sido así, no habría desaprovechado la oportunidad surgida con el discurso de Pentecostés para expresar el significado de la fiesta en relación con Jesús. Pentecostés, la fiesta de las semanas, era la de los primeros frutos en el calendario hebreo. Al proclamar la resurrección habría sido pertinente hablar del Mesías como «primicias de los que durmieron». Si Pablo pudo utilizar esta imagen simbólica (1 Co 15, 20), Pedro también podría haberlo hecho así. Pentecostés también conmemoraba la entrega de las Tablas de la Ley a Moisés en el monte Sinaí, y se podía afirmar que el Mesías había llegado en cumplimiento de la promesa de Moisés, para confirmar la alianza entre Dios y su pueblo. Algo de eso se sugiere en el segundo discurso (Hch 3, 21-26), pero ya no fue con ocasión de Pentecostés. Es evidente que a los discursos les falta la característica de ser judíos, lo que les habría dotado de verosimilitud. Esto es algo típico de Lucas, que piensa que podrán ser aceptados como judíos si

emplea un lenguaje propio del Antiguo Testamento. Y no cabe la menor duda de que tenía razón, siempre y cuando se tratara de lectores no judíos.

Pero a nosotros nos preocupa otra cosa —que Lucas no nos ofrece una verdadera imagen de lo que estaba sucediendo en Jerusalén—, y sólo obtenemos de él ciertos indicadores útiles que tendremos que desarrollar por nosotros mismos. Existen todas las probabilidades de que no habría podido esclarecer más la situación aun cuando hubiese querido, ya que eso no era incumbencia suya ni de las fuentes que utilizó.

No se nos explica por qué el partido nazoreano tuvo que haber sido creado en Pentecostés. Tal y como hemos explicado, el partido se creó luchando. Pero también pudo haber intervenido otro factor relacionado con lo que hemos tratado en el capítulo anterior, en el sentido de que la nueva iniciativa recibió su impulso de los partidarios de la cuarta filosofía que había en Jerusalén. Estos elementos —fariseos, esenios, bautistas y zelotes— que esperaban el «consuelo de Israel» y la llegada del reino de Dios, tuvieron que haberse sentido muy estimulados por las actividades de Jesús y por los acontecimientos ocurridos durante la semana de la Pasión. Es más, podrían haberse visto afectados por las convicciones de Juan el sacerdote en relación con la noticia comprobada de que el cuerpo de Jesús había desaparecido de la tumba.

Deberíamos suponer que la causa de Jesús como Mesías atraería a reclutas de estos grupos que creían en la llegada de los Últimos Tiempos.

Entre los discípulos originales había algunos procedentes de esos grupos. Es muy significativo el hecho de que, desde su fundación, el partido nazoreano muestre poseer una gran semejanza con el esenismo, tanto en la forma como en las maneras, e incluso, en una medida considerable, en las ideas y las prácticas. Hasta tal punto fue esto así que los investigadores del siglo IV sobre los principios cristianos pudieron afirmar que los esenios de Judea y los therapeutai de Egipto habían sido los primeros cristianos. Al

igual que los bautistas, los nazoreanos enfatizaban el bautismo para la remisión de los pecados, lo que se convirtió en requisito para ser aceptados.^[68]

Pero ahora disponemos de una información más completa sobre la importancia de Pentecostés para los esenios zadokitas merced a los manuscritos del mar Muerto. Gracias al libro *Jubileos* (6. 15-22) ya se sabía que esta fiesta recibía una consideración especial. Según el autor de esta obra, la fiesta de las semanas se había celebrado en el cielo desde el día de la Creación hasta la época de Noé, cuando empezó a ser celebrada por Noé y sus descendientes, después del diluvio. Así pues, para los esenios, Pentecostés era la fiesta de la renovación de la alianza entre Dios y el hombre. La celebración estuvo marcada por un ritual distintivo entre los esenios zadokitas. Este día se celebraba una asamblea general de todos los miembros, en la que se reafirmaba su estatus y, en esa misma ocasión, se tomaba juramento a los nuevos aspirantes, mediante el que se comprometían a observar la alianza de la ley.

Aquí, no podemos hacer nada mejor que citar a Vermes sobre la solemnidad de la asamblea de Pentecostés.^[69]

La más importante de sus fiestas era la de las Semanas [es decir, Pentecostés], la fiesta de la renovación de la alianza. Su ritual se describe al principio de la *Regla de la comunidad*, y en una sección no publicada de la *Regla de Damasco*. Iniciando la ceremonia, los sacerdotes y levitas ofrecían bienaventuranzas a Dios, y quienes entraban con ellos en la alianza, replicaban: «Amén, amén». Los sacerdotes pasaban a recordar los pasados favores de Dios y los levitas les seguían con una recitación de las transgresiones cometidas por Israel. Todo esto culminaba con una confesión pública: «¡Nos hemos extraviado! ¡Hemos desobedecido!», etc., después de lo cual los penitentes son bendecidos por los sacerdotes. A continuación, los levitas pronuncian un largo discurso sobre «la suerte de Satán» y, junto con los sacerdotes, advierten solemnemente a todos aquellos cuyo arrepentimiento ha sido incompleto para que no entren en la alianza. «Maldecid al hombre que entra en esta alianza mientras su corazón camina por entre los ídolos —decían—... Será separado de entre los hijos de la luz y... su suerte estará entre los que están condenados para siempre» (*Regla de la comunidad*. 1-11).

El párrafo final de la descripción dice: «Y así lo harán, año tras año, mientras perdure el dominio de Satán. Los sacerdotes entrarán primero, siguiendo un orden en concordancia con la perfección de

su espíritu; después vendrán los levitas, y en tercer lugar el pueblo, uno detrás de otro... para que cada israelita conozca su lugar en la comunidad de Dios, de acuerdo con el propósito eterno». (*Regla de la comunidad II*; véase *Regla de Damasco XIV*).^[70]

Debe observarse que, al final del discurso de Pentecostés de Pedro, y en respuesta a las preguntas del pueblo, les insta a convertirse y a ser bautizados en nombre de Jesús para la remisión de sus pecados, exhortándoles a salvarse «de esta generación perversa» (Hch 2, 38-40). El ritual esenio de Pentecostés se basa claramente en la narración que se hace en el Deuteronomio de las bendiciones y maldiciones de la alianza, recitadas por el pueblo de Israel en Gerizim y Ebal, lo que refuerza nuestra sugerencia de que el incidente del *Taheb* samaritano también se produjo durante la fiesta de Pentecostés, pues su aparición sólo podía significar que por fin había regresado la era de los favores de Dios.^[71]

A la luz de la información obtenida de los manuscritos del mar Muerto, comprendemos ahora que la creación del partido nazoreano precisamente en Pentecostés no fue algo fortuito. Se trataba del día esenio de solemne renovación de la alianza, un día en el que se amonestaba a la gente para que se arrepintiera y pasara a formar parte de los elegidos de Dios; un día, por lo tanto, en el que una llamada para aliarse con Jesús, como el Mesías, encontraría un fuerte eco favorable. En esta fiesta había un estímulo emocional inherente a ella, magnificado por la costumbre esenia y que, impulsada por los discípulos y quienes estaban relacionados con ellos, contribuiría a fomentar una atmósfera de concordia y de vivida expectación. La inspiración esenia designaba la fiesta de Pentecostés como el día en que debía buscarse una señal de la manifestación divina.

Según la tradición, dicha manifestación tuvo lugar con la llegada del «Espíritu». Las indicaciones señalan que ese fenómeno fue el del *khamsin*, el siroco.

Debemos imaginarnos aquel día de junio antes de Pentecostés como un día extremadamente caluroso, en calma y opresivo, con el

sol brillando en un cielo calinoso y amarillento. Quienes han experimentado el prelude de un día de siroco de particular intensidad sabrán que produce dolores de cabeza, nerviosismo y tensión mental. Aquella noche, pocos pudieron dormir bien. Después, al amanecer del día de fiesta, cuando los discípulos se reunieron para las oraciones matutinas típicas de los esenios, estalló la tormenta. Lucas resalta los efectos psíquicos, pero la descripción física corresponde a la del siroco. «De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban» (Hch 2, 2).

Según escribe W. M. Thomson en *La tierra y el libro*, hay una clase de siroco «que viene acompañado de un viento impetuoso, que llena el aire de polvo y de arena fina. He visto a menudo todo el cielo velado por esta clase de nube de polvo, a través de la cual el sol, desprovisto de la fuerza de sus rayos, parecía como un globo de fuego que arde lentamente. Pudo haber sido este fenómeno lo que sugirió la fuerte figura profética de Joel, citada por Pedro el día de Pentecostés: “Haré prodigios arriba en el cielo y señales abajo en la tierra. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre”. Los pilares de humo son probablemente esas columnas de arena y polvo elevadas muy alto en el aire por remolinos locales que tan a menudo acompañan al siroco».

No menos apta resulta la imaginería del salmista sobre el siroco. «Voz de Yahveh con fuerza, voz de Yahveh con majestad. Voz de Yahveh que desgaja los cedros, Yahveh desgaja los cedros del Líbano, hace brincar como un novillo al Líbano, y al Sarión como cría de búfalo. Voz de Yahveh que afila llamaradas. Voz de Yahveh que sacude el desierto, sacude Yahveh el desierto de Cades» (Sal 29, 4-8).

La tormenta liberó los sentimientos sobrecargados de los discípulos. Fueron conscientes de experimentar un enorme alivio. El siroco había respondido a su propio estado de ánimo. Habían pasado una época de extremada miseria y tensión, con las esperanzas pisoteadas por los suelos por la muerte y la

desaparición de Jesús. Esto había sucedido gracias a la transportadora alegría de la fe en que Dios lo había resucitado de entre los muertos, elevándolo a los cielos para recibir la realeza que pronto desplegaría en toda su majestuosidad a su regreso a la tierra.

Y en consonancia con esta verdad. Dios había enviado ahora el *Ruach*, su viento santo. Era una señal y un portento: quedaron como en éxtasis y rompieron a gritar, a cantar y declamar como si estuvieran borrachos. Y, en efecto, lo estaban con el milagro de todo lo que sucedía, con la gloria de lo que ocurría.

Fue la exuberancia y la positividad de su testimonio con respecto a la solución transmitida sobre el misterio del Mesías ausente, lo que logró, más que las palabras, electrificar a la multitud de judíos procedentes de muchos países para participar en Jerusalén en la fiesta de los primeros frutos. Para ellos, «la señal» de la incidencia del siroco también tuvo su impacto.

Según la fraseología moderna, muchos «se convirtieron» y se unieron a la comunidad de creyentes. La Revolución de Pentecostés había empezado. El que había sido declarado como hijo de David e hijo del hombre, que ahora estaba sentado a la diestra de Dios, se había convertido en el catalizador de una nueva coalición de israelitas leales, separados de los pecadores y apóstatas de la parte alta de la ciudad, a quienes se oponían.

Se dice que, durante la fiesta de Pentecostés, los miembros del partido nazoreano pasaron de ser unas 120 personas a unas 3000. «Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, repartían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar» (Hch 2, 44-47).

Así se revela, incidentalmente, que el populacho de Jerusalén — que se supone exigió la crucifixión de Jesús siete semanas antes— sentía la mayor simpatía por lo que representaba este movimiento. De hecho, siempre había sido así.

Lo que dicen las Escrituras que pasó no le pareció a la gente común nada incongruente ni inverosímil. ¿Acaso no habían declarado los devotos que éstos eran los Últimos Tiempos? Sin duda alguna volverían a repetirse los milagros ocurridos en el pasado. Cuando la gente está desesperada no suele argumentar como si fueran abogados. Simplemente, reaccionan. Y éstos eran judíos, cuya historia está llena de milagros. Josefo proporciona pruebas suficientes del temperamento y la credulidad del pueblo judío, compartidos a su propia manera por los samaritanos, lo que finalmente les persuadió de que, con la ayuda divina, podrían rechazar a los romanos, por muy formidable que fuera su poderío militar.

Debemos admitir que, para un gran número de judíos, entre los que se encontrarían sobre todo los miembros de los grupos escatológicos. El partido nazoreano debió de haber expresado convicciones con las que todos ellos podían identificarse con facilidad. Así pues, tuvo que haber incorporado una buena parte de su propia ideología. Si a la Iglesia de tiempos posteriores se le hubieran proporcionado todos los hechos, habría tenido grandes dificultades para reconocer como verdaderos cristianos a los que fueron sus predecesores. En muchos sentidos, tanto los Evangelios como los Hechos no hicieron más que intentar retrasar el reloj cristiano en más de medio siglo.

No podemos concebir como particularmente cristiano a un movimiento judío que no tiene doctrina trinitaria, que aceptaba a Jesús como Mesías y descendiente de David, pero que no le adscribía la divinidad y lo consideraba simplemente como un hombre enviado y dotado por Dios. Tampoco podemos considerar cristiana, en ningún sentido ortodoxo, a una comunidad celosa del cumplimiento de la ley de Moisés, que practicaba la circuncisión,

tenía el Templo y la sinagoga como su lugar de culto, y estaba animado por expectativas sobre la liberación nacional de Israel. Y, sin embargo, ésa fue la posición que, en tales escritos, adoptaron los apóstoles y quienes les siguieron. Sólo diremos que, sin lugar a dudas, nos encontramos aquí con una secta judía que reconocía a Jesús como el Mesías, y de la que el cristianismo derivó algunas de sus creencias y prácticas.

Del mismo modo, tal y como hemos indicado, debemos considerar a los nazoreanos (incorrectamente descritos como cristianos judíos) como derivados de las expresiones contemporáneas del judaísmo escatológico, con el que tenían numerosos rasgos comunes. Así nos lo indican las similitudes que encontramos en los manuscritos del mar Muerto en cuanto al lenguaje y las ideas. La literatura de la llamada Iglesia primitiva adoptó muchos de los libros judíos sectarios, y el doctor Charles, en su edición de los *pseuduepigrapha* judíos, demostró definitivamente hasta qué punto utilizaron estos recursos los escritores del Nuevo Testamento, en mucha mayor medida de lo que admite la exégesis cristiana. De modo similar, no se ha apreciado lo suficiente en qué medida el Nuevo Testamento refleja la liturgia judía. Una traducción del Nuevo Testamento acompañada de referencias y citas procedentes de fuentes judías no bíblicas asombraría a los cristianos y les daría una perspectiva muy distinta^[72].

Claro que si los evangelistas no se hubieran mostrado tan ávidos por imprimir en el pasado la huella de las actitudes y creencias de su propio período histórico, habría llegado hasta nosotros una imagen mucho más real.

Esa imagen no tenía nada que ver con el nacimiento de una nueva religión distinta del judaísmo. El movimiento creado en Pentecostés no era más que una expresión de la fe judía sobre su propio futuro, confiando en las promesas divinas, certificadas por sus Escrituras. Existían ya fuertes expectativas en el sentido de la inminencia de que el tiempo se había cumplido. Eso había inspirado la formación de grupos de devotos y penitentes, influyendo sobre la

unificación de los luchadores por la libertad. La aparición y misteriosa partida de Jesús permitía ahora que la esperanza mesiánica se situara en un primer plano en nombre de la liberación, de la salvación de Dios, junto con Josué, el nombre del sucesor de Moisés que condujo al antiguo pueblo de Israel hacia la tierra prometida.

Lo que se le decía ahora a la gente explicaba el secreto de la tumba vacía. Ahora ya podían responder al anuncio de que, gracias a un milagro, Jesús se había librado de la extinción a la que le destinaban sus enemigos, siendo elevado a los cielos por Dios, desde donde no tardaría en regresar para salvar a Israel y ejecutar el juicio sobre los paganos y los malvados. Pero la ira popular también se intensificó en contra de Roma y de sus títeres por haber crucificado al Mesías. Asociaciones como la de los esenios habían predicado la retirada de los asuntos públicos para concentrarse, con una dedicación segregada, a la observancia de la Torah. El partido nazoreano adoptó una gran parte de su pensamiento y organización y lo transmitió sencillamente al pueblo. Se creó así una situación revolucionaria, ya que ahora, y por primera vez, se empezó a coordinar la oposición contra los enemigos comunes.

10.- El primer estallido

No se produjo una inauguración formal del nuevo movimiento en Jerusalén, que surgió de un modo espontáneo, en una explosión emocional y entusiasta. Pero entre quienes se encontraban en el centro del mismo, así como entre los que, con distintas afiliaciones, habían respondido al emotivo llamamiento de Pentecostés, había individuos capaces de crear con rapidez una coherencia ordenada. Los modelos de la estructura ya existían y podían ser adaptados con rapidez a las necesidades que imponían las nuevas circunstancias. Los nuevos miembros también aportaron las doctrinas e ideas características de los grupos a los que habían pertenecido, o a los que todavía seguían perteneciendo. El emergente partido nazoreano era heterogéneo en su aspecto, con elementos representativos de una gran diversidad de actitudes y asociaciones. Comprendía a pacientes pietistas junto con militantes políticos, a reformadores y revolucionarios. En el futuro, ello daría lugar a fricciones internas que surgirían de vez en cuando. Pero lo que todos tenían en común era lo bastante fuerte como para permitirles superar las diferencias; y, a su debido tiempo, el establecimiento de un gobierno efectivo permitiría ejercer un control firme.

Un factor que contribuyó a resolver las diferencias fue un sentido de frente unido contra un régimen aborrecido por todos, el dominio de Satán, en el que se incluía tanto al poder ocupante romano como a las autoridades judías que lo servían. El movimiento abogaba por

la total liberación de Israel, tanto espiritual como políticamente y, en consecuencia, reflejaba ciertos aspectos de xenofobia y lucha de clases.

Ya hemos señalado en diversas ocasiones las diferencias físicas e ideológicas existentes en Jerusalén entre la Ciudad Baja y la Ciudad Alta, entre las masas del pueblo judío y sus gobernantes. Pero resulta tan difícil romper con los hábitos del pensamiento y las creencias que se hace necesario subrayar de nuevo esta dicotomía. El Consejo Judío, o Gran Sanedrín, ejercía los poderes del gobierno, bajo la tutela romana, en cuestiones de carácter doméstico y religioso que, aun siendo restringidas, aún eran considerables. Sus miembros pertenecían sobre todo al partido saduceo, compuesto por los sumos sacerdotes y los representantes de las familias más importantes, con las que a menudo estaban aliados por matrimonios. El presidente del Sanedrín era el sumo sacerdote. Pero en este organismo también había un cierto número de destacados fariseos, que podían actuar como una especie de oposición de izquierdas. El Consejo aceptaba la alianza con Roma, y en esta época era el legado romano de Siria el que nombraba al sumo sacerdote. A veces, el soborno jugaba un papel importante en este nombramiento, para escándalo de todos. Así pues, el pueblo judío consideraba que el Consejo se hallaba fuertemente comprometido con el enemigo, en cuyo favor actuaba. También se percibía como un agravio el hecho de que muchos de estos aristócratas ricos se mostraran tolerantes con estilos de vida extraños para el pueblo, al igual que sus actitudes altaneras, despectivas y avariciosas.

El pueblo judío raramente se colocaba al lado de su jerarquía. Únicamente la apoyaba cuando ofrecía algún tipo de resistencia contra las continuas violaciones romanas de los derechos civiles y religiosos. En la mayor parte de las ocasiones se mostraba hostil a su propio grupo gobernante. Hasta Lucas, con todos sus prejuicios y mal interpretación apologética, se ve obligado a admitirlo así en algunas partes de los Hechos. A medida que la situación se fue

deteriorando progresivamente, también sucedió lo mismo con las relaciones entre el pueblo y la jerarquía. El Talmud registra un canto de denuncia abusiva de las grandes familias:

*¡Abajo los boethusianos!
¡Abajo sus cachiporras!
¡Abajo los ananitas!
¡Abajo sus silbidos de víbora!
¡Abajo los kantheritas!
¡Abajo sus libelos!
¡Abajo la casa de Ismael ben Pheabi!
¡Abajo sus puñetazos!
Ellos mismos son sumos sacerdotes;
sus hijos son tesoreros;
sus yernos son capitanes del Templo,
y sus sirvientes golpean al pueblo con palos.*

El pueblo judío de Jerusalén era firme partidario de los seguidores de Jesús. Eran promesianistas y los nazoreanos defendían la redención mesiánica de Israel, se preocupaban por los pobres, los necesitados y los oprimidos, se asociaban con ellos y la mayoría de sus miembros procedían de las filas de la gente ordinaria. Es más, eran observantes devotos e incondicionales de la ley de Moisés y en modo alguno se contaminaban con costumbres y hábitos paganos.

Si tenemos en cuenta lo anterior de un modo permanente y firme, no nos dejaremos engañar por las falsificaciones que aparecen en el Nuevo Testamento, ni confundir por las afirmaciones, en ocasiones cercanas, que se contradicen entre sí. Lo que hemos afirmado ocasionalmente surge allí donde las fuentes primitivas fueron empleadas por los evangelistas, resistiéndose en lugar de ajustándose para dar la impresión de lo que ellos deseaban transmitir.

Para la jerarquía tuvo que haber sido motivo de gran preocupación comprobar que un grave peligro, que ellos creían superado tras la ejecución de Jesús, no sólo seguía existiendo sino que adquiriría una creciente vitalidad. Para el pueblo, una cosa era responder momentáneamente, como tenía tendencia a hacer, a las

arengas de un fanático, profeta o charlatán que les prometía la libertad, y otra muy distinta actuar cuando se formaba un grupo organizado de propagandistas, capaz de poner en marcha un amenazador movimiento a gran escala. Sabían que sería mucho más difícil enfrentarse a un nuevo partido, favorecido por las guerrillas zelotes y oculto en la «clandestinidad» de Jerusalén.

La peor característica de los informes que se recibían era que el nuevo movimiento se centraba alrededor de un hombre que ya había muerto, pero que ahora era proclamado por sus seguidores como alguien que estaba vivo en el cielo, y que dirigía sus actividades desde allí en su capacidad de Mesías, que él había afirmado ser. No había límites para las supersticiosas irracionalidades que el pueblo sería capaz de aceptar; pero se trataba de irracionalidades alarmantes. Más aún, el movimiento jugaba con la hostilidad de la gente contra sus dirigentes, acusándoles de haber sido los responsables de la crucifixión de su Señor. Al parecer, los portavoces del movimiento estaban tan seguros de contar con el apoyo popular, que ya ni siquiera vacilaban en predicar su doctrina en los mismos pórticos del Templo.

Se hablaba ya de curas milagrosas, y de todos los fenómenos colaterales del fervor religioso irracional. Se habían ganado incluso a uno de aquellos mendigos lisiados que pedían limosna a las puertas del Templo, y lo exponían como ejemplo de un parálítico cuyas extremidades habían sido restauradas en nombre de Jesús. Así podían afirmar que se cumplían las palabras de Isaías: «Entonces saltará el cojo como ciervo, y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo» (Is 35, 6). Y eso daría crédito a lo que el profeta afirmaba: «Decid a los de corazón intranquilo:

¡Ánimo, no temáis! Mirad que vuestro Dios viene vengador; es la recompensa de Dios, él vendrá y os salvará... Los redimidos de Yaveh volverán, entrarán en Sión entre aclamaciones, y habrá alegría eterna sobre sus cabezas. ¡Regocijo y alegría les acompañarán! ¡Adiós, penar y suspiros!».

¡Qué fácil resultaba embaucar a las masas indoctas citando la Escritura, teniéndolas dispuestas para cualquier vana aventura, esperando la intervención divina en su nombre! No era así cómo funcionaban las cosas en aquellos tiempos. Las armas más útiles ahora eran la astucia y la diplomacia, sacrificando algo aquí para ganar algo más allí. Las masas eran insensibles a los argumentos inteligentes y sólo sabían gritar en demanda de sus derechos, por muy nebulosos que fueran éstos bajo el yugo romano. Tales privilegios sólo se podían basar en acuerdos alcanzados con el gobierno imperial y dependían de las buenas relaciones y del mantenimiento del orden. Los tontos no comprendían lo mucho que podría empeorar su situación si no fuera por la influencia y la continua vigilancia de la jerarquía y la aristocracia.

La atmósfera en el Ofel, en cambio, era muy distinta. Allí, quienes habían trabajado con Jesús de Galilea estaban en la cúspide de su gloria. Lo increíble había empezado a suceder. No era como había sucedido en el norte, donde las multitudes habían acudido junto a Jesús, pero pocos se le habían unido. Ahora no pasaba día en que no se hicieran nuevos prosélitos, e incluso cientos y miles. Era difícil llevar la cuenta. Aportaban sus ahorros, las posesiones que atesoraban, incluso los bienes de sus casas, y lo ponían todo a los pies de los apóstoles. En las calles estrechas y retorcidas de la Ciudad Baja era difícil moverse entre el gentío que gritaba, pedía bendiciones, arrojaba vestiduras al suelo para que los santos las pisaran al caminar sobre ellas. Los tocaban con las manos y con trapos para obtener así alguna virtud para los enfermos y desahuciados. Las afirmaciones de las curas conseguidas se anunciaban, se magnificaban, se multiplicaban.

Una noche, en la gran casa de Juan el sacerdote, varios jóvenes robustos se tuvieron que emplear a fondo para poder cerrar las puertas. En el patio se apilaban las ofrendas. Se fue requisando una vivienda tras otra a medida que sus ocupantes originales se enrolaban en el movimiento. Algunos vendieron sus casas y sus tierras y entregaron a la comunidad el producto de la venta. Otros

acudieron con títulos de propiedad, transfiriéndola a la comunidad del Mesías. «Para Jesús», «para nuestro rey», decían.

El espacio era demasiado estrecho en la Ciudad Baja para que pudieran producirse grandes concentraciones. Aquí, en contraste con la Ciudad Alta, había poco espacio libre. La multitud sólo se podía acomodar en el Templo, con su gran patio exterior y sus pórticos. Allí, los portavoces arengaban a las multitudes. Había desaparecido toda timidez, todo temor. Los discípulos, antes dolidos y derrotados, eran ahora aclamados y exaltados, y se sentían arrebatados por su nuevo poder y autoridad. También habían encontrado sus voces. El «Espíritu» ponía palabras en sus bocas.

Extrañamente, todo había cambiado. Parecía inconcebible, pero no había más remedio que creerlo al ver aquella marea de rostros ávidos, porque la evidencia estaba delante de sus propios ojos. ¿Quién podría haberlo imaginado? A su lado estaba aquel mendigo gritando aleluyas. La gente lo conocía. Decían que había sido un paralítico de nacimiento. Pedro y Juan lo encontraron en la Puerta Hermosa, y él les tendió la mano pidiendo limosna. Pedro le había dicho algo. Podría haber sido algo así como «Jesús dice que puedes caminar». Quizá podía hacerlo.

Quizá fue un milagro. En cualquier caso, allí estaba ahora, capaz de utilizar sus pies y dar su testimonio, aumentando así la excitación de la gente. Se produjo un gran bullicio cuando la gente acudió al pórtico de Salomón, donde estaban los apóstoles hablando.

Eran las últimas horas de la tarde. La gente tenía que salir para cerrar las grandes puertas. Muchos ya empezaban a marcharse y la policía del Templo acudió para apresurar su marcha. Pero algunos no quisieron moverse y como los apóstoles eran la causa del bullicio, y actuando según las instrucciones recibidas, el capitán del Templo ordenó su detención.

Los Hechos dan como razón de su arresto el que la jerarquía saducea se oponía a la predicación pública sobre la resurrección de entre los muertos, que Jesús ofrecía como prueba de su doctrina. Al día siguiente, sin embargo, el interrogatorio oficial no se ocupó de

este tema, ya que era un punto de fricción entre los fariseos y los saduceos. En lugar de eso, el tribunal se ocupó de averiguar los medios mediante los que se había curado el lisiado. Puesto que no se había transgredido ninguna ley, no les quedó más remedio que poner en libertad a los prisioneros, con la advertencia de que debían dejar de hacer propaganda sobre Jesús. Ellos se negaron llanamente. Los Hechos dicen que a los sumos sacerdotes les habría gustado castigarlos, pero que se vieron obligados a tener en cuenta el estado de ánimo de la gente.

Los nazoreanos consiguieron con ello una victoria táctica que aumentó su influencia. Su mensaje empezó a atraer al movimiento a gentes procedentes de los pueblos y ciudades vecinas. Según los Hechos, otros cinco mil nuevos adherentes se obtuvieron como consecuencia de las reuniones públicas en el Templo. Si damos crédito a las cifras que se nos dan resultaría que el partido nazoreano estaba en vías de convertirse en la mayor asociación del país, pero, tal y como hemos señalado, muchos de los recién llegados conservaban su identidad sectaria previa. Un recluta notable fue un levita de buena posición, originario de Chipre y llamado José, que alcanzó cierta preeminencia en el movimiento. No tardó en ser conocido como el «Exhortador», y más tarde aparece con el nombre de Bernabé.^[73] Los Hechos contrastan su generosidad, al entregar el dinero de la venta de un campo a los apóstoles, con el comportamiento de un tal Ananías y su esposa Safira quienes, cuando dispusieron de su propiedad en beneficio del movimiento, retuvieron una parte del precio obtenido y pretendieron haber recibido una suma inferior. Entonces, y a modo de terrible advertencia, ambos cayeron y expiraron, golpeados por un acto de Dios como castigo por su engaño. «Un gran temor se apoderó de toda la comunidad y de todos cuantos oyeron esto» (Hch 5, 11).

Ésta es la historia tal y como ha llegado hasta nosotros, pero nos sentimos tentados de preguntarnos si la infortunada pareja no tuvo que habérselas con los extremistas zelotes. De otro modo, el castigo que recibieron fue mucho más grave de lo que se merecían. Hasta

los esenios, con lo duros que podían llegar a ser en tantas cuestiones, sólo prescribían una pena moderada en circunstancias similares.^[74]

Con el conocimiento que poseemos sobre el temperamento de los zelotes y conociendo las ramificaciones de su militancia «clandestina», nos vemos obligados a considerar como muy posible su infiltración en el nuevo movimiento. Muchos zelotes podían exponer con toda sinceridad la causa de Jesús como la del rey legítimo de Israel, pero otros no tardarían en comprender que la popularidad de que disfrutaba el partido nazoreano entre las masas les presentaba una oportunidad única para utilizarla según sus propios fines, hostigando a las autoridades. La sospecha de que esto pudiera ser así explica la acción posterior emprendida por la jerarquía, que se sentía amenazada, cuando ordenó volver a detener a Pedro y a Juan como cabecillas aparentes. Los Hechos afirman que, para enfrentarse a la amenaza, fue convocado el senado de Israel, es decir el Gran Sanedrín completo, donde estaban los sumos sacerdotes y sus parientes más eminentes. Pero cuando los oficiales fueron a buscar a los prisioneros, los pájaros habían volado misteriosamente. «Pero el Ángel del Señor, por la noche, abrió las puertas de la prisión, les sacó...». Cómo pudo producirse esta liberación es una cuestión sujeta a la especulación, pero todo parece indicar que la «clandestinidad» tuvo algo que ver en el asunto—O bien los carceleros eran simpatizantes o bien se dejaron sobornar. La cárcel era la prisión civil y, por lo tanto, no estaba bajo la guardia romana.

Pero sigamos citando los Hechos: «Cuando oyeron esto, tanto el jefe de la guardia del Templo como los sumos sacerdotes se preguntaron perplejos qué podía significar aquello. Se presentó entonces uno que les dijo: “Mirad, los hombres que pusisteis en prisión están en el Templo y enseñan al pueblo”. Entonces el jefe de la guardia marchó con los alguaciles y les trajo, pero sin violencia, porque tenían miedo de que el pueblo les apedrease» (Hch 5, 24-26).

Se nos dice que la jerarquía saducea deseaba dar un ejemplo en los prisioneros y ordenar su ejecución (aunque no se nos dice en qué motivos se basaría la condena), para impedir así que la sedición alcanzara proporciones más formidables. Pero en esta ocasión los apóstoles encontraron un defensor en el prestigioso fariseo Rabban Gamaliel. Aunque fariseo, sentía una gran antipatía por los saduceos, o bien tenía otros motivos, como hemos conjeturado en otra parte.^[75] El caso es que se levantó y solicitó una deliberación privada, sin la presencia de los prisioneros. A continuación, les exortó a llevar mucho cuidado con lo que hicieran. Después de todo, si el nuevo movimiento no estaba inspirado por Dios se destruiría a sí mismo y no llegaría a nada, tal y como había sucedido con otras iniciativas mesiánicas. En consecuencia, lo mejor consistía no en actuar precipitadamente, sino en esperar el curso de los acontecimientos^[76]. La jerarquía no estaba tan convencida de que no fuera necesario emprender una acción fuerte, pero reconocieron que podría ser peligroso para ellos mismos y para su posición el provocar en aquellas circunstancias un conflicto abierto con el pueblo. Por lo tanto, volvieron a llamar a los prisioneros, el tribunal ordenó que los azotaran y, tras haberles amonestado una vez más, los pusieron en libertad.

Este acto externo de magnanimidad no reflejaba los verdaderos sentimientos de la jerarquía. No se habían apaciguado y sólo con grandes dificultades pudieron contener su animosidad. Sólo significaba que comprendían la prudencia de esperar su momento para golpear al movimiento cuando las condiciones les fueran más propicias. Tal y como ocurrieron las cosas, no tuvieron que esperar mucho tiempo. Mientras tanto, «la Palabra de Dios iba creciendo; en Jerusalén se multiplicó considerablemente el número de los discípulos, y multitud de sacerdotes iban aceptando la fe» (Hch 6, 7).

Esta referencia casi casual a un nuevo grupo de adherentes es de una gran importancia y muy significativa. Confirma que la religión de los nazoreanos era judaica, en una forma que enfatizaba la

estricta observancia de las ordenanzas mosaicas. De no haber sido así, el movimiento no habría atraído a los zelotes, fariseos, esenios y a muchos de los sacerdotes. Lo que distinguía a los nazoreanos era su creencia de que Jesús había sido nombrado Mesías por Dios. No debemos interpretar tal creencia en términos de una nueva religión que comportaría la aceptación de doctrinas peculiares, como sucedió con la formulación posterior del cristianismo.

Los sacerdotes judíos que se unieron al partido nazoreano siguieron siendo sacerdotes judíos, continuaron cumpliendo con sus obligaciones en el Templo. Pero en aquellos tiempos existía un abismo que se iba ampliando en las relaciones entre los rangos y las filas del sacerdocio y los de la enriquecida jerarquía. Muchos de los sacerdotes eran pobres: no podían ejercer ningún empleo secular y dependían para su sustento de su participación en los diezmos prescritos. Un gran número de ellos se alojaban en la zona situada inmediatamente al sur del Templo, en el Ofel, y, por lo tanto, vivían muy cerca del centro de las actividades nazoreanas. En varias ocasiones, y remontándonos hasta más de doscientos años atrás, habían sido sacerdotes fieles los que habían atacado la laxitud y el estilo de vida helénico de las principales familias de donde procedían los sumos sacerdotes. Sus iniciativas habían ayudado a promover el chasidismo, y no pocos de ellos se habían unido a los zadokitas. Algunos de los sacerdotes descendían por línea paterna del clan itinerante de los recabitas, que se abstendían de ingerir toda clase de intoxicantes^[77]. Ahora, era natural que muchos de ellos favorecieran al nuevo movimiento.

Así pues, un gran número de los sacerdotes ordinarios hizo su propio gesto de protesta contra la altanería de los ananitas y boetusianos, y expresaron su solidaridad con aquellos que se les oponían. Esta defección no pasó desapercibida y, en último término, produjo represalias.^[78]

El verano del año 36 d. de C. pasó en medio de esta atmósfera de inquietud y tensión. En Jerusalén se estaba produciendo un proceso de alineación junto a una postura u otra. No existía ningún

plan preciso para un estallido organizado, pero sí un impulso hacia la unificación de todos aquellos que se situaban a un lado o al otro, es decir una división en promesianistas y antimesianistas. El proceso llevaba consigo una vigilante valoración de la fuerza relativa de ambas partes.

Cuando Pilato se marchó, con gran alivio de todos, dejó tras de sí un vacío incómodo. Cuando llegó a Jerusalén, Vitelio, el legado romano de Siria, se mostró muy sensible a los sentimientos populares y se mostró ansioso por apaciguar la situación. Tal y como hemos señalado, las medidas que adoptó hablan por sí mismas, siendo una de ellas la destitución de Caifás como sumo sacerdote y la entrega del puesto a su cuñado Jonatán, hijo de Anás.^[79] No se había nombrado un gobernador nuevo hasta la muerte de Tiberio, ocurrida en marzo del año 37, un hecho que resultó tener consecuencias para los nazoreanos ya que produjo una especie de interregno en el que el nuevo sumo sacerdote pudo ejercer una cierta medida de poder, aunque actuando ostensiblemente en interés de Roma.^[80]

11.- Muerte a los disidentes

Allí donde surgen sentimientos fuertes en presencia de amargura y resentimiento pueden decirse y hacerse cosas muy feas. El mismo olor del problema atrae a los fanáticos y agitadores y resulta fácil dirigir el ánimo de la gente contra las injusticias que se les presenta. Sería muy erróneo considerar el movimiento de Jesús como un ejemplo brillante de amor en acción. No todo era dulzura y luz en el campo nazoreano. Entre los variopintos seguidores del Mesías había elementos puritanos, agresivamente nacionalistas y no conformistas, que exhibían la mezquindad y la irracionalidad propias de una sociedad oprimida. Desde luego, también había quienes mostraban una sencilla bondad de corazón y generosidad de espíritu. Pero no vamos a investigar el movimiento como un todo, con sus cualidades y sus virtudes, para cuya manifestación las condiciones contemporáneas ofrecían bien poco estímulo.

Desde el principio, el partido aceptó a numerosos judíos nacidos en el extranjero. En Jerusalén había enclaves donde quienes procedían de las distintas zonas del Imperio podían sentirse como en su propia casa, entre paisanos, y donde disponían de sus propias sinagogas, en las que se reunían. Había una para los norteafricanos —los de Libia, Cirenaica y Alejandría—, y otra para los asiáticos —los de Lidia, Pamfilia y Cilicia (Hch 6, 9)—y de modo similar para los de otras regiones. Los judíos nativos los consideraban helenizados ya que, en su gran mayoría, hablaban griego, y en el partido, al que

un cierto número de ellos se habían unido, se empezó a mostrar una cierta discriminación contra ellos en la distribución diaria de la comida. Se servía primero a los judíos nativos y se entregaba lo que quedaba a los extranjeros.^[81]

Es en este contexto en el que los Hechos nos presentan a Esteban como uno de los siete administradores —todos ellos de nombres griegos, y uno de ellos un prosélito del judaísmo procedente de Antioquía—, elegidos ante la insistencia de los apóstoles para enfrentarse con este tratamiento lleno de prejuicios contra los judíos de la diáspora.

Esteban, evidentemente, era un ardiente propagandista y entró en disputa con otros helenistas no pertenecientes al partido. No sabemos con exactitud qué fue lo que dijo para despertar su hostilidad, pero podemos deducir que su punto de vista era bastante amplio y universalista. No sería correcto extraer ninguna conclusión positiva a partir del discurso compuesto para él en los Hechos cuando fue conducido ante el Sanedrín por sus iracundos oponentes, pero podemos observar en dicho discurso un repentino cambio que se produce al final, cuando pasa de la primera persona del plural a la segunda persona. La acusación de que Esteban había declarado que Jesús destruiría el Templo y cambiaría las ordenanzas mosaicas se atribuye a falsos testigos, incluso en los Hechos.

El hecho de que Esteban fuera un judío extranjero identificado con los nazoreanos decía mucho en contra suya, puesto que, en este caso, el Consejo no tenía por qué temer la simpatía popular con el acusado. Los sumos sacerdotes, incitados posiblemente por el impulsivo Esteban, podían dirigir la furia que sentían contra los nazoreanos, contra alguien a quien tomaron como chivo expiatorio. Fue condenado a ser lapidado fuera de la ciudad, con los testigos encargados de cumplir la ejecución. Los testigos pusieron sus vestidos a los pies de un joven llamado Saulo, nativo de Tarso, en Cilicia, que estudiaba la ley judía en la escuela de Gamaliel en Jerusalén. Saulo, que era un fariseo, parece que estaba en un ciego

estado de ánimo próximo a la locura, dispuesto y ávido de tomar parte en un ataque contra los hogares de los helenistas conocidos como nazoreanos o simpatizantes.

«Aquel día —dicen los Hechos—se desató una violenta persecución contra la comunidad de Jerusalén. Todos, a excepción de los apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y Samaria. Unos hombres piadosos sepultaron a Esteban e hicieron gran duelo por él. Entretanto Saulo hacía estragos en la comunidad; entraba por las casas, se llevaba por la fuerza a hombres y mujeres, y los metía en la cárcel» (Hch 8, 1-3).

Podemos estar seguros de que Saulo jugó un papel importante en un estallido hostil contra una sección de los nazoreanos, puesto que el propio Pablo, ya convertido, así lo dice de sí mismo (Ga 1, 13). Pero se ha dudado correctamente de que las circunstancias fueran exactamente tal y como nos las presenta Lucas. ¿Cómo fue posible que, sin autoridad oficial, un joven violento como Saulo pudiera actuar como funcionario de policía, acosando a los nazoreanos y llevándolos a la prisión? ¿Por qué no se les hizo nada a los líderes del movimiento y sólo se vieron afectados los de menor rango?

Todo parece indicar que las simples afirmaciones de Lucas encubrían una progresión de sucesos que empezaron con una demostración espontánea de helenistas, no autorizada, contra compañeros helenistas nazoreanos.

Tenemos necesidad de investigar cómo se desarrolló la situación; pero antes de poder hacerlo debemos considerar otra evidencia relacionada con ella. La encontramos en los *Reconocimientos* de Clemente.

La obra, tal y como ha llegado hasta nosotros, no es anterior al siglo III, y la conocemos más generalmente a través de una insatisfactoria traducción latina preparada por Rufino de Aquileia en el siglo IV. El valor de esta obra, como el de su compañera, las Homilías, radica en su dependencia parcial de fuentes anteriores, tales como los Sermones de Pedro y los Ascendientes de Jacobo.

Dicho material refleja de un modo importante elementos y tradiciones de las enseñanzas nazoreanas, tal y como fueron presentados por la secta extremista de los ebionitas.

La versión de las circunstancias que nos ocupan se encuentra en los capítulos 53 a 71 de *Reconocimientos*. No se hace en ellos referencia alguna a Esteban y a quienes entablaron debate con él. En lugar de eso es la jerarquía saducea la que desafía a los nazoreanos a un debate público sobre el mesianismo de Jesús. Aceptando lo que consideran una ocasión propicia, los nazoreanos se muestran de acuerdo, y se estipula que el debate entre los líderes de ambas partes se celebre en la escalera interior del Templo, en presencia del pueblo.

Abriendo el ataque, el sumo sacerdote objeta primero el énfasis puesto en el bautismo como algo «que ha sido introducido recientemente en oposición a los sacrificios». A continuación, distintas personas señalan varios puntos, que son contestados a su vez por los apóstoles. Un cierto fariseo acusa a Felipe de poner a Jesús al mismo nivel que Moisés. Felipe replica que Jesús debe ser considerado más grande que Moisés, ya que era el Mesías, al mismo tiempo que un profeta. Otra intervención del sumo sacerdote ataca la enseñanza de Jesús porque había dicho «que los pobres fueran bienaventurados, y les había prometido recompensas terrenales y situado el bien principal en una herencia terrenal, y prometido que quienes se mantuvieran piadosos quedarían saciados con carne y bebida».

Después, el sumo sacerdote se dirige a Pedro, acusándole de presunción, siendo como es un hombre indocto, que se atreve a presentarse como maestro. En el curso de su contestación, Pedro ataca el sistema de los sacrificios. «Sabemos, más allá de toda duda, que Dios se siente disgustado con los sacrificios que le ofrecéis, y ya ha pasado el tiempo de los sacrificios. Y como no admitís que el tiempo de los sacrificios ha pasado, el Templo será destruido, y la abominación de la desolación reinará en el Lugar Santo». Esto encoleriza a los sacerdotes, y Gamaliel —de quien se

supone que es un discípulo secreto—interviene diplomáticamente con un consejo similar al que se nos informa en los Hechos cuando Pedro y Juan se encontraban ante el Sanedrín, y propone reanudar la discusión con los apóstoles al día siguiente.

Reanudado el debate, Gamaliel habla el primero, pero en esta ocasión el portavoz de los seguidores de Jesús es su hermano Jacobo, cabeza visible de la comunidad. Su intervención en la discusión continúa durante siete días sucesivos y lo hace con tanto éxito que, al final, todo el pueblo, incluido el sumo sacerdote, se muestra dispuesto a ser bautizado.

En esta coyuntura, un enemigo, que sin duda alguna es Saulo, entra en el Templo acompañado por unos pocos hombres, y organiza un tumulto, lanzando reproches e injurias contra los sacerdotes, e incitando a todos al asesinato. Agarrando una tea encendida del altar, comienza a repartir golpes a diestro y siniestro. Los demás huyen, espantados de su locura.

Se vertió mucha sangre; hubo huidas en confusión y en medio de todo ello aquel enemigo atacó a Jacobo y lo arrojó con la cabeza por delante desde la parte superior de los escalones; suponiendo que estaba muerto, no se preocupó de maltratarle con mayor violencia. Pero nuestros amigos lo levantaron, pues eran más numerosos y poderosos que los otros; pero, por temor de Dios, prefirieron morir a manos de una fuerza inferior que matar a los otros. Pero cuando llegó la noche los sacerdotes cerraron el Templo y regresamos a la casa de Jacobo y pasamos allí la noche, en oración. Después, antes del amanecer, bajamos a Jericó en número de cinco mil hombres.

Jacobo, desde luego, se recupera y el episodio termina con el enemigo —es decir, Saulo—pasando por Jericó en su camino hacia Damasco, convencido de que Pedro ha huido allí. Saulo, sin embargo, no encuentra a los hermanos porque en ese momento se habían marchado de Jericó para visitar las tumbas de dos de los suyos que milagrosamente se blanqueaban anualmente.

Aparecen aquí evidentes puntos en común con Hechos 5 a 7. Pero como *Ascendientes de Jacobo* no ha llegado hasta nosotros, resulta imposible saber qué parte de su contenido ha sido reproducido y hasta qué punto *Reconocimientos* se ha basado o ha

sido acomodado a lo escrito en Hechos. Que se produjo una adaptación considerable lo demuestra el hecho de que en *Reconocimientos* aparezcan reflejos de una avanzada enseñanza cristiana, que no hemos citado aquí.

Podemos aceptar, sin embargo, que *Ascendientes de Jacobo* trata sobre un debate sostenido en los quince escalones del Templo entre la jerarquía y los seguidores de Jesús, y que el principal portavoz de la parte nazoreana fuera Jacobo, el hermano de Jesús. Probablemente, el libro terminaba de la forma sugerida en *Reconocimientos*. Este punto de vista parece hallarse apoyado por Epifanio, que conoció *Ascendientes*, y dijo al respecto: «Ellos [los ebionitas] tienen otros Hechos que llaman de los apóstoles, y en donde muchas de las cosas se encuentran llenas de su impiedad, pues se han dotado a sí mismos de armas contra la verdad. Pues han mostrado ciertos Ascendientes e Instrucciones no citados en *Ascendientes de Jacobo*, presentándolo como alguien que está en contra del Templo y de los sacrificios, y contra el fuego del altar, y otras muchas cosas llenas de vaciedades, de tal modo que ni tan siquiera se avergüenzan de denunciar a Pablo en ciertas declaraciones inventadas sobre el trabajo maligno y fraudulento de sus falsos apóstoles». (*Panar. 30, 16*).

En *Reconocimientos* se afirma que el tiempo de los sacrificios ha pasado y que el Templo será destruido precisamente porque los sacerdotes no lo admiten así. En un pasaje anterior, tomado quizá de *Ascendientes*, se dice de un modo aún más claro: «Es Jesús el que, por la gracia de Dios, ha puesto ese fuego que el sacerdote enciende por los pecados» (capítulo 47). El Evangelio Ebionita, citado por Epifanio, pone en boca de Jesús las palabras «He venido para abolir los sacrificios; si no dejáis de ofrecer sacrificios, la cólera [de Dios] no dejará de caer sobre vosotros» (*Panar. 30, 16*).

Se observa aquí un cierto paralelismo con la acusación que se hace contra Esteban: «Este hombre no para de hablar en contra del Lugar Santo y de la Ley; pues le hemos oído decir que Jesús, ese Nazoreo, destruiría este lugar y cambiaría las costumbres que

Moisés nos ha transmitido». Recordemos que, según los Evangelios, Jesús les había dicho a los apóstoles que el Templo sería destruido y que incluso fue acusado de haber dicho que él mismo destruiría el Templo.

Los ebionitas aparecen en los primeros siglos cristianos como una rama ascética extremista de los nazoreanos, y ahora podemos trazar su origen hasta la influencia en el seno del movimiento de Jesús por parte de los esenios zadokitas. La designación *Ebionim* significa «los Pobres», y el término parece haberse referido al estilo de vida comunal de los esenios, según el cual ningún miembro poseía nada propio. Los Pobres se consideraban a sí mismos como los Muy Elegidos, que se habían liberado de toda clase de contaminación, incluyendo la ingestión de comida animal. También eran bautistas, y consideraban a Juan el Bautista como un estricto vegetariano, así como un abstemio. En la Epístola de Jacobo (Santiago) se menciona a «los Pobres de este mundo, ricos en fe, y herederos del reino que Dios ha prometido a quienes le amen» (Jas 2, 5). Pablo tuvo en cuenta a los Pobres (Ga 2, 10) y se mostró muy activo en la recaudación de fondos en su nombre.

Desde el descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto sabemos mucho más sobre las razones de los esenios zadokitas para condenar a los custodios contemporáneos del centro de culto de Israel. El *Comentario sobre Habacuc* ataca a «los últimos sacerdotes de Jerusalén, que amasan dinero y riquezas saqueando a los pueblos» (9). Y en particular al «sacerdote malvado... a quien se le debe dar la misma recompensa que él mismo reserva a los Pobres. Porque *Líbano* es el Consejo de la Comunidad; y *las bestias* son los Simples de Judá que observan la Ley. Al igual que él planeó la destrucción de los Pobres, así le condenará Dios a la destrucción. Y en cuanto a lo que él dijo [es decir, Habacuc]. *Debido a la sangre de la ciudad y a la violencia cometida en la tierra*, hay que interpretar que *la ciudad* es Jerusalén, donde el sacerdote malvado cometió acciones abominables y profanó el Templo de Dios. *La violencia*

cometida en la tierra se refiere a las ciudades de Judá, donde les robó a los Pobres todas sus posesiones» (12).

Ya poco después de iniciados los primeros estudios de los manuscritos, J. L. Teicher^[82] argumentó que los documentos recuperados debían ser atribuidos a los originales cristianos judíos. Esta opinión no fue aceptada, pero no debe ser rechazada de plano. La categoría más elevada de los esenios zadokitas era la Comunidad de Santidad. Los miembros de esta categoría «deben establecer el espíritu de santidad de acuerdo con la verdad eterna. Deben expiar por la rebelión culpable y por los pecados de infidelidad, para obtener así amor por la tierra sin la carne de los holocaustos ni la grasa del sacrificio. Y las oraciones ofrecidas correctamente deben ser como la fragancia aceptable de la piedad y la perfección como un ofrecimiento libremente entregado. En ese momento, los hombres de la Comunidad serán colocados aparte en la Casa de Santidad por Aarón, para la unión de la suprema santidad, y se creará una Casa de Comunidad para Israel para aquellos que actúen con perfección».^[83]

Este pasaje de la *Regla de la comunidad* es muy importante. Nos informa de que los Muy Elegidos eran considerados como personas que llevaban a cabo una tarea de expiación que no requería el recurso de sacrificios ni ofrendas en el fuego. Esto se había hecho necesario debido a que los sumos sacerdotes habían profanado el Templo y contaminado los sacrificios que, en consecuencia, ya no eran eficaces.

Teicher fue demasiado lejos al argumentar que la comunidad que produjo los manuscritos rechazaba por completo el sistema sacrificial. Lo que afirmaban los esenios zadokitas era que, tal y como estaban las cosas, los sacrificios habían perdido su poder expiatorio. En consecuencia, tal y como hemos visto antes,^[84] los verdaderos hijos de Zadok tuvieron que proporcionar medios propiciatorios alternativos mediante la oración y la santidad, de acuerdo con la voluntad de Dios.

Entre los desafectos que había en Israel existían numerosos motivos de antagonismo contra la jerarquía, tanto espiritual como política. Los esenios, fariseos y zelotes abrigaban muchas quejas, y los nazoreanos el agravio especial de que los sumos sacerdotes hubieran tramado la muerte del Mesías. No obstante, tal y como señala Branden, la evidencia de los Evangelios y los Hechos muestran en general a Jesús y a sus seguidores apoyando tercamente el ritual del Templo, aunque este autor admite que «el episodio de Esteban atestigua la existencia de elementos contrarios al culto en la comunidad cristiana primitiva».^[85]

Si queremos acercarnos algo a la verdad de lo ocurrido debemos considerar la tradición de los nazoreanos mandeanos, según la cual en el año 37 d. de C. sufrieron una persecución que les obligó a huir de Judea y a buscar refugio en Hauran. Esta cuestión la veremos en la Tercera parte,^[86] donde dispondremos de un recuerdo del ataque promovido por Saulo de Tarso, al que se refieren, a su modo, tanto los Hechos como *Reconocimientos*. En la historia ebionita se menciona a un grupo sustancial de discípulos que abandonaron Jerusalén en dirección a Jericó, cerca de donde se encontraba el asentamiento esenio de Qumran. Al parecer, siguieron su camino hacia el norte, a través de Perea, en dirección a Damasco, lo que concuerda con los informes esenio zadokitas. A los refugiados mandeanos se les presenta como un grupo que escapa en la misma dirección. En los Hechos se nos dice que Saulo —investido de autoridad oficial para efectuar arrestos— se puso en camino hacia Damasco, donde se encontraría con Ananías, un seguidor del «Justo», y que, después de la conversión, pasaría un tiempo en Arabia. Del mismo modo. *Reconocimientos* informa que Saulo pasó por Jericó en su camino hacia Damasco, creyendo que Pedro había huido allí.

A partir de estos diversos informes debemos intentar ahora reconstruir las circunstancias.

Al parecer, la secuencia de los acontecimientos se inició con una discusión en las sinagogas helenistas, donde los nazoreanos

helenistas como Esteban eran propagandistas activos. Estos nazoreanos apoyaban los puntos de vista escenios y, enfrascados en pleno debate, utilizaron un lenguaje inmoderado e incendiario sobre la jerarquía y el culto en el Templo. Los presentes, entre quienes se encontraba Saulo de Tarso, llevaron a Esteban ante el Sanedrín, donde su lenguaje hostil le aseguró la condena. A continuación. Saulo y sus amigos se desmandaron. No atacaron a los fariseos nazoreanos, ni a los apóstoles leales a Jesús, sino a los sectarios que parecían poner en práctica una propaganda perjudicial.

Los Hechos ofrecen una narración más circunstancial del arranque de violencia en la defensa que, mucho más tarde, hizo Saulo (Pablo) de sí mismo ante el rey Agripa, donde dice: «Yo, pues, me había creído obligado a combatir con todos los medios el nombre de Jesús, el Nazoreano^[87]. Así lo hice en Jerusalén y, con poderes recibidos de los sumos sacerdotes, yo mismo encerré a muchos santos en las cárceles; y cuando se les condenaba a muerte, yo contribuía con mi voto. Frecuentemente recorría todas las sinagogas y a fuerza de castigos les obligaba a blasfemar y, rebotando furor contra ellos, los perseguía hasta en las ciudades extranjeras» (26. 9-11).

Hay aquí cierta exageración, pero puede aceptarse que el arranque inicial de violencia de Saulo y sus amigos fue seguido por detenciones y torturas más sistematizadas, al estilo de la Gestapo, de los sectarios judíos, uno de los grupos asociados con el movimiento de Jesús. Esto no podría haberse producido sin el expreso consentimiento de los sumos sacerdotes, y se afirma que Saulo obtuvo plenos poderes para continuar su venganza.

Parece como si el asalto independiente de una banda, posiblemente compuesta en su mayor parte por estudiantes judíos helenistas de Jerusalén, como el propio Saulo, hubiera sido ordenado directamente por la jerarquía saducea. Los sumos sacerdotes, resentidos por las declaraciones hostiles de sus oponentes, se encontraron con un aliado inesperado en la persona

de un fariseo ardiente. La oportunidad de lanzar un duro golpe contra la parte más vulnerable del nuevo movimiento de coalición era demasiado buena como para despreciarla, y de este modo se pensaba privar al movimiento del poder que empezaba a tener, impidiendo así que se convirtiera en una grave amenaza para la posición y los privilegios de la jerarquía sacerdotal. Pero esto no fue ninguna persecución de cristianos organizada por judíos, sino un intento, dentro del estado judío, de suprimir lo que podría describirse como un ala izquierda disidente. Este grupo, cuya propaganda llegaba al pueblo, se estaba convirtiendo en peligrosamente vociferante sobre la infamia de los sumos sacerdotes como corruptores del Santuario, hasta el punto de que, entre los extremistas, se elevaban voces denunciando el sistema sacrificial y proclamando la inmediata destrucción del propio Templo. Tales ideas no hacían más que fomentar la sedición y podrían pasar fácilmente de las palabras a los hechos. Sin duda alguna, la jerarquía tenía motivos para sentirse alarmada y, en efecto, cuando la revuelta estalló finalmente una generación después, varios sumos sacerdotes fueron asesinados.^[88]

Dicha acción policial, descrita ampliamente como antinazoreana, y con la magnitud indicada, es mucho más probable que se pusiera en marcha en un momento en que se había producido una reducción del control romano, como consecuencia de lo cual el sumo sacerdote y el Sanedrín ejercían una mayor autoridad y responsabilidad civil de lo que podía considerarse como normal en este período. Según hemos señalado, esta situación se produjo durante el invierno del año 36-37 d. de C. El país no tenía procurador romano, y el legado romano se hallaba enfrascado en la preparación de la guerra contra los árabes. Jonatán, hijo de Anas, era ahora el sumo sacerdote y la señorial casa de Anas tenía una cuenta pendiente con los nazoreanos.

Habiendo encontrado una oportunidad excelente, los sumos sacerdotes se sintieron con la libertad suficiente como para explotar las circunstancias. Si se producía algún problema siempre podrían

afirmar que su acción estaba destinada al mantenimiento de la religión y del buen orden. Los que iban a ser perseguidos eran un grupo sedicioso que propagaban innovaciones —según una expresión utilizada por Josefo—consideradas como subversivas para la autoridad debidamente constituida. De hecho, el Sanedrín le estaba haciendo un favor a Roma al eliminar a tales elementos.

Los sumos sacerdotes, sin embargo, no tomaron todas las precauciones debidas. Al dar plenos poderes a Saulo creyeron que de ese modo estaban protegidos contra la protesta popular, ya que el odio recaería particularmente sobre un fariseo, no conectado con la jerarquía, y sabemos por los Hechos que insistieron en que no se tocara a los principales apóstoles, a quienes apoyaba el pueblo.

A Vitelio le preocupaba mucho que no se provocara a los habitantes de Jerusalén en contra de Roma, y no pudo permanecer ignorante de las medidas punitivas que se proponía emprender la jerarquía en su propio interés, y mucho menos cuando tales medidas se llevaron a cabo a tal escala. Su disgusto parece que se refleja en el hecho de que, cuando volvió a visitar Jerusalén durante la Pascua del año 37 d. de C., destituyó a Jonatán de su puesto, después de que éste lo ocupara sólo durante unos pocos meses, y nombró en su lugar a su hermano Teófilo. Josefo no da ninguna explicación del porqué Jonatán fue destituido tan rápidamente.^[89]

12.- La esperanza de salvación

Según los Hechos, la persecución autorizada por el sumo sacerdote Jonatán fue dirigida en particular contra los seguidores del «Camino» (9, 2; 22, 4). No se nos ofrece ningún comentario sobre este término. Sin embargo, es utilizado como un reflejo de la posición ocupada por los disidentes eclécticos. Ellos afirmaban que estaban preparando el Camino del Señor, tal y como había sido profetizado (Is 40, 3; MI 3, 1). Se trata del mismo Camino proclamado en el desierto por los bautistas y los zadokitas.^[90] Era el verdadero Camino de la Ley y, por lo tanto, el Camino de Salvación. Israel sólo obtendría la libertad manteniéndose fiel al Camino.

Los cristianos pensaban que la salvación como derecho de admisión en el cielo se alcanzaba por la fe en la tarea expiatoria de Jesucristo. Pero, originalmente, la idea de salvación significaba escapar del próximo juicio del mundo, asegurándose la participación en las felicidades de la era mesiánica, cuando se estableciera el reino de Dios sobre la tierra.

Primariamente, la salvación estaba relacionada con la redención de Israel a través de la mediación del Mesías, la unificación de los fieles y la restauración de la independencia de la nación, para que pudiera cumplir su función como guía y legisladora de la humanidad.

Los disidentes, opuestos a la iniquidad reinante en los altos puestos y a la vileza general de las masas, mostraban tendencia hacia la exclusividad. La salvación sólo estaría asegurada para

quienes fueran obedientes a los mandamientos de Dios y se alejaran de la maldad, constituyendo así el grupo de los santos y elegidos, cuya lealtad y sufrimiento serían recompensadas por su herencia en el reino de Dios. A éstos se les ahorraría el juicio que era inminente.^[91] Sus nombres estaban inscritos en los Registros Celestiales, en el Libro de la Vida. El mentor de los esenios zadokitas era el Verdadero Maestro, y en los Últimos Tiempos aparecería alguien con estas calificaciones. Esta personalidad fue identificada, en el partido nazoreano, con el Mesías, considerándose que Jesús cumplía todos los requisitos del que había de venir como profeta, sacerdote y rey.^[92] Su nombre, que significaba salvación de Dios, indicaba así la fe en la que debía basarse la salvación. A ello se asociaba el concepto de su tarea expiatoria, pero eso no cambió inicialmente la naturaleza de la salvación que se buscaba. El conflicto que enfrentó a Pablo con la autoridad central de los nazoreanos no estaba relacionado con lo que significaba la salvación —la recompensa de reinar en la tierra con el Mesías en su reino—, sino con la cuestión de si se debía o no recibir a los gentiles como miembros de pleno derecho de la Casa de Israel, sin la obligación de cumplir los mandamientos que Dios había dado a Israel.

La persecución de un sector de los nazoreanos empezó a crear una nueva situación. En lugar de dividir el movimiento y anularlo, tuvo el efecto de incrementar sus dimensiones y su influencia. Los refugiados llevaron la buena nueva del reino a otras partes.

Los hechos se interesan fundamentalmente por quienes huyeron hacia el noroeste, aunque describen la proclamación del Mensaje en Samaria. «Los que se habían dispersado cuando la tribulación originada a la muerte de Esteban, llegaron en su recorrido hasta Fenicia, Chipre y Antioquía [es decir, en Siria], sin predicar la Palabra a nadie más que a los judíos. Pero había entre ellos algunos chipriotas y cirenenses que, venidos a Antioquía, hablaban también a los griegos» (11.19-20). Sin duda alguna, estos refugiados eran helenistas (judíos de habla griega), y los griegos a

los que se dirigieron habrían sido gentiles «temerosos de Dios», cercanos al judaísmo, que acudían a las sinagogas y ya habían abandonado la idolatría. No se había emprendido todavía ninguna proclamación dirigida a los no judíos, y los seguidores de Jesús no eran conscientes del mandato que Mateo pone en boca del Jesús resucitado:

«Id, pues, y haced discípulos entre todos los gentiles» (28.19).

La ampliación de la esfera de las actividades nazoreanas inició una nueva fase que exigía una nueva valoración y la adopción de medidas de tipo organizativo. Pero antes de considerar estos puntos, será conveniente analizar más a fondo la atracción que la causa de Jesús ejercía sobre gentes tan diversas.

Lo que estaba haciendo la proclamación de Jesús como Mesías era investir con un sentido de realidad y de esperanzas inmediatas las anticipaciones e interpretaciones proféticas, a las que les había faltado convicción y una personalidad aceptable a la que se pudieran adherir las gentes. En esta época, las sinagogas de la diáspora eran activos centros de propaganda de las ideas mesiánicas, proclamando la próxima condena del orden mundial existente y el advenimiento de Israel como piadosa nación destinada a gobernar el mundo.^[93] El mensaje nazoreano, al transmitir la idea de que el Mesías había llegado y que ahora estaba en los cielos, en espera de su regreso a la tierra como juez y rey, permitía confirmar sorprendentemente que los hechos se movían con rapidez e inexorablemente hacia el clímax predicho de las eras.

Así pues. Jesús servía como figura focal para todos los que creían en los Últimos Tiempos, como alguien que había cambiado las circunstancias contemporáneas, dando seguridades en cuanto a lo que significaban en términos de la tensión existente, con la idea subyacente de que no tardaría en producirse la liberación de las personas piadosas, y la condena de los idólatras y malvados. Ahora, todos aquellos que habían proclamado sus advertencias, podían afirmar que sus palabras no habían sido vanas, una vez convencidos por la interpretación de las Escrituras que, en efecto.

Jesús era «el que había de venir». La tarea de los nazoreanos consistía en demostrarlo así, convenciendo a las gentes de que Jesús había cumplido con todas las predicciones, incluyendo su muerte, resurrección y ascensión a los cielos. Se decía que él era el singular hijo del hombre, de quien se había escrito «Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos a tus pies». Como consecuencia de ello, existía una línea de comunicación entre el cielo y la tierra, a través de la operación del Espíritu Santo, para la transmisión de las señales que guiarían el destino de los fieles a quienes se les permitiría saber lo que no tardaría en suceder.

El movimiento nazoreano se hizo impresionante gracias a su positividad, y formidable gracias a su creencia en la posesión de recursos sobrenaturales, que lo hacían invencible e indestructible. Un líder que no estaba en la tierra no podía ser detenido, metido en prisión y ejecutado. «Sabido que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre él» (Rm 6, 9). Es más, el triunfo del Mesías sobre la muerte garantizaba a sus seguidores una victoria similar, por lo que podían estar seguros de que, aun cuando murieran antes del Segundo Advenimiento, no tardarían en compartir una nueva vida en las alegrías de la era dorada.

La inaccesibilidad física de Jesús también era de un gran servicio para los nazoreanos en otro sentido. Nadie se le podía acercar directamente y, por lo tanto, él no podía expresar sus puntos de vista y definir sus doctrinas. Esto significaba que los adherentes de distintos grupos y convicciones podían asociarlo con su propio punto de vista, otorgándole el lugar y los títulos que correspondieran con sus convicciones particulares. Aunque había muchos que le habían acompañado mientras estuvo en la tierra, sólo se podía afirmar hasta un cierto punto que Jesús había aprobado categóricamente esto o rechazado aquello. En consecuencia, el movimiento podía integrar en su estructura a una gran diversidad de intereses, sin necesidad, al principio, de mantener una ortodoxia rígida.

Entre las características aceptadas de la posición del partido, hemos observado que se ponía el acento sobre las tribulaciones del presente, ya que las fuerzas de este mundo estaban inspiradas por Belial para inducir a Israel a seguir el mal camino, y perseguir a quienes se mantuvieran fieles a Dios y a sus mandamientos. Igualmente, se enfatizaban las recompensas que esperaban en el reino a quienes se mantuvieran firmemente en la aflicción. Podrá apreciarse con claridad lo atractivos que resultaban los temas de la recompensa para los fieles y la condena para los malvados opresores, tanto para las masas necesitadas como para quienes se sentían indignados por el hedonismo y la corrupción. Unos podían ser militantes y otros mantener una paciente actitud inactiva, pero todos ellos obtenían consuelo al saber que los malvados obtendrían lo que se merecían, mientras los que sufrían alcanzarían la alegría, la satisfacción y la abundancia de las cosas buenas. A pesar de que la Iglesia haría recaer más tarde el acento sobre la vida en otro mundo, en un sentido celestial, esta idea ha sido a lo largo de la historia un concepto que ha estimulado una y otra vez al pueblo, ha inspirado las revueltas campesinas, las sectas de todo tipo y las empresas de uno u otro tipo defensoras de una nueva sociedad, incluso hasta nuestros días.^[94] Estas ideas compartidas se vieron estimuladas por el hecho de que Jesús, como un hombre del pueblo, las confirmara y, en su capacidad de Mesías, garantizara su veracidad.

En el debate que hemos citado de *Reconocimientos*, una de las críticas hechas por el rico sumo sacerdote saduceo fue que Jesús había dicho «bienaventurados los pobres, a quienes prometió recompensas terrenales y dijo que el don principal sería una herencia terrenal, y prometió que quienes se mantuvieran piadosos serían satisfechos con carne y bebida».

La versión que da Lucas de las bienaventuranzas afirma que, ciertamente, Jesús declara a sus discípulos: «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios. Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados. Bienaventurados

los que lloráis ahora, porque reiréis» (6, 20-21). Mateo (5, 4) añade un verso del Salmo 37: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra». Este salmo era uno de los favoritos de los santos y somos muy afortunados ahora al poseer el comentario esenio zadokita sobre él, que está perfectamente en consonancia con la enseñanza nazoreana. Aparece también en *Testamentos de los XII patriarcas* (Jud. 25, 4), donde leemos:

«Quienes han muerto con dolor, resucitarán con alegría, quienes fueron pobres en nombre del Señor, serán ricos, quienes han deseado, serán complacidos, quienes fueron débiles, serán fuertes, y quienes fueron condenados a muerte en nombre del Señor, despertarán a la vida».

Fue la confianza engendrada por estas expectativas la que sostuvo a los nazoreanos, permitiendo que el naciente cristianismo pasara por todas las vicisitudes que le esperaban, y soportara la tortura y la muerte. Sabían que resucitarían de entre los muertos y vivirían y reinarían sobre la tierra con el Mesías como rey y sacerdote.^[95]

Se hace aquí referencia al libro de la Revelación, fechado en la última década del siglo I. Del mismo período es el *Apocalipsis de Baruc*, donde se promete que «Llegarán los días en el que crecerán las viñas, cada cual tendrá diez mil vástagos y en cada vástago habrá diez mil ramas, y en cada rama diez mil ramitas, y en cada ramita diez mil racimos, y en cada racimo diez mil uvas, y cada uva, cuando sea prensada, dará veinticinco medidas de vino» (29, 5).

Esta misma afirmación es citada por Ireneo, el Padre de la Iglesia en el siglo II, a partir de una obra anterior de Papías, obispo de Hierápolis, que se basa a su vez en la autoridad anterior de «los ancianos que vieron a Juan, el discípulo del Señor» como palabras que pronunció el propio Jesús, en un pasaje que continúa diciendo: «Y cuando cualquiera de los santos tome un racimo, otro gritará: “Yo soy un racimo mejor, tómame: bendice al Señor a través de mí”. [De forma similar, el Señor declaró]. Un grano de trigo producirá diez mil espigas, y cada espiga producirá diez mil granos, y de cada grano se obtendrán diez libras de harina pura y fina...». Y Papías añade

que, cuando el traidor Judas se negó a creer en este milagro, el Señor declaró: «Ellos verán quién llegará a esos tiempos».^[96]

Rendel Harris sugirió, sin duda correctamente, que esta superabundante fertilidad descrita por *Baruc* y cuyos orígenes Papías hace remontar hasta Jesús, depende de una interpretación hagádica de la bendición de Jacob por Isaac (Gn 27, 28), donde se ha leído «*ribu* [diez mil] de grano y vino» en lugar de *rov* (muchos). Ireneo, al introducir la referencia de Papías, alude a esta bendición, señalando que Jacob nunca la obtuvo en vida. «La bendición profetizada, por lo tanto, pertenece incuestionablemente a los tiempos del Reino, cuando los piadosos gobiernen sobre los resucitados de entre los muertos, y cuando la creación, habiendo sido renovada y liberada, fructifique con una abundancia de toda clase de comida».

La escatología nazoreana, que basa su fe en el regreso de Jesús de los cielos para reinar sobre la tierra, no encontró oposición hasta bien entrado el siglo II, y aun entonces se la consideraba como la verdadera fe. En el *Diálogo con Trifón*, a Justino el mártir se le pregunta sobre esta cuestión: «Dime —pregunta el judío Trifón—, ¿admites realmente que este lugar, Jerusalén, será reconstruido? ¿Y esperas que tu pueblo se vuelva a reunir para gozar de la alegría con Cristo y con los patriarcas y los profetas, y tanto con los hombres de nuestra nación como con los prosélitos que se les unieron antes de que llegara Cristo?». Ante esto, Justino contesta: «Si has caído con algunos cristianos... quién no admite esto..., quién dice que no hay resurrección de los muertos y que sus almas, cuando mueren, son llevadas al cielo; no imagines que son cristianos... Pero yo y otros, que somos cristianos honestos en todos los puntos, estamos seguros de que habrá una resurrección de los muertos, y mil años en Jerusalén, que será reconstruida, adornada y engrandecida, como declaran los profetas Ezequiel e Isaías y otros» (*Dial.* 80).

Desde el principio, los seguidores del Camino, los Pobres (como un grupo ideológico, o como los necesitados, en general) tenían

mucho que ganar con su devoción. En los Salmos se había escrito: «Porque Yahveh escucha a los pobres, no desprecia a sus cautivos... Pues salvará Dios a Sión, reconstruirá las ciudades de Judá: habitarán allí y las poseerán; la heredará la estirpe de sus siervos, los que aman su nombre en ella morarán» (Sal 69, 34-37). El movimiento que se centró alrededor de Jesús como Mesías y que atrajo a numerosos adherentes de todos los grupos de la cuarta filosofía, puede ser considerado como sionista. Aceptaba y propagaba todos aquellos pasajes de la Escritura que prometían la salvación de Sión y la llegada a Sión del rey y redentor (como en Sal 2, 6; Is 49. 20, y Za 9, 9). En Sión habría liberación. También se aducían las palabras de Isaías:

«He aquí que yo pongo por fundamento en Sión una piedra elegida, angular, preciosa y fundamental: quien tuviere fe en ella no vacilará» (Is 28. 16: 1 P 2, 6-7). Esta piedra fue identificada con Jesús, como la que, rechazada por los constructores, constituiría la principal piedra angular (Sal 118, 22), así como con la piedra del sueño de Nabucodonosor que «se desprendió, sin intervención de mano alguna» y pulverizó la estatua. Esto significaba que Dios crearía un reino que acabaría con todos los demás y los aplastaría (Dn 2).

Jesús había llegado a Sión como rey y había celebrado la Pascua —la fiesta de la libertad— en la ciudad de David, en el Ofel. Y aquí, en Sión, era donde los nazoreanos habían establecido su cuartel general.

La persecución destinada a doblegar el movimiento erró su objetivo y tuvo como consecuencia una más amplia circulación del Mensaje, algo que, aun cuando hubiera sido contemplado, no se había planeado todavía en esta fase. El Mensaje ya se había llevado y se había escuchado más allá de los límites territoriales de Israel. Se establecieron nuevos lazos con las comunidades sectarias previamente existentes, y empezaron a surgir nuevos grupos de creyentes, iniciándose así la formación de una red ampliamente extendida. Todo esto daba la impresión de que la profecía

empezaba a cumplirse y que sería de Sión de donde surgiría la Ley, y la palabra del Señor desde Jerusalén (Mi 4, 2; Is 2, 3).

Al parecer, el éxodo de refugiados fue mucho más importante de lo que nos dan a entender los Hechos. Algunos se preocuparon simplemente de llegar a zonas donde no les pudiera alcanzar el capricho de los sumos sacerdotes, o bien donde éste no pudiera ser ejecutado con efectividad. Algunos de los helenistas decidieron regresar a sus países de origen y se encaminaron hacia los puertos de mar, bajando a Joppa, a través de Lidia, o dirigiéndose al norte hacia Ptolomeo y Antioquía para desde allí, navegar a Chipre y Asia Menor. No es nada improbable que, ya en esta época, el Mensaje llegara de ese modo a Alejandría y Cirenaica.

Las tradiciones ebionitas y mandeanas hablan de una emigración masiva de unas cinco o seis mil personas, que buscaron asilo entre las comunidades amistosas del noreste. Este grupo considerable de personas cruzó el Jordán cerca de Jericó y, a través de Perea, viajó a Batanea y Auranitis. Puede suponerse que el objetivo de Saulo al viajar a Damasco consistía en perseguir a este grupo de devotos, deteniendo a la mayor cantidad posible antes de que se dispersaran. Eso sería mucho más provechoso que perseguir a individuos aislados diseminados por todo el país.

Pero las cosas no salieron como fueron planeadas. Fue el propio Saulo quien resultó prendido en su viaje vengativo, por lo que algunos han considerado como una especie de ataque epiléptico en el que se sintió cegado por una luz repentina y escuchó la voz de Jesús que le hablaba. Una vez en Damasco, el enemigo se convirtió en discípulo y empezó a proclamar a Jesús como el Mesías en todas las sinagogas de la ciudad. Su patrocinador en Damasco era un tal Ananías, que pudo haber estado relacionado con los esenios zadokitas de la zona. Cuando se produjo una acalorada controversia como resultado de las predicaciones de Saulo, es muy probable que Ananías sugiriera que pasara una temporada con una de las comunidades de la Nueva Alianza, establecidas desde hacía mucho tiempo en el noreste.^[97] Él mismo afirma (Ga 1, 17) que se dirigió a

Arabia. Y comoquiera que posteriormente regresó a Damasco, podemos inferir que se refería al importante territorio nabateo situado en la parte oriental de Auranitis.

13.- La escalera de Jacob

Con la conversión de Saulo y la destitución del sumo sacerdote Jonatán, la persecución se agotó a sí misma. Sin duda alguna. Teófilo, el nuevo sumo sacerdote nombrado por Vitelio en la Pascua del año 37 d. de C., recibió indicaciones del legado en el sentido de que Roma no tenía ningún interés en fomentar perturbaciones internas que estimularan la desafección. En cualquier caso, Teófilo decidió proceder con cautela, ya que se las arregló para conservar el puesto durante cuatro años muy difíciles. Vitelio se había sentido muy preocupado por la inquietud popular en Jerusalén durante el año anterior, cuando envió a Pilato a Roma y destituyó al sumo sacerdote Caifás. Desde entonces, su política de apaciguamiento vino indicada además por el hecho de que, obedeciendo las órdenes de Tiberio para dirigir un ejército contra los árabes, había aceptado las súplicas judías para que las tropas, con sus estandartes, no marcharan a través de Judea. Al regresar de nuevo a Jerusalén en compañía de Herodes Antipas, mostró su respeto acudiendo al Templo para ofrecer sacrificios al Dios de los judíos. Josefo hace la insólita afirmación de que, cuando Vitelio llegó a Jerusalén, «fue saludado con un calor especial por la multitud judía» (*Antig.* XVIII, 121-123).

Mientras permaneció en Jerusalén, el legado recibió la noticia de la muerte del emperador, ocurrida el 15 de marzo, e impuso a los judíos un juramento de obediencia a su sucesor Gayo Calígula.

Para los nazoreanos, esto significó un período de paz. «Las Iglesias por entonces gozaban de paz en toda Judea, Galilea^[98] y Samaria; se edificaban y progresaban en el temor del Señor y estaban llenas de la consolación del Espíritu Santo» (Hch 9, 31). Una parte de esta situación se le atribuye al diácono Felipe, que había proclamado el Mensaje en Samaria y que más tarde, habiéndose dirigido hacia el sur, a Azotus (Ashdod), volvió de nuevo al norte, anunciando la buena nueva en las ciudades de la llanura costera, hasta Cesárea.

Las comunidades que se habían formado como consecuencia de ello, obligaron a los apóstoles de Jerusalén a enviar a Pedro y a Juan para confirmarlas e instruir las. Era evidente que en el futuro se requeriría una gran cantidad de trabajo pastoral, y que eso exigía a su vez una estructura de gobierno mucho más claramente definida. Una de las lecciones aprendidas durante la persecución era que el partido necesitaba adoptar medidas para asegurar la disciplina. Así pues, se tenía que considerar la formación de una autoridad central, cuya función y jurisdicción fuera equivalente a la del propio Sanedrín.

Desde su creación, el partido debía mucho al pensamiento y a las prácticas de los esenios, cuya experiencia resultó extremadamente útil como modelo para la nueva estructura. Ya hacía tiempo que los esenios disponían de una red de comunidades, tanto urbanas como rurales, con un centro administrativo situado en Qumran, cerca del mar Muerto. Josefo nos ofrece alguna información sobre esta organización, pero gracias al descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto, disponemos ahora de los documentos de la propia secta, que proporcionan muchos más detalles sobre su constitución y regulaciones.

Existe alguna incertidumbre sobre detalles particulares, pero podemos imaginarnos la posición como algo bastante aproximado a lo que sigue: el cuerpo, en su conjunto, estaba formado por grupos y campamentos integrados, pero que se autogobernaban en buena medida. Para formar uno de estos grupos se necesitaba un número

mínimo de miembros de pleno derecho, que era de diez, de los que uno de ellos debía ser un sacerdote. A la totalidad de los miembros y aspirantes de pleno derecho de todas las comunidades se les designaba con la denominación de «la Multitud», mientras que los miembros solos constituían «los Muchos». Quienes sólo pertenecían a la Multitud no podían comer con los Muchos, y los miembros de pleno derecho a los que se considerara equivocados eran excluidos de comer con los Muchos durante períodos específicos, según la naturaleza de la ofensa. Existía la excomunión para los crímenes más graves, tanto morales como espirituales. En cada comunidad local había «un funcionario de los Muchos» encargado de examinar a cada candidato a ser miembro de pleno derecho, pero, tras el período de prueba, el novicio sólo era admitido al grupo de los Muchos, si éstos votaban a favor de su aceptación.

En cualquier caso, una vez al año, durante la fiesta de Pentecostés, las comunidades se reunían en una asamblea general. De los asuntos de los Muchos en cada comunidad se encargaba un supervisor (*mebaqqer*), similar a los *episkopos* griegos (obispos). Entre sus responsabilidades se incluía la instrucción de la congregación en las obras de Dios. Este supervisor tenía que «amarlos como un padre ama a sus hijos, y conducirlos en todas sus tribulaciones como un pastor conduce a su rebaño».

La autoridad central estaba compuesta por un cuerpo de ancianos, con un gabinete interno compuesto de tres sacerdotes y doce laicos. Este colectivo constituía el Consejo General. Adicionalmente, había un supervisor principal, que puede ser comparado con un arzobispo, que debía tener entre treinta y cincuenta años de edad y poseer altas calificaciones. Ante él se presentaban todas las quejas. Con las mismas exigencias de edad, había también una especie de sumo sacerdote de gran erudición capaz de redactar las reglas finales. Este sacerdote podría ser considerado como el Verdadero Maestro contemporáneo (Maestro de Piedad), extraordinariamente versado en la profecía e interpretación de las Escrituras. Está sujeta a discusión la cuestión

de si no había un tercer dirigente con autoridad sobre los funcionarios (*paqid*) de las comunidades locales.

Se considera probable que se hicieran ciertos cambios en los distintos períodos históricos de la secta, lo que explicaría las variaciones existentes en las descripciones suministradas por la *Regla de Damasco* y la *Regla de la comunidad*.^[99]

La organización de los nazoreanos no instituyó reglas tan elaboradas para la admisión, ni un período de prueba, ni la observancia de una disciplina estricta de tipo monástico. No obstante, el ala ebionita se mostró más tarde mucho más estricta. A los nazoreanos no se les exigía que abandonaran su trabajo o que entregaran todas sus posesiones a la comunidad. Para que un candidato se convirtiera en miembro de pleno derecho era suficiente con darle cierta instrucción y, tras haber solicitado la alianza con Jesús, ser sumergido en el agua, como expresión de arrepentimiento de los pecados anteriores, y en reconocimiento de su identificación con el Israel leal. A partir de ese momento podía tomar parte en las reuniones comunales. Para no entrar en conflicto con la observancia del Sabbath en la sinagoga, el primer día de la semana se instituyó una reunión semanal, ya que éste era el día asociado con la resurrección del Mesías. La reunión dominical fue adoptada probablemente por los esenios, que honraban este día, el primero de la Creación, y cuya asamblea general anual se celebraba un domingo, en Pentecostés. De modo similar, la fiesta nazoreana del amor, celebrada el domingo, parece que procede también de la Santa Comida esenia de los Muchos, aunque los seguidores de Jesús también la relacionaban con la Última Cena de Jesús, y con su promesa de regresar para establecer su reino.^[100] Ese mismo día se pasaba revista a los asuntos de la comunidad local, así como a las necesidades de los pobres y los enfermos. La comida en comunidad se introdujo, según la costumbre judía, mediante una acción de gracias (*kiddush*) con pan y vino.

Una de las fórmulas utilizadas más tarde para la acción de gracias (*Eucharist*) ha sido conservada en el *Didaque* (Enseñanza

de los doce apóstoles.^[101]

Primero referente a la copa: «Te damos las gracias. Padre Nuestro, por el vino santo de David, tu siervo, que nos has dado a conocer a través de Jesús, tu siervo: gloria eterna para ti». Y referente al pan partido: «Te damos las gracias. Padre Nuestro, por la vida y el conocimiento que nos has dado a conocer a través de Jesús, tu siervo: gloria eterna para ti. Pues este pan estuvo diseminado por las montañas, pero ha sido juntado y convertido en uno, así tu Comunidad se reunirá desde todos los confines de la tierra en tu reino; porque tuya es la gloria y el poder, a través de Jesús el Mesías, para siempre» (9, 2-4).

Al principio, parece que las comunidades locales tuvieron suficiente con nombrar a uno de sus miembros como anciano, y cuyas funciones correspondían aproximadamente a las del «funcionario de los Muchos» esenio. Más tarde, cuando ya se contó con una organización más desarrollada, se nombraron administradores (diáconos), y supervisores locales (obispos), ordenados por los apóstoles, con el permiso de la autoridad central. Tales funcionarios no eran en modo alguno clérigos, sino personas maduras y de confianza, que solían ser hombres casados y con familia^[102]. Los deberes de naturaleza social y caritativa también se asignaban a las viudas.

Una buena parte de nuestra información procede de los Hechos y de las Epístolas paulinas, ampliamente relacionadas con las comunidades establecidas por Pablo y sus colegas. Pero no pudieron haber diferido en mucho de las disposiciones nazoreanas generales.

Tal y como estaban las cosas alrededor de los años 38 y 39 d. de C., aún no habían surgido las circunstancias que exigieran un control más estricto para mantener la unidad y la integridad del partido. Tales circunstancias no afloraron hasta que surgió la cuestión de la admisión de conversos gentiles, y cuando las enseñanzas paulinas amenazaron con provocar un cisma. Al suceder esto, se abrieron las puertas para que los falsos maestros propagaran sus doctrinas en comunidades situadas en países demasiado remotos como para que llegaran hasta ellos trabajadores fieles del movimiento. Finalmente, con la destrucción de Jerusalén y

la desaparición de una autoridad central operativa, ya nada pudo detener el crecimiento de tendencias sectarias, hasta que una nueva ortodoxia cristiana, que ya tenía muy poco que ver con su predecesora, logró establecerse con firmeza. Aun así, el enfrentamiento se prolongó a lo largo de varios siglos, sobre todo entre la nueva Iglesia católica por un lado, y quienes intentaban conservar y revivir principios característicos de la fe original, que ahora habían sido suplantados.

Lo que ahora se necesitaba con urgencia era la creación de un gobierno reconocido del partido, capaz de proporcionar a todas las comunidades locales una estructura definida y común, e investido de la autoridad suficiente para enfrentarse con los problemas y las quejas, así como para establecer las líneas políticas. La propia composición heterogénea del partido nazoreano exigía que se tratara de un Consejo puesto bajo un liderazgo aceptable para todos.

La creación de un Consejo de este tipo no presentaba grandes dificultades, ya que existían modelos parecidos, tanto en la estructura esenia como en el Sanedrín de la nación. En consecuencia, se consideró que debía estar compuesto por setenta miembros representativos, a los que se llamó ancianos. Lucas indica que, tras haber elegido a los doce apóstoles, Jesús creó un cuerpo apostólico compuesto por ese mismo número de personas (Lc 10, 1). Moisés, desde luego, había dispuesto de setenta ancianos para asesorarle en el gobierno (Nm 11, 16-17) y, de modo similar, el Sanedrín estaba compuesto por este mismo número de miembros. Lucas se limita a traspasar al recién creado Consejo Nazoreano la sanción que dio Jesús en vida. Es posible que los apóstoles y ancianos estuvieran normalmente enfrascados en el trabajo de campo y que sólo asistieran periódicamente al Consejo, dotado de funciones legislativas y jurídicas. También es muy probable que, en Pentecostés, se celebrara en Jerusalén una asamblea general anual.

Al igual que los esenios, parece que se instituyó un gabinete de quince miembros, un grupo de doce con tres líderes, correspondiente este último con los dirigentes del Sanedrín, es decir, el sumo sacerdote como *Nasi*, su sustituto (*Sagan*) y el funcionario principal del tribunal religioso (*Ab Beth—Din*). Nuestras fuentes son bastante confusas, porque los doce fueron identificados más tarde con los doce apóstoles, y los tres líderes con Pedro, Jacobo y Juan, que habían sido los compañeros más cercanos de Jesús y pertenecido a los doce—Una vez más, debemos inferir que la estructura nazoreana así creada se reflejó más tarde en los Evangelios en relación con la época de Jesús. Aquellos a quienes Pablo llama «los pilares» (Ga 2, 9) también son Pedro, Jacobo y Juan, pero Jacobo no es uno de los hijos de Zebedeo, y muy posiblemente Juan tampoco.^[103]

Adoptamos aquí el punto de vista según el cual el triunvirato situado a la cabeza de los asuntos nazoreanos estaba compuesto por Pedro como supervisor general de todas las comunidades; Jacobo, el hermano de Jesús, como *Nasi*, con Juan, el sacerdote de Jerusalén, como su sustituto. Pedro fue admirable como propagandista, y en los Hechos se nos muestra como profundamente comprometido con el trabajo pastoral, visitando y fortaleciendo las comunidades. Juan el sacerdote estaba bien cualificado para enfrentarse con la organización y las cuestiones de doctrina, y podía actuar como sustituto del *Nasi* nazoreano, el puesto supremo que todos habían estado de acuerdo que recayera sobre Jacobo, el hermano de Jesús.

Jacobo, llamado el Justo, ostentaba el puesto similar al Maestro Verdadero de los esenios zadokitas, y se le describe como un intérprete erudito de las Escrituras, que preside el Consejo y establece sus reglas. Es pertinente que tanto a Jacobo, el hermano de Jesús, como a Juan, el discípulo bienamado, se les considerara por tradición como personas que habían actuado en su capacidad de sumos sacerdotes. Dicha tradición pudo haber surgido del hecho

de que los puestos que ostentaban se correspondían con los del sumo sacerdote y su sustituto en el Sanedrín.

Al parecer, no hubo la menor duda sobre quién debería ser la cabeza de los nazoreanos, pues sólo había una persona adecuada para ello. El siguiente hermano más joven de Jesús pudo haber tenido unos treinta y un años de edad en el 38 d. de C. Jacobo poseía el carisma de proceder de la Casa de David y de ser el pariente sanguíneo más cercano del Mesías. Se podía considerar que, en su persona, el Mesías seguía físicamente presente sobre la tierra. En este sentido, Jacobo disfrutó cada vez más del prestigio inherente a una especie de príncipe regente.^[104] Pero también se mostró como un hombre de una extremada piedad judía, como un asceta defensor de los pobres y los oprimidos. Se llegó incluso a decir de él que, como Jesús, las Escrituras habían profetizado su llegada. En el *Evangelio de Tomás*, cuando los discípulos le preguntan a Jesús a quién debían acudir cuando él les abandonara, se les dice:

«Acudiréis a Jacobo el Justo, para quien han sido creados el cielo y la tierra».

A medida que transcurrieron los años fue creciendo la estatura espiritual de Jacobo: era venerado en todas partes, y no sólo en los círculos nazoreanos; después de su muerte se extendió la leyenda sobre su figura. De hecho, existe cierta probabilidad de que algunos de los dichos atribuidos a Jesús en los Evangelios fueran pronunciados realmente por su hermano Jacobo.^[105]

La mayoría de las narraciones sobre Jacobo proceden de afirmaciones y tradiciones corrientes en el siglo II, incluyendo lo que encontramos en los Hechos. El *Evangelio de los Hebreos* nos habla de la forma en que Jesús resucitado se apareció especialmente a su hermano, una aparición ya atestiguada por Pablo (I Co 15, 7). Las principales autoridades sobre el líder de los nazoreanos son Hegesipo, Clemente de Alejandría y Julio el Africano. Pero disponemos de ecos y de otras referencias en la literatura clementina (*quasi ebonita*) y en las obras de Orígenes, Eusebio,

Jerónimo y Epifanio (siglos III y IV). Será apropiado citar aquí algunas de esas fuentes.

«Pedro, Jacobo y Juan [es decir, los hijos de Zebedeo], tras la ascensión del Salvador, aun cuando habían sido preferidos por el Señor, no se disputaron el honor, sino que eligieron a Jacobo el Justo como obispo de Jerusalén». Más adelante, se dice: «El Señor impartió el don del conocimiento a Jacobo el Justo, a Juan y a Pedro después de la resurrección. Éstos lo transmitieron al resto de los apóstoles, y ellos a los setenta, de los que Bernabé fue uno».^[106]

Ahora, Jacobo, el hermano del Señor, que, como había muchos con su mismo nombre, fue denominado por todos el Justo, desde los días de nuestro Señor hasta ahora, recibió el gobierno de la Comunidad con los apóstoles. Este apóstol fue consagrado desde el vientre de su madre. No bebía vino ni licores fermentados, y se abstenía de toda comida animal. Nunca se afeitó con una navaja; nunca se untó con aceite ni usó los baños públicos. Sólo a él se le permitió la entrada en el Lugar Santo. Nunca llevó vestiduras de lana, sino sólo de lino. Tenía la costumbre de entrar solo en el Templo, y a menudo se le encontraba arrodillado, intercediendo por el perdón del pueblo, de modo que sus rodillas se hicieron tan fuertes como las de un camello... Y así, debido a su extraordinaria y gran piedad, fue llamado el Justo [es decir, Zaddik] y Oblías [es decir, Ophiaam], que significa Justicia y Baluarte del pueblo; según declaran los profetas sobre él.^[107]

Cuando Epifanio obtuvo esta información y, de algún modo, la adornó, dijo que Jacobo «era de la raza de David, hijo de José, y que era un nazoreano [en realidad, nazirita]... Más aún, hemos descubierto que oficiaba según la manera del antiguo sacerdotado. Por ello, una vez al año se le permitía la entrada en el Sanctasanctorum, tal y como la Ley exigía de los sumos sacerdotes, según lo que está escrito. Pues muchos, antes que nosotros, han hablado de él, tanto Eusebio como Clemente y otros. Más aún, se le concedió llevar la diadema del sumo sacerdocio sobre la cabeza, según los hombres antes mencionados y dignos de confianza han atestiguado en sus memorias».^[108]

La leyenda de que Jacobo había oficiado como sumo sacerdote debe algo, como ya hemos sugerido, a la posición que llegó a ocupar para los nazoreanos, como cabeza espiritual y política del Israel leal, lo que, de hecho, le convertía en el oponente y rival del

sumo sacerdote. Esta posición pudo muy bien haber contribuido a su muerte, a instigación del sumo sacerdote Ananías.

El título honorífico de *Zaddik* (el Santo, o el Justo) invita a establecer una comparación entre Jacobo y el famoso sumo sacerdote Simón el Justo de principios del siglo III a. de C., cuyo recuerdo era venerado. Josefo dice de él que «fue apodado el Justo tanto por su piedad hacia Dios, como por su benevolencia hacia sus paisanos» (*Antig.* XII, 43). A él se le atribuye la frase: «El mundo está sustentado por tres cosas: la Ley, el servicio del Templo y la práctica de la benevolencia».^[109] Jacobo apareció como otro Simón el Santo, y se dice que fue tan venerado por el pueblo que cuando salía «todos se arremolinaban a su alrededor, esforzándose por tocar el dobladillo de su vestimenta»^[110]. Es descrito como «el supremo supervisor, que gobierna Jerusalén, la santa comunidad de los hebreos, y las comunidades desparramadas por todas partes y excelentemente fundadas por la providencia de Dios», y la gente le llama «el Señor Jacob».^[111]

La otra designación con que se conocía a Jacobo, un *Ophiaam* original, aludía a su preocupación por la gente y a la defensa que hacía de sus derechos, por lo que fue elegida apropiadamente a la vista de la circunstancia de que Jacobo tenía su sede oficial en la zona protegida del Ofel (*Ophia* en arameo), que defendía la Ciudad Baja.

Pero la gran mayoría de cristianos ni siquiera saben en la actualidad que Jacobo, el hermano de Jesús, fue nombrado gobernante supremo de todos los creyentes en Cristo, y siguió conservando la dirección del gobierno durante casi un cuarto de siglo, hasta su muerte. Y esto es así debido a que los Hechos silencian su nombramiento. Este silencio de Lucas, según han observado muchos eruditos, no se debió a la ignorancia (véase el capítulo 15 de Hechos), sino a una intención deliberada. Por ejemplo, en relación con el debate que se produjo en Antioquía sobre los términos de admisión de los conversos gentiles, allí donde Pablo había escrito que ciertos emisarios de Jacobo llegaron a

Antioquía (Ga 2, 15), Lucas se limita a decir que procedían de Judea (Hch 15, 1).

El «segundo tratado» de Lucas fue concebido para presentar la progresiva universalización del Evangelio, especialmente en el Imperio romano, con Pedro y otros preparando el camino para la llamada de los gentiles, llevada a cabo por Pablo. Se esfuerza por dejar claro que los judíos se oponían a este estado de cosas, y que los funcionarios romanos habían sido los mejores amigos de la causa cristiana. No se hubiera correspondido con el pensamiento de su época que los protocristianos fueran considerados como nacionalistas judíos dirigidos por un judío extremadamente devoto de linaje real, que era a su vez hermano del Cristo que habían crucificado los romanos. A principios del siglo II, la Iglesia de Roma, deseando establecerse a sí misma como la nueva autoridad para los cristianos, convirtió a Pedro en el principal representante de Jesús, ya que había acudido a Occidente y se había identificado con las enseñanzas de Pablo.^[112]

La elección de Jacobo, sin embargo, había sido muy prudente en el período formativo del partido nazoreano, ya que sólo él podía mantener unidos a todos sus diversos elementos. Él seguía estrictamente el Camino de la Ley. Su nacionalismo agradaba a los zelotes, mientras que su extremo ascetismo permitía conservar la simpatía del ala esenio ebionita. Disfrutaba del respeto de los fariseos, y era muy querido por el pueblo judío de Jerusalén.

Para los nazoreanos fue muy conveniente que, durante este período, pudieran consolidar y definir su estructura de gobierno, ya que con Saulo de Tarso habían ganado a un prosélito de excepcional calibre y energía, destinado a convertirse en una amenaza para toda su empresa.

Saulo no vuelve a aparecer por Jerusalén hasta unos tres años después, cuando la abandonó en persecución de sus enemigos los nazoreanos. En consecuencia, su regreso puede fecharse en el año 39 d. de C. Después de su experiencia en el camino de Damasco, nos dice:

Al punto, sin pedir consejo ni a la carne ni a la sangre, sin subir a Jerusalén donde los apóstoles anteriores a mí, me fui a Arabia, de donde nuevamente volví a Damasco. Luego, de allí a tres años, subí a Jerusalén para conocer a Cefas y permanecí quince días en su compañía. Y no vi a ningún otro apóstol, y sí a Jacobo, el hermano del Señor... Luego me fui a las regiones de Siria y Cilicia; pero personalmente no me conocían las Iglesias de Judea que están en Cristo. Solamente habían oído decir: «El que antes nos perseguía ahora anuncia la buena nueva de la fe que entonces quería destruir». Y glorificaban a Dios a causa de mí (Gal, 16-24).

Este período de la vida de Pablo, Lucas lo sustituye por «muchos días». Pero preferimos el testimonio de Pablo, mucho más personal y anterior, y nos mostramos de acuerdo en que estuvo en Arabia durante por lo menos dos años. Ya hemos sugerido que se asoció con una comunidad zadokita, que le pudo haber sido recomendada por Ananías de Damasco. Los esenios zadokitas estipulaban precisamente un período de prueba de dos años, y no admitían a nadie como miembro de pleno derecho hasta el tercer año. Si Saulo permaneció en uno de los campamentos sectarios de la zona de Damasco, a prueba, parecería que, o bien no tenía la menor intención de convertirse en miembro de pleno derecho de la secta, o bien que sus puntos de vista no le permitieron alcanzarlo. En sus epístolas encontramos numerosos rasgos del lenguaje y la doctrina esenias. Más tarde, escribiría refiriéndose a esta época, que recibió una gran abundancia de revelaciones, y que fue elevado al tercer cielo, al paraíso (el jardín), donde escuchó palabras inefables que a ningún ser humano se le permite escuchar (2 Co 12, 1-4). Como Saulo estaba convencido de haber sido nombrado para predicar a los gentiles, esto bien podría haberle hecho entrar en conflicto con sus anfitriones.

Ya de regreso en Damasco, Saulo volvió a meterse en problemas. Lucas habla de un complot judío para asesinarle, pero Saulo no hace la menor mención al respecto. Relata que, «en Damasco, el etnarca del rey Aretas tenía puesta guardia en la ciudad de los damascenos con el fin de prenderme. Por una ventana y en una espuerta fui descolgado muro abajo. Así escapé de sus manos» (2 Co 11, 32-33; Hch 9, 23-25).

El rey Aretas al que se refiere era aquel monarca nabateo llamado Harith IV, que derrotó al ejército de Herodes Antipas, y a quien Tiberio ordenó a Vitelio que destruyera. La orden estaba a punto de ser ejecutada cuando Tiberio murió en marzo del año 37 d. de C. El nuevo emperador, Gayo Calígula, la anuló, y como gesto de amistad con motivo de su ascensión, dejó Damasco en manos de Harith. La ciudad y sus alrededores volvieron a estar bajo el gobierno romano a la muerte de Harith en el año 40 d. de C. Por lo tanto, Damasco sólo estuvo bajo el gobierno árabe entre los años 37 y 40, lo cual confirma nuestra cronología de los acontecimientos.

Lucas informa que:

Llegó [Saulo] a Jerusalén e intentaba juntarse con los discípulos; pero todos le tenían miedo, no creyendo que fuese discípulo. Entonces Bernabé le tomó y le presentó a los apóstoles y les contó cómo había visto al Señor en el camino y que le había hablado y cómo había predicado con valentía en Damasco en el nombre de Jesús. Andaba con ellos por Jerusalén, predicando valientemente en el nombre del Señor. Hablaba también y discutía con los helenistas; pero éstos intentaban matarle. Los hermanos, al saberlo, le llevaron a Cesárea y le hicieron marchar a Tarso (Hch 9, 26-30).

En contra de Lucas, ávido por demostrar las credenciales de Saulo en el sentido de que había sido aceptado por todos los apóstoles, Saulo insiste en que sólo se presentó a Pedro y que no vio a nadie más, excepto a Jacobo, el hermano de Jesús, indicándonos así que ya ocupaba una posición de una particular autoridad. Puede muy bien ser cierto que el antiguo perseguidor hubiera sido rehuido, y que él intentara demostrar su buena fe, discutiendo valientemente con aquellos judíos nacidos en el extranjero, que previamente se habían mostrado activos con él al atacar a los helenistas nazoreanos. Su deseo de destruir al traidor sería algo natural. Y, desde luego, a los líderes nazoreanos no les habría parecido bien que el exceso de celo misionero de Saulo pudiera provocar otro estallido contra el partido, por lo que decidieron que lo mejor sería sacarlo rápidamente del país. En consecuencia, lo enviaron a Cesárea y desde allí, por barco, hasta su nativa Cilicia. De este modo se evitaron una nueva crisis.

14.- La estatua

El objetivo apologético de Lucas en los Hechos para presentar a los judíos como hostiles a los cristianos, le exige tratar de convencernos, en la medida de lo posible, de que los romanos apoyaban a los cristianos en contra de los judíos. En consecuencia, no le conviene a su propósito informarnos de circunstancias que muestran a los judíos bajo una luz favorable en relación con los romanos. Aun así, resulta sorprendente que no diga nada sobre un acontecimiento tan señalado y consecuente, que no pudo por menos que ejercer un profundo efecto sobre todos los seguidores de Jesús. Este acontecimiento fue el propósito del emperador Gayo Calígula de erigir una estatua de sí mismo, a la manera de Zeus, en el Templo de Jerusalén.

Una de las repercusiones fue la de identificar la definición de una figura escatológica extraordinariamente malvada, el archienemigo de los Santos, el Anticristo, que aparece incluso en los documentos paulinos como «el Hombre impío, el Hijo de perdición, el Adversario, que se eleva sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta el extremo de sentarse él mismo en el Santuario de Dios y proclamar que él mismo es Dios... a quien el Señor destruirá con el soplo de su boca y aniquilará con la Manifestación de su Venida. La venida del Impío estará señalada por el influjo de Satanás, con toda clase de milagros, señales, prodigios engañosos, y todo tipo de maldades que seducirán a los que se han de

condenar por no haber aceptado el amor de la verdad que les hubiera salvado» (2 Ts 2, 3-10).

Desde los tiempos de Antíoco Epifano, «el Dios Manifiesto», que había hecho que se erigiera un altar al Zeus Olimpo en el Templo de Jerusalén, este gran sacrilegio había estado en el pensamiento y las anticipaciones de los estudiosos de los Últimos Tiempos. La oscura descripción de Daniel sobre el monarca insolente e impío que se atrevió a enfrentarse con el Altísimo, su referencia a «la abominación que desoía», y los intrigantes números que fechan la duración de las tribulaciones, estaban destinadas a suministrar una información precisa, aunque incomprensible, sobre el momento en que podía esperarse el clímax.

Ahora, con una asombrosa rapidez, los grandes rasgos de esta visión parecían corresponder con el momento actual, debido al creciente deterioro mental de Gayo Calígula, el nuevo César.

La apoteosis de los emperadores se había iniciado seriamente durante el reinado de Augusto, aunque su predecesor Julio César ya había sido deificado después de su muerte, por orden del Senado, y ya en vida se le dirigían como Júpiter Julio. Para Augusto, la aceptación de la divinidad se convirtió en una cuestión de política, tendente a asegurar la unificación del Imperio y la lealtad de las provincias a Roma. De este modo se fue desarrollando un culto imperial en el que se conjuntaban el culto de Roma y la divinidad del César (*flamen Romae et divi Augusti*).

Fueron las provincias orientales, con su tradición de deificación monárquica, las que se preocuparon más por promover el culto, que se extendió con gran rapidez. Pero Egipto tampoco tardó en pagar tributo, de tal modo que, incluso en Etiopía, se descubrió una inscripción fechada el año 7 a. de C., dedicada a «César, que reina sobre los mares y continentes, Júpiter, que recibe de Júpiter, su padre, el título de Libertador, Dueño de Europa y Asia, Estrella de toda Grecia, que se eleva a sí mismo con la gloria del gran Júpiter, Salvador».

Gayo Calígula, sin embargo, fue el primero de los emperadores que se tomó la divinidad literalmente, en lugar de considerar el culto como una característica y una útil expresión de lealtad. Lucio Vitelio, el legado de Siria, contribuyó a esta obsesión cuando, al regresar a Roma al final de su mandato, adoró al emperador postrándose en el suelo ante él, y sólo acudía ante su presencia llevando la cabeza cubierta con un velo.^[113] Suetonio, que informa de lo anterior, también nos dice cómo Gayo «empezó a arrogarse a sí mismo una majestad divina. Ordenó que le trajeran de Grecia todas las imágenes de los dioses famosas ya fuera por su belleza o por la veneración que les tenían, para que pudiera así quitarles todas las cabezas y sustituirlas por la suya... También instituyó un templo y sacerdotes, con víctimas elegidas, en honor de su propia divinidad. En su templo se erigió una estatua de oro, réplica exacta de sí mismo, a la que se vestía diariamente con vestiduras similares a las que él mismo portaba. Las personas más opulentas de la ciudad se ofrecieron como candidatos para desempeñar el honor de ser sacerdotes, y posteriormente compraron dicho honor a un precio inmenso».^[114] El trastorno mental del emperador llegó hasta el punto de invitar a la luna a cohabitar con él, y pretendió mantener conversación con la estatua de Júpiter Capitolino.

No se sabe con exactitud cómo surgió en la mente del emperador la idea de erigir su estatua en Jerusalén. Tampoco hay acuerdo sobre cómo se desarrollaron exactamente los acontecimientos. La narración principal nos la ofrece Filón, el filósofo judío de Alejandría, en su *Embajada a Gayo*, así como Josefo en sus *Antigüedades*. El primero tiene el valor de que su obra fuera contemporánea, así como el de haberse visto directamente implicado en la situación. Filón encabezaba la delegación judía que Alejandría había enviado a Gayo para solicitar un alivio al antisemitismo egipcio, y eso sucedió en el momento en que se conoció la intención del emperador, y sin haber tenido conocimiento previo del golpe que les iba a caer encima. No

obstante, los rasgos principales de lo sucedido surgen con suficiente claridad de ambas narraciones.

Las cosas empezaron como consecuencia de la hostilidad subsistente entre los habitantes gentiles y judíos en ciudades donde había comunidades sustanciales de ambos. Así sucedía en numerosos lugares situados a lo largo de la costa oriental del Mediterráneo, notablemente en Egipto y, sobre todo, en la gran ciudad de Alejandría. Las causas de la fricción eran la existencia de diferencias religiosas radicales que impedían la integración y fomentaban los celos cívicos y la animosidad. Un incidente ocurrido en Jamnia, en la región costera de Judea, y un estallido de violencia que se produjo en Alejandría, dieron la oportunidad a quienes odiaban a los judíos para alimentar la demencia del emperador diciéndole que, de entre todos sus súbditos, únicamente los judíos se negaban a demostrar su lealtad al no darle honores divinos. En consecuencia, nada podría haber contentado más a Calígula que erigir una colosal estatua sobredorada de sí mismo en el Templo de Jerusalén.

De acuerdo con esta idea, el emperador envió a Petronio para suceder a Vitelio como legado de Siria (39 d. de C.), con órdenes expresas de fabricar la estatua y trasladarla a Judea, escoltada por un ejército. Si los judíos se negaban a aceptarla voluntariamente, se debía emplear la fuerza para instalarla. Petronio emprendió la tarea encomendada, y la construcción de la estatua fue encargada a hábiles artesanos fenicios de Sidón, donde reunió una fuerza compuesta de dos legiones, más otras tropas auxiliares, y marchó a Ptolomeo (Acco), con la intención aparente de iniciar allí discusiones con los líderes judíos sobre la recepción de la imagen. Si los judíos rechazaban las órdenes del emperador, el ejército se dirigiría hacia Jerusalén en la primavera del año 40 d. de C., una vez que la estatua ya estuviera preparada.

Cuando los representantes judíos llegaron a Ptolomeo y se enteraron de las intenciones de Calígula, su horror no conoció límites. Ahora, toda la nación se veía amenazada por una calamidad

sin precedentes, pues ningún judío, fueran cuales fuesen sus convicciones, se sometería a tal violación de su fe fundamental. Las malas noticias se extendieron con rapidez y llegaron no sólo a Jerusalén sino a todos los rincones del país. La respuesta fue instantánea. Los judíos, de alta y baja posición, ricos y pobres, hombres, mujeres y niños, abandonaron todos los pueblos y ciudades y, formando enormes masas desarmadas, emprendieron camino hacia Ptolomeo, asombrando y perturbando mucho al nuevo legado. Se puso así de manifiesto que no se podrían llevar a cabo las órdenes del emperador sin producir una masacre total de la población. Petronio trató de ganar tiempo y se dirigió a Tiberíades para ver como estaban allí los ánimos, pero se vio nuevamente rodeado por grandes multitudes que gritaban y se lamentaban. Los miembros de la familia herodiana le urgieron a escribir a Calígula, contándole cuál era la situación. Sugirieron que, en su carta, señalara que, como la población había abandonado los campos para expresar su petición, las cosechas se perderían y, en consecuencia, sería imposible cubrir el pago del tributo romano. Los únicos que se aprovecharían de la situación serían los bandidos. Aparte de la mala gana con que Petronio contemplaba la perspectiva de iniciar una guerra contra toda una nación que no se había levantado en armas, este argumento parecía tener el sentido suficiente como para justificar el escribirle al emperador, con el propósito de hacerle cambiar de idea.

Debemos observar aquí que, para los judíos, el año sabático empezaba en septiembre del 40. En consecuencia, si no se recogían las cosechas en la temporada del 39 al 40, el país quedaría sin nada durante dos años sucesivos, lo que produciría una gran mortandad. Suciediera lo que sucediese, no se podría cobrar el tributo romano y los ingresos se secarían.

La carta le fue entregada a Calígula con extrema rapidez, pero la respuesta que le llegó a Petronio insistía en que continuara con la orden de instalar la estatua. En esta época, e ignorando por completo los propósitos del emperador, acudió a Roma su antiguo

amigo, el príncipe judío Agripa, con la intención de presentarle sus respetos.^[115] Calígula le había nombrado heredero de las tetrarquías de Filipo y Antipas, honrándole con el título de rey. Cuando el emperador le comunicó su propósito y los problemas que estaba teniendo con los judíos. Agripa no pudo dar crédito a sus oídos y casi se desmayó del susto. Una vez se hubo recuperado le escribió a Calígula una larga e implorante carta en la que le explicaba cuidadosamente por qué razón no podían los judíos recibir la estatua, diciéndole que, si insistía, ello significaría el fin de su amistad, puesto que Agripa no podía ser un traidor a su pueblo aunque quisiera.

Calígula se sintió tan conmovido por esta carta que finalmente dio su brazo a torcer en cuanto a la erección de su estatua en el Templo, pero decretó que, fuera de Jerusalén, cualquier persona tendría el derecho a erigir altares e imágenes en su honor. No se sabe con certeza si el emperador llegó a escribirle a Petronio en tal sentido. Lo cierto es que entonces recibió un despacho de su legado que le encolerizó tanto que cambió de opinión. Debido a un conflicto de los testimonios, no podemos estar seguros de los hechos. Es evidente, sin embargo, que Calígula recibió una petición de Petronio para que se le autorizase a no llevar adelante el proyecto, ya que sólo podría hacerlo declarando la guerra total a los judíos, y eso hizo que el emperador anulara la palabra que le había dado a Agripa.

Josefo relata que Petronio se sintió tan afectado por los ruegos de los judíos y por el profundo compromiso con su fe, que decidió correr un riesgo que bien habría podido significar su propia muerte. Advirtiéndoles de sus intenciones en Tiberíades, les rogó que se marcharan y reanudaran sus tareas agrícolas. «En cuanto Petronio hubo terminado de pronunciar su discurso ante los judíos, Dios envió inmediatamente una lluvia torrencial totalmente inesperada... De hecho, todo ese año había estado dominado por una gran sequía que causó la desesperación de la gente» (*Antig.* XVIII, 285). La lluvia fue tomada como un augurio de que todo saldría bien.^[116]

La reacción de Calígula fue acusar a Petronio de aceptar sobornos de los judíos, y le aconsejó que se suicidara por no haber cumplido sus órdenes. Filón declara que el emperador tenía la intención de ordenar la fabricación de otra estatua en Roma, que sería enviada a Judea en un barco en el que viajaría él mismo, después de haber visitado Alejandría (*Embajada a Gayo*, 337-338).

Pero Calígula fue asesinado en Roma el 24 de enero del año 41 d. de C., y estas noticias llegaron a Petronio veintisiete días antes de que recibiera la carta del emperador, cuya llegada había retrasado el mal tiempo durante tres meses. Los judíos creyeron que esta notable circunstancia se debía a la intervención directa de Dios para salvar a su pueblo, y para honrar a Petronio por haberlo protegido. Si se hubieran llevado a cabo los propósitos del emperador no sólo habrían perecido cientos de miles de judíos en su propio país, sino que la misma masacre se habría producido después en Egipto, en Asia, Grecia e Italia, donde decenas de miles habrían sido igualmente exterminados. A pesar de todo, se produjeron algunos incidentes, pero la muerte de Calígula y la inmediata acción emprendida por Claudio, su sucesor, impidieron que la situación se deteriorara aún más.

Por la forma extraña en que habían sucedido las cosas, hubo muchos gentiles que llegaron a la conclusión de que, en efecto, los judíos debían de estar bajo una protección especial. En consecuencia, en esta época muchos se vieron inducidos a convertirse en temerosos de Dios y abrazar el culto judío.

Es posible que en los Hechos se nos ofrezca una leve indicación de esto. Fue en Antioquía la Grande, la Antioquía situada sobre el Orontes, donde se produjo la primera adhesión considerable de gentiles a la causa mesiánica. Antioquía era la sede oficial del legado romano de Siria, y la salvación tanto de Petronio como de los judíos tuvo que haber causado aquí una gran conmoción. En esta ciudad grecorromana había una gran comunidad judía, que se había mostrado muy activa en el envío de costosos regalos al Templo de Jerusalén. Josefo escribe al respecto: «Es más, atraían

constantemente a sus ceremonias religiosas a multitud de griegos, a quienes, en cierto modo, habían incorporado a ellos mismos» (G. J. VII, 45). En otras palabras, este gran número de griegos había abandonado la idolatría y se había convertido en temerosos de Dios, asistiendo al culto en las sinagogas judías. Podemos considerar que el resultado de la cuestión de la estatua fue el responsable de que se produjera un considerable influjo en esa dirección.

Los nazoreanos de Jerusalén recibieron noticias en el sentido de que ellos también habían conseguido nuevos reclutas en Antioquía, y enviaron a Bernabé para que estudiara la situación e informara. Lo que encontró le sorprendió y le encantó. Pero había una evidente necesidad de un maestro de extracción griega que poseyera un alto grado de conocimientos intelectuales. Bernabé se acordó entonces de Saulo y se dirigió a Tarso a buscarle. Fue afortunado y, durante un año, ambos trabajaron juntos en Antioquía, convirtiéndose en buenos amigos. Fue aquí donde se originó el nombre de *Christiani*, un término apropiadamente expresado en gratin (una mezcla de griego y latín).

Por las indicaciones que poseemos, parece ser que podemos fechar la llegada de Saulo a Antioquía en el año 41 d. de C. No sólo fue éste el último año que Petronio actuó como legado de Siria, sino que ese mismo año el nuevo emperador, Claudio, confirió a Agripa la soberanía de Judea. La proclamación de Jesús como rey judío habría sonado menos extraña para oídos extranjeros en esta época que en cualquier otra.

Otra indicación que se nos da en los Hechos es, quizá, la historia de la conversión de un oficial romano llamado Cornelio, ocurrida en Cesárea. Se trataba de «un centurión de la cohorte Itálica, piadoso y temeroso de Dios, como toda su familia, daba muchas limosnas al pueblo y continuamente oraba a Dios» (10, 2).

La historia se relata concediéndole una extensión considerable y bastante desproporcionada, y parece destinada a demostrar cómo llegó a convencerse Pedro de que los gentiles temerosos de Dios que aceptaban a Jesús, también podrían llegar a tener un lugar en

el reino de Dios. Entonces, entró a formar parte del judaísmo la idea de que eso mismo les sucedería a las personas piadosas de todas las naciones. Pero esta cuestión era algo muy distinto a la de cumplir las obligaciones de los prosélitos, puesto que los gentiles temerosos de Dios no eran considerados como verdaderos judíos. El prosélito completo dejaba de ser gentil y aceptaba todas las responsabilidades como miembro de la Casa de Israel. Los nazoreanos no consideraban que los gentiles temerosos de Dios que aceptaban a Jesús tuvieran que ser admitidos como israelitas, a menos que abrazaran por completo el judaísmo. La cuestión sólo se convirtió en tema de controversia dentro del partido cuando, más tarde, Pablo desafió esta idea.^[117]

Es muy posible que en la narración que nos hace Lucas de las actividades de Pedro exista una cierta dependencia de algún documento petrino perdido. El episodio empieza en los Hechos con la visita que hace el apóstol a Lida y Joppe, contándonos que hubo curas milagrosas en ambos lugares. El colorido local y las descripciones son buenas. Durante el siglo II hubo en circulación una obra titulada *La predicación de Pedro*. Se trataba de una composición diferente,^[118] pero pudo haber sido creada sabiendo que existió un libro anterior con el mismo título.

En la atmósfera eufórica del año 41 d. de C. había una predisposición a mantener una expectativa con respecto a toda clase de acontecimientos notables, incluyendo el hecho de que numerosos gentiles se volvieran hacia Dios. Algunos de los nazoreanos más estrictos pudieron murmurar que Pedro había quebrantado las reglas al permitir la entrada de los gentiles en casa y el comer con los no circuncidados. Pero, tras haber recibido sus explicaciones, se mostraron razonablemente satisfechos.

Todo el asunto de la estatua había sido bastante asombroso. De pronto, el pueblo judío se había enfrentado con un peligro de tal magnitud y horror que desaparecieron todas las diferencias y animosidades, al menos temporalmente. Pero no duraron mucho el alivio y el regocijo que se apoderaron de toda la nación cuando el

peligro desapareció de un modo tan milagroso. Los viejos antagonismos no tardaron en reaparecer, e incluso se vieron acentuados por las interpretaciones que se quisieron dar al significado de acontecimiento tan extraordinario.

Para la jerarquía y la aristocracia judías representaron una advertencia de que su posición no se podía basar en las buenas relaciones con Roma. El capricho o la aberración de cualquier emperador podían poner en peligro tanto la libertad de fe como la propia continuación de la existencia nacional. En consecuencia, era imperativo tener en la corte, tanto en Roma como en cualquier otra parte, tantos amigos como fuera posible. También se necesitaba incrementar la vigilancia en el país, controlando en la medida de lo posible el aumento de los movimientos hostiles al gobierno romano.

En el campo extremista, el efecto fue el de intensificar los sentimientos antirromanos. Los sectarios aprovecharon las circunstancias, considerándolas como una notable Señal de los Tiempos, como una advertencia de que los asuntos mundiales se movían con creciente aceleración hacia el clímax anticipado. En consecuencia, era urgentísimo mostrarse más diligentes en la devoción por Dios y por el cumplimiento de su Ley, propagando la llamada al arrepentimiento nacional. Los nazoreanos, que se encontraban entre los de esta categoría, estaban naturalmente convencidos de que el regreso de Jesús no tardaría en producirse, lo que les impulsó a ampliar la esfera de sus operaciones para llevar el Mensaje a todos los judíos de la diáspora. Los preparativos para llevar a cabo esta tarea se empezaron a considerar activamente, y uno de los requisitos fue el de disponer de literatura adecuada para demostrar, a partir de las Escrituras, que Jesús era el Mesías, ofreciendo una narración de su trabajo y sus enseñanzas. Los apóstoles viajeros podrían transportar con facilidad pequeños rollos en los que se trataran estos temas, y a los grupos se les proporcionaría un material básico y uniforme para desarrollar su propia propaganda.^[119] Podemos ver, por el ejemplo de los manuscritos del mar Muerto, que existía una industria de escribanos

dedicados a multiplicar las copias de documentos para su circulación, y en el partido nazoreano había ahora muchos sacerdotes y escribas.

Los zelotes tampoco estuvieron ociosos. Pero en sus cálculos entraba otro plan destinado a estimular por todas las provincias romanas el aumento de los sentimientos antirromanos, por medio de emisarios que tratarían de ganarse el apoyo de los correligionarios, con el objetivo último de producir la desorganización del Imperio. Se buscarían medios financieros para obtener suministros de armas con los que dotar a las fuerzas guerrilleras de Israel, al mismo tiempo que se impulsaban actividades subversivas destinadas a promover la desafección entre los pueblos sometidos a Roma. Cuando el momento estuviera suficientemente maduro para la revuelta, el poderío militar de que disponía Roma se vería así ampliamente dispersado y privado de efectividad.

Las repercusiones variaron, pero, en cualquier caso, hicieron que el reinado de Claudio estuviera marcado por acontecimientos a los que la autoridad de Roma no se pudo enfrentar con facilidad.

15.- Agripa

Un rey judío gobernó Israel por primera vez desde los tiempos de Herodes el Grande. Cuando Claudio nombró a Herodes Agripa gobernante de Judea, Samaria y Cesárea en el año 41 d. de C., se consideró que eso caracterizaba el quinto año de reinado de Agripa, puesto que ya hacía cuatro años que era rey. A pesar de ser un descendiente de la odiada familia herodiana, la mayoría del pueblo estaba dispuesta a pasar por alto su linaje, debido al alivio producido por saber que ya no había ningún procurador romano a cargo de sus asuntos. Este cambio, sin embargo, representó muy poca diferencia para los nacionalistas ardientes, pues el rey no sólo debía alianza al emperador, sino que se proclamaba abiertamente «amigo del César y de los romanos». Para los nazoreanos era, desde luego, un usurpador del trono de David y, por lo tanto, un enemigo de la causa de Jesús. Pero muchos moderados se pusieron del lado del soberano, de tal modo que éste no sólo recibió el apoyo de la jerarquía y de los saduceos en general, sino incluso de numerosos fariseos.

El nuevo rey contaba a su favor con el hecho de haber intervenido personalmente en favor de los judíos, corriendo un grave riesgo, en su esfuerzo por persuadir a Calígula para que desistiera de su intención de erigir su estatua en el Templo. Eso, por sí solo, ya le aseguraba la buena voluntad popular. Además, lo había ordenado encadenar y ahora, actuando de un modo bastante ostentoso, hizo

colgar las cadenas de oro que se había visto obligado a llevar en el tesoro del Templo, como testimonio de que Dios eleva a los caídos. Pero, sobre todo, obtuvo el favor del pueblo gracias a que estaba decidido a agradar, y porque se mostró escrupuloso en la observancia de la religión judía.

A diferencia de los gobernadores romanos. Agripa prefirió residir en Jerusalén, en lugar de en la medio corrompida y medio pagana Cesárea. Con el tiempo, se llegó a decir el siguiente proverbio: «Si te dicen que Cesárea y Jerusalén han sido destruidas, no lo creas. Pero si te dicen que Cesárea ha sido destruida y Jerusalén está deshabitada, o que Jerusalén ha sido destruida y Cesárea está deshabitada, créetelo, porque está escrito (Ez 26, 2): “Se vuelve hacia mí, su riqueza está en ruinas”».^[120]

En Jerusalén, y como acto de benevolencia. Agripa suprimió a los ciudadanos el impuesto de las casas. También confirió el sumo sacerdocio a un pariente. Simón Canteras, hijo de Boeto, aunque no tardó en cambiar de opinión. Se han contado muchas cosas sobre la piedad del rey. Era costumbre que un cortejo funerario cediera el paso a un cortejo de boda y ambos a un cortejo real. Pero, en cierta ocasión. Agripa cedió el paso a un cortejo de boda. Se le preguntó qué había visto en la novia para hacerle tal concesión. Y él contestó: «Yo llevo una corona todos los días, pero ella sólo la lleva una hora».^[121] Durante la fiesta de los primeros frutos. Agripa se echó un canasto de fruta a la espalda para llevarlo al Templo, igual que cualquiera de sus súbditos.^[122]

El primer año del reinado de Agripa sobre Judea coincidió con el fin del año sabático, y al principio del nuevo ciclo, durante la fiesta de los Tabernáculos, era costumbre leer públicamente la parte de la Ley relacionada con el rey (Dt 17, 14-20). El sumo sacerdote entregaba el rollo sagrado al monarca, que lo recibía en pie y —si era de la Casa de David—leía el pasaje sentado. Agripa fue elogiado porque recibió el rollo de pie y también lo leyó de pie. Cuando llegó a las palabras «no podrás darte por rey a un extranjero que no sea hermano tuyo», vaciló y sus ojos se llenaron

de lágrimas porque, aun cuando su madre era judía, él era en parte de descendencia idumea. Pero la congregación le animó, diciéndole: «¡Alégrate, Agripa! ¡Tú eres nuestro hermano!».^[123]

Gracias a tal consideración por las delicadas susceptibilidades religiosas de su pueblo, en un momento en que tales sentimientos se habían visto profundamente lacerados, el rey se atrajo y se ganó incluso a algunos de entre los más fanáticos. Uno de ellos, llamado Simón, arengó a la multitud mientras Agripa estaba fuera de la ciudad, acusando al rey de no llevar una vida de santidad ritual, y pidiendo que, debido a ello, fuera excluido del Templo. Cuando Agripa regresó, envió a buscar al hombre y le invitó a sentarse junto a él en el teatro. Entonces, utilizando un tono de voz suave, le preguntó: «¿Qué es lo que se hace en este lugar que sea contrario a la Ley?». Simón no pudo encontrar nada y pidió perdón, siendo graciosamente despedido con un regalo.^[124]

Un año después, probablemente por razones de estado, Agripa destituyó del sumo sacerdocio a Simón, y propuso entregarle el puesto a Jonatán, hijo de Anas, quien ya lo había ostentado en el año 37. Pero Jonatán tenía buenas razones para no volver de nuevo a un primer plano y rechazó la oferta con tacto, recomendando en su lugar a su hermano Matías, a quien Agripa nombró a continuación.

Por esta época, Claudio envió a C. Vibio Marso como legado de Siria, en sustitución de Petronio, con quien Agripa había mantenido una buena amistad. Marso no se sintió precisamente entusiasmado por tener a un rey judío en el territorio bajo su jurisdicción, y decidió vigilarlo estrechamente. En realidad, quizá se le diera este puesto precisamente por eso, ya que no entraba dentro de los intereses de Roma que el legado imperial mantuviera unas relaciones tan buenas con los judíos y estuviera dispuesto —como había sucedido con Petronio— a ponerse de su parte, hasta el punto de ganar tiempo en lugar de ejecutar con rapidez las órdenes del emperador.

Marso no tardó en poner en evidencia que la independencia que se le permitía al rey estaba gravemente restringida. Cuando Agripa

se embarcó en la construcción de una nueva muralla para la ciudad, con objeto de proteger el suburbio septentrional, conocido como Bezetha, el legado informó inmediatamente a Claudio, diciendo que se trataba de una acción potencialmente peligrosa. En consecuencia, el emperador escribió a Agripa, dándole instrucciones para que no continuara con la construcción de la muralla, y el creyó que lo mejor sería aceptarlo así inmediatamente, a pesar de su gran disgusto.

No fue ésta la única ocasión de fricción entre el rey y el legado. Agripa era un herodiano típico en su gusto por la exhibición y en su entusiasmo por ambiciosos proyectos de construcción. Del mismo modo que estaba ávido por atraerse a sus súbditos judíos, también lo estaba de gratificar a los gentiles, y de ser estimado como un monarca capaz de conseguir resultados. Habiendo establecido momentáneamente su corte en Tiberíades, invitó allí a los reyes de Commagene, Emesa, Armenia Minor y el Ponto, así como a su hermano Herodes, que gobernaba en Caléis. Mientras estos miembros de la realeza eran atendidos con gran ostentación, llegó el legado procedente de Antioquía. Agripa salió para saludarle, acompañado tontamente por sus invitados. Josefo escribe que «Marso entró en sospechas ante la concordia y la íntima amistad que reinaba entre ellos. Le pareció seguro que tal unión de mentalidades entre tantos jefes de estado era algo perjudicial para los intereses de Roma» (*Antig.* XIX, 341). Entonces, pidió privadamente a cada uno de los reyes que regresara inmediatamente a su casa. Agripa se sintió profundamente agraviado por esta injuria a su dignidad, y a partir de entonces las cosas no fueron bien entre él y el legado.

El rey volvió a cambiar al sumo sacerdote, y Elionaeo, hijo de Canteras, sucedió a Matías. Tales sustituciones, hechas en un espacio de tiempo tan breve (tres sumos sacerdotes en menos de tres años), no tenían ningún precedente, y Josefo no nos ofrece ninguna explicación. Una razón posible es que el rey era por naturaleza bastante pródigo con el dinero y siempre andaba

fuertemente endeudado,^[125] y necesitado de rellenar sus arcas para sus proyectos de construcción. La jerarquía era enormemente rica, y Agripa podría haber utilizado el cargo de sumo sacerdote, lo que era prerrogativa suya, para obtener donaciones sustanciales, como una alternativa al aumento de impuestos.

Agripa se mostró muy sensible al mantenimiento de buenas relaciones con su pueblo. Sabía perfectamente que, el ser un herodiano y también un amigo de Roma, no le granjeaba las simpatías de los fanáticos nacionalistas. Existía una corriente subterránea de hostilidad, significada por el incidente con el predicador Simón, y no cabe la menor duda de que éste no fue un caso aislado de crítica expresada abiertamente. Aunque no sabemos que se produjera ningún desafío grave contra la autoridad del rey, éste tenía todos los motivos para pensar que estaba sentado sobre un barril de pólvora bajo su trono.

Entre los desafectos, como ya hemos observado, estarían sin duda los nazoreanos, para quienes Agripa era un usurpador — situado por los romanos en una posición que ahora pertenecía a Jesús, de la línea de David, como rey de los judíos nombrado por Dios. Los zelotes tampoco debieron de mostrarse menos hostiles. Al igual que Herodes el Grande, Agripa temía los complots, aunque se sentía lo bastante fuerte como para actuar con decisión para preservar su propia seguridad. Los Hechos dicen que «Por aquel tiempo el rey Herodes [es decir, Agripa] echó mano a algunos de la Iglesia para maltratarlos. Hizo morir por la espada a Jacobo, el hermano de Juan» (12, 1). Podemos inferir que estas personas, y notablemente uno de los impulsivos hijos de Zebedeo, dijeron públicamente cosas del rey que podrían considerarse como traición. La decapitación era el castigo para un crimen político.

Más tarde se contaba la historia de un hombre que fue guardián de Jacobo en el tribunal y que se convirtió en nazoreano cuando escuchó el testimonio del prisionero, y que ambos fueron condenados a muerte. En el camino hacia el lugar de la ejecución, rogó a Jacobo que lo perdonara, y tras haberse pensado la

respuesta, Jacobo replicó: «Que la paz sea contigo», y le besó. Entonces, fueron decapitados juntos.^[126]

Los Hechos siguen diciendo que Agripa «al ver que esto les gustaba a los judíos, llegó también a prender a Pedro. Eran los días de los Ázimos. Le apresó, pues, le encarceló y le confió a cuatro escuadras de cuatro soldados para que le custodiasen, con la intención de presentarle delante del pueblo después de Pascua».

Aquí volvemos a ver a Lucas siguiendo su propósito de mostrar que fueron los judíos, en lugar de los romanos, los que se mostraron hostiles a los cristianos. Los únicos judíos que podrían haberse sentido satisfechos con la ejecución de Jacobo habrían sido la jerarquía y la aristocracia saducea. El populacho judío —que siempre había estado de parte de los nazoreanos— se habría encolerizado y perturbado mucho ante esta acción. Que hubo reacciones lo sugiere la posterior detención de Pedro durante la fiesta de los Ázimos. La Pascua era un recordatorio anual de la liberación de Israel de sus opresores y, en consecuencia, el momento en que se podían esperar más demostraciones contra el yugo de Roma. Tuvieron que haberse producido pruebas claras de desafección, no llegadas hasta nosotros, para que Agripa decidiera correr el riesgo de detener a Pedro para privar así a los elementos antagonistas de un líder a quien pudieran seguir. El rey tuvo que haberse visto sometido a una gran presión para ordenar esta acción persuasiva; pero el prisionero era tan notable y popular que se tomó la precaución de vigilarlo estrechamente. Pedro no sólo fue encadenado a dos soldados, sino que otros dos fueron apostados ante la puerta, y los cuatro se cambiaban cada tres horas.

A pesar de todo, Pedro logró escapar. Lucas, desde luego, dice que ello se debió a un milagro, y su versión de lo que sucedió es la siguiente:

Cuando ya Herodes le iba a presentar, aquella misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas; también había ante la puerta unos centinelas custodiando la cárcel. De pronto se presentó el Ángel del Señor y la celda se llenó de luz. Le dio el ángel a Pedro en el costado, le despertó y le dijo: «Levántate, aprisa». Y cayeron las cadenas de sus manos. Le dijo el ángel: «Cíñete y

cálzate las sandalias». Así lo hizo. Añadió: «Ponte el manto y sígueme». Y salió siguiéndole. No acababa de darse cuenta de que era verdad cuanto hacía el ángel, sino que se figuraba ver una visión. Pasaron la primera y segunda guardia y llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad. Esta se les abrió por sí misma. Salieron y anduvieron hasta el final de una calle. Y de pronto el ángel le dejó. Pedro volvió en sí y dijo: «Ahora me doy cuenta realmente de que el Señor ha enviado su ángel y me ha arrancado de las manos de Herodes y de todo lo que esperaba el pueblo de los judíos».

Consciente de su situación, marchó a casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde se hallaban muchos reunidos en oración. Llamó él a la puerta y salió a abrirle una sirvienta llamada Rodé; quien, al reconocer la voz de Pedro, de pura alegría no abrió la puerta, sino que entró corriendo a anunciar que Pedro estaba a la puerta. Ellos le dijeron: «Estás loca». Pero ella continuaba afirmando que era verdad. Entonces ellos dijeron: «Será su ángel». Pedro entretanto seguía llamando. Al abrirle, le vieron, y quedaron atónitos. Él les hizo señas con la mano para que callasen y les contó cómo el Señor le había sacado de la prisión. Y añadió: «Comunicad esto a Santiago y a los hermanos». Salió y marchó a otro lugar (Hch 12, 6-17).

Parecería como si el movimiento «clandestino» judío hubiera actuado aquí, tal y como lo hizo cuando Pedro y Juan fueron encerrados por orden del Consejo.^[127] Es significativo que el rescate se produjera la noche en que Pedro iba a ser llevado a juicio, ya que indica que los nacionalistas disponían de una organización y un sistema de espionaje eficientes. El incidente recuerda las aventuras ficticias de Pimpinela Escarlata durante el «reinado del terror» en Francia. Y, de hecho, se conocen muchas historias de la vida real en las que las personas han podido escapar en circunstancias comparables.

El milagro puede concebirse como una brillante planificación, y nos ayuda a confirmar la existencia de un estrecho lazo de unión entre los nazoreanos y el movimiento independentista promovido por los zelotes, tal y como ha demostrado Brandon.^[128] Aun cuando el gobierno nazoreano dirigido por Jacobo, el hermano de Jesús, no era militante, había numerosos miembros del partido —especialmente entre los jóvenes— para quienes las tácticas de los zelotes constituían un fuerte atractivo, y que estaban dispuestos a participar en aventuras peligrosas. En este caso, está claro que no se vieron implicados ni Jacobo ni sus colegas, y que no tuvieron un

conocimiento previo de lo que se intentaba hacer. Pedro pide que se les informe de que ha escapado. Después, se marcha a otro lugar, ya sea para esconderse, o bien para salir secretamente del país.

Tenemos que acostumbrarnos a una imagen muy distinta de los asuntos nazoreanos, certificada por numerosas indicaciones, una vez que hayamos comprendido las realidades de la escena contemporánea.

La secuela de lo sucedido en esta ocasión ilustra el hecho de que los temores de Agripa eran de naturaleza política. El rescate de Pedro alarma tanto al rey que, tras haber interrogado a los guardias, probablemente bajo tortura, los condena a muerte. Un castigo de tal naturaleza sería difícilmente concebible si el prisionero hubiera sido considerado como un simple predicador, defensor de puntos de vista religiosos más o menos heterodoxos. Un rescate llevado a cabo de un modo tan audaz y astuto no sólo revelaba una debilidad en el sistema de seguridad, sino también la posibilidad de una conspiración organizada capaz de poner en peligro la vida del rey. Algunos de los miembros judíos de su séquito podrían estar en connivencia con los sediciosos. En consecuencia, Agripa se apresuró a trasladarse desde Jerusalén al ambiente más seguro de Cesárea. Allí, la población era predominantemente gentil y el rey podía disponer con facilidad de un grupo sustancial de tropas.

Es ocioso especular sobre cómo pudo haberse desarrollado la situación, ya que el reinado de Agripa se interrumpió debido a su muerte repentina en el año 44 d. de Cristo. Josefo y los Hechos dan versiones diferentes de las circunstancias; pero ambos se muestran de acuerdo en afirmar que fue golpeado por la mano de Dios por no haber rechazado la adulación de los no judíos, que le aclamaron como a un dios. Durante una ceremonia pública en Cesárea, el rey apareció regiamente vestido. Josefo dice que llevaba una vestidura plateada que brillaba al sol. La audiencia, predominantemente pagana, se puso a aclamarle como un dios, y como él no repudiara las aclamaciones, se sintió inmediatamente transido de dolor. Cinco días más tarde, expiró. Se han sugerido varias causas, incluyendo el

mal estado de la comida. Pero no se puede excluir que el largo brazo de los nacionalistas extremistas llegara hasta Cesárea y consiguiera envenenar a Agripa.

El rey dejó un hijo y tres hijas. El joven Agripa, que sólo tenía dieciséis años, se encontraba en esos momentos en Roma. Berenice, la hija mayor, ya se había casado con Herodes, rey de Caléis. Las otras dos, Mariamme y Drusila, tenían diez y seis años de edad respectivamente. Lo más desagradable de todo fue que, una vez conocida la muerte del rey, sus súbditos gentiles de Cesárea y Sebaste lanzaron insultos contra él y sus hijos de una manera impúdica, y algunas de sus tropas desertaron y regresaron a sus casas. Mientras vivió, le aplaudieron y alabaron, pero en cuanto murió apareció inmediatamente el odio que sentían por haber estado sometidos a un monarca judío.

Claudio hubiera deseado poner al joven Agripa en el trono de Judea. Pero sus amigos le disuadieron, argumentando que eso no contribuiría a la paz del Imperio, ya que la carga del estado sería demasiado pesada para unos hombros tan jóvenes. Por lo tanto, y en lo que se refería a Judea y a los territorios relacionados de Samaria y Cesárea, la breve restauración de la monarquía judía había terminado. Una vez más hubo un procurador romano, cargo que recayó en Cuspio Fado. Como legado de Siria, el emperador envió a Casio Longino para sustituir a Marso.

La nueva caída bajo el gobierno directo de Roma fue extremadamente mortificante para los judíos. Durante un breve espacio de tiempo habían podido saborear las mieles de la casi independencia. Habían tenido un rey propio, aun cuando fuera Herodes. La amargura general era grande, y los extremistas no tardaron en aprovechar la situación de infelicidad y desconcierto. Los falsos profetas, locos ilusos y líderes de la guerrilla fueron capaces de encontrar un apoyo considerable entre los que creían en las promesas más fantásticas de señales que demostrarían que Dios no había abandonado a su pueblo.

Un profeta de estilo propio llamado Teudas dirigió a sus engañados seguidores hacia el Jordán, prometiéndoles que el río se dividiría y podrían cruzarlo sobre terreno seco, como en los tiempos de Josué. Fado envió un escuadrón de caballería para reprimir lo que consideraba como una incitación a la rebelión. Muchos fueron muertos o tomados prisioneros. El propio Teuda fue hecho prisionero, y se le cortó la cabeza, que fue llevada a Jerusalén como advertencia^[129].

Hubo varios estallidos de violencia, y Fado tuvo que actuar vigorosamente, a la manera en que lo había hecho Poncio Pilato. Entre los líderes de la guerrilla que fueron muertos o exilados, Josefo menciona a Anibas, Amaramus, Eleazar y Tolomeo, todos los cuales se vieron implicados en ataques armados en el este y en el sur. «A partir de entonces —dice el historiador— toda Judea quedó libre de bandas de ladrones, gracias a la prudente preocupación desplegada por Fado». (*Antig. XX, 5*).

Una de las medidas tomadas por el procurador produjo un resentimiento particular. Exigió que las vestiduras del sumo sacerdote volvieran a quedar bajo la custodia de la guarnición romana de la fortaleza Antonia, como se había hecho con anterioridad. Longino, el legado de Siria, estuvo de acuerdo con esta exigencia, pero temió que pudiera provocar una rebelión en el pueblo judío. En consecuencia, acudió a Jerusalén acompañado por una gran fuerza de soldados. Las autoridades judías rogaron para que se les permitiera enviar una delegación a ver al emperador. Las autoridades romanas sólo estuvieron dispuestas a permitirlo si los miembros de la embajada entregaban a sus hijos como rehenes. Afortunadamente para los judíos, la delegación tuvo éxito gracias al joven Agripa, que convenció a Claudio para que aceptara su ruego. La autoridad sobre el Templo y la elección del sumo sacerdote recayó entonces sobre Herodes, rey de Caléis, y sus sucesores. En el ejercicio de este mandato, Herodes nombró a Josefo, hijo de Camei o Camith, como sumo sacerdote, en sustitución de Elionaeo.

Los nazoreanos, por su parte, lograron capitalizar la profunda depresión que se extendió por toda la nación. Podían argumentar, y evidentemente lo hicieron así, que las calamidades que se sucedían rápidamente unas a otras eran pruebas evidentes del rápido regreso de Jesús como Mesías triunfante. Lucas podría habernos iluminado más de haberlo querido, pero se limita a añadir la siguiente frase en los Hechos, tras la narración de la muerte de Agripa: «Entretanto la Palabra de Dios crecía y se multiplicaba».

Entre los infortunios de la época estuvo la gran hambruna del año 46 d. de C.^[130] Según Lucas, un profeta nazoreano llamado Agab lo había profetizado así cuando estaba en Antioquía, y esta comunidad decidió enviar ayuda a los atribulados hermanos de Judea. Esta ayuda fue transportada a Jerusalén por Bernabé y Saulo, y entregada a los ancianos para su distribución. Cuando regresaron a Antioquía se llevaron con ellos a Juan Marcos, un sobrino de Bernabé. La hambruna tuvo que haber causado grandes estragos, puesto que el año siguiente, desde el 47 al 48, era otro año sabático para el país. Y antes del final de ese último año se tendría que realizar un nuevo censo romano. Ya podemos imaginarnos la miseria que tuvo que haber y el resentimiento que ello produjo. No se necesitan dotes proféticas para pronosticar que se producirían graves problemas para el gobierno romano en esta parte vejada y bastante insufrible del Imperio.

16.- En acción

Cuando se produjo la gran hambruna, Claudio envió a un nuevo procurador para que se hiciera cargo de los asuntos judíos. Se trataba de Tiberio Alejandro, un judío converso hijo de Alejandro, el influyente gobernador de Alejandría que tenía el título de alabarca. La necesidad de llevar a cabo el censo romano pudo haber sido una de las razones del cambio. Posiblemente, el emperador pensó que él podría manejar la explosiva situación con mayor finura que Fado. Hay indicaciones de que, durante un período inicial, y del modo más insólito, Fado y Alejandro compartieron la administración, y de que Alejandro fue retirado una vez concluido el censo. En tales circunstancias, parece extraño que Josefo no aluda directamente a este censo, ya que podría haber trazado un paralelo con el censo de los años 6 y 7 d. de C.^[131] En aquella ocasión, el líder zelote Judas de Galilea había protestado contra la imposición, levantándose en armas. Ahora lo hicieron dos de sus hijos, Jacobo y Simón. Cumpliendo órdenes de Alejandro, fueron detenidos, juzgados y crucificados.

Cabe la posibilidad de que, como tributo a estos dos «ladrones», los nazoreanos hablaran de los dos que habían sido crucificados con Jesús, y que hubieran pensado en Casio Longino, legado de Siria en estos momentos, para dar el nombre de Longino a aquel soldado o centurión que le desgarró a Jesús un costado con una lanza.^[132] Este tipo de reflejo de personas posteriores en incidentes

anteriores estaría de acuerdo con la práctica de ir creando una leyenda. Los lazos existentes entre los nazoreanos y los zelotes inclinarían a muchos de ellos a considerar las medidas pacificadoras de Longino, Fado y Alejandro como ataques contra el propio Mesías. Josefo alaba a estos oficiales romanos por haber mantenido el país en paz; pero la antigua versión rusa de la *Guerra judía* introduce en este punto un pasaje que habla de una acción drástica emprendida contra los nazoreanos. Esto, al menos, parece reflejar una tradición muy antigua.

Y como en el tiempo de éstos [gobernadores] aparecieron muchos seguidores del milagrero antes mencionado [es decir. Jesús], que hablaron al pueblo de su maestro, diciendo que estaba vivo, aunque había estado muerto, y que «él os libraré de vuestra esclavitud», y muchos de entre la multitud escucharon su predicación e hicieron caso de sus mandatos...; porque eran de clase humilde, algunos simples zapateros o fabricantes de sandalias, otros artesanos... Pero cuando estos nobles gobernadores vieron el declive de la gente, decidieron... perseguirlos... por temor a que los pocos no lo fueran tanto si terminaban por ser muchos... Alejaron a algunos, enviaron a otros a César, otros a Antioquía para ser juzgados y otros al exilio en países lejanos.^[133]

Es posible que Eusebio se refiera a tales circunstancias cuando afirma que «el resto de los apóstoles, que eran perseguidos de modos innumerables con la intención de destruirlos, y expulsados de la tierra de Judea, continuaron predicando el Evangelio a todas las naciones».^[134]

Debemos dejar como cuestión abierta el determinar si los nazoreanos hicieron de la necesidad virtud, o si se limitaron a proseguir una política previamente determinada. Ambas cosas pudieron ser ciertas. Pero las pruebas indican con bastante claridad que, a partir de estos momentos, el ámbito de su propaganda se amplió considerablemente. Los Hechos dicen que, no mucho después del regreso de Bernabé y Saulo a Antioquía, tras haber aportado ayuda a Jerusalén durante la hambruna del año 46, la comunidad de esta ciudad fue instruida «por el Espíritu Santo» para que los dos fueran enviados a realizar un viaje misionero. Ambos se llevaron a Juan Marcos como ayudante. Podemos fechar este viaje

a principios del año 47 d. de C., y es posible que se debiera a una conferencia mantenida con los ancianos en Jerusalén.

Pedro y otros apóstoles tuvieron que haber iniciado sus propios viajes misioneros no mucho después. Encontramos una tradición según la cual Jesús había ordenado a sus discípulos que no abandonaran Jerusalén durante doce años.^[135] Esto se afirma de un modo más positivo en *Predicación de Pedro*, donde se afirma que Jesús les dijo a sus discípulos:

«Si alguien de Jerusalén se arrepiente, para creer en Dios a través de mi nombre, sus pecados le serán perdonados. Después de doce años, id por el mundo, para que nadie pueda decir: “No os hemos escuchado”». ^[136] Si sumamos doce años al 36, nos encontraremos en el 48, la misma fecha que señalan los acontecimientos ocurridos en Judea.

Tal y como se comprendieron las cosas en Jerusalén, ahora era imperativo llegar a todos los judíos de la diáspora. Hay una leve indicación de esto en la afirmación de Pablo, según la cual se había confiado a Pedro la evangelización de los circuncisos (Ga 2, 8-9). Se afirma que Pedro llegó a Roma durante el reinado de Claudio. Pablo también indica que Pedro llevaba consigo a su esposa, y que también le acompañaban algunos de los hermanos de Jesús, comprometidos igualmente en las campañas (1 Co 9, 5).

Naturalmente, en la Iglesia posterior se dijo que tales viajes misioneros estaban destinados también a los gentiles, tal y como se informa al final del evangelio de Mateo; pero los nazoreanos no abrigaban el propósito de proclamar el mesianismo de Jesús a otros que no fueran judíos.

Posteriormente, pareció apropiado decir que Jesús dio a los doce un mandato para la evangelización general y universal, como se afirma en un fragmento de un desconocido evangelio copto, relacionado con un manuscrito del siglo V del gnóstico *Pistis Sophia*. Aquí podemos leer:

... el Justo. Se marcharon en grupos de tres por las cuatro regiones del cielo y proclamaron el Evangelio del Reino por todo el mundo, con el Mesías trabajando con

ellos mediante la palabra del fortalecimiento y las señales y maravillas que les acompañaban. Y así, los hombres conocieron el Reino de Dios en toda la tierra y en todo el mundo de Israel, pues es un testimonio para todas las naciones desde que sale el sol hasta que se oculta.^[137]

Incluso con el viaje de Bernabé y Saulo, el Mensaje fue comunicado primero en Salamina, «en las sinagogas de los judíos» (Hch 13, 5). Pero en Pafos (Chipre), el procónsul romano Sergio Paulo solicitó oficialmente que la Palabra fuera proclamada en su presencia. Después, a lo largo del viaje, Jesús fue anunciado como Cristo tanto a los judíos como a los gentiles. A partir de este momento, Saulo utilizó el nombre romano de Pablo. Lo ocurrido en Pafos impresionó evidentemente a Juan Marcos. Predicar sobre Jesús delante de representantes romanos era como ponerles perlas a los cerdos. Podemos imaginar que durante el viaje de Pafos a Perge de Panfilia se produjo una acalorada discusión y, al llegar allí, Juan Marcos se separó de ellos y regresó a Jerusalén. Convertirse en instrumento de la iluminación de los gentiles había sido uno de los grandes sueños de Pablo, y estaba convencido de que Jesús le había asignado a él dicha tarea. Ahora se le presentaba su oportunidad y se mostró dispuesto a aprovecharla. A partir de este momento asumió la dirección de la expedición y Bernabé pasó a un segundo plano.

Podemos considerar que la difusión de la proclamación mesiánica en una gran escala creó la primera necesidad real de disponer de material de propaganda escrita. Dicho material debía ser forzosamente breve para que cupiera en la bolsa de un viajero con un mínimo de necesidades personales. Según la tradición, parece ser que inicialmente se prepararon dos documentos, y el nombre de Mateo va unido a su compilación. Uno de estos documentos consistía en una colección de pasajes del Antiguo Testamento, interpretados como evidencia del mesianismo de Jesús y de lo que le había acontecido. El otro exponía algunas de las cosas que Jesús había dicho y hecho. Estos dos panfletos, que ya

no existen, suministraron las fuentes que más tarde serían utilizadas en la formación de los Evangelios canónicos^[138].

En cualquier caso, la preparación de estos textos llegaba en buen momento, puesto que la leyenda empezaba ya a suplantar al recuerdo, entremezclándose con él. Había ahora en el partido nazoreano multitud de personas que jamás habían conocido personalmente a Jesús, y cuya afiliación espiritual era muy diversa. En un ala se encontraban los que mostraban una tendencia ascética y esotérica, mientras que en otra estaban los pragmáticos y los activistas. Se ejercieron influencias para acomodar la historia de Jesús a los conceptos abrigados por sectas fraternales. La presión de los acontecimientos externos también contribuyó lo suyo a magnificar la imagen del Hombre en el cielo, cuyos atributos tenían que ser de tal orden que le hicieran aparecer convincentemente como superior al emperador romano, a quien Satán había nominado como gobernante mundial; atributos capaces de asegurar que el Mesías saldría victorioso de la lucha por el poder que se avecinaba. César podía tener sus legiones de soldados, pero Cristo estaría al frente de legiones de ángeles.

Los nazoreanos no podían adscribir la divinidad a su rey, tal y como hacían los paganos con su emperador. Pero podían afirmar que Dios lo había predesignado antes de crear el universo, revelándolo a las personas piadosas a través de todas las eras, quienes, de este modo, habían sido parcialmente iniciadas con antelación en el misterio mesiánico. Había quienes fueron aún más lejos al ver en el Hombre espiritual en el cielo al Adán de Luz, al Hombre Primordial, el ser a cuya semejanza se había creado el universo y posteriormente el Adán terrenal. En Jesús se había encarnado a su debido tiempo el Mesías celestial, quien, tras haber sido revelado de este modo sobre la tierra y después de cumplir su misión en ella, había regresado a las alturas junto a Dios, en espera de que se alcanzara el clímax de las eras. La figura del Hombre (Hijo del Hombre) que aparece en Daniel, extraía tales conceptos metafóricos de las curiosas *Similitudes de Enoc*, tanto en la

cristología de Pablo como en la himnología de los esenios zadokitas.^[139] La grandeza de Jesús aumentó como el predestinado rey de reyes y señor de señores, ante el que todos los gobernantes de la tierra se postrarían o perecerían el Día del Juicio.

De tales ideas se derivaba también un énfasis sobre la predestinación de los piadosos. Ellos también habían sido elegidos desde el principio de la creación, y sus nombres estaban registrados en el cielo. La providencia de Dios había reservado un destino a todos los Hijos de la Luz, y otro muy distinto a todos los Hijos de la Oscuridad. Entre los grupos de santos se compartían y comparaban muchas cosas, consideradas como las señales que indicaban cada vez con mayor fuerza la próxima llegada del Día. El tiempo estaba a punto de llegar, en el este y en el oeste, en el norte y en el sur, para que se salvaran todos los que habían sido designados. Y éstos formarían tal multitud que nadie podría contarlos, pues se le había prometido a Abraham que su semilla sería como la arena de la playa y como las incontables estrellas del cielo.

Los militantes extremistas también comprendieron la necesidad de salir al mundo. No se contentaban con esperar el Día; estaban ávidos de acelerar su llegada mediante una acción organizada. El libro de Daniel, que hablaba del Hijo del Hombre como gobernante del mundo también hablaba del duro reino que sería el mayor enemigo de Dios y de los santos. Ahora no cabía la menor duda de que ese reino era Roma. Por lo tanto, era deber de los fieles promover por todos los medios la caída del Imperio.

Un método para contribuir a ello fue la circulación de Oráculos Sibilinos especialmente compuestos, escritos que los romanos consideraban con superstición. Se prepararon textos sediciosos asociando el ocaso de Roma con el Día del Juicio. Uno de ellos dice:

Doy a conocer la revelación de Dios acerca de la gran cólera que ha de sobrevenir en los Últimos Tiempos sobre un mundo sin fe... Algún día caerá sobre ti, oh altiva Roma, un duro golpe del cielo y serás la primera en doblar la cerviz y en ser nivelada a ras de tierra, y el fuego te consumirá por completo y recorrerá tus calles. Tu riqueza perecerá y en tu lugar morarán los lobos y las zorras, y quedarás toda desolada,

como si no hubieras existido... Cercano está el fin del mundo, y el Último Día y el juicio del Dios inmortal en nombre de quienes han sido llamados y elegidos. Antes que nada, una cólera inexorable caerá sobre Roma. Llegará una época de sangre y vida miserable. ¡Ay, ay de ti, oh país de Italia, gran nación bárbara!... Y ya nadie será esclavizado por tu yugo, ni pondrá su cuello griego o sirio alguno, ni bárbaro de ninguna otra nación. Serás arrasada y destruida por lo que hiciste, y lamentándote y llena de temor, tendrás que dar hasta que lo repares todo.^[140]

Otro oráculo declara:

Pero cuando Roma gobierne sobre Egipto, aunque con retraso, aparecerá entre los hombres el gran Reino del Rey Inmortal y vendrá un rey santo [es decir, el Mesías] que gobernará sobre toda la tierra durante todas las eras y el curso del tiempo. Y entonces una cólera implacable caerá sobre los hombres del Lacio... Ah, desdichado de mí, ¿cuándo llegará ese día y el juicio del Dios inmortal, el Gran Rey? Y, sin embargo, las ciudades se siguen construyendo, y se adornan con templos y teatros, con plazas de mercado e imágenes de oro, plata y piedra, y así llegarán al día de la amargura. Porque llegará cuando el olor del azufre se extienda sobre todos los hombres.^[141]

De gran utilidad para los activistas mesiánicos fue un sistema establecido desde hacía tiempo, que se adaptó admirablemente a su propósito de crear células en aquellas ciudades que contaban con una gran población judía, y que serían los medios para extender la propaganda subversiva y promover la revuelta por todo el Imperio romano. Nos referimos al sistema apostólico. Hacía tiempo que el Sanedrín tenía la costumbre de enviar agentes a las comunidades judías del exterior para recoger el impuesto del Templo y transmitir instrucciones sobre distintas cuestiones religiosas. El sistema estaba protegido por Roma, y los propios romanos facilitaban los viajes de tales emisarios a través de sus líneas de comunicación terrestres y marítimas, un hecho que tuvo que haber sido apreciado por los mesianistas que intentaban sacudirse el yugo romano como un acto de justicia divina. Ahora podían utilizar estas rutas y todo el sistema para fomentar la rebelión y recoger fondos para las tareas del movimiento y la compra de armamento.

Muchos de los nazoreanos eran simpatizantes zelotes, y a los judíos de la diáspora no les debió de resultar fácil distinguir en esta época entre maestros religiosos no militantes y agentes zelotes. De todos modos, a los militantes no les resultó fácil, porque la mayoría

de los judíos de provincias eran leales al régimen romano. Disfrutaban de privilegios especiales, tenían asegurado su culto, y se hallaban protegidos de los estallidos antisemitas de sus vecinos gentiles. En consecuencia, se produjo entre ellos una alarma considerable cuando empezaron a llegar enviados que proclamaban las doctrinas mesiánicas en las sinagogas, y sintieron ávidos deseos de desembarazarse de ellos. Lucas no consigue comprender la causa del antagonismo judío en las ciudades helénicas contra Pablo y sus colegas, aun cuando indica la naturaleza de los temores judíos en la narración del segundo viaje misionero de Pablo. Los judíos de Tesalónica, por ejemplo, imaginaron que los discípulos eran agitadores zelotes y, en un intento de autoprotección, actuaron contra ellos, informando a los magistrados que «esos que han revolucionado todo el mundo se han presentado también aquí, y Jasón les ha hospedado. Además todos ellos van contra los decretos del César y afirman que hay otro rey, Jesús» (Hch 17, 7). Varios años más tarde, Pablo es acusado en Cesárea de ser una «peste de hombre que provoca altercados entre los judíos de toda la tierra y que es el jefe principal de la secta de los nazoreanos» (Hch 24, 5).

El inofensivo Pablo, que es un ciudadano romano, era tan místico que casi parece haberse mostrado completamente ciego a lo que estaba sucediendo. No da la impresión de que se le ocurriera pensar que, al proclamar la resurrección de Cristo (*anastasis Christou*) se le pudiera tomar por un «agitador mesiánico». Es más, recogía sumas de dinero destinadas a sus compañeros de Judea. ¿Qué destino se pensaba dar a tales fondos? ¿No se utilizarían para la compra de armas?

Alrededor del año 50 d. de C., las autoridades romanas fueron alertadas ante una amenaza a la que estaban muy mal preparadas para oponerse; se trataba de una amenaza que no se podía sofocar y que se desplazaba insidiosamente de un país a otro como una plaga. Las legiones eran inútiles contra ella: estaba aquí, allí, en todas partes. Se logró saber que la personalidad que andaba detrás

de la amenaza contra el Imperio era un judío que había sido crucificado en Judea como rebelde contra Roma; pero eso no satisfizo en modo alguno a los romanos, pues sus seguidores creían que había sido llevado a los cielos como los césares divinizados, y que ahora enviaba sus órdenes en forma de sueños y visiones desde esa región inalcanzable. Se decía que no tardaría en regresar a la tierra, investido de un gran poder, para derrocar el Imperio. Pero, al parecer, nadie podía proporcionar información sobre cómo y cuándo podía esperarse el asalto final.

Claudio tomó las contramedidas que le parecieron oportunas, tratando de evitar que fueran demasiado provocativas. Sustituyó a Alejandro como procurador de Judea por un romano no comprometido, Ventidio Cumano, a quien, sin lugar a dudas, se le dieron instrucciones de vigilar cualquier desarrollo peligroso de los acontecimientos. Escribió una dura carta a los judíos de Alejandría, advirtiéndoles para que no ayudaran a judíos itinerantes procedentes de Siria y del Alto Egipto, si no querían verse tratados como cómplices de «una peste que amenaza a todo el mundo».^[142] Suetonio nos dice que Claudio «expulsó de Roma a los judíos que provocaban continuas perturbaciones a instigación de Chrestus»^[143] Dio Casio, sin embargo, dice que los judíos eran demasiado numerosos para ser expulsados de la capital sin correr un grave riesgo, pero que Claudio se limitó a ordenar el cierre de las sinagogas.^[144] Probablemente, sólo se expulsó de Roma a los judíos extranjeros. Los Hechos dicen que, entre ellos, se encontraba Áquila, fabricante de tiendas, y su esposa Priscila. Áquila era originario del Ponto, en el Asia Menor, y Pablo se encontró con la pareja en Corinto, después de que hubieran abandonado Italia (18, 2).

No obstante, los mejores aliados con los que podía contar Claudio eran los propios judíos de la diáspora, quienes se negaron en su mayor parte a participar en cualquier tipo de actividades subversivas. Las cosas fueron distintas en el siglo siguiente, tras el amargo golpe que significó la destrucción de Jerusalén y del Templo

por parte de los romanos. En esas otras circunstancias hubo muchos más de entre ellos dispuestos a responder a la propaganda zelote. Hubo estallidos de violencia en lugares tan apartados como Egipto y Cirene, Chipre y Mesopotamia. Aun cuando los romanos reprimían a los revoltosos después de sangrientos combates, los militantes no desesperaban. Encontraron a un notable adepto en la persona del famoso Rabbi Akiba, que visitó personalmente las comunidades judías de Partía. Asia Menor, Cilicia, Capadocia. Frigia y Galacia, de una forma similar a como habían hecho antes los apóstoles. En Media explicó ampliamente los sufrimientos de Job, señalando que éstos no fueron más que el prelude de cosas mejores. Recomendó a los judíos de allí la práctica de los medos que, «cuando se reunían en consejo, lo hacían en los campos, donde era menos probable que se supieran sus deliberaciones».

En los viajes misioneros de Akiba, en su predicación del evangelio en las sinagogas, en su proclamación del Mesías, anunciado posteriormente como Bar-Cochba, en su recaudación de fondos para la compra de armas y equipo, y en su organización de la revuelta, vemos un paralelismo con lo que hemos descrito sobre los esfuerzos nacionalistas para llevar la guerra al campo del enemigo a mediados del siglo.

En la proclamación de Jesús y del Evangelio del Reino había otro aspecto que los cristianos no habían imaginado. Algunos de los comprometidos en tales actividades no eran como los misioneros modernos que llevan la palabra del amor de Dios a los paganos, tal y como fue revelada a la muerte de Jesucristo. Ellos representaban más bien a la Iglesia militante, en un sentido mucho más encarnizado. Estaban preparando el Camino del Señor con un celo fanático, arrojando por todas partes las semillas del desafecto, a las mismas puertas de sus enemigos.

17.- Suena una alarma

La creencia de que el Imperio romano pudiera ser minado por las maquinaciones de unos pocos cientos de propagandistas activos parece extremadamente exagerada. Sin embargo, sabemos muy bien lo que es capaz de conseguir un fanatismo temerario con sólo unos pocos activistas. Roma no era querida por los pueblos sometidos a ella, muchos de los cuales habrían estado dispuestos a la revuelta si las condiciones hubiesen sido favorables. Existía también una amplia población esclava de la que podían surgir ávidos reclutas para la causa de la libertad. Las perspectivas de un amplio movimiento sedicioso no eran tan poco prometedoras como para que los romanos se permitieran despreciar el peligro que les rondaba, y que parecía asociado al misterioso nombre de Cristo. Y no se tardó en determinar que el peligro tenía su origen en Judea.

Pero lo que desconcertó y despistó a los romanos fue que en aquel territorio no parecía existir ninguna oposición sistemática contra el gobierno romano. Allí sólo se encontraban facciones religiosas que a veces se enfrentaban entre sí, así como grupos independientes de bandoleros y guerrillas, cuyas operaciones no excluían ataques contra compatriotas judíos. Era necesario ejercer un control de hierro y vigilar atentamente el curso de los acontecimientos. Pero como no había unidad, ni un efectivo liderazgo militar, no parecía materializarse nada que pudiera constituir un riesgo peligroso. Evidentemente, se podía confiar en

que la aristocracia judía permanecería leal a Roma y era bueno que cooperara, puesto que su propio interés también consistía en controlar las actividades de los fanáticos y de los elementos subversivos. Lo mismo podía decirse de los judíos diseminados por las principales ciudades de provincias.

No poseemos ningún informe sobre cómo les fue a los agentes nazoreanos y zelotes en sus esfuerzos misioneros por el extranjero. Pero, a juzgar por las narraciones sobre las experiencias de Pablo, no pudieron haber obtenido mucho éxito. Los Hechos nos hablan de oposición, de rechazo y de frecuentes fracasos. En ninguna parte se menciona a multitudes de judíos respondiendo al Mensaje, como se afirmó en cuanto a lo sucedido en Judea. El propio Pablo habla de pocos judíos convertidos. La mayor respuesta, tal y como se podía esperar, provino de los gentiles temerosos de Dios, mucho más abiertos a la particular doctrina de Pablo, que les daban el derecho a disfrutar de los privilegios judíos sin tener que cumplir con las onerosas obligaciones de las leyes judías. La mayoría de los conversos eran mujeres, esclavos y libertos dedicados a diversos oficios. Las comunidades que se crearon fueron con frecuencia bastante pequeñas, y en algunas ciudades incluso se podían reunir fácilmente en casa de alguno de sus miembros.

Pablo creía haber sido elegido por Dios como embajador ante las naciones. Parece ser que no supo distinguir entre la misión judía general, destinada a apartar a los gentiles de la idolatría, para acercarlos al culto del Dios único, y la particular presentación de Jesucristo como un instrumento de salvación para cada individuo. Abrigaba la esperanza de que si un gran número de gentiles aceptaban a Jesús, los judíos de la diáspora se verían inducidos a sentir celos y desearían entonces lo que los gentiles habían ganado. Pero otros pudieron decir que, al magnificar su misión, se situaba en una posición audaz en la que se minimizaba la escasez de su éxito con su propio pueblo, y que, al admitir a los gentiles únicamente sobre la base de la fe, se aseguraba un número sustancial de seguidores a cualquier precio, pudiendo así fanfarronear de los

resultados de su trabajo. A muchos de los nazoreanos también les pareció que Pablo parecía dispuesto a crear una organización cismática rival a la del propio partido nazoreano. Sin embargo, no abrigó jamás tales intenciones.

La amarga controversia que empezó entonces, y que duró hasta la muerte de Pablo, siempre ha sido mal presentada y peor entendida. Necesariamente, las cosas se veían de un modo distinto desde Jerusalén a como se veían en un ambiente grecorromano. Fue en Antioquía, en Siria, al final del primer viaje misionero de Pablo, donde se planteó por primera vez la cuestión de los términos de admisión de los gentiles al partido, y debemos considerar las circunstancias a la luz de la situación contemporánea de Judea.

La tensión aumentaba entre los fieles, a medida que, a partir de las tribulaciones actuales, llegaban a la conclusión de que el Día se aproximaba con rapidez. Para merecer la liberación y poder ocupar un lugar en el Reino era necesario demostrar la mayor diligencia en la práctica de la Ley, y librarse de todo indicio de paganismo. El judío leal debía redoblar su vigilancia y emplear la máxima circunspección en sus relaciones externas. Eran tiempos extremadamente críticos para Israel, y se habían reforzado rígidamente la salvaguardia de las regulaciones y los controles.

De los esenios zadokitas se nos dice: «Algunos de ellos observaron una práctica aún más rígida, negándose a manejar o mirar ninguna moneda que llevara una imagen, ni a entrar en ninguna ciudad en cuyas puertas se hubieran erigido estatuas. Otros amenazaron con masacrar a cualquier gentil que tomara parte en una discusión sobre Dios y su Ley, si se negaba antes a ser circuncidado. Debido a ello, fueron llamados zelotes por unos, sicarios por otros. Finalmente, otros se negaban a llamar señor a nadie, excepto a Dios, aun cuando fueran torturados y asesinados».

[145]

Podemos juzgar el estado de ánimo de la gente en esta época por dos incidentes de los que nos informa Josefo. El primero se produjo durante la Pascua, cuando las multitudes acudían al

Templo. Temiendo la posibilidad de una revuelta, el gobernador Cumano tomó la precaución habitual de apostar tropas de la fortaleza Antonia en los tejados del pórtico del Templo. El cuarto día de la fiesta, uno de los soldados, a la vista de todo el mundo, se bajó los calzones e hizo ruidos y gestos indecentes. La encolerizada multitud gritó que se había cometido una blasfemia contra Dios. Algunos injuriaron al gobernador, pensando que éste había autorizado tamaña atrocidad. Cuando no se logró pacificarlos, Cumano, actuando con precipitación, ordenó que se presentaran como fuerza disuasoria todas las unidades que había en la fortaleza Antonia. La gente, alarmada al creer que iban a ser atacados, se apelotonó para salir apresuradamente por las salidas del Templo, con el resultado catastrófico de que murieron pisoteadas veinte mil personas.

Poco después de esto, algunos militantes robaron a un oficial romano en el camino, a unos treinta kilómetros de Jerusalén. Cuando Cumano se enteró ordenó el envío de tropas para saquear los pueblos vecinos y que le trajeran a los cabecillas cargados de cadenas. En un lugar, un soldado encontró un rollo de la Ley, que rasgó y quemó públicamente. Cuando las noticias de lo sucedido se extendieron, las multitudes acudieron a Cesárea clamando una reparación. Para evitar lo que creyó podría convertirse en una revuelta en toda regla, de la que sería considerado responsable, el gobernador, después de consultar con sus amigos, dio órdenes de que se decapitara al soldado en cuestión.^[146] Tales acontecimientos jugaron directamente en favor de los extremistas e intensificaron la xenofobia.

La atmósfera reinante queda reflejada con exactitud en la literatura apocalíptica judía. Para comprenderla debemos tener en cuenta que, en aquellos tiempos, una gran parte de la nación se veía tan arrebatada por la escatología que vivía continuamente inmersa en sus fantasías. Se dijo que Jesús había profetizado: «Surgirán muchos falsos mesías y falsos profetas, que exhibirán grandes signos y milagros, que engañarán a muchos, incluso a los

muy Elegidos» (Mt 24). Pero ¿cómo podían los impostores y los locos engañar a las multitudes de no ser porque las violaciones de su religión y la sensación de que las fuerzas sobrenaturales ejercían su acción sobre los acontecimientos, predisponiéndolas así a creer en las ideas y propuestas más alocadas? Cuando Josefo habla de estas cosas, conocidas por él, no está dejando volar su imaginación.

Veamos sólo unas citas de nuestras fuentes apocalípticas que reflejan perfectamente la situación.

Porque llegará el tiempo que traerá consigo la aflicción, llegará y pasará con rápida vehemencia, y será turbulento y traerá consigo el calor de la indignación... Y habrá muchos rumores y no pocas noticias, y se mostrarán las obras de los portentos y se volverán a contar no pocas promesas, y algunas demostrarán ser inútiles, mientras que otras serán confirmadas... Y mientras estén meditando estas cosas, aparecerá el ardor en aquellos de quienes no se creía posible, y la pasión se apoderará de los pacíficos, y muchos clamarán llenos de cólera insultando a muchos, y éstos organizarán ejércitos para derramar la sangre... Y sucederá que, en el mismo tiempo, a cada hombre le parecerá manifiesto un cambio de los tiempos por cuya razón se contaminaron y practicaron la opresión, y cada hombre se ocupó de sus propias obras, sin recordar la Ley del Todopoderoso. A continuación, un fuego consumirá sus pensamientos y su meditación se verá encendida en llamas, porque el Juez llegará y no se entretendrá.^[147]

Toda la fuerza de la iniquidad encuentra su encarnación en el Imperio romano.

Su poder será duro y malvado, más allá del de aquellos reinos que se le opusieron, y gobernará durante mucho tiempo como los bosques de la llanura, y los tiempos correrán de prisa y se exaltará a sí mismo más que los cedros del Líbano. Y por él se ocultará la verdad, y todos aquellos que están contaminados con la iniquidad huirán a él, como huyen las bestias malvadas para ocultarse en el bosque. Y cuando haya llegado el tiempo de su consumación ocurrirá que su llegada se aproximará y quedará revelado el principado de mi Mesías... y arrancará a la multitud de su anfitrión.^[148]

Ahora había comenzado en serio el enfrentamiento escatológico entre Jerusalén y Roma. La lucha iba a desarrollarse ante un escenario cubierto con un velo negro sobre el que aparecía dibujada una compleja escena de llamas y trompetas, con una luna enrojecida brillante sobre cielos entintados, en los que combatían cuerpos celestiales con figuras demoníacas. La esperanza de Israel

descansaba en la devoción absoluta hacia la Ley de los Mandamientos contenida en las ordenanzas.

La obra que hemos citado grita: «Porque somos el Pueblo único, que ha recibido una sola Ley del que es Uno; y la Ley que está entre nosotros nos ayudará, y la Suprema Sabiduría que hay en nosotros también nos ayudará».^[149] En la fraseología nazoreana el dragón encarnado en Roma está en guerra con la Mujer, la hija de Sión, cuya descendencia es el Mesías, y su cólera va dirigida contra «quienes observan los Mandamientos de Dios y sostienen el testimonio del Mesías Jesús» (Rev. 12, 13).

Los nazoreanos se veían a sí mismos en la vanguardia de la lucha. Como partido del rey de Israel, que pronto regresaría del cielo, ellos debían dar a toda la nación un ejemplo de devoción a la Ley. La cuestión que surgió en Antioquía —y que pasó a la jurisdicción del Consejo porque era la capital de la provincia de Siria en la que estaba incluida Judea—no tenía nada que ver con el tema de si los gentiles podían convertirse en cristianos sin observar la Ley de Moisés. En este período no existía aún la religión cristiana y, en consecuencia, el tema central de la controversia no era la «judaización». La cuestión que se debatía era saber si los gentiles podían convertirse en israelitas sin aceptar las obligaciones de Israel, simplemente sobre la base de la fe en el rey de Israel y el rechazo de la idolatría.

Cuando leemos los argumentos en las cartas de Pablo, sin ideas preconcebidas, encontramos que estaba afirmando que todos los que están «en Cristo» son automáticamente la semilla de Abraham y herederos de las promesas hechas a los patriarcas. Fuera cual fuese su origen, se habían convertido en israelitas, en miembros del pueblo de Dios, porque el Mesías representaba a Israel en persona. La muerte expiatoria del Mesías había terminado con la validez de la Ley «en relación con la piedad». Por lo tanto, era suficiente con poseer esa clase de fe que tuvo Abraham antes de ser circuncidado, fe que a él se le reconoció como un rasgo de piedad. Sólo había un pueblo de Dios y era Israel. Pero este privilegio le había sido

garantizado ahora, por medio de la fe, a quienes hasta entonces no habían pertenecido al pueblo de Dios^[150].

No sabemos cómo llegaron a Jerusalén las noticias sobre el carácter de las enseñanzas de Pablo. Uno de los informadores bien pudo haber sido Juan Marcos. Parece ser que cuando los misioneros informaron de lo que sucedía en Antioquía, Pedro fue enviado para comprobar cuál era la situación. Según el propio Pablo, Pedro no tuvo escrúpulos en participar en la comida comunal junto con conversos gentiles, y posiblemente Pedro hizo alguna referencia de compromiso en una comunicación dirigida al gobierno nazoreano. En cualquier caso, cuando la situación alcanzó este punto particular en Judea, las noticias procedentes de Antioquía causaron una explosión de cólera celosa. Si las condiciones no hubieran sido tan anormales, los ánimos podrían haber sido menos intensos. Y si Pablo no hubiera urgido para que los creyentes gentiles fueran aceptados como israelitas, eso también podría haber representado una diferencia. Pero tal como estaban las cosas se tenía que emprender alguna acción para contrarrestar de un modo rápido y enfático lo que se veía como una gran traición, capaz de desacreditar toda la causa nazoreana, la causa del propio Mesías. El Consejo de apóstoles y ancianos, sin embargo, quería estar seguro de los hechos y decidió, en primera instancia, llevar a cabo una investigación en el lugar de los hechos. Armados con la autoridad de Jacobo, el hermano de Jesús, los comisionados se dirigieron a Antioquía.

En el Nuevo Testamento sólo se nos cuenta la historia de un modo unilateral, aunque en dos versiones, la de Pablo en su Epístola a los gálatas, y la de Lucas en los Hechos, que difiere tanto de la anterior que algunos han llegado a pensar que no podía referirse a los mismos acontecimientos. Lo que presentan, sin embargo, son diferentes ángulos, escritos con distintos objetivos. Tenemos que sustituir la versión nazoreana, que no ha llegado hasta nosotros, a partir de lo que sabemos sobre las actitudes

contemporáneas y de la lectura entre líneas de las narraciones existentes.

El autor de los Hechos, desde luego, tiene la clara intención de presentar a Pablo como el arquitecto y pionero del nuevo cristianismo helénico que se estaba desarrollando en el último cuarto del siglo I d. de Cristo. En consecuencia, se preocupa de aminorar la amargura del conflicto con el grupo original, transmitiéndonos la idea de que el conflicto se resolvió de una forma que le aseguró a Pablo convertirse en el defensor de los derechos de los creyentes gentiles. Pablo, por su parte, también trata de darnos, de otra forma, la impresión de haber alcanzado sus objetivos. Imperiosamente, aparta toda la oposición a su postura y afirma que no aceptó nada comprometedor para la posición que él representaba. Pero la tradición de los estrictos seguidores judíos de Jesús no habría permitido que ocurriera nada similar. Pedro fue rescatado de cualquier sugerencia de laxitud, y a Pablo se le consideró como el gran apóstata que tanto daño había hecho a la causa del Mesías, y su nombre y su recuerdo fueron malditos y execrados durante siglos.^[151]

La controversia no se mantuvo sobre si los creyentes gentiles podrían salvarse si no se circuncisaban, como afirma Lucas. La comisión de Jacobo insistió en que únicamente aquellos gentiles creyentes que se convirtieran en prosélitos de pleno derecho del judaísmo, estaban calificados para ser considerados como miembros de la Casa de Israel. El pueblo judío mantenía con Dios una relación diferente a la de otras naciones, habiendo sido designado como santa nación sacerdotal santificada por Dios por una alianza y el mantenimiento de sus mandamientos, de modo que estaba calificado para cumplir su voluntad en el mundo. Jesús, como Mesías, era un verdadero israelita, obediente para con esa alianza y que ensalzó la Ley por medio de sus enseñanzas y de su ejemplo. Por lo tanto, a todos los que deseaban ser reconocidos con el pueblo de Dios, les incumbía aceptar la alianza y mostrarse sumisos con la Ley entregada a través de Moisés.^[152]

La discusión fue fuerte, e hizo que los miembros judíos se retiraran de la mesa común y comieran aparte, en un estado de limpieza ritual. Algunos de los creyentes gentiles, convencidos y ansiosos, estaban dispuestos a someterse. Otros experimentaron una gran inquietud. El abismo era profundo.

Pablo se sintió profundamente indignado por lo que denominó la hipocresía de sus eminentes colegas, que se burlaban de su evangelio. Si lo que él había enseñado no era cierto, sus conversos seguían siendo extraños. Desafió abiertamente a Pedro —según los informes— con una pregunta incisiva: «Si tú, nacido como judío, puedes vivir como un gentil, ¿por qué obligas a los gentiles a vivir como judíos?». Pero no nos dice nada sobre la contestación de Pedro.^[153]

Se tenía que tomar una decisión oficial sobre el tema y, por lo tanto, debía obtenerse una reglamentación a nivel gubernamental, en Jerusalén. Se acordó enviar una delegación al Consejo nazareano encabezada por Pablo y Bernabé. Pablo parece que fue anulado en esta cuestión. Estaba claro que los riesgos para él eran grandes. Sabía que tendría que enfrentarse contra una amplia mayoría de zelotes, defensores ardientes de la Ley. A menos que pudiera ganarse el apoyo de los tres grandes (Jacobo, Pedro y Juan), no tendría ninguna oportunidad. Y una vez se hubiera pronunciado un veredicto contra él, la división sería inevitable. ¿Y qué sería entonces de su misión? Pablo no era cismático: la causa que defendía exigía la unidad de los nazareanos como cuerpo político, como el Israel de Dios, con Jerusalén como su centro orgánico y espiritual. Sólo podía haber una sola comunidad del Mesías. La ruptura podía muy bien destruirle, y echar por tierra toda la obra de su vida.

Por otro lado, era imposible rechazar lo que parecía ser una propuesta razonable, sin situarse inmediatamente en falso. La fértil mente de Pablo se puso a trabajar. Más tarde, escribió a los gálatas (Ga 2, 1-10) diciendo que no habría acudido a Jerusalén de no

haber sido por una revelación. Se le había mostrado un camino de actuación, con bastantes buenas perspectivas de éxito.

Podemos suponer que el plan de Pablo no consistió en esperar a la sesión general del Consejo, sino en acudir primero a hablar privadamente con los líderes, tratando de alcanzar un acuerdo previo con ellos. Se nos da la impresión de que este plan funcionó razonablemente bien. El tema fue solucionado al margen del tribunal. La posterior asamblea de los apóstoles y los ancianos estaba controlada por completo. Todo había sido arreglado previamente.

Sin duda alguna, los líderes nazoreanos eran plenamente conscientes de los peligros de un movimiento rival que afirmara representar la causa de Jesús como Mesías. Algo así habría tenido las más graves repercusiones, ya que, inevitablemente, habría supuesto que el cuerpo principal de los nazoreanos eran judíos desleales. El partido habría quedado desacreditado en su propio país, perdiendo toda perspectiva de ganarse a muchos de sus correligionarios en el extranjero. Se debía encontrar inmediatamente una solución.

Cuando el problema se trató al más alto nivel. Pablo encontró en el hermano de Jesús a una personalidad tan fuerte como la suya, y una mente no menos astuta. Fue Jacobo quien expuso los términos sobre los cuales sería practicable el acuerdo. La posición de Pablo como enviado sería aceptada oficialmente, sólo con la condición de que confinara sus actividades exclusivamente entre los gentiles, y siempre y cuando no surgiera la cuestión de persuadir a los judíos para que abandonaran la Ley. Pero eso seguía dejando abierto el tema del estatus de los gentiles que aceptaban a Jesús como Mesías.

Pablo, según revelan sus epístolas, tenía en mucho la fe de Abraham antes de que fuera circuncidado y eso había sucedido siglos antes de que se le entregara la Ley a Moisés. Muy bien, pero como sabía perfectamente Pablo, al margen y antes de las Alianzas con los Padres, habían actuado otras Leyes divinas, las Leyes de

Noé, o Leyes Primigenias. Esas leyes incumbían a todos los hijos de Noé, de quien derivaban todas las naciones, para que fueran considerados piadosos, y las tres leyes básicas eran: 1) no adorar ídolos; 2) no cometer adulterio, y 3) no cometer asesinato.^[154] En consecuencia, estas leyes debían ser observadas por todos los creyentes gentiles de Jesús para que pudieran ser reconocidos con derecho a compartir la bendición del tiempo por venir. Sin embargo, no podrían ser considerados como miembros de la Casa de Israel a menos que se convirtieran en prosélitos de pleno derecho del judaísmo, en cuyo caso dejarían de ser gentiles. Disponían de la opción, puesto que la Ley se leía todos los Sabbath en las sinagogas, que los gentiles podían frecuentar libremente.

Lo que se proponía estaba de acuerdo con la práctica judía, ya que un gentil que no deseara convertirse en pleno Hijo de la Alianza podía, mediante declaración ante tres testigos judíos, anunciar su retractación de la idolatría y aceptar así las Leyes Primigenias. Su estatus, entonces, sería el de un colega, y sería considerado con la designación bíblica de *ger-toshab* (residente extranjero), con derecho a recibir el mismo cuidado y protección que un israelita. Se convertía así en «extranjero en casa». En efecto, por lo que se refería a los líderes nazoreanos, los creyentes gentiles en Jesús debían ser tratados como asociados no judíos, como residentes extranjeros de la comunidad mesiánica, sujetos únicamente a las Leyes de Noé.

Esta solución salvadora no contentó a Pablo. Se rechazaba el derecho de los creyentes gentiles a disfrutar de un pleno estatus de israelita, excepto en el caso de que se aceptaran plenamente las responsabilidades israelitas. Pero se vio obligado a mostrarse de acuerdo con esta decisión. Había buscado una solución privada y la había conseguido y, sin duda alguna, eso era mucho mejor de lo que podría haber conseguido de otro modo. En cuanto se alcanzó esta conclusión y se llegó a un acuerdo se convocó la Asamblea, ante la que se expusieron debidamente los términos del mismo. Los extremistas escucharon el veredicto expuesto por Jacobo, como

presidente, ante el que no pudieron oponer ninguna objeción válida. [155] Para impedir cualquier mala interpretación de la decisión se acordó que el juicio sería expresado por escrito y comunicado a Antioquía por dos nazoreanos prominentes. Judas Bar-Sabbas y Silas (Silvano), que proporcionarían una confirmación verbal de lo acordado, y explicarían los términos. [156]

Teniendo en cuenta todas las circunstancias. Pablo había salido bien librado. Había recibido el reconocimiento a su estatus apostólico, y se le dejaban las manos libres para continuar su trabajo entre los gentiles. En esta situación, se había salvado de sus calumniadores. Había obtenido además un documento oficial apoyado por todo el Consejo nazareano, ratificado por el testimonio de dos testigos —como requería la Ley—, miembros respetados del Consejo, que absolvía a los hermanos gentiles, mientras siguieran siendo gentiles, de toda necesidad de ser circuncidados y de obedecer la Ley de Moisés y de Israel. A partir de ahora sólo estarían sujetos a las Leyes de Noé. Por su parte estos líderes nazoreanos también podían congratularse por haber superado la crisis.

El alivio, sin embargo, demostró ser sólo temporal. De creer los Hechos, fue el propio Pablo quien rompió el pacto, ya que siguió predicando en las sinagogas judías durante sus viajes posteriores. Del mismo modo, los que eran enviados a los judíos de la diáspora no tuvieron escrúpulos para interferir en los asuntos de Pablo, visitando las comunidades con el propósito de minar su autoridad e inducir a los conversos a convertirse en verdaderos prosélitos del judaísmo.

18.- Los escribas nazoreanos

No mucho después de alcanzada la decisión sobre el estatus de los creyentes gentiles, Pablo ya estaba ansioso por abandonar Antioquía para visitar las comunidades creadas durante su primer viaje misionero y comprobar cómo estaban. Quiso que le acompañara Bernabé, como antes, pero éste exigió que les acompañara también su sobrino Marcos. Pablo se negó en redondo a ello. Hubo palabras acaloradas entre los dos enviados, y ambos se separaron. Bernabé, acompañado por Marcos, se dirigió a su nativa Chipre, y Pablo, aceptó como asociado suyo a Silas de Jerusalén. Fue una buena elección, ya que Silas había sido uno de los dos delegados enviados por el Consejo nazoreano a Antioquía para confirmar los términos del decreto de Jerusalén. Por lo que se dice en los Hechos se puede inferir que Silas (Silvano) era un judío que tenía la ciudadanía romana.

El segundo viaje misionero de Pablo, que probablemente empezó en la primavera del año 50 d. de C., resultó ser mucho más prolongado y extenso de lo planeado. Le llevó a él y a sus colegas a Europa, atravesando Grecia, hasta Atenas, y después más hacia el oeste, hasta Corinto, donde permaneció durante más tiempo. En conjunto, estos viajes duraron tres años.

Los Hechos se concentran en las aventuras de Pablo durante el curso de este viaje, así como de un tercero que comenzó en el año 53 y terminó en el 58 d. de C. En consecuencia, y por lo que se

refiere a esta fuente, perdemos todo contacto con los asuntos nazoreanos en Judea durante unos ocho años.

Sin embargo, y gracias a las páginas de Josefo, estamos bastante bien informados de los acontecimientos que se produjeron en Israel, y que tuvieron que haber afectado tanto al pensamiento como a las actividades de los seguidores judíos de Jesús.

Pero antes de dedicarnos a este tema, hay dos aspectos de interés en los Hechos sobre lo que ya hemos considerado acerca de la propaganda nazoreana y zelote. El primero es una cuestión de cronología. Lucas hace coincidir parte del viaje de Pablo a Corinto con el momento en que Galión es procónsul de Acaya. Galión era hermano del famoso filósofo estoico Séneca y, gracias a una inscripción recuperada, sabemos que desempeñó este cargo desde julio del año 51 hasta junio del año siguiente.

El segundo tema afecta a la práctica nazoreana. Tanto al final de su segundo como de su tercer viaje, encontramos a Pablo ansioso por llegar a Jerusalén a tiempo para participar en una fiesta particular. En el último caso se nos dice que se trata de la fiesta de Pentecostés, y podemos suponer que, en la ocasión anterior, se trató de la misma fiesta (Hch 18, 21; 20, 16; 1 Co 16, 8). Ya hemos indicado anteriormente^[157] la posibilidad de que los nazoreanos siguieran la costumbre de los esenios en cuanto a la celebración de una asamblea general anual en Pentecostés, la fiesta de la renovación de la Alianza. La información que se nos da sobre Pablo puede apoyar igualmente esta sugerencia. En este caso se vierte una luz adicional sobre las relaciones existentes entre los nazoreanos y los zadokitas.

Había una estrecha e incluso íntima relación entre los nazoreanos y los esenios zadokitas, según se desprende del estudio de todas las referencias de los esenios, tras el descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto. Fue una revelación ver que entre el Nuevo Testamento y los manuscritos había tantos paralelismos de expresión e ideas. Pero, tras haber observado la importancia de las comparaciones hubo entre ciertos eruditos cristianos una tendencia

a rechazar las implicaciones. Así sucedió, por ejemplo, cuando G. R. Driver escribió:

Hay una diferencia infinita entre las doctrinas esbozadas en los manuscritos y las del Nuevo Testamento, tanto desde el ángulo legalista como ritual, aun cuando se pueden encontrar sentimientos morales similares en las enseñanzas de los partidarios de la Alianza y los cristianos. El legalismo riguroso y esotérico, el reclutamiento de nuevos miembros y la vida organizada de la comunidad de Qumran, se hallan muy lejos de la libertad del Evangelio; el orden religioso cerrado, que sólo vive para sí mismo, es totalmente distinto a la Iglesia universalista con su entusiasmo misionero por predicar el Evangelio a todos los hombres, tanto judíos como gentiles... Si se considera que los manuscritos son aproximadamente contemporáneos del Nuevo Testamento, resulta necesariamente grande la probabilidad de que los autores de estas dos colecciones de obras judías se influyeran mutuamente; de hecho, sería una verdadera sorpresa que dos grupos religiosos vivieran durante un considerable espacio de tiempo a pocos kilómetros de distancia sin afectarse mutuamente; pero sería igualmente sorprendente que dos grupos, cuyas doctrinas divergían tan ampliamente, como es el caso de los partidarios de la Alianza y de los cristianos, tuvieran un origen común o hubieran aceptado del otro aspectos esenciales.^[158]

Y eso nos lleva directamente al tema que debemos seguir discutiendo sobre los nazoreanos. El argumento de Driver implica que el cristianismo, tal y como lo conocemos por el Nuevo Testamento, fue la fe de los primeros seguidores judíos de Jesús. Eso es, desde luego, lo que la Iglesia cristiana posterior deseó que creyéramos. Y nuestro desafío consiste precisamente en demostrar lo contrario. Tenemos que estar preparados para, sobre la base de las pruebas, descartar la idea de que los nazoreanos eran cristianos, tal y como pensamos el cristianismo. Debemos mirar a esas gentes de un modo bastante diferente y objetivo, como un fenómeno relacionado con el pasado cristiano y sus extraordinarias personalidades, de las que estamos adquiriendo una conciencia suficiente por primera vez.

Ésa es la clase de percepción que presenta Theodor H. Gaster. En el estudio que hizo de los manuscritos para la preparación de su traducción inglesa, trazó importantes comparaciones con la literatura nazoreano-mandeana, y también con la samaritana, que son de una gran importancia para la interpretación de la expresión nazoreano cristiana. En relación con el Nuevo Testamento, descubrió como

especialmente iluminadora una comparación entre los manuscritos y la epístola de Jacobo (Santiago). Esta obra, a la que Lutero denominó despreciativamente «una epístola de paja», está dirigida a «las doce Tribus en la Dispersión», y puede fecharse su origen alrededor del año 50 d. de C. Gaster escribe:

Sobre la fuerza de estas comparaciones, podemos concluir, quizá no irrazonablemente, que los manuscritos del mar Muerto abren de hecho una ventana sobre la pequeña comunidad de cristianos judíos apiñada alrededor de Santiago, en Jerusalén. Estos hombres pudieron haber sido originalmente los hermanos urbanos de almas más duras que se instalaron en Qumran y en otros asentamientos del desierto de Judea.^[159]

Continúa refiriéndose a la descripción de Jacobo (Santiago) que nos ofrece Hegesipo, y encuentra en el título «el Justo» con que se le denomina, «un reflejo del título “Maestro de Verdad” (o Verdadero Exponedor de la Ley), que con tanta frecuencia aparece en los manuscritos y en el *Documento Zadokita* para referirse al instructor espiritual de la Hermandad».

Los Evangelios, como hemos visto, tienen dos caras: la del Jesús característico de la época en que fueron compuestos, y la de aquella que se remonta a la antigua literatura nazoreana. Las actitudes fuertemente nacionalistas contrastan con otras de persuasión universalista. En un aspecto. Jesús enfatiza la Ley hasta el más mínimo detalle, e insiste en que sus discípulos predicen únicamente a los judíos, mientras que en otro se inclina a la laxitud y encuentra una mayor fe entre los gentiles que en Israel.^[160]

Resulta interesante comparar una de las historias canónicas con su oponente en el perdido *Evangelio de los Hebreos*. En Marcos, seguido de Mateo, hay una anécdota sobre un hombre rico que acudió a Jesús para preguntarle de qué modo podría calificarse para tener un lugar en la era por venir. Se le dice que cumpla los mandamientos, y él asegura que siempre los ha cumplido. Entonces, Jesús le dice que venda sus posesiones y reparta el dinero entre los pobres y que después se convierta en seguidor suyo. ¡Pero en el evangelio hebreo, cuando el rico hace alarde de

sus virtudes y se le da el mismo consejo, leemos que «empezó a rascarse la cabeza y no le gustó». A continuación. Jesús le desafía:

«¿Cómo puedes decir que has observado la Ley y a los profetas? En la Ley está escrito que amarás a tu prójimo como a tí mismo, y mira, muchos de tus hermanos, hijos de Abraham, visten inmundicias, se mueren de hambre, mientras que tu casa está llena de cosas buenas y nada de eso les aprovecha a ellos».6 Jesús no sólo muestra una preocupación especial por los pobres de su propia nación, omitida en los registros canónicos, sino que adopta una posición esenia —como en tantas otras cosas—en relación con las riquezas y las posesiones (Jas. 5, 1-5). No fue una casualidad que los zadokitas y los nazoreanos ostentaran el título de *Ebionim* (los Pobres), para cuyo beneficio Pablo recogió fondos entregados por los creyentes gentiles.^[161]

Debemos pensar particularmente en el período comprendido entre los años 45 y 55 d. de C., como una época que dejó su impronta en la literatura nazoreana. No es probable que las composiciones fueran de gran magnitud, puesto que los nazoreanos tenían acceso a la riqueza de documentos producidos por los escribas esenios; pero habrían existido algunos escritos específicos propios, alguna narración de las enseñanzas de Jesús y de los testimonios bíblicos relacionados con él, alguna información sobre el partido, como por ejemplo los *Ascendientes de Jacobo*, y ciertas obras apocalípticas del tipo de la Revelación. Asimismo, los escribas nazoreanos pudieron ampliar e interpolar la literatura de sus colegas originales.

Debemos considerar como muy posible que algunos de *los pseudoepigrapha* judíos existentes, sobre los que se sabe que la Iglesia cristiana posterior los reelaboró más tarde, incluyeran material que había sido compuesto o revisado por los nazoreanos. El misterio rodea el origen de la parte de la colección de Enoc conocida como *Similitudes*, con su peculiar doctrina del Hijo del Hombre en respuesta a lo que bien podría haber sido la enseñanza nazoreana. En *Testamentos de los doce patriarcas*, tal y como lo

conocemos ahora, existen tantos aspectos de ambas ideas y lenguajes relacionadas con los Evangelios y los Hechos, que partes de esta obra podrían haber emanado de los escribas nazoreanos.

[162] En el *Apocalipsis de Baruc* encontramos un pasaje que aparece en Papías como una enseñanza de Jesús. La sección más antigua de *Baruc* tiene otro pasaje que puede ser identificado como nazoreano, y en el que se lee:

Y pasará después de estas cosas, cuando el tiempo del advenimiento del Mesías se haya cumplido, y regresará en gloria, y quienes se hayan dormido en la esperanza de él volverán a despertarse. Y sucederá entonces que se abrirán los tesoros donde se preservan el número de almas de los piadosos, y ellos saldrán y se verá a una gran multitud de almas en una sola asamblea y con un solo pensamiento, y el primero se alegrará y el último no se afligirá (30).

Comoquiera que Jerusalén todavía está en pie en la fuente más antigua de *Baruc*, tuvo que haber sido compuesto bastante antes del año 70, probablemente entre los años 50 y 60. [163] Encontramos un caso análogo en el libro de la Revelación, en el Nuevo Testamento, donde vemos que una parte del material es anterior, aunque la obra, tal y como está, pertenece a los años finales del reinado de Domiciano (c. 95 d. de C.). A Jesús no se le menciona por su nombre en el cuerpo del texto. Aparece en el cielo como «un cordero muerto», identificado como el León de Judea, del linaje de David (5, 5-6) que revela lo que va a pasar, empezando con las plagas caracterizadas por los Cuatro Jinetes, la Peste, la Guerra, el Hambre y la Muerte.

A la vista de todo lo que estaba sucediendo en Jerusalén, la carga de los escritos nazoreanos tendría que haber sido de naturaleza apocalíptica y escatológica. Tal y como se hace en los manuscritos del mar Muerto, y a la manera de esa literatura, los individuos eran caracterizados en lugar de nombrados. Así, no podemos esperar encontrar el nombre de Jesús en la literatura apocalíptica nazoreana. Tampoco podemos esperar la exposición de una doctrina fácilmente identificable como cristiana. Aquí es donde se equivocaron previamente los eruditos cristianos. Ellos buscaban

correspondencias con las conocidas posiciones cristianas enseñadas por la Iglesia, y cuando no las descubrieron a veces etiquetaron el material de judío, aunque igualmente podría haber sido nazoreano; es decir, se trataba de un material que expresaba un punto de vista que podríamos describir como nacionalista y legalista, y donde al Mesías no se le presenta como Hijo de Dios, y como alguien que efectúa un acto de expiación con su muerte y resurrección.

Para la Iglesia paulina el nombre de Jesucristo tenía el valor de un nombre de Dios, puesto que este nombre, en el mundo romano, era tan misterioso como el hebreo *Sabaoth*. Pero en Israel había muchos cientos de personas que se llamaban Jesús, e incluso el título de Mesías (Cristo) no crearía un suficiente sentido de reverencia aplicado a alguien sentado a la diestra de Dios. El Hijo del Hombre ofrecía una forma de referencia, tanto profética como indirecta, algo que en otros tiempos fue poderoso e impresionante, empleado para designar a aquel que pronto regresaría a la tierra rodeado de juicio y gloria. Las referencias al Hijo del Hombre que se encuentran en los Evangelios, el adamismo esotérico de Pablo y de los mandeanos, así como las ideas del «Hombre» existentes en los manuscritos del mar Muerto y en las *Similitudes* de Enoc, ilustran cómo esta designación estaba pasando a un primer plano. Vemos que el ascético Jacobo, a pesar de ser el hermano de Jesús, prefería hablar de él como el Hijo del Hombre.

En los restos de las enseñanzas nazoreanas que sobreviven en los informes patrísticos hay bastantes cosas que sugieren, no sólo un compromiso con la Ley y el culto judío, sino también la preocupación esenia por los misterios interiores, que sólo se desvelaban a los totalmente iniciados. Se establece una distinción entre los que están «fuera» y los que están «dentro». Esto también aparece así en las enseñanzas paulinas y en los Evangelios.^[164]

En los Evangelios también encontramos ciertas parábolas de Jesús en relación con lo anterior, que se explican de una manera tan simple que no responden en absoluto a la declaración de Jesús,

quien afirma que tales parábolas son secretos del Reino, cuya comprensión ha de ser revelada privadamente a los discípulos.^[165] Quizá podamos inferir de ello que una de las obras nazoreanas internas era un libro que podría haberse titulado *Misterios del Reino de los Cielos*.

En el lado esotérico, Pablo habla de cierta información que había recibido, y bien pudo haber sido en forma escrita (1 Co 11, 23-27; 15, 3-8). Las Epístolas de Pablo a los Corintios puede fecharse alrededor de los años 55-56 d. de C., de modo que podrían reflejar lo que, según hemos sugerido, fue el período principal de la actividad literaria nazoreana. Cuando Epifanio denuncia a los ebonitas de su tiempo por los libros ficticios que han compuesto en nombre de los apóstoles y de Jacobo, el hermano de Jesús, debemos tener en cuenta que algunos de estos escritos pudieron haber incorporado fuentes mucho más antiguas.

Lo que hemos presentado aquí está de completo acuerdo con nuestro conocimiento de la literatura judía pseudoepigráfica y escatológica. Para los nazoreanos era ahora una cuestión de urgencia, de carga profética, proclamar en Israel un llamamiento al arrepentimiento, a la vista de la inminencia del Juicio. Captamos la esencia de esto en las palabras de la Epístola a los Hebreos (12, 25): «Guardaos de rechazar al que os habla [es decir. Jesús], pues si los que rechazaron al que promulgaba los oráculos desde la tierra no escaparon al castigo, mucho menos nosotros, si volvemos la espalda al que nos habla desde el cielo».

«El Juez llegará y no se entretendrá», dice el vidente en *Baruc*. «Ahora, el Juez está ante la puerta», dice la epístola de Jacobo en el Nuevo Testamento. Para los nazoreanos, el Mesías, una vez regresado, sería tanto juez como ejecutor, el Josué que entregaría a los Elegidos la Tierra Prometida, y también el capitán de las huestes del Señor que aplastarían a los impíos. Sabían lo que decían cuando citaban del Salmo 110: «Oráculo de Yahveh a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que yo haga de tus enemigos el estrado de tus pies... A tu diestra. Señor, él quebranta a los reyes el día de

su cólera; sentencia a las naciones, amontona cadáveres, cabezas quebranta sobre la ancha tierra».

Los nazoreanos hablaban el mismo lenguaje que los zadokitas y otros grupos eclécticos en relación a la Cólera por venir. Así, la *Regla de Damasco* (2) habla de «fuerza, poder y una gran cólera ardiente dirigida por la mano de todos los Ángeles de Destrucción contra quienes se aparten del Camino y abominen del Precepto». Esto es comparable a las palabras de Pablo: «Porque es propio de la justicia de Dios el pagar con tribulación a los que os atribulan... cuando el Señor Jesús se revele desde el cielo con sus poderosos ángeles, en medio de una llama de fuego, y tome venganza de los que no conocen a Dios y de los que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesús» (2 Ts 1, 6-9). De modo similar, el profeta de la Revelación tiene su visión del Mesías regresado, que «juzga y combate con justicia. Sus ojos, llama de fuego... Y los ejércitos del cielo, vestidos de lino blanco puro [es decir, como los sacerdotes y los esenios], le seguían sobre caballos blancos. De su boca sale un espada afilada para herir con ella a los paganos; él los regirá con cetro de hierro; él pisa el lagar del vino de la furiosa cólera de Dios, el Todopoderoso» (15, 11-21).

Lo que hizo de la escatología nazoreana algo más vivido y realista y, en consecuencia, más comunicativo, fue que pudo descubrir la identidad del Mesías y explicar cómo y con qué propósito estaba por el momento en el cielo. Mediante la llamada para que Jesús acudiera desde la tierra a presencia de Dios, la imaginación sobre él se expandió progresivamente. Mientras que seguía siendo humanamente real, como alguien que otras personas todavía vivas habían conocido y con la que habían estado asociadas, fue investido cada vez más con los atributos sobreterrenales de su elevada posición. Pablo no deseaba conocerle más «de acuerdo con la carne», pero, para el grupo principal de nazoreanos, el Mesías celestial respondía a todas las experiencias de aquel Jesús cuyas acciones y enseñanzas todavía se recordaban. Sólo que ahora, los recuerdos habían ido

adquiriendo una dimensión nueva que le hacía aparecer como más grande de lo que fue en vida. En consecuencia, se podía pensar de él que, una vez que exhibió sobre la tierra el poder y la calidad de la dignidad que disfrutaba, fue elevado a las alturas. Una ilustración de esto nos la ofrece una historia que circuló y que fue la fuente de la que se nutrió la narración evangélica de la Transfiguración.

En la historia, la «revelación» se hace exclusivamente al triunvirato interno que siguen formando Pedro, Jacobo y Juan. Jesús los lleva a una alta montaña —un detalle simbólico—, donde «se transfiguró delante de ellos, y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, tanto que ningún batanero en la tierra sería capaz de blanquearlos de ese modo. Se les aparecieron Alias y Moisés [representando a los profetas y la Ley], y conversaban con Jesús». Al final, Jesús instruye a estos discípulos para que no revelen lo que han visto «hasta que el Hijo del Hombre resucitara de entre los muertos» (Mc 9, 1-9). El incidente, como algunos otros, es una contribución a la saga de Jesús y fue progresivamente formulado en círculos nazoreanos.

Debemos reconocer claramente en las narraciones que se nos dan de Jesús y de sus enseñanzas que, a los recuerdos se sobrepusieron reflejos de puntos de vista y condiciones que surgieron a intervalos, primero entre los nazoreanos antes del año 66 d. de C., y después entre los propios cristianos, a lo largo de unas cuatro décadas después de la caída de Jerusalén. Así, gracias al estudio crítico del material del Evangelio podemos discernir algunos de los temas con los que se enfrentaron los seguidores de Jesús en cada período, así como su reacción ante ellos. En ciertos casos, y como ya hemos señalado anteriormente varias veces, podemos incluso descubrir en la narraciones canónicas las trazas de los acontecimientos históricos ocurridos entre los años 36 y 66 d. de C., que reflejaban y coloreaban lo que se relataba de Jesús. Tenemos paralelismos de este mismo proceso en los *pseudoepigrapha* judíos, así como en los comentarios de los manuscritos del mar Muerto.

En las historias de Josefo se registra un gran estallido de violencia que tuvo lugar en el año 51 d. de C., de una naturaleza que tuvo que haber preocupado a los nazoreanos. Todo comenzó con un ataque de los samaritanos del pueblo de Ginae, la moderna Jenin, contra un grupo de peregrinos judíos de Galilea, que viajaban a Jerusalén para asistir a una de las fiestas. Una vez más, nos encontramos con dos versiones de la historia, ambas relatadas por Josefo, una en la *Guerra judía* y otra en *Antigüedades* , 170 de modo que no se pueden determinar los detalles con exactitud. Nos contentaremos, por lo tanto, con informar ampliamente de lo que aconteció.

Uno o más de los peregrinos galileos fue muerto por los samaritanos, por lo que se presentó inmediatamente una queja ante el gobernador Cumano. Por alguna razón, éste se negó a satisfacer a los notables judíos que apelaron a él, lo que no sólo encolerizó a los galileos, sino que despertó las iras de muchos de los habitantes de Jerusalén. Evidentemente, los zelotes estuvieron detrás del siguiente movimiento, consistente en recurrir al apoyo de las bandas de guerrilleros, bajo el mando del famoso nacionalista rebelde Eleazar Bar-Deineo, quien durante muchos años y desde lo más intrincado de las montañas, había lanzado numerosas expediciones de saqueo, evitando con éxito ser capturado por los romanos. Con la cooperación de Eleazar, que se puso al mando de un grupo, y también con la de un cierto Alejandro, se lanzó un ataque de castigo contra varios pueblos samaritanos de la zona de Acrabatene, al sudeste de Shechem, cuyos habitantes fueron despiadadamente masacrados y sus casas incendiadas.

Cuando Cumano se enteró de lo ocurrido, agrupó a un cuerpo de caballería romana reclutada en Samaria y, acompañado quizá también por la infantería, marchó contra los agresores, mató a muchos y capturó a otros, aunque no al propio Eleazar. En estos momentos, la gravedad de la situación era tal que los judíos se hallaban más cerca que nunca de la rebelión abierta contra Roma, y el alarmado Sanedrín envió representantes para calmar los ánimos.

Fue un nuevo caso de «vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación» (Jn 11, 48; G. 1— II, 237). Muchas personas atendieron los ruegos de los magistrados y se dispersaron; pero Josefo dice que, a partir de entonces, fueron continuos los estallidos revolucionarios en distintas partes del país. Tácito, el historiador romano, describe una situación mucho más alarmante que Josefo. Habla de una serie de soldados romanos muertos por los judíos, y de las fuertes acciones que tuvieron que llevarse a cabo para impedir una guerra a gran escala.^[166]

Quadrato, el legado de Siria, se vio obligado a intervenir tras escuchar las acusaciones hechas por ambas partes, y crucificó a una serie de prisioneros hechos por Cumano, tanto judíos como samaritanos. Finalmente, los representantes principales de ambas naciones, junto con Cumano y el tribuno Celer, fueron enviados a Roma para responder ante el emperador. Claudio tomó una decisión contra los samaritanos, considerándolos como los iniciadores del problema, y Cumano fue considerado como responsable por haber recurrido a la fuerza antes de investigar las circunstancias de lo ocurrido. Fue sentenciado al destierro, mientras que Celer era enviado a Jerusalén para ser arrastrado alrededor de la ciudad y públicamente decapitado. Estos juicios permitieron lograr una paz temporal. Antonio Félix, que sólo era un liberto, fue nombrado como nuevo gobernador de Galilea, Samaria y Judea.

Esta serie de sucesos debieron haber encontrado reflejo en la historia de Jesús, por lo menos en la versión de Lucas. Y, de hecho, encontramos un pasaje relacionado con un viaje de Jesús de Galilea a Jerusalén. «Él [Jesús] se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén, y envió mensajeros delante de sí, que fueron y entraron en un pueblo de samaritanos para prepararle posada; pero no le recibieron porque tenía intención de ir a Jerusalén. Al verlo sus discípulos Santiago y Juan, dijeron:

“Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma, como hizo Elías?” (2 R 1, 10). Pero volviéndose, les reprendió; y se fueron a otro pueblo» (Lc 9, 51-56). Después de las

palabras «les reprendió», algunos añaden: «No os dais cuenta de la clase de espíritu al que representáis. El Hijo del Hombre no ha venido para destruir las vidas de los hombres, sino para preservarlas».

La actitud de Jesús aquí no es violenta, lo que hace que nos planteemos la cuestión de si a los nazoreanos les sucedía lo mismo. Ahora, la militancia nacionalista no sólo estaba ganando una creciente simpatía popular, sino incluso un apoyo activo. ¿Hicieron los nazoreanos causa común con los militantes zelotes, o bien defendieron una política de no tomar represalias? Debemos abordar estos interrogantes puesto que pueden determinar nuestra comprensión de la posición nazoreana desde estos momentos hasta que estalla la revuelta judía contra los romanos en el año 66 d. de C. ¿Hasta qué punto refleja el Sermón de la Montaña las convicciones de los nazoreanos?

19.- La tormenta se avecina

El gobierno de Félix se caracterizó por el aumento de los desórdenes, las actividades terroristas y la aparición de falsos mesías y profetas. Josefo describe este período en los siguientes términos:

Fue incalculable el número de bandoleros que Félix crucificó, así como el de la gente común encontrada culpable de complicidad con ellos y castigada por él.

Pero mientras el país iba siendo liberado de estas pestes, una nueva especie de bandidos surgía en Jerusalén, los llamados *sicarii*, que cometían crímenes a plena luz del día en el corazón de la ciudad... Además de éstos surgió otro grupo de villanos, con manos más puras pero intenciones más impías, que arruinaron la paz de la ciudad en no menor medida que los asesinos. Los timadores e impostores, bajo la pretensión de la inspiración divina, estimularon los cambios revolucionarios, persuadieron a las multitudes para que actuaran como locos, y las condujeron al desierto, en la creencia de que Dios les haría allí señales para su liberación...

Apenas habían sido reducidos estos desórdenes cuando, como si se tratara del cuerpo enfermo de un hombre, volvían a brotar en otro barrio. Los impostores y bandoleros, actuando juntos, incitaron a muchos a la revuelta, exhortándolos a afirmar su independencia, y amenazando con matar a cualquiera que se sometiera a la dominación romana y con suprimir por la fuerza a quienes aceptaran voluntariamente la servidumbre. Distribuyéndose en bandas por todo el país, saquearon las casas de los ricos, asesinaron a sus propietarios, y prendieron fuego a los pueblos. Los efectos de su actitud frenética se hicieron sentir en toda Judea, y a cada día que pasaba aumentaba la ferocidad del fuego de esta guerra (G. J. II, 253-265).

Es una imagen bastante negra la que se pinta aquí, y aunque debemos reconocer la antipatía que sentía Josefo por los extremistas nacionalistas, no tenemos ninguna razón para pensar que falsificó o malinterpretó por completo la situación real. En la

época de la que nos habla, él era un joven muy impresionable que no ignoraba lo que sucedía a su alrededor y que se mostraba muy interesado por los esenios. Es más, lo que nos dice viene apoyado por otras fuentes, incluyendo el *Apocalipsis de Baruc* 112.

Teniendo claramente en cuenta esta imagen, debemos afrontar la cuestión de la posición de los nazoreanos, para determinar si estaba de acuerdo o era contraria a las enseñanzas no violentas acreditadas a Jesús en los Evangelios.

Pero antes tenemos que ocuparnos de los zelotes. Sabemos que esta cuarta filosofía era militantemente antirromana; pero existen claras pruebas de que su inspiración era religiosa. A los zelotes se les dio este nombre por el celo que demostraron por Dios y su Ley. Desde el descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto y de la fortaleza de Masada, donde los nacionalistas ofrecieron su última resistencia en el año 73 d. de C., eruditos como Roth y Driver han argumentado que los zadokitas de Qumran eran idénticos a los zelotes. Pero no hay pruebas reales de que eso fuera así; sólo es posible decir que había bastantes cosas en común entre ellos. Posiblemente, los zadokitas del siglo I d. de C. representaron una rama desgajada del movimiento iniciado por Judas de Galilea y su asociado Zadok. En tal caso, habían elegido seguir la línea esenia, al funcionar como una orden religiosa distinta, organizada en campamentos y comunidades, con el propósito de practicar la Ley en plena pureza. Se habían separado de la compañía de los hombres perversos, estableciendo su centro principal en el desierto. Creían en una lucha final entre las fuerzas de la Luz y las de la Oscuridad; pero no actuaban por iniciativa propia, y esperaban el momento elegido por Dios.

En consecuencia, no tenemos derecho a imaginar que los zadokitas se implicaron en una militancia activa, participando en ataques armados, saqueos y asaltos asesinos. Eso habría significado una violación de su estatus como Elegidos expiatorios, destinados a soportar el sufrimiento y la persecución en nombre de los piadosos, así como una aceptación de la misma contaminación

que habían tratado de evitar hasta tales extremos. Su actitud pesa sobre nosotros al considerar la posición de los nazoreanos, ya que existía una estrecha afinidad entre ellos. Ser celoso de la Ley no significaba necesariamente que uno tuviera que ser un luchador por la libertad, ni que empleara armas físicas. Según sabemos, la mayoría de los fariseos no estaban de acuerdo con la acción violenta como medio de promover el advenimiento del Reino de Dios, y repudiaban las actividades de hombres como Eleazar Bar-Deineo.^[167]

En cuanto al ala militante de los zelotes, inicialmente empuñaron las armas, no porque fueran belicosos, sino debido a insoportables errores, a insultos a su fe y a su dignidad humana como hombres libres. En la historia aparecen numerosos casos como el suyo, en otras épocas y lugares. Podemos suponer, tal y como nos enseña la historia, que el movimiento ganó muchos adeptos que no estaban animados por los mismos altos principios, que estaban desesperados, eran desgraciados o prefirieron vivir por medio del robo y la violencia. Cuanto más empeoraban las condiciones, tanto mayor era la probabilidad de que tales marginados y fuera de la ley se unieran al movimiento. Y aquí debemos señalar que tanto en Israel como en sus fronteras hubo salteadores, ladrones y depredadores mucho antes de que surgiera el movimiento zelote. En consecuencia, no hay que ver en cada banda dedicada al pillaje y a cortar cuellos una manifestación del patriotismo zelote. A algunas de tales bandas pudo haberles parecido conveniente mostrarse como nacionalistas ardientes. Y aun cuando, sin duda alguna, Josefo se mostró demasiado ansioso por presentar a los rebeldes bajo la peor de las luces, tildándolos de salteadores, no podemos decir que sus comentarios estuvieran totalmente injustificados.

Las atrocidades cometidas tuvieron que haber producido náuseas entre aquellos que seguían el Camino del Señor con un corazón puro. Ellos predicaban el arrepentimiento de todas las maldades, considerándolo como el único medio para que terminaran

las miserias del país y se consiguiera la liberación. Para ellos, Belial andaba suelto por Israel y su nombre era interpretado como *B'U'ol*, «sin yugo», siendo uno de los mayores signos de sus actividades la manifestación del espíritu propio de la ausencia de ley. En el *Testamento de los doce patriarcas* leemos amonestaciones como la siguiente:

El espíritu de los odiosos actuó junto con Satán, a través de la precipitación de espíritu, en todas las cosas hasta la muerte de los hombres; pero el espíritu del amor trabajó junto con la Ley de Dios para soportar el sufrimiento hasta la salvación de los hombres. Los odiosos, por tanto, son malignos, pues constantemente están mintiendo, hablando en contra de la verdad; pues hacen que las cosas pequeñas sean grandes, y que la luz se convierta en oscuridad, y llaman dulce a lo que es amargo, y enseñan la destrucción, y propagan la cólera y hacen la guerra, la violencia y todo lo malvado, y eso llena el corazón con todos los males y lo envenena. Por eso, hijos míos, os digo por experiencia que estas cosas debéis odiarlas porque son malas y contrarias al amor de Dios (*T. Gad. 4, 7-5, 2*).

Por eso, hijos míos, os digo que huyáis de la malicia de Belial, porque él destina una espada a quienes le obedecen. Y la espada es la madre de los siete males..., al principio hay derramamiento de sangre; en segundo lugar, la ruina; el tercero, la tribulación; el cuarto, el exilio; el quinto, la escasez; el sexto, el pánico, y el séptimo, la destrucción. Por eso, Dios sometió a Caín a las siete venganzas (*T. Benj. 7, 1-3*).

Los piadosos del siglo I a. de C. habían previsto la llegada de un Mesías que sería piadoso y enseñaría a Dios, gobernando sobre un pueblo santo. Sería alguien que «no pondrá su confianza en el caballo, el jinete y el arco, ni multiplicará el oro y la plata para la guerra, ni obtendrá la confianza para el día de la batalla con barcos... Él mismo está puro de pecado, de modo que puede gobernar un pueblo poderoso, rechazar a los príncipes y aplastar a los pecadores con el poder de su palabra» (*Salmos de Salomón, 18*).

Se podrían multiplicar las citas que demuestran que las enseñanzas adscritas a Jesús en el Sermón de la Montaña eran representativas de todos aquellos que, en Israel, buscaban la salvación mediante la perfección de la conducta, y se negaban a tener nada que ver con los actos desvergonzados y sin ley. No eran por ello los menos patriotas y amantes de la libertad, ni los menos sensibles a las miserias de su pueblo. Los últimos rabinos

atribuyeron las desastrosas consecuencias de las guerras con los romanos a los actos judíos de venganza^[168] y declararon que «quienes fueron injuriados, que no vuelvan a injuriar, porque la Escritura dice de quienes no hacen caso de los insultos, y actúan con amor, y soportan la aflicción, que son en el amor de Él como el sol cuando va adquiriendo fuerza.^[169]

No debemos dejarnos engañar por un libro esenio zadokita titulado *La guerra de los Hijos de la Luz contra los Hijos de las Tinieblas*, con toda su panoplia militar, sus disposiciones para la batalla, los eslóganes de sus estandartes y sus llamadas con trompetas. Estamos tratando aquí de una lucha espiritual, como en la *Guerra Santa* de Bunyan, con tan poco propósito de emplear la violencia física como muestra el himno *Adelante, soldados cristianos*. La literatura escatológica judía, incluyendo el libro de la Revelación, del Nuevo Testamento, visualiza el ocaso final entre las fuerzas del Bien y del Mal en términos de guerra física, con el Mesías como líder en un lado y el jefe del imperio maligno como su oponente. Muchos pasajes de los profetas bíblicos también se podrían interpretar como una predicción de un último y gran asalto contra Israel por parte de sus enemigos, que serían derrotados gracias a la intervención divina. Por ello, muchos llegaron a creer que la guerra final sería muy real y sangrienta, y los militantes se inspiraron en el uso de tales pronósticos para justificar su participación en actos de abierta hostilidad. En cualquier caso, la sensación de un profundo y amargo agravio por hallarse sometidos al odiado poder extranjero, fue un motivo más para golpear a los romanos y a sus simpatizantes cada vez que se presentaba la oportunidad. Pero no debemos concluir por ello que los nazoreanos, esenios y fariseos, sancionaran y apoyaran, en general, las tácticas y actividades terroristas de la guerrilla, aun cuando cabe deducir que algunos se vieron poseídos por sus sentimientos, sobre todo a medida que iba empeorando la situación.

Es posible que no se tratara de palabras pronunciadas realmente por Jesús, sino un comentario nazoreano sobre estos problemáticos

tiempos cuando leemos (Mt 11, 12): «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan».

Brandon ha argumentado certeramente que una buena parte del pacifismo atribuido a Jesús en los Evangelios es el reflejo de la actitud cristiana durante las décadas que siguieron a la derrota de los judíos, como consecuencia de su revuelta contra Roma.^[170]

Debemos admitir que los cristianos del Imperio, que por esta época ya eran predominantemente gentiles y se encontraban en una posición precaria, tenían buenos motivos para afirmar que no tenían ninguna relación con el mesianismo militante y que, por lo tanto, estaban ansiosos por subrayar que Jesús se había opuesto a la hostilidad y predicado el amor y el perdón. Pero hay una fuerte estructura judía y hebraica en algunos de estos dichos, como en las palabras pronunciadas en el Sermón de la Montaña, lo que sugiere que no eran tan extraños a los puntos de vista nazoreanos sostenidos en el período inmediatamente anterior al estallido de la guerra contra Roma. Tal y como hemos visto, existen paralelismos en la literatura ecléctica judía.

Quizá no haya en el Nuevo Testamento ningún libro que refleje más fielmente la visión pacifista que la epístola adscrita a Jacobo, el hermano de Jesús. A lo largo de toda la obra no se hace más que aconsejar una actitud pacífica y paciente, la paciencia de Job, haciéndose así eco del Sermón de la Montaña. Eso es bastante consistente con la forma en que la tradición describe al santo presidente de los nazoreanos: un hombre de la más profunda piedad que se pasaba largas horas arrodillado rezando por el perdón de su pueblo. Incluso es posible que algunas de las palabras de paz de Jesús emanaran de Jacobo y de su círculo.^[171]

Ya hemos indicado que había una cualidad espiritual en el zelotismo, y debemos evitar cuidadosamente considerar a los zelotes como responsables de todos los estallidos de violencia e insurrecciones, crueldades y desmanes. Inevitablemente, las pasiones se intensificaron con el empeoramiento de la situación,

como describe *Baruc*^[172] y una especie de locura colectiva se apoderó de gentes habitualmente inofensivas. Algunos se arrojaron en brazos del partido de la guerra, al no ver ninguna esperanza o remedio más que el recurso a las armas. Pero no por ello tenemos derecho a considerar a los zelotes como personas involucradas en el pillaje y la rapiña, los incendios y el asesinato.

Ni los nazoreanos, ni aquellos que abrigaban convicciones similares, como los fariseos y esenios, que creían que Dios intervendría en el momento señalado para librar a su pueblo de sus enemigos, pueden ser considerados como menos patriotas por el hecho de rechazar una barbarie sin sentido, y negarse a admitirla o ratificarla. Tal comportamiento, que violaba la Ley de Dios, lejos de permitir que se acercara aún más el Día de la Redención, únicamente podría servir para posponerlo. Y los responsables de ello serían igualmente considerados como malvados, destinados a perecer.

Tal y como expresa la Epístola de Santiago: «Si cumplís plenamente la Ley regia según la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, obráis bien; pero si tenéis acepción de personas, cometéis pecado y quedáis convictos de transgresión por la Ley. Porque quien observa toda la Ley, pero falta en un solo precepto, se hace reo de todos. Pues el que dijo: No adulteres, dijo también: No mates. Si no adulteras, pero matas, eres transgresor de la Ley. Hablad y obrad tal como corresponde a los que han de ser juzgados por la Ley de la libertad. Porque tendrá un juicio sin misericordia el que no tuvo misericordia; pero la misericordia se siente superior al juicio» (2, 8-13).

Desde el principio, el Mensaje había sido asociado con un llamamiento al arrepentimiento nacional e individual. La revolución que proclamaba era la de la no violencia, la de ajustarse a los atributos de la sociedad de Dios en el Reino de Dios, cuando ninguna nación podría ya levantar su espada contra otra, y cuando ya no se harían más la guerra entre sí (Is 2, 4).

Josefo nos ha transmitido la impresión de que, con la muerte del emperador Claudio y el acceso de Nerón al poder, se inició una nueva fase de hostilidad y desorden. Claudio murió en octubre del año 54 d. de C., es decir poco después de que se iniciara para los judíos otro año sabático. En tales años, según hemos señalado ya en varias ocasiones, el pueblo judío, al dejar de trabajar las tierras, disponía de mucho más tiempo libre para ocuparse de la política. Josefo informa del deterioro del país, infestado de «salteadores e impostores que azuzaban a la multitud. Sin embargo, no pasaba un solo día sin que Félix no capturara y condenara a muerte a muchos de estos impostores y salteadores» (*Antig.* XX, 160-161). Uno de sus triunfos consistió en detener mediante un golpe de mano al notorio Eleazar Bar-Deineo, a quien envió a Roma.

Nerón confirmó a Félix como gobernador de Judea. Según *Antigüedades*, uno de los que le recomendaron fue el antiguo sumo sacerdote Jonatán, hijo de Anas.^[173] Ahora, Félix deseaba desembarazarse de él debido a «sus frecuentes admoniciones para mejorar la administración de los asuntos de Judea, pues Jonatán temía incurrir él mismo en la censura de la multitud» por el hecho de haber jugado un papel en la confirmación de Félix como gobernador.^[174] Josefo relata que Félix sobornó a un buen amigo de Jonatán para que empleara asesinos contra él, al parecer mientras se dirigía al Templo. Tanto en *Antigüedades* (XX, 163-166), como en la narración paralela de *Guerra judía*, nos enteramos de la primera aparición de «una nueva especie de bandidos, los llamados *sicarii*». Llevaban dagas cortas y curvas bajo las vestiduras, y de ahí procede su nombre. Mezclados entre la multitud que abarrotaba la ciudad durante las fiestas, golpeaban a sus víctimas corriendo pocos riesgos de ser descubiertos entre la multitud. Llegaron incluso a matar a alguien dentro del propio recinto del Templo... «El pánico creado fue más alarmante que la propia calamidad... Los hombres vigilaban a distancia a sus enemigos y ni siquiera se fiaban de sus amigos cuando éstos se les aproximaban. No obstante, a pesar de sus sospechas y de andar vigilantes, no tardaban en caer, de tan

rápidos como eran los conspiradores y lo hábilmente que eludían ser detectados» (G. J. II, 256-257).

A veces, Josefo distingue a los sicarii de los zelotes, pero en otras ocasiones los trata como si fueran idénticos, especialmente en *Guerra judía*. El nombre parece servirle para referirse a los elementos más fanáticos y brutales de entre los rebeldes contrarios a Roma, de modo que, gracias a este término oprobioso, metía en el mismo saco de lo execrable a muchos que luchaban contra Roma armados únicamente del fervor y la valentía surgidas de la profunda convicción sobre la justicia de su causa.

Las circunstancias ya empezaron a ser confusas diez años antes de que estallara la revuelta judía, y aún lo serían más a medida que avanzara la década. El país se movía con una creciente aceleración hacia un estado de anarquía y luchas internas, lo que permitía que surgieran todas las oportunidades para cualquier clase de actividad temeraria, ya fuera altruista o egoísta. La tormenta amenazaba con estallar y sus truenos y relámpagos ya perturbaban la paz con sus señales premonitorias.

20.- Apóstol encadenado

Uno de los aspectos más feos del deterioro de la situación entre los judíos fue el empleo de la religión para sancionar los actos de salvajismo. Hubo hombres violentos que cometieron atrocidades contra compatriotas judíos bajo el pretexto de purificar la nación de todo indicio de paganismo. De este modo fueron asesinados muchos ricos y sus bienes fueron saqueados. Todo aquel que ofreciera alguna clase de comodidad o apoyo a la potencia ocupante era estigmatizado como traidor y apóstata; porque los romanos no sólo eran el enemigo político, sino también los paganos. Si en esa época hubiera estado de moda, los miembros de las familias aristócratas, ricas y sacerdotales habrían sido denunciados como «imperialistas», y la hostilidad contra ellos fue fomentada según el estilo tradicional de la lucha de clases. Esta clase de hostilidad interna había ido aumentando en el transcurso de muchos años, y ahora aparecía con mucha mayor franqueza. En Jerusalén, el choque se producía entre la Ciudad Alta y la Ciudad Baja, entre la parte oriental y la occidental. En capítulos anteriores ya hemos llamado la atención sobre el significado de este abismo social, especialmente en el capítulo 10, y hemos citado la clase de eslóganes demagógicos que se relacionan con nuestra propia época.

En el año 59 d. de C., Agripa II nombró a Ismael, hijo de Feabi, como sumo sacerdote, y al dar esta información, Josefo sigue

afirmando:

Había surgido ahora una mutua enemistad y guerra de clases entre los sumos sacerdotes por un lado, y los sacerdotes y líderes del populacho por el otro. Cada una de las facciones reunía y formaba para sí misma a un grupo de los más despiadados revolucionarios y actuaba como su líder. Cuando los grupos se enfrentaban, empleaban un lenguaje insultante, y se apedreaban mutuamente. Y no había nadie capaz de rechazarlos. Era como si en la ciudad no existiera nadie con autoridad, de modo que actuaban como lo hacían con total impunidad (*Antig. XX*, 180).

Debemos hacer constar que los sacerdotes ordinarios, muchos de los cuales se habían unido al partido nazoreano, estaban del lado del populacho. Ocupaban una parte del Ofel, al sur del Templo, en inmediata proximidad al cuartel general nazoreano, en el monte Sión. La jerarquía tomaba represalias contra sus subordinados enviando a sus esclavos a las eras donde se trillaba para recoger los diezmos que se debían entregar a los sacerdotes y, tras haber tomado posesión de los mismos, se negaban a distribuir a los sacerdotes ordinarios la parte que les correspondía. Uno de los más particularmente implicados en estas duras medidas fue Ananías, hijo de Nedebeo, el sumo sacerdote que había precedido a Ismael. Al parecer, esta misma política se siguió practicando durante varios años. «Y así —dice Josefo—, sucedió que aquellos sacerdotes que en otros tiempos habían sido mantenidos por los diezmos, ahora se morían de hambre»^[175].

Brandon ha sugerido que una de las razones por las que los sumos sacerdotes estaban decididos a destruir a Jacobo, el hermano de Jesús, lo que consiguieron en el año 62 d. de C., fue el hecho de que él se hubiera hecho cargo abiertamente del cuidado y manutención de las víctimas sacerdotales.^[176] En efecto, en su epístola lanza fulminaciones contra los ricos opresores de los pobres,^[177] y cuando Jacobo fue ejecutado fue precisamente un sacerdote perteneciente a la secta ascética de los recabitas el que intervino para tratar de salvarlo.

Otro aspecto de la intensificación de las hostilidades fue que estimulaba la xenofobia, llegando a empeorar las relaciones entre judíos y gentiles en Cesárea, una ciudad de población mixta situada

en la costa, dentro del territorio administrado por Félix, que era su lugar habitual de residencia. Esta ciudad era un permanente nido de problemas. Surgió una disputa sobre el tema de la igualdad de derechos cívicos de ambas comunidades. Los judíos argumentaron que tenían la preferencia, porque Cesárea había sido creada por Herodes el Grande, mientras que los sirios aseguraban que antes no hubo habitantes judíos en lo que se conocía como Torre de Estrato. Los insultos mutuos sacaron a relucir las piedras, que ambos grupos se arrojaron mutuamente, con la perspectiva de que se produjera un enfrentamiento aún más grave. Finalmente, intervino Félix con sus tropas, dirigiendo su ataque particularmente contra los judíos, considerados como los principales instigadores del problema. Sólo desistió cuando un cierto número de ciudadanos judíos ricos e importantes se lo rogaron así. El ruego quizá fuera acompañado por un considerable «dulcificador» financiero.

Es ante una situación de este calibre como tenemos que considerar el curso que tomaron los asuntos nazoreanos tras la llegada de Pablo durante la última visita que hizo a Jerusalén.

Procedente de Macedonia, Pablo se había apresurado para llegar a Jerusalén a tiempo de participar en la fiesta de Pentecostés, en el mes de junio del año 58 d. de C. Portaba una gran suma de dinero reunido para los «santos pobres» por las comunidades de Macedonia y Aquea, y acudió acompañado por siete asociados que eran notables representantes de sus trabajos misioneros. Todavía se encontraba en Filipos en la Pascua y, a partir de aquí, los Hechos nos describen gráficamente la rapidez de su viaje (20, 21). Finalmente, el grupo llegó a Cesárea después de haber costado la zona desde Tiro, vía Ptolomeo, y se alojó en casa de Felipe, uno de los siete diáconos originales nombrados por los apóstoles en los primeros días del movimiento, que ahora vivía allí en compañía de sus cuatro hijas solteras, que eran profetisas.

Según Lucas, a lo largo del viaje y ahora también en Cesárea, Pablo había sido advertido de que, si persistía en ir a Jerusalén, le esperaban las cadenas y la prisión. Pero él no quiso abandonar su

propósito. A partir de sus epístolas, sobre todo de 2.a Corintios y Romanos, podemos inferir cuál era su objetivo. Había estado luchando en una batalla perdida de antemano, y los apóstoles nazoreanos le habían llevado al borde de la desesperación, ya que invadían las comunidades que había creado para inducir a sus conversos a convertirse en judíos de pleno derecho, desautorizando a Pablo como alguien que no estaba calificado para hablar en nombre de Jesús, ya que ni le había conocido ni había sido nombrado por él. Los efectos de esta situación eran tan perturbadores, ya que, en cualquier caso, los creyentes helénicos mostraban tendencia a ser facciosos, que Pablo se vio obligado a buscar alivio al hostigamiento apelando a los líderes nazoreanos. Los fondos que había reunido demostrarían que había sido honesto en el cumplimiento de su labor, y que sus comunidades tenían un sentido de sus obligaciones (Rm 15, 26-27), razón por la cual había traído consigo a miembros representativos, que deseaban presentar sus respetos a Jacobo y a los ancianos.

El hombre que había llevado una carga tan pesada sobre sus hombros y que se había mostrado tan celoso de su independencia, estaba preparado ahora para hacer valer sus derechos: pero no era consciente de lo radicalmente que había cambiado la situación desde su última estancia en Jerusalén. No contaba con la tensión y la situación explosiva que ahora prevalecía, lo que hacía que éste fuera el momento menos propicio para lograr su propósito.

El Consejo nazoreano estaba en un apuro. Los funcionarios ya se enfrentaban con graves problemas y hubieran deseado que Pablo y sus compañeros se encontraran en aquellos momentos en cualquier lugar menos delante de sus puertas. Pero pusieron la mejor cara que pudieron ante la situación.

Ellos, al oírle, glorificaban a Dios. Entonces le dijeron: «Ya ves, hermano, cuántos miles y miles de judíos han abrazado la fe, y todos son celosos partidarios de la Ley. Y han oído decir de ti que enseñas a todos los judíos que viven entre los gentiles que se aparten de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos ni observen las tradiciones. ¿Qué hacer, pues? Porque va a reunirse la muchedumbre al enterarse de tu venida. Haz, pues, lo que te vamos a decir. Hay entre nosotros cuatro hombres que

tienen un voto que cumplir. Tómalos y purifícate con ellos; y paga tú por ellos, para que se rapen la cabeza; así todos entenderán que no hay nada de lo que ellos han oído decir de ti, sino que tú también te portas como un cumplidor de la Ley. En cuanto a los gentiles que han creído, hemos comunicado nuestra decisión: Abstenerse de lo sacrificado a los ídolos, de la sangre, de animal estrangulado y de la impureza» (Hch 21, 20-25).

A partir de este punto podemos seguir la narrativa de los Hechos bastante estrechamente,^[178] como si se tratara de un conocimiento de primera mano de lo que aconteció.

El deprimido Pablo se mostró de acuerdo con lo que se le pedía, sin murmurar, pero mientras estaba en el Templo durante el período de purificación, fue visto por algunos judíos de Asia, lo prendieron y se pusieron a gritar.^[179]

Toda la ciudad se alborotó y la gente concurrió de todas partes. Se apoderaron de Pablo y lo arrastraron fuera del Templo; inmediatamente cerraron las puertas. Intentaban darle muerte, cuando subieron a decir al tribuno de la cohorte [es decir, en la fortaleza Antonia]: «Toda Jerusalén está revuelta». Inmediatamente tomó consigo soldados y centuriones y bajó corriendo hacia ellos; y ellos al ver al tribuno y a los soldados, dejaron de golpear a Pablo.

Entonces el tribuno se acercó, le prendió y mandó que le atasen con dos cadenas; y empezó a preguntar quién era y qué había hecho. Pero entre la gente unos gritaban una cosa y otros otra. Como no pudiese sacar nada en claro a causa del alboroto, mandó que le llevasen al cuartel. Cuando llegó a la escalera, tuvo que ser llevado a hombros por los soldados a causa de la violencia de la gente, pues toda la multitud le iba siguiendo y gritando: «¡Mátale!».

Cuando iban ya a meterle en el cuartel. Pablo dijo al tribuno: «¿Me permites decirte una palabra?». Él le contestó: «Pero ¿sabes griego? ¿No eres tú entonces el egipcio que estos últimos días ha amotinado y llevado al desierto a los cuatro mil terroristas?». Pablo dijo: «Yo soy un judío, de Tarso, ciudadano de una ciudad nada insignificante de Cilicia. Te ruego que me permitas hablar al pueblo».

El egipcio al que se refiere era uno que recientemente se había presentado como profeta, reuniendo a una gran multitud de seguidores (Josefo nos da la cifra de 30 000). Llegando desde el desierto hasta el monte de los Olivos, se proponía forzar la entrada en Jerusalén y dominar a la guarnición romana. Félix envió contra él a su infantería pesada, y la mayoría de los insurgentes fueron muertos o apresados. Pero el egipcio se las arregló para escapar acompañado por unos pocos de sus partidarios.^[180] La cifra citada

en los Hechos parece más probable, ya que *Antigüedades*, donde se informa del mismo acontecimiento, Josefo dice que murieron cuatrocientos y que otros doscientos fueron hechos prisioneros.

Pablo se dirigió a la multitud en hebreo, y en esta ocasión la audiencia se mostró bastante tranquila. Pero cuando mencionó que había estado de misión entre los gentiles, la gente volvió a gritar, pidiendo su muerte. Como el tribuno no podía llevar a cabo lo que la gente pedía tan ardorosamente, decidió interrogar al prisionero azotándolo. Pablo, sin embargo, le dijo al centurión que estaba al mando: «¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano sin haberle juzgado?».

Cuando el centurión escuchó esto informó al tribuno. «¿Qué vas a hacer? —le preguntó—. Este hombre es ciudadano romano».

Tras haberlo confirmado así con Pablo, el tribuno observó: «Yo conseguí esta ciudadanía por una fuerte suma». A lo que Pablo respondió: «Pues yo la tengo por nacimiento».

Después de esto ya no se le aplicaron los azotes. Pero, al día siguiente, el tribuno llevó al prisionero ante el Sanedrín, presidido por el sumo sacerdote Ananías, hijo de Nebedeo.^[181]

El procedimiento contra él, sin embargo, quedó totalmente anulado gracias a la astucia de Pablo al conseguir dividir al tribunal sobre una cuestión doctrinal, antes de que pudiera ser interrogado.

Pablo, dándose cuenta de que una parte eran saduceos y la otra fariseos, gritó en medio del Sanedrín: «Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseos; por esperar la resurrección de los muertos se me juzga».

Al decir esto, se produjo un altercado entre fariseos y saduceos y la asamblea se dividió. Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; mientras que los fariseos profesan todo eso. Se levantó, pues, un gran griterío. Se pusieron en pie algunos escribas del partido de los fariseos y se oponían diciendo: «Nosotros no hallamos nada malo en este hombre. ¿Y si acaso le habló algún espíritu o un ángel?». Como el altercado iba creciendo, temió el tribuno que Pablo fuese despedazado por ellos y mandó a la tropa que bajase, que le arrancase de entre ellos y le llevase al cuartel.

Al día siguiente, el sobrino de Pablo, hijo de su hermana, se enteró de que se había organizado un complot para asesinarlo, urdido en connivencia con la jerarquía. El sobrino se presentó

valientemente en la fortaleza e informó a Pablo, quien le pidió que repitiera aquella información ante el tribuno. Éste se tomó la historia muy en serio y advirtió al joven: «No digas a nadie que me has denunciado estas cosas», y lo despidió. Después, tras haber llamado a dos de sus centuriones, les dio instrucciones: «Tened preparados para la tercera hora de la noche doscientos soldados, para ir a Cesárea, setenta de caballería y doscientos lanceros. Preparad también cabalgaduras para que monte Pablo; y llevadlo a salvo al procurador Félix». También le escribió una carta a Félix explicándole las circunstancias, mencionando que había pedido a quienes le acusaban que formularan sus quejas contra Pablo ante el propio gobernador.

Cumpliendo las órdenes, los soldados condujeron a Pablo de noche hasta la Antipátrida, donde dejaron que la caballería continuara con él hasta Cesárea. Allí entregaron la carta al procurador y también le presentaron a Pablo. Una vez que el procurador hubo leído la carta, le preguntó a Pablo de qué provincia procedía. Al saber que era de Cilicia, le dijo; «Te escucharé cuando estén también presentes tus acusadores», y mandó que mientras tanto lo custodiaran en el pretorio de Herodes.

Cinco días más tarde llegó el sumo sacerdote Ananías, acompañado por otros cinco miembros del Sanedrín y el abogado Tértulo. Una vez que hubieron llamado a Pablo, Tértulo argumentó la acusación ante el procurador, diciendo:

Gracias a ti gozamos de mucha paz y las mejoras realizadas por tu providencia en beneficio de esta nación, en todo y siempre las reconocemos, excelentísimo Félix, con todo agradecimiento. Pero para no molestarte más, te ruego que nos escuches un momento con tu característica clemencia.^[182]

Hemos encontrado esta peste de hombre que provoca altercados entre los judíos de toda la tierra y que es el jefe principal de la secta de los nazoreanos. Ha intentado además profanar el Templo, pero nosotros le apresamos. Interrogándole, podrás tú llegar a conocer a fondo todas estas cosas de que le acusamos.

El procurador concedió entonces la palabra a Pablo, y citaremos aquí su principal defensa, tal y como se nos dice en los Hechos.

Yo sé que desde hace muchos años vienes juzgando a esta nación; por eso con toda confianza voy a exponer mi defensa. Tú mismo lo puedes comprobar: No hace más de doce días que yo subí a Jerusalén en peregrinación. Y ni en el Templo, ni en las sinagogas ni por la ciudad me han encontrado discutiendo con nadie ni alborotando a la gente. Ni pueden tampoco probarte las cosas de que ahora me acusan...

Al cabo de muchos años he venido a traer limosnas a los de mi nación y a presentar ofrendas. Y me encontraron realizando estas ofrendas en el Templo después de haberme purificado, y no entre tumulto de gente. Y fueron algunos judíos de Asia, que son los que debieran presentarse ante ti y acusarme si es que tienen algo contra mí; o si no, que digan estos mismos qué crimen hallaron en mí cuando comparecí ante el Sanedrín, a no ser este solo grito que yo lancé estando en medio de ellos: «Yo soy juzgado hoy por vosotros a causa de la resurrección de los muertos».

Se nos dice que Félix estaba muy bien informado sobre las creencias nazoreanas, y pospuso su juicio diciendo: «Cuando baje el tribuno Lisias^[183] decidiré vuestro asunto».

Pablo permaneció bajo custodia, aunque en condiciones bastante decentes, puesto que se le permitió tener visitas que le pudieran traer comida y cubrir otras necesidades. Poco después de esto, dispuso de otra oportunidad para dirigirse a Félix y hablarle de sus convicciones. Pero su caso no era juzgado. Lucas sugiere como bastante probable que el procurador confiara en ofrecer a Pablo a cambio de un rescate adecuado para ponerle en libertad. Pablo seguía siendo un prisionero casi dos años después cuando Félix fue sustituido por Porcio Festo.

Durante la última parte de este período, Félix tuvo que enfrentarse con el conflicto que estalló entre judíos y sirios en Cesárea, al que ya nos hemos referido. Cuando fue llamado por Nerón, los propios líderes de la comunidad judía se dirigieron a Roma para acusar a Félix. Únicamente logró escapar al castigo gracias a la influencia de su hermano Pallas y de otros. El veredicto de Tácito sobre Félix es que «ejerció el poder de un rey con el espíritu de un esclavo»^[184].

El asunto del juicio de Pablo no se terminaba de solucionar. Cuando Festo subió a Jerusalén desde Cesárea, tres días después de su llegada, la jerarquía le pidió insistentemente que enviara a

Pablo a la capital. La petición fue rechazada, pero Festo dijo que podían presentar acusaciones contra Pablo en Cesárea, cuando él mismo regresara allí.^[185]

El prisionero fue debidamente presentado ante el tribunal, y tras haber escuchado las acusaciones, el procurador le preguntó a Pablo si estaba dispuesto a subir a Jerusalén para ser juzgado allí, ante él mismo, a lo que Pablo, muy sabiamente, se negó.

«Estoy ante el tribunal del César, que es donde debo ser juzgado. A los judíos no les he hecho ningún mal, como tú muy bien sabes. Si, pues, soy reo de algún delito o he cometido algún crimen que merezca la muerte, no rehusó morir; pero si en eso de que éstos me acusan no hay ningún fundamento, nadie puede entregarme a ellos; apelo al César».

Como ciudadano romano que era, Pablo tenía todo el derecho, por lo que tras conferenciar con los acusadores, Festo asintió: «Has apelado al César, al César irás».

El gobernador debió de haberse sentido muy aliviado de no tener que afrontar el caso, y la jerarquía no quedó disgustada ya que, al fin y al cabo. Pablo sería alejado de Judea.

Pero antes de que se hicieran los arreglos necesarios para el embarque de Pablo en su viaje a Italia se produjeron otros acontecimientos. El rey Agripa y su hermana Berenice llegaron a Cesárea para presentar sus respetos al gobernador, y Festo aprovechó la oportunidad de hablar al rey acerca de Pablo.

Agripa expresó su deseo de escuchar al hombre, y así se dispuso para el día siguiente. Festo se alegró por ello ya que, según explicó, se sentía perplejo ante las acusaciones sobre cuestiones de religión judía, que no tenían nada que ver con los delitos que tenía competencia para juzgar. El prisionero había apelado al César, pero, según admitió el propio Festo, «No sé en concreto qué escribir al Señor sobre él; por eso le he presentado ante vosotros, y sobre todo ante ti, rey Agripa, para saber, después del interrogatorio, lo que he de escribir. Pues me parece absurdo enviar un preso sin indicar las acusaciones formuladas contra él».

Tras haber obtenido la venia del rey para hablar. Pablo volvió a contar su historia, que terminó diciendo: «Con el auxilio de Dios hasta el presente me he mantenido firme dando testimonio a pequeños y grandes sin decir cosa que esté fuera de lo que los profetas y el mismo Moisés dijeron que había de suceder: que el Cristo había de padecer y que, después de resucitar primero de entre los muertos, anunciaría la luz al pueblo y a los gentiles».

Hasta aquí los Hechos, que podemos seguir citando.

Mientras estaba él diciendo esto en su defensa, Festo le interrumpió gritándole: «Estás loco. Pablo; las muchas letras te hacen perder la cabeza». Pablo contestó: «No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que hablo cosas verdaderas y sensatas. Bien enterado está de estas cosas el rey, ante quien hablo con confianza; no creo que se le oculte nada, pues no han pasado en un rincón. ¿Crees, rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees».

Agripa contestó a Pablo: «Por poco, con tus argumentos, haces de mí un cristiano». Y Pablo replicó: «Quiera Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino todos los que me escuchan hoy, llegaran a ser tales como yo soy, a excepción de estas cadenas».

El rey, el procurador, Berenice y los que con ellos estaban sentados se levantaron, y mientras se retiraban iban diciéndose unos a otros:

«Este hombre no ha hecho nada digno de muerte o de prisión».

Agripa dijo a Festo: «Podía ser puesto en libertad este hombre si no hubiera apelado al César».

El asunto de Pablo fue olvidado rápidamente, excepto por aquellos implicados directamente o especialmente interesados. El gobernador no tardó en verse envuelto en reprimir las actividades de los sicarios, cuya intensidad y fuerza numérica había aumentado considerablemente, así como, por lo menos, con una nueva revuelta que intentaba librar a los judíos del yugo de Roma.

Agripa también tenía sus propios problemas. En el palacio asmoneo de Jerusalén disponía de un salón, gracias a cuya altura y proximidad al Templo podía ver el interior. Disfrutaba observando lo que sucedía mientras tomaba sus comidas reclinado. La jerarquía se sentía ofendida al ver que sus sacrificios eran espiados, y erigió una alta valla interior para impedirle la vista. La valla, sin embargo, también impedía la observación de los guardias romanos que eran apostados durante las fiestas a lo largo del tejado del pórtico

occidental. De modo que, tanto el rey como el gobernador se sintieron extremadamente enojados y Festo dio órdenes de demoler la valla.

En lugar de quejarse, la jerarquía solicitó enviar una embajada a Nerón, y cuando así se le concedió envió a Roma una delegación compuesta por diez de los suyos más el sumo sacerdote Ismael y Helcias, el tesorero.

Según declara Josefo, Nerón gobernaba en favor de los suplicantes, que habían perdido el favor de la emperatriz Popea, adoradora de Dios y que rogaba en favor de los judíos. La delegación fue enviada de regreso a Jerusalén, pero Ismael y Hecias permanecieron en Roma. Al enterarse de esto. Agripa depuso a Ismael y nombró como sumo sacerdote a José Cabi, hijo del sumo sacerdote Simón.^[186] José, sin embargo, sólo permaneció breve tiempo en el cargo, ya que fue sustituido a su vez por Anas (Anano), hijo del famoso Anas, hijo de Seth.^[187]

El otoño del 61 d. de C., marcaba el comienzo del año sabático, que en esta coyuntura se juntaría con el siguiente censo romano, a celebrar entre los años 62 y 63. El censo pudo haber tenido que ser pospuesto debido a la muerte de Porcio Festo, lo que dejó al país temporalmente sin procurador.

21.- Muerte de un santo

En el año 62 la situación era comparable a la que existió a principios del año 37 d. de C. Se produjo un interregno de poder en la medida en que el país se quedó sin procurador romano. En tales circunstancias, volvió a recaer en el sumo sacerdote la responsabilidad del mantenimiento del orden en interés de Roma. Porcio Festo murió estando en el cargo y se produjo un vacío hasta que Nerón decidió nombrar a Lucio Albino, quien en esos momentos desempeñaba un cargo en Egipto y tuvo que viajar desde Alejandría.

Debemos recordar que, en el año 37, el sumo sacerdote reinante había sido Jonatán, hijo de Anas, y que fue él quien apoyó el ataque contra los nazoreanos instigado por Pablo antes de su conversión. Ahora, el sumo sacerdote era un hermano menor de Jonatán que tenía el mismo nombre que su padre. Este Anas o Anano (en hebreo Hanan) es descrito por Josefo en *Antigüedades*, su obra más sobria y responsable, como un hombre «de temperamento precipitado e insólitamente atrevido. Siguió al partido de los saduceos, que son en realidad más duros que cualquier otro judío cuando se trata de juzgar» (XX, 199). Anas estaba decidido a aprovechar al máximo la posición en que se encontraba para arreglar cuentas de una vez por todas con los hostiles nazoreanos, que eran oídos por el pueblo y escuchados como los promotores espirituales de los zelotes, en connivencia con los sacerdotes ordinarios y los esenios. Era

intolerable que los nazoreanos del monte Sión siguieran manteniendo lo que se podía considerar como un Sanedrín rival, alegando alianza con Jesús como Mesías, y bajo la presidencia de su hermano Jacobo. Junto con sus colegas, no menos predispuestos que él, Anas trazó el plan para propinar a la oposición un golpe decisivo mediante la detención y ejecución de Jacobo y de tantos ancianos nazoreaos como pudieran.

Desde la entrega de Jesús en manos de los romanos, lo que tuvo como consecuencia su crucifixión, había existido una disputa entre los nazoreanos y la familia de Anas el Anciano. Para los nazoreanos, los ananitas eran culpables de la muerte del Ungido por el Señor.^[188]

Un eco de esta disputa ha llegado hasta nosotros en las fatídicas palabras del Evangelio de Mateo: «¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!», aunque el ánimo de la Iglesia en contra de los judíos había puesto estas palabras en boca de «todo el pueblo» (Mt 27. 25). Las consecuencias de esta falsedad han durado hasta la actualidad, y han arrojado sobre los judíos incontables sufrimientos, miserias y pérdidas de vidas humanas en nombre de Jesús. Ahora, por fin, se puede exponer la verdad con toda su crudeza, y esperamos que eso ayude a cambiar la enseñanza cristiana, mucho más enfáticamente de lo que ha conseguido el Concilio Vaticano Segundo.

La disputa, desarrollada como una oposición de sentimientos nacionalistas, se intensificó ahora. Jonatán, hijo de Anas, que estuvo detrás de la venganza contra los nazoreanos en el año 37, fue asesinado por los sicarios en misteriosas circunstancias, durante la gobernación de Félix. Anas, hijo de Anas, que, como hemos visto, tramaba la muerte de Jacobo, el hermano de Jesús, fue asesinado a su vez por los idumeos que los zelotes habían traído a Jerusalén durante la revuelta judía.^[189] Disponemos de una ilustración gráfica del prolongado conflicto, atestiguada por los manuscritos del mar Muerto, entre el Sacerdote Impío y el Maestro de Verdad.

No resulta fácil saber con exactitud lo que sucedió en el año 62 d. de C., debido a la escasez y diversidad de los informes. La narración que nos ofrece Josefo es sencilla, tal y como aparece en el texto de *Antigüedades*. por lo que será la primera que citemos.

Poseyendo tal carácter [es decir, precipitación u osadía], Anano pensó que disponía de una oportunidad favorable, ya que Festo había muerto, y Albino todavía estaba de camino. Convenció a los jueces del Sanedrín y presentó ante ellos a un hombre llamado Jacobo, el hermano de Jesús, llamado el Cristo, y a algunos otros. Los acusó de haber transgredido la Ley, y los condenó a ser lapidados. Ante esto se sintieron ofendidos los habitantes de la ciudad considerados como los más honestos y estrictos en la observancia de la Ley.^[190] En consecuencia, y actuando secretamente, se lo comunicaron al rey Agripa, porque Anano ni siquiera había sido correcto al dar su primer paso [es decir, al convocar el Sanedrín sin sanción oficial], urgiéndole para que le ordenara desistir de cualquier otra acción de ese tipo. Algunos de ellos acudieron incluso a encontrarse con Albino, que acudía desde Alejandría, y le informaron que Anano no tenía autoridad alguna para convocar el Sanedrín sin su consentimiento. Convencido por estas palabras. Albino, enojado, escribió a Anano amenazándole con vengarse en él. El rey Agripa, debido a esta acción, lo depuso del sumo sacerdocio, cargo que había ostentado durante tres meses, y lo sustituyó por Jesús, el hijo de Damneo (XX. 200-203).

Orígenes y Eusebio atribuyen a Josefo otro pasaje importante, aunque éste no aparece en ninguno de sus manuscritos conocidos. En él se afirma: «Estas cosas les sucedieron a los judíos para vengarse de Jacobo el Justo, el hermano de Jesús, llamado el Justo, y a quien los judíos exterminaron, a pesar de ser un hombre muy distinguido por su sentido de la justicia».^[191] El pasaje, como es evidente por los dos escritores mencionados, apareció en un contexto relacionado con la destrucción de Jerusalén a manos de los romanos.

Debemos considerar la cuestión de si esta segunda afirmación es genuina. Y, en tal caso, ¿dónde podría haberse localizado en los escritos de Josefo?

Las palabras utilizadas no son extrañas al pensamiento de Josefo, ya que él mismo se muestra muy preocupado, como fariseo, por las acciones malvadas que provocaron consecuencias, particularmente en relación con la destrucción de Jerusalén y del Templo. En *Antigüedades* también informa que la derrota de las

fuerzas de Herodes Antipas a manos de los nabateos fue adscrita por muchos judíos a la ejecución de Juan el Bautista por el tetrarca (XVIII, 116). No es probable que esta afirmación sea una interpolación cristiana, puesto que Orígenes se muestra sorprendido por el hecho de que Josefo considere la caída de Jerusalén como un castigo por lo que se le hizo a Jacobo, en lugar de a Cristo, que es lo que él mismo había afirmado.

Por lo tanto, es probable que en la obra de Josefo se leyera algo aproximadamente similar a la afirmación citada. Entonces, ¿dónde estaba incluido?

La obra más probable para contener una afirmación así sería la *Guerra judía*. En el texto estándar no se hace ninguna referencia a la muerte de Jacobo. Pero este texto es, fundamentalmente, una versión revisada hecha por el propio autor. Anteriormente, había circulado una edición original en griego, que llevó el primer título de la obra, *Sobre la captura (o destrucción) de Jerusalén (PERI HALOSEOS HIEROUSALEM)*. Lo que Orígenes consultó pudo haber sido una copia basada en esta edición.

Como la ejecución de Jacobo tuvo lugar en el año 62 d. de C., poco antes de la llegada de Albino como gobernador, tal y como describe Josefo en *Antigüedades*, la parte de *Halosis* donde podríamos esperar encontrar la afirmación que comentamos sería aquella que se ocupa de la administración de Albino, pues ése sería el lugar pertinente para hacerla. Este período se cubre con una notable brevedad en *Guerra judía* (II, 272-276), pues sólo se le dedica un largo párrafo. Pero es importante la última frase, en la que Josefo escribe: «En resumen, nadie podía abrir ahora su mente, con tiranos en ambos lados; y a partir de este momento se diseminaron por la ciudad las semillas de su inminente destrucción (*halosis*)». Aquí, el autor, al referirse a la época de Albino, relaciona de hecho los acontecimientos con la caída de Jerusalén, y emplea el término *halosis*. En consecuencia, es concebible que en la primera edición griega apareciera otra frase similar a ésta: «Algunos consideraron que estas calamidades les ocurrieron a los judíos para vengar a

Jacobo el Justo, que fue hermano de Jesús, llamado Cristo, y a quien los jueces de la nación habían ejecutado, a pesar de ser un hombre distinguido por su sentido de la justicia».

Veamos ahora otra versión de la muerte del líder nazoreano, que nos ofrece Hegesipo en sus *Memorias*, fechadas en la segunda mitad del siglo II d. de C. y citada por Eusebio (*Hist. Ecl.* II, 23). La narración de Hegesipo puede ser más iluminadora, ya que se basa en información obtenida de la Iglesia de los gentiles de la nueva Jerusalén (Aelia Capitolina), después del año 135 d. de C. Pero, desgraciadamente, el informe pone de manifiesto tanta confusión e ignorancia que resulta extremadamente difícil extraer temas de valor histórico. No obstante, hay en esta narración cosas valiosas e importantes que exigen un esfuerzo para encajarlas en esta extraordinaria historia, tal y como ha llegado hasta nosotros.

Pero antes debemos reproducir la narración tal y como la conocemos.^[192]

Algunas de las siete sectas del pueblo, que he mencionado en mis *Memorias*, le preguntaron [a Jacobo] cuál era la puerta que conducía a Jesús. Y él contestó «que era el Salvador». Por lo que algunos creyeron que Jesús es el Cristo. Pero las herejías citadas no creían ni en una resurrección ni que él hubiera venido para dar a cada uno de acuerdo con sus obras. Los muchos que creyeron, sin embargo, lo hicieron a causa de Jacobo. Como había muchos de los dirigentes de entonces que creían, se produjo un tumulto entre los judíos, escribas y fariseos, diciendo que había peligro de que el pueblo esperara ahora a Jesús como el Cristo.

Así pues, se reunieron y le dijeron a Jacobo: «Te lo advertimos, contén al pueblo, que sigue a Jesús como si fuera el Cristo. Te advertimos que convénzas a todos los que acuden a la fiesta de la Pascua para que piensen correctamente sobre Jesús, porque todos confiamos en ti. Levántate, pues, sobre un pináculo del Templo para que puedas estar en lugar bien visible y tus palabras sean escuchadas con facilidad por el pueblo, porque todas las tribus han acudido con motivo de la Pascua, y también algunos de los gentiles».

Así pues, los citados escribas y fariseos, situaron a Jacobo sobre un pináculo del Templo y le gritaron: «Oh, tú, el Justo, a quien todos creemos desde que el pueblo sigue a Jesús que fue crucificado, declara ante nosotros cuál es la puerta que conduce a Jesús, el crucificado». Pero él replicó en voz alta: «¿Por qué me preguntáis acerca de Jesús, el Hijo del Hombre? Él está sentado ahora en los cielos, a la diestra del Gran Poder, y está a punto de descender de las nubes del cielo».

Y como muchos se vieron confirmados y glorificados por este testimonio de Jacobo, y dijeron: «Hosanna al Hijo de David», los mismos sacerdotes y fariseos se dijeron entre sí: «Hemos hecho mal al permitir tal testimonio en favor de Jesús, pero

vayamos ahora y cojámosle para que ellos teman creer en él». Y entonces gritaron: «Oh, oh, el propio Justo ha sido engañado», y cumplieron aquello que está escrito en Isaías: «¡Ay del malvado! que le irá mal, que el mérito de sus manos se le dará» (Isaías III, 10). Así pues, acercándose al Justo, lo aproximaron a la gente a adorar a otros dioses. Y entonces persiguiéndole se dijeron:

«Lapidemos a Jacobo el Justo».

Y empezaron a lapidarlo cuando no murió inmediatamente al ser arrojado abajo, sino que, volviéndose, se arrodilló y dijo: «Te lo suplico, oh Señor Dios y Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen».

Así, estaban lapidándolo, cuando uno de los sacerdotes de los hijos de Rechab, un hijo de los recabitas, iluminado por Jeremías, el profeta, gritó diciendo: «¡Alto! ¿Qué estáis haciendo? El Justo está orando por vosotros».

Pero uno de ellos, un batanero, golpeó la cabeza del Justo con el palo que utilizaban para golpear sus trapos. Y así sufrió el martirio, y lo enterraron en el lugar donde todavía está su tumba, cerca del Templo. Y se convirtió en un testigo de fe, tanto para los judíos como para los griegos, de que Jesús es Cristo. Inmediatamente después, Vespasiano invadió y se apoderó de Judea.

Al examinar esta narración debemos observar, en primer lugar, que se originó en un período en el que ya había empezado a florecer la ficción cristiana. Por un lado, había un mayor deseo de conocer más sobre lo ocurrido en el pasado, y por el otro existía la necesidad de hallar confirmación para la elevada autoridad de doctrinas expuestas por diversos maestros. Se produjo así una gran cantidad de literatura de naturaleza apócrifa, una parte de la cual hizo uso de las tradiciones conocidas, aunque, en su conjunto, demostró escaso conocimiento de la historia y de las costumbres judías.

Nos encontramos aquí con una especie de batiburrillo. «Escribas y fariseos» se había convertido entre los cristianos en una expresión común para referirse a los oponentes de Jesús. El colocar a Jacobo en el pináculo del Templo, de donde más tarde se le hace caer, pudo deber algo al tema de la tentación de Jesús (Mt 4, 5-6), y a la tradición, según la cual Saulo de Tarso había atacado a Jacobo arrojándole por los escalones del Templo. La pregunta «¿cuál es la puerta que conduce a Jesús?» se ha considerado como una traducción errónea de las palabras hebreas «*Mah petach yeshuah?*». que significan «¿cuál es la puerta (o los medios) de salvación?». También se ha señalado que las preocupadas

autoridades judías difícilmente podrían haber imaginado que el líder de los nazoreanos se mostrara dispuesto a instruir a la gente no en el sentido de esperar a Jesús como al Mesías, cuando había estado afirmando lo contrario durante un cuarto de siglo.

Hay ciertos puntos de similitud con la narración de la muerte de Jacobo transmitida por Josefo. La alusión a la resurrección, al Templo y a los «sacerdotes y fariseos», da a entender que quienes actuaron contra Jacobo eran de hecho saduceos. También hay acuerdo en que se produjo una lapidación de Jacobo. Pero, por lo demás, las historias son diferentes.

No debemos descartar la historia contada por Hegesipo como falta de fundamento. A pesar de ser embarullada, hay en ella elementos que señalan la existencia de una fuente de información nazoreana de indudable valor.

En primer lugar, se nos hace referencia a la época del año, la Pascua, que bien podía ser correcta, ya que esta fiesta conmemoraba la salvación de Israel del cautiverio, y sería una ocasión —especialmente en este año sabático del 61 al 62—, para que los nazoreanos se mostraran particularmente vociferantes en su propaganda en favor de Jesús como Mesías. Había sido precisamente en la Pascua cuando fue crucificado gracias a la intervención de la detestada jerarquía saducea, pero Dios lo había resucitado de entre los muertos y ahora estaba sentado a su diestra.

Los nazoreanos proclamaban en alta voz que el regreso de Jesús era inminente, y eso estaba ejerciendo un efecto muy poderoso, no sólo sobre el populacho, sino también sobre «muchos de los dirigentes». Presumiblemente, entre estos dirigentes se encontraban también los miembros fariseos del Sanedrín. Por lo tanto, la jerarquía saducea tendría buenos motivos para sentirse alarmada, diciendo que «había peligro de que el pueblo esperara ahora a Jesús como el Mesías», y pudiera así sentirse inducido a participar en una acción rebelde.

Es concebible que a Jacobo y a alguno de sus asociados se le hubiera pedido aparecer ante una multitud reunida apresuradamente

por el Sanedrín político, y debido a su reconocido carácter no violento y a la veneración que le dispensaba la multitud, se le pidió —inicialmente de una manera conciliatoria— que se dirigiera a la gente para apaciguarla. Debemos suponer que Jacobo consintió en hablar a la gente, pero dijera lo que dijese en favor de la paciencia bajo una situación de sufrimiento y provocación, no habría dicho nada comprometedor para sus convicciones, sino que se habría mostrado firme defensor del mesianismo y del cercano regreso de Jesús.

Sus palabras fueron contestadas por los gritos de muchos de los presentes, que aclamaron al Hijo de David, lo que encolerizó a la jerarquía y frustró su propósito. Para conciliar la narración de Hegesipo con la de Josefo, debemos suponer que fue rápidamente detenido y condenado a muerte, para que la ejecución actuara como elemento disuasorio ante quienes pudieran contemplar la idea de revolverse contra los romanos. La acusación contra Jacobo de haber transgredido la Ley de una forma tal que mereciera la muerte por lapidación, a la que se refiere Josefo, tuvo que haber sido inventada, ya que no había un judío más observador de la Ley que él. Así lo sugiere Josefo cuando dice que los ciudadanos más devotos y con menos prejuicios se sintieron conmocionados. Jacobo no podía haber cometido ninguno de los delitos castigados con la lapidación.^[193] Posiblemente la acusación fue presentada en el sentido de que, como un colega del notorio Pablo, era culpable de alguna clase de idolatría, o bien de haber inducido a la gente a adorar a otros dioses. En la versión de Hegesipo no se cita ningún procedimiento judicial. En definitiva, sigue siendo un misterio saber lo que ocurrió con exactitud.

No obstante, aún quedan por señalar algunos otros puntos de interés. En Hegesipo se hace una referencia a Isaías 3, 10. Este capítulo del profeta podría, de hecho, ser la fuente de la que surge el punto de vista de que el asesinato de Jacobo, judicial o no, podría haber sido la causa del juicio sobre Jerusalén. Porque allí se declara:

¡Ay de ellos, porque han merecido su propio mal! Decid *ajusto* que bien, que el fruto de sus acciones comerá. ¡Ay del malvado! que le irá mal, que el mérito de sus manos se le dará... Yahveh demanda en juicio a los ancianos de su pueblo y a sus jefes. Vosotros habéis incendiado la viña, el despojo del mísero tenéis en vuestras casas. Pero ¿qué os importa? Machacáis a mi pueblo y moléis el rostro de los pobres... Tus gentes a espada caerán, y tus campeones en guerra.

Recordamos la caída del Sacerdote Impío en el *Comentario de Habacuc*, en los manuscritos del mar Muerto, entregado en manos de sus enemigos debido a la iniquidad cometida contra el Maestro de Piedad y los hombres de su Consejo. El dinero y las riquezas de los últimos sacerdotes de Jerusalén serían entregados en manos del ejército de Kittim (es decir, los romanos).^[194]

Observamos también que es precisamente uno de los sacerdotes ordinarios, de origen recabita, que bien pudiera haber sido un nazoreano o un simpatizante, el que grita a los asesinos de Jacobo para que se detengan porque él está orando por ellos. La oración de este santo también se muestra de acuerdo con lo que conocemos sobre su carácter:

«Oh, Señor Dios y Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Es muy posible que fuera de los labios de Jacobo de donde Lucas recogió estas nobles palabras, adscribiéndolas al propio Jesús en la cruz, porque ningún otro evangelista las achaca a Jesús, lo que sin duda alguna habrían recogido si, en efecto, Jesús las hubiera pronunciado. Para los nazoreanos, la muerte de Jacobo fue la mayor tragedia que habían sufrido hasta entonces. Durante mucho tiempo, Jacobo había sido su líder, su sabio consejero, su guía y ejemplo. Hermano de sangre de Jesús, todos habían visto en él una semejanza viviente de su rey ausente y exaltado, la prueba de que su fe no era vana. Su ejecución fue como si el Mesías hubiera muerto de nuevo.

22.- Reinado del terror

Según los Evangelios, cuando Jesús murió el acontecimiento estuvo acompañado de prodigios de la naturaleza. El sol se oscureció, y la oscuridad reinó durante tres horas. Y, cuando ya pasaba al olvido, se produjo un terremoto y el velo del Templo se rasgó hasta los cimientos. El *Evangelio de los Hebreos* dice que cayó el gran dintel de piedra, que se hizo añicos.^[195] No disponemos de ninguna fuente nazoreana que indique la aparición de tales prodigios a la muerte de Jacobo, aunque pudieron haberse producido. Pero Josefo, que, recordémoslo, era un fariseo inclinado al esenismo y que creía en tales señales, registra tales acontecimientos en esta época.

El primero se produjo durante la Pascua, la fiesta del pan ázimo. Pudo haberse tratado de la misma Pascua, la del año 62, en que se produjo el martirio de Jacobo. Al principio de la fiesta, a las tres de la madrugada, alrededor del altar y del santuario apareció una luz tan brillante, que pareció como si fuera de día. Este fenómeno duró media hora. Durante la misma fiesta de siete días, una vaca destinada al sacrificio parió un cordero en medio del patio del Templo. Más tarde, a medianoche, se descubrió que se había abierto por sí sola la gran puerta oriental de bronce que daba acceso al patio interior del Templo, y que necesitaba el esfuerzo de veinte hombres para cerrarla, debido a su enorme peso. «Los vigilantes del Templo corrieron a informar de lo sucedido al capitán [de la guardia

del Templo], y él acudió y sólo lograron cerrarla con grandes dificultades». Josefo sigue diciendo: «Para los no iniciados, éste pareció el mejor de los presagios, ya que supusieron que Dios les había abierto a ellos la puerta de las bendiciones^[196] pero los eruditos comprendieron que la seguridad del Templo se estaba disolviendo por sí misma, y que la apertura de la puerta significaba un regalo hecho al enemigo, interpretando el portento como un indicio de la desolación que habría de producirse.^[197]

Curiosamente, el Talmud (*Yoma*, fol. 39b) confirma este tercer portento y la interpretación que le dieron los eruditos. Cuando la noticia de la misteriosa apertura de la puerta del Templo llegó al eminente fariseo Juan, hijo de Zaqueo (Johanan ben Zaccai), que tenía el don de la profecía,^[198] se dice que exclamó: «Oh, Templo, Templo, ¿por qué te has asustado? Sé que serás destruido. Zacarías, hijo de Iddo, ya ha profetizado sobre tí (Za 11, 1): “Abre tus puertas, Líbano, y el fuego devore tus cedros”».

Pero éstos sólo fueron los primeros portentos. Citemos otra vez a Josefo:

De nuevo, no mucho después de la fiesta [del pan ázimo], el día veintiuno del mes Artemisium [c. finales de mayo o principios de junio], apareció un fenómeno milagroso e increíble. Lo que voy a relatar a continuación supongo que será considerado como una fábula, de no ser porque hay testigos que han narrado las posteriores calamidades que aparecieron como señales. Porque, antes de que se pusiera el sol, se vieron en todas las partes del país carruajes en el aire y batallones armados avanzando por entre las nubes y rodeando las ciudades. Es más, durante la fiesta llamada de Pentecostés, los sacerdotes, al entrar por la noche en el patio interior del Templo, como era su costumbre al terminar su ministerio, informaron que fueron conscientes al principio de una conmoción y un estruendo, y después del sonido de una voz como la de un huésped, diciendo: «Por lo tanto, nos vamos».

Josefo concluye sus historias de presagios con otro al que califica de «incluso más alarmante». En el otoño del año 62 d. de C., durante la fiesta de los Tabernáculos,^[199] un campesino llamado Jesús, hijo de Ananías, que estaba en el Templo, empezó a gritar de pronto: «Una voz del este, una voz del oeste, una voz desde los cuatro puntos; una voz contra Jerusalén y el Santuario, una voz contra el novio y contra la novia, una voz contra el pueblo». A partir

de entonces, tanto de día como de noche, recorría las calles de la ciudad repitiendo su lúgubre grito, hasta que los magistrados lo arrestaron y lo golpearon. Pero eso no le hizo cambiar. Entonces, lo llevaron ante el gobernador romano. «Allí, aunque desollado hasta los huesos por los azotes, no pidió clemencia, ni derramó una sola lágrima, sino que introdujo la más lastimera de las variaciones en sus exclamaciones, respondiendo a cada golpe con un “¡Ay de Jerusalén!”. Cuando Albino, el gobernador, le preguntó quién era y de dónde venía, y por qué lanzaba aquellos gritos, él no le contestó una sola palabra, sino que repitió su lamentación por la ciudad, hasta que Albino declaró que era un maniaco y le dejó marchar» (G. J. VI, 300-305).

Jesús continuó lamentándose día y noche, gritando con voz especialmente alta durante las fiestas, y siguió haciéndolo año tras año hasta el asedio de la ciudad por los romanos, en el año 70 d. de C. Entonces, mientras hacía su ronda, gritó: «¡Ay, una vez más, de la ciudad, y del pueblo, y del Templo!», pero en esta ocasión, añadió:

«¡Y ay de mí también!». Inmediatamente después, una piedra lanzada por uno de los *ballistae* romanos le alcanzó en la cabeza y le mató allí mismo.

Un reflejo de la historia de este otro Jesús aparece en el Evangelio de Juan, notable por su descripción de escenas de Jerusalén. Sólo en este evangelio vemos a Jesús de Nazaret gritar en voz alta en el Templo en el último día de la fiesta de los Tabernáculos. Y cuando se encuentra ante el gobernador y se le pregunta: «¿De dónde vienes tú?». Jesús no responde nada (Jn 7, 37:19, 9).

Hemos extraído un recuento de estos fenómenos de las páginas de Josefo porque nos han parecido muy elocuentes del temor supersticioso del mundo antiguo, cuando se creía que todos los grandes acontecimientos arrojaban su sombra mediante profecías, señales y prodigios de la naturaleza. Debido a todas sus tribulaciones, la nación judía era todavía más propensa a la

percepción del impacto de lo sobrenatural sobre sus asuntos, como podemos juzgar no sólo por lo que acabamos de citar, sino también por la gran cantidad de farsantes y charlatanes a quienes la gente escuchaba y seguía, número que se vio multiplicado a medida que la situación se fue haciendo progresivamente más intolerable.

Sin duda alguna, una cosa es cierta: la desaparición de Jacobo el Justo representó el final de los consejos moderados y la posibilidad de encontrar una salida pacífica a la lucha entablada entre Jerusalén y Roma. En la más extraña de las asociaciones, los zelotes y sus peores enemigos, los gobernadores romanos, parecieron aliarse para provocar la ruina del país.

En esta coyuntura, como si la mala suerte lo hubiera querido así, se tuvo que volver a efectuar el censo romano, con todos los sentimientos hostiles que ello provocaba. Sobre la base del censo se imponían los nuevos tributos, y los procuradores tenían la gran oportunidad, si decidían aprovecharla, de cobrar más de lo necesario para llenarse también ellos los bolsillos. Los que se mostraron más avariciosos y faltos de escrúpulos aprovecharon la oportunidad para enriquecerse con las dos manos, y el reinado del terror, que había ido en progresivo aumento, otorgaba una licencia que, en circunstancias normales, no habría sido pasada por alto por sus superiores.

Josefo no alude directamente al censo bajo la gobernación de Albino, como tampoco lo hace al censo previo, realizado catorce años antes, pero acusa al gobernador de «sobrecargar a toda la nación con impuestos extraordinarios».^[200] Aprovechándose de su puesto oficial, robaba y saqueaba la propiedad privada.

Según Josefo, la villanía de Albino fue mucho más lejos.

Aceptaba rescates de los parientes de quienes habían sido metidos en prisión por robo, condenados por los consejos locales y por los procuradores anteriores; y las únicas personas que permanecían en prisión como delincuentes eran las que no podían pagar el precio. Eso hizo aumentar la audacia del partido revolucionario en Jerusalén; sus hombres más influyentes, utilizando el soborno, obtuvieron de Albino la inmunidad para sus acciones sediciosas; mientras tanto, aquellos del populacho que estaban insatisfechos con la paz, hicieron causa común con los cómplices del gobernador. Cada rufián, rodeado por su propia banda de seguidores, los dominaba

como un jefe de bandoleros o un tirano, empleando a su guardia personal para saquear a pacíficos ciudadanos. El resultado fue que las víctimas de los robos dejaron de informar a las autoridades sobre sus motivos de queja, mientras que quienes escapaban a los daños se encogían ante los tunantes que merecían el castigo, debido al temor de sufrir el mismo destino (G. J. II, 273-276).

Tal y como había recomendado Jacobo, los nazoreanos, al igual que los fariseos moderados y los colegas de los ancianos devotos, sólo podían poseer sus almas, llenas de paciencia, ultrajadas y horrorizadas. Pero algunos de los más intrépidos, especialmente entre los jóvenes, pudieron haber abandonado su actitud pasiva para, inflamados por las pasiones de su tiempo, arrojarse en brazos del partido de la guerra. No obstante, quienes sólo se dedicaban a esperar y a rezar, debieron de considerar que el Fin estaba cerca. Sin duda alguna, la señal no tardaría en llegar de los cielos.

Los sicarios, naturalmente, se contaban entre los que se aprovechaban de la situación. Una de sus acciones consistió en raptar a Eleazar, el capitán del Templo, hijo del antiguo sumo sacerdote Ananías, hijo de Nedebeo. Después, ofrecieron ponerlo en libertad si Ananías convencía a Albino de liberar a diez de los suyos que estaban prisioneros. No cabe la menor duda de que Ananías tuvo éxito ante el gobernador, gracias a un elegante regalo. Eso sólo produjo nuevos raptos para obtener así la libertad de los terroristas, una actividad que sigue estando muy en boga diecinueve siglos después.

Hacia el final de la gobernación de Albino, en el año 64 d. de C., el rey Agripa depuso a Jesús, hijo de Damneo, del puesto de sumo sacerdote, entregándoselo a Jesús, hijo de Gataialas (o Gamaliel). Durante esta época de violencia también se completó la reconstrucción del Templo, iniciada por Herodes el Grande. Eso dejó sin trabajo a las dieciocho mil personas que habían trabajado hasta entonces en la estructura. Se le pidió a Agripa que ofreciera trabajo adicional para elevar la altura del pórtico oriental desde el que se dominaba el valle de Cedrón. La petición fue rechazada, pero, en lugar de eso, autorizó la pavimentación de Jerusalén con piedras blancas.

Nerón sustituyó a Albino por Gesio Floro, el más criminal de todos los procuradores, según nos lo describe Josefo, quien llega a decir que, en comparación con él, Albino fue un dechado de virtudes. Albino trataba de ocultar sus depredaciones cometiéndolas en secreto y con disimulo; pero Floro esquilmo a la nación abiertamente.

En este punto, sin embargo, debemos dejar los crecientes desórdenes que se producían en Judea para dirigir nuestra atención hacia un acontecimiento extraordinario que se produjo en Roma, y que tendría graves consecuencias para los nazoreanos o para los cristianos, como eran mejor conocidos en la capital. Para ello tenemos que seguir las experiencias de Pablo.

En el verano del año 60, Pablo se había embarcado en Cesárea, junto con algunos de sus compañeros, para dirigirse a Italia con objeto de ser escuchado por Nerón. El viaje fue prolongado y peligroso. En Mira hicieron trasbordo a una nave de transporte procedente de Alejandría, que se encontró con fuertes vientos contrarios y avanzó muy lentamente. Se hizo el intento de alcanzar Creta y pasar el invierno allí, pero una tremenda tormenta lo impidió y el barco logró llegar a duras penas a las costas de Malta, donde naufragó. Después de pasar tres meses allí, una nave alejandrina transportó al grupo al puerto italiano de Puteoli, desde donde siguieron viaje hasta Roma. Mientras esperaba que se solucionara su causa, a Pablo se le permitió ocupar su propia casa alquilada.

Pablo estaba ahora en la capital del imperio, algo que deseaba desde hacía tiempo, aunque no tuviera una libertad completa. Ocupó su alojamiento durante dos años enteros, y lo primero que hizo fue enviar a buscar a los representantes de la comunidad judía, a quienes dijo:

«Hermanos, yo, sin haber hecho nada contra el pueblo ni contra las costumbres de los padres, fui apresado en Jerusalén y entregado en manos de los romanos, que, después de haberme interrogado, querían dejarme en libertad porque no había en mí ningún motivo de muerte. Pero como los judíos se oponían, me vi

forzado a apelar al César, sin pretender con eso acusar a los de mi nación. Por este motivo os llamé para veros y hablaros, pues precisamente por la esperanza de Israel llevo yo estas cadenas» (Hch 28, 17-20).

Sus visitantes le informaron que no había ninguna comunicación verbal o informe sobre él. Tenían un escaso conocimiento de la secta a la que él pertenecía. Sólo sabían con seguridad que tenía una mala reputación, pero se mostraron dispuestos a escuchar sus puntos de vista. Así pues, se acordó una nueva reunión, cuya sesión duró todo el día y que, al parecer, no salió bien.

La presencia de Pablo tampoco fue bienvenida por los nazoreanos de Roma, aun cuando Lucas sugiere lo contrario. Al parecer, se habían retraído mucho después de la agitación ocurrida en tiempos de Claudio.^[201] Habían recibido la epístola de Pablo, la dirigida a los romanos, pero, al ser principalmente judíos y prosélitos, no apoyaban sus doctrinas. En consecuencia, Pablo hizo de los gentiles su principal objetivo. No era un hombre capaz de permanecer inactivo, aunque estuviera confinado. No tardó en escribir a los Efesios para que rogaran por él, «para que me sea dada la Palabra al abrir mi boca y pueda dar a conocer con valentía el Misterio del Evangelio, del cual soy embajador entre cadenas, y pueda hablar de él valientemente como conviene» (Ef 6, 19-20). Y llegó a hablar tan bien y con tan buenos resultados a sus guardianes y a muchos de los que venían a verle, que su mensaje logró penetrar incluso en la Casa del César (Flp 4, 22).

Es a través de las epístolas paulinas de «prisión» y «pastorales», como contactamos con los acontecimientos que se produjeron.

Quiero que sepáis, hermanos, que lo que me ha sucedido ha contribuido más bien al progreso del Evangelio; de tal forma que se ha hecho público en todo el Pretorio y entre todos los demás, que me hallo en cadenas por Cristo. Y la mayor parte de los hermanos, alentados en el Señor por mis cadenas, tienen mayor intrepidez en anunciar sin temor la Palabra. Es cierto que algunos predicán a Cristo por envidia y rivalidad; mas hay también otros que lo hacen con buena intención; éstos, por amor, conscientes de que yo estoy puesto para defender el Evangelio; aquéllos, por rivalidad, no con puras intenciones, creyendo que aumentan la tribulación de mis cadenas. Pero ¿y qué? Al fin y al cabo, hipócrita o sinceramente. Cristo es

anunciado, y esto me alegra y seguirá alegrándome. Pues yo sé que esto servirá para mi salvación gracias a vuestras oraciones y a la ayuda prestada por el Espíritu de Jesucristo, conforme a lo que aguardo y espero, que en modo alguno seré confundido; antes bien, que con plena seguridad, ahora como siempre, Cristo será glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte» (Flp 1, 12-20).

A veces, habla con cierta confianza en que su llamada, una vez escuchada, tendrá éxito; pero uno tiene la sensación de que lo hace así más para animar a su distante rebaño que por una convicción real. Evidentemente, su propio celo evangélico estaba logrando que los nazoreanos de Roma se mostraran más activos, dedicándose en parte a combatir la influencia de su enseñanza heterodoxa. La consecuencia de ello fue que los seguidores de Jesús atrajeron de un modo más notable la atención, tanto del público como de las autoridades, lo que probablemente contribuyó a sellar el destino de Pablo y produjo terribles sufrimientos a toda la comunidad.

La hostilidad de los nazoreanos contra Pablo fue aumentando progresivamente. Renegaban de él totalmente. Pablo escribe quejoso a la comunidad de Colosea, diciendo que, de los creyentes judíos en el Mesías, sólo tres se han asociado con él: Aristarco, un compañero de cautiverio; Marcos, el sobrino de Bernabé que por entonces estaba en Roma, y un tal Jesús, llamado el Justo; y ninguno de ellos era miembro de la comunidad judía de Roma (Col 4, 10-11).

No disponemos de información sobre el juicio de Pablo en su apelación a Nerón, excepto por el hecho de que, al parecer, el veredicto fue pospuesto. Sin embargo, cada vez había menos dudas sobre cuál sería éste. Lo que sabemos sobre las circunstancias nos ha llegado a través de la segunda epístola al joven asociado Timoteo.

Porque yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Y desde ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel Día me entregará el Señor, el justo Juez...

Apresúrate a venir a mí cuanto antes, porque me ha abandonado Demás por amor a este mundo y se ha marchado a Tesalónica; Crescente, a Galacia; Tito, a Dalmacia. El único que está conmigo es Lucas. Toma a Marcos, y tráele contigo, pues me es muy útil para el ministerio. A Tíquico le he mandado a Éfeso. Cuando vengas, tráeme

el abrigo que me dejé en Tróada, en casa de Carpo, y los libros, en especial los pergaminos. Alejandro, el herrero, me ha hecho mucho mal. El Señor le retribuirá según sus obras. Tú también guárdate de él, pues se ha opuesto tenazmente a nuestra predicación.

En mi primera defensa nadie me asistió, antes bien todos me desampararon. Que no se les tome en cuenta. Pero el Señor me asistió y me dio fuerzas para que, por mi medio, se proclamara plenamente el mensaje y lo oyeran todos los gentiles. Y fui librado de la boca del león [es decir, de Nerón].

No se sabe por qué se pospuso el veredicto sobre la apelación de Pablo. Impulsado por su pasión por la escenificación teatral, Nerón se dirigió a Nápoles a principios del año 64 d. de C., y a continuación cruzó Italia en dirección a Benevento. Pero regresó a Roma en la primavera.^[202] Posiblemente, ésta fue la causa del retraso.

Quizá fueran las malas noticias recibidas sobre la mala marcha de los asuntos en Judea, que indujeron a Nerón a llamar a Albino y sustituirlo por Gesio Floro, lo que determinó que Pablo muriera como secesionista. Según una tradición posterior, fue decapitado no lejos del camino de Ostia.

Poco después, en el verano del año 64 d. de C... estalló el Gran Incendio de Roma, que duró varios días. De los catorce barrios de que estaba compuesta la ciudad, sólo cuatro quedaron intactos, tres fueron completamente destruidos y de los otros siete apenas quedaron un montón de ruinas. Hubo amplias sospechas de que Nerón había sido el responsable del incendio, pero no parece probable. Lo cierto es que el emperador necesitaba una víctima propiciatoria y lanzó la acusación contra los cristianos.

Según hemos visto y como resultado de las actividades de Pablo, los nazoreanos de Roma habían incrementado enérgicamente su propaganda mesiánica. En ella se proclamaba el rápido regreso de Jesús para juzgar a los idólatras y malvados, y, lo más importante, se profetizaba el ocaso de Roma por el fuego.^[203] En consecuencia, fueron los propios mesianistas los que se expusieron a la acusación de haber cumplido deliberadamente su propia predicción «por hostilidad a la humanidad». En último término, se les podía considerar culpables de desear el mal para

Roma y el Imperio. En consecuencia, un gran número de ellos fueron acorralados y asesinados bárbaramente. A algunos se les cubrieron con pieles de bestias salvajes y, arrojados a los perros, fueron despedazados; otros fueron convertidos en antorchas vivientes, sujetándolos a cruces cubiertas de material inflamable. Estas formas de ejecución están de acuerdo con los castigos romanos prescritos para la práctica de la magia y la brujería.^[204]

Las horrendas oleadas del exterminio de la comunidad judía en Roma tuvieron que haber llegado a Jerusalén en septiembre, incrementando aún más la convicción de que se había alcanzado el clímax de la persecución de Belial contra los santos, y de que el Fin no podía hallarse lejos. Se ha considerado que Pedro también sufrió martirio en Roma, ya fuera en la época del Gran Incendio, o bien poco después. Así pues, la causa de Jesús había perdido en esta coyuntura a sus principales protagonistas. Las almas de los despedazados quedaron expresadas en las palabras de la Revelación: «¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por nuestra sangre de los habitantes de la tierra?».

23.- El éxodo

Los juicios y tribulaciones que cayeron sobre los nazoreanos, el efecto que tuvo sobre ellos las depredaciones de Floro y el incontenible terrorismo de los militantes y bandoleros, hizo que al partido le fuera cada vez más difícil conservar su cohesión. Surgió una sensación de impotencia a la vista de la situación imperante. ¿Qué política se debía seguir ahora? Se estaba perdiendo el control de la situación, hasta el punto de que era virtualmente imposible ejercer ninguna influencia sobre ella. Para muchos era intolerable la inactividad del partido, y los consejos de mantener una espera paciente parecían derrotismo. Hubo quienes se dejaron arrebatar por la fiebre del nacionalismo militante, y pretendieron alcanzar un compromiso con la causa de la revuelta. Otros defendían la intensificación de la más rigurosa devoción y oración para obtener así la guía divina. Los debates acalorados y ásperos amenazaron con producir la ruptura. Hubo deserciones, y surgió la duda sobre si quienes creían en el regreso de Jesús podrían resistir hasta el Fin, en medio de los acontecimientos que se estaban produciendo en Jerusalén, y de la situación anárquica reinante en todo el país.

El año 65 d. de C. fue de una gran angustia e incertidumbre para el pueblo judío. Era difícil determinar qué era peor, si los crímenes de Floro o los pillajes de las bandas armadas. Incluso parecían estar en connivencia. Muchos de los que pudieron hacerlo hicieron sus bártulos y se marcharon al extranjero.^[205]

Josefo, que nos informa de lo anterior, acusa a Floro de haber empujado deliberadamente a los judíos hacia la revuelta, para encubrir así sus propios excesos. «Porque, si se mantenía la paz, cabía esperar que los judíos le acusaran ante el César, mientras que si los inducía a la revuelta, confiaba en que ese crimen, mucho mayor, hiciera olvidar la investigación de delitos mucho menos graves. Por lo tanto, y para producir un estallido de la nación, a cada día que pasaba aumentaba sus sufrimientos» (G. J. 11, 283).

En esta crisis, los nazoreanos tuvieron la suerte de encontrar a un nuevo líder muy capaz, Simeón, hijo de Cleofás. Según Hegesipo, era primo hermano de Jesús y de Jacobo, puesto que su padre Cleofás había sido hermano de José y, según las pruebas de que disponemos, se supone que más joven, ya que Simeón sobrevivió hasta principios del siglo II, en el reinado de Trajano, creyéndose que llegó a ser centenario. Por lo tanto, era un miembro de la familia del Mesías y un descendiente del rey David.

La tradición cristiana nos cuenta muy poco sobre él, pero sabemos algo más —aunque con informes algo embarullados— a través de los canales judíos. Indirectamente, es Epifanio quien nos pone sobre la pista correcta. Tenía información según la cual los eruditos judíos de Tiberíades poseían, en la segunda mitad del siglo IV d. de C., tres obras «cristianas» escritas en hebreo, descritas como los Evangelios de Mateo y Juan y los Hechos de los Apóstoles.^[206] Epifanio hace muchas afirmaciones torpes, y las investigaciones han dado a entender que los tres libros en cuestión fueron documentos nazoreanos. Se trataba del *Evangelio de los Hebreos* (o Hebreo Mateo), *Ascendientes de Jacobo* (los «Hechos falsificados» de Epifanio) y el *Libro de Juan*, la fuente hebrea de la Revelación. En una fuente judía posterior se adscribe la composición de las tres obras a Simeón ben Calpus, un anciano honorable, del que se afirmaba que había sido un tío de Jesús. El tío, claro está, era Calpus (Cleofás). Sobre la base de este material judío, los propagandistas anticristianos crearon parodias que estuvieron en circulación durante la Edad Media y posteriormente.

Existen varios textos y, según estableció Samuel Krauss,^[207] no son tan valiosos como se ha supuesto. No obstante, sus fantasiosas afirmaciones, más confusas aún cuando ya no se pudo hacer referencia a los manuscritos nazoreanos desaparecidos varios siglos antes, podemos obtener valiosos indicios sobre la historia perdida que intentamos recuperar. Lo que podemos afirmar está de acuerdo con las leves indicaciones que han llegado hasta nosotros a través de los informes cristianos.

Los pasajes que nos interesan aquí están relacionados con un período específico, treinta años después de la muerte de Jesús. Según nuestros cálculos eso representaría el año 66 d. de C. En esta época, el Sanedrín («los sabios de Israel») se siente perturbado por el continuo enfrentamiento con los «insurgentes», muchos de los cuales son seguidores de Jesús. En consecuencia, las autoridades deciden buscar a alguien de confianza para eliminar a los nazoreanos. El hombre al que eligen es «un cierto hombre de edad avanzada escogido de entre los ancianos... que frecuentaba el Santuario». En uno de los textos se le llama Simeón Cefa,^[208] pero en otro se le denomina más correctamente Simeón ben Calpus.

En la figura de Simeón encontramos ciertas reminiscencias de Jacobo el Justo, quien, según Epifanio, sirvió como sumo sacerdote y a quien se le permitía entrar en el Santuario una vez al año. Hegesipo sólo dice de Jacobo que «únicamente a él se le permitía entrar en el Santuario». Pero, como en el *Toldoth Jeshu*^[209] Hegesipo muestra que las autoridades judías deseaban impedir que el pueblo creyera en Jesús como el Mesías, y trataron de utilizar a Jacobo para conseguir tal propósito. Su muerte se produjo porque, en lugar de eso, advirtió a la multitud que testificaba en nombre de Jesús. La fuente subyacente de esta información parece que son los Hechos nazoreanos que se han perdido.

Algunas de las enseñanzas resaltadas por el nuevo líder, en los textos judíos, proceden del Sermón de la Montaña. Pero es interesante observar que añade: «Jesús se mostró en toda su mansedumbre, y podéis ver en él un ejemplo de mansedumbre, y

sufrir todo aquello que caiga sobre vosotros. Y el Día del Juicio, Jesús terminará con todos [los que le han rechazado]; pero vosotros debéis tener esperanza gracias a vuestra mansedumbre. Porque está escrito: Buscad al Señor, mansos de la tierra, que habéis forjado su juicio; buscad la piedad y la mansedumbre, porque sólo así podréis evitar el día de la cólera del Señor».

Mediante esta enseñanza, expuesta en lo más álgido de la lucha entre los partidarios del Sanedrín y los insurgentes, cuyas fuerzas incluían a los hermanos y seguidores de Jesús». Simeón advierte a los nazoreanos para que se retiren de Jerusalén y se alejen de Israel.

Aunque la información sólo ha llegado hasta nosotros de una manera confusa, podemos extraer de esta fuente un elemento importante que añadir a nuestros conocimientos: el de que Simeón, hijo de Cleofás, fue un instrumento fundamental en la transmisión de la recomendación de que los nazoreanos se retiraran de Jerusalén y de Judea. Y, aparte de otras consideraciones, tal consejo tenía mucho sentido, ya que, probablemente, y teniendo en cuenta las circunstancias, no había otra forma de conservar relativamente intacto al partido.

Tanto Eusebio como Epifanio informan sobre este éxodo, aunque sin hacer ninguna referencia directa a Simeón. Eusebio, sin embargo, registra que, tras la caída de Jerusalén a manos de los romanos, «aquellos de los apóstoles y discípulos de nuestro Señor que aún sobrevivían, acudieron desde todas partes para unirse a los que habían estado relacionados con nuestro Señor por lazos de sangre. Porque la mayor parte de ellos vivían aún. Consultaron entre sí para determinar a quién debían nombrar como sucesor de Jacobo. Y, unánimemente, declararon a Simeón, hijo de Cleofás, a quien se menciona en el volumen sagrado (Lc 24, 18), como digno del asiento episcopal de allí (es decir, como obispo de Jerusalén)».

[210]

Llegamos así a lo que nos dicen las fuentes cristianas sobre el éxodo. Eusebio hace la siguiente afirmación:

El pueblo de la Iglesia de Jerusalén, habiendo escuchado un oráculo divino, dado por revelación a hombres de reconocida piedad que vivían allí antes de la guerra, recibió la orden de alejarse de la ciudad y dirigirse a una cierta ciudad de Perea llamada Pella. Entonces, aquellos que creían en Cristo se alejaron de Jerusalén, como si los hombres santos hubieran abandonado la ciudad real; la justicia divina se apoderó de los que quedaron por sus crímenes contra Cristo y los apóstoles, destruyendo por completo a toda esta generación de malvados de la tierra.^[211]

Pasajes comparables aparecen en Epifanio.^[212] Él, sin embargo, en su obra *Contra las herejías*, hace que la advertencia la haga el propio Cristo, mientras que en su otra obra *Sobre pesos y medidas*, es un ángel el que la hace—. Esto no tiene que preocuparnos, ya que, en la Revelación, Jesús se comunica con su rebaño a través de un ángel (Rev. 1, 1; 22, 16), Epifanio dice que los discípulos abandonaron Jerusalén y se fueron a vivir a Pella, en Perea; pero se muestra más definitivo en su afirmación de que el éxodo se produjo poco antes del asedio de la ciudad por los romanos, cuando su conquista ya parecía inminente.

Reconociendo sólo la tradición cristiana, S. G. F. Brandon ha puesto en duda su veracidad en varias narraciones.^[213] Ofrece razones convincentes sobre por qué no se puede uno imaginar a los nazoreanos abandonando Jerusalén para dirigirse a Pella en ningún momento anterior al verano del año 66, hasta el asedio de la ciudad por parte de Tito. También señala que Pella sería un lugar muy improbable para que se refugiaran en ella devotos judíos como los nazoreanos, ya que se trataba de una ciudad griega pagana. Es más, fue saqueada por los judíos a principios del otoño del año 66, y una ciudad devastada habría ofrecido muy poco refugio.

Pero las autoridades cristianas se muestran ávidas por pasar por alto el período que va desde la muerte de Jacobo hasta la caída de Jerusalén, como si éste último acontecimiento se hubiera producido inmediatamente después del primero. La época del éxodo, que indican los informes judíos, se habría producido a principios del año 66, y eso parece lo más probable, incluso a la vista de otros datos. No debemos preocuparnos en exceso por las afirmaciones de que los nazoreanos se instalaron en Pella. Podrían muy bien haber

acampado en la región de Pella, al pie de las colinas que hay cerca de la ciudad. A esta zona ya habían huido los nazoreanos mandeanos en el año 37 d. de C.,^[214] durante la persecución lanzada por Saulo de Tarso, y es en Batanea y en el Hauran, al norte, donde encontramos las más grandes comunidades de seguidores judíos de Jesús hasta por lo menos el siglo V.^[215]

En lo que se refiere a la revelación de la advertencia, ha llegado hasta nosotros en el llamado Pequeño Apocalipsis (Me 13, y Mt 24). Allí leemos que, bajo condiciones de gran tribulación y luchas internas, los fieles de Judea debían huir a las montañas. La huida tuvo que haber sido muy apresurada, incluso más que la salida de Egipto bajo la dirección de Moisés.

De hecho, se nos recuerda no sólo aquel acontecimiento, sino también la huida de Lot y su familia de Sodoma antes de que fuera arrasada. En el libro de la Revelación, es ahora a Jerusalén a la que se denomina espiritual Sodoma y Egipto (Rev. 11, 8).^[216]

Resulta tentador pensar que Josefo se refiere a los años 65-66 cuando relata que, antes de la guerra, «una estrella, parecida a una espada, se detuvo sobre la ciudad, y un cometa la siguió durante un año» (G. J. VI, 289). Una señal de este tipo sería sin duda interpretada de formas diversas, ya fuera como una advertencia divina o bien como una promesa mesiánica de victoria, en los términos que nos transmite Números 24, 17: «De Jacob avanza una estrella, un cetro surge de Israel». Este párrafo ya había sido utilizado mucho antes por los esenios zadokitas para justificar la partida física de Israel de uno de sus líderes, que se dirigió a tierras de Damasco. ¿Podrían los nazoreanos haber tomado tal fenómeno en un sentido literal, como una advertencia de que la comunidad del Mesías debía «marcharse» de Judea?

Fuera cual fuese el motivo, se trató de un movimiento de estadista por parte de Simeón el comunicar a la comunidad la conveniencia de abandonar la ciudad que había sido su cuartel general y centro nervioso durante treinta años. No fue un acto de cobardía y tuvo que realizarse con no poco peligro. En las

circunstancias actuales no podía hacerse nada para cambiar el curso de los acontecimientos, y muchos fariseos habían llegado ya a la misma conclusión. Si se quería proteger al partido, si se quería evitar su colapso y su desintegración bajo las presiones de los sin ley, la fiebre de la guerra y las luchas guerrilleras, el Pueblo de Dios debía marcharse al desierto, tal y como había hecho en otros momentos de su historia. Allí, los Elegidos podrían purificarse de toda mancha y recuperar de nuevo la calma mientras esperaban el Día de la Liberación.

Las predicciones del profeta Oseas estaban en la mente de muchos en estos momentos, con su juicio sobre la nación rebelde. Pero también había esperanza.

Por eso yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y hablaré a su corazón. Allí le daré sus viñas, el valle de Akor lo haré puerta de esperanza; y ella responderá allí como en los días de su juventud, como el día en que subía del país de Egipto... Después volverán los hijos de Israel; buscarán a Yahveh, su Dios y a David, su rey, y acudirán con temor a Yahveh y a sus bienes en los días venideros (Os 2-3).

Para comprender los sentimientos y acciones de los nazoreanos, como hemos comprendido las de los esenios, debemos aclimatarnos a su forma de pensamiento e interpretación.

«En este tiempo —leemos— murió María, la madre de Jesús», que fue enterrada en el lugar donde había sido crucificado éste, «y se erigió una lápida en el lugar». Sobre esa lápida «los parientes de Jesús escribieron las siguientes palabras: “He aquí que ésta es una escalera levantada sobre la tierra que llega al cielo, y por ella ascienden y descienden los ángeles de Dios, y la madre se regocija aquí en sus hijos. Aleluya”».

Sin duda alguna, la información se deriva de los Hechos nazoreanos y no hay en ella nada que sea históricamente comprobable. Podemos comparar lo que dice Hegesipo del entierro de Jacobo, el hermano de Jesús: «Lo enterraron en el lugar donde su lápida permanece aún, cerca del Templo». Conocemos a los «parientes de Jesús» —que empezaron a ser conocidos como «los herederos»— a través de Hegesipo, citado por Eusebio, y de Julio

Africano. Podemos comparar las palabras de Juan 1, 51 y las palabras finales del salmo 113 con el lenguaje utilizado en la inscripción.

Aquí, sin embargo, debemos volver nuestra atención hacia las evidencias sobre el éxodo de los nazoreanos. Encontramos una prueba en el lenguaje de la imaginería del libro de la Revelación, una obra cuya forma hebrea ha sido acreditada a Simeón, hijo de Cleofás, según hemos visto con anterioridad. El significado puede descifrarse apreciablemente una vez estemos familiarizados con la técnica a seguir. Los capítulos 7 a 12 tienen relación con el período que nos ocupa, hasta la caída de Jerusalén, y se relacionan con el juicio sobre el Israel apóstata.

Antes de que empiecen los juicios todos aquellos que sirvieron a Dios en la fe serían marcados en sus frentes, para ser así conocidos. La referencia original la encontramos en las profecías de Ezequiel (8-59), donde, en una visión, un hombre vestido de lino con una cartera de escriba en la cintura, a quien Dios le dice: «Pasa por la ciudad, por Jerusalén, y marca una cruz en la frente de los hombres que gimen y lloran por todas las abominaciones que se cometen en medio de ella» (9, 4). Estos tienen que ser salvados, mientras que los malvados serán condenados. En el antiguo hebreo, la letra *tau* tenía forma de una cruz (X o +). Es como el preludio del éxodo de Egipto, cuando el Señor señaló todas las puertas de las casas de sus súbditos con la sangre del cordero pascual.

Avanzamos hasta los capítulos 10 y 11 de la Revelación, donde volvemos a encontrar un reflejo de las profecías de Ezequiel, el pequeño libro (Ez 2, 8 —3, 3) y la medición del Templo (Ez 40). Por último, citamos las palabras de Josefo, quien dice que «los judíos, después de la demolición de la fortaleza Antonia, redujeron el Templo a un cuadrado, aunque sabían por sus oráculos que la ciudad y el Santuario serían tomados cuando el Templo se convirtiera en un cuadrado» (G. J. VI, 311).

El vidente de la Revelación introduce ahora a los dos últimos testigos de Jerusalén. Tienen los poderes de Moisés y de Elías, y

representa la Ley y los profetas (Lc 16, 31). La infamia y la anarquía son tales que ninguno de ellos puede soportarlas por más tiempo. Son exterminados en medio del regocijo general. Pero son indestructibles y, tras ser reanimados, son elevados al cielo, donde está el propio Mesías, el hijo de la fiel Israel, a quien el Dragón, el propio Demonio, ha sido incapaz de devorar (12, 1-5).

Está a punto de iniciarse la última fase del poder del Malvado. Es arrojado a la tierra, sabiendo que su tiempo ha llegado. Después, dirige su cólera contra la fiel Israel.

Pero se le dieron a la Mujer [que había dado a luz al Mesías] las dos alas del águila grande para volar al desierto, a su lugar, lejos del Dragón, donde tiene que ser alimentada un tiempo y tiempos y medio tiempo. Entonces el Dragón vomitó de sus fauces como un río de agua, detrás de la Mujer, para arrastrarla con su corriente. Pero la tierra vino en auxilio de la Mujer: abrió la tierra su boca y tragó el río vomitado de las fauces del Dragón. Entonces despechado contra la Mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús (12, 14-17).

Una vez más se nos recuerda aquí el éxodo de Egipto. Cuando el pueblo de Israel escapó fue perseguido por las fuerzas del faraón hasta el mar Rojo. Allí, el pueblo lo cruzó con seguridad, mientras el enemigo se ahogaba cuando las aguas se retiraron. Después de esto. Dios, por boca de Moisés, habla a su pueblo y dice: «Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí» (Ex 19, 4).

Por lo tanto, podemos interpretar la imaginería relacionada con la huida de los nazoreanos a Perea. Al parecer, no llegaron a su destino sin impedimento. Posiblemente, fueron perseguidos por bandas hostiles de militantes. Tuvieron necesidad de cruzar el Jordán por un vado y pudieron haber encontrado el río crecido. En tal caso, podemos inferir que las aguas se retiraron lo suficiente como para permitir su paso. Durante la campaña de Vespasiano en Judea, en la primavera del año 68, los refugiados de entonces no tuvieron tanta suerte. Al tratar de cruzar el Jordán cerca de Jericó, procedentes de Perea, es decir, en la dirección opuesta, en un intento por escapar de la caballería de Plácido, encontraron el río

tan crecido que les fue imposible cruzarlo. Muchos miles murieron, por las armas o ahogados, y sus ganados fueron capturados.^[217]

Esto es todo lo que se puede decir hasta el momento de las circunstancias del éxodo. Si aceptamos que tuvo lugar no más tarde de la primavera del año 66, y posiblemente durante la Pascua, no parece que tengan mucho peso las objeciones expuestas por Brandon. Los testimonios son fuertes y lo bastante coherentes como para tenerlos en cuenta, excepto que dispongamos de sólidas pruebas de lo contrario, lo que no ha sucedido todavía. No parece tener gran importancia que, durante el otoño del año 66, las bandas judías asaltaran y saquearan una serie de ciudades griegas, entre ellas Pella, como venganza por la masacre de judíos ocurrida en Cesárea en el mes de septiembre. Hemos adoptado el punto de vista de que los nazoreanos no habrían estado residiendo en la misma Pella, sino en las cercanas colinas situadas al noreste. Tampoco cuenta que, cuando las tropas de Vespasiano avanzaron sobre Jerusalén, a principios del año 68, el comandante enviara a Plácido a la zona sur de Perea para aplastar a la oposición que había allí, salvaguardando así su flanco izquierdo. La emigración nazoreana no se produjo en esos momentos, y Josefo no indica que se produjera ningún ataque romano en la región de Pella, en la parte más septentrional de Perea por lo que no se esperaba ningún peligro por ese lado.

Poco meses después de la retirada de los nazoreanos comenzó en toda su efectividad la horrible guerra contra los romanos y, de hecho entre los propios judíos. Pero las cosas se decidieron en el término de pocas semanas, como anuncia Josefo «en el duodécimo año del principado de Nerón y el decimoséptimo del reinado de Agripa, en el mes de Artemisias (es decir aproximadamente en el mes de mayo del año 66 d. de C.).^[218]

24.- Últimos vistazos

Tanto espiritual como sentimentalmente, para los nazoreanos tuvo que haber sido una gran conmoción verse obligados a abandonar Jerusalén, el escenario de tantas experiencias, y donde se habían depositado tantas esperanzas. No se trataba sólo de que en el peligroso viaje emprendido esperaran el sufrimiento y la dureza, debido a la adaptación a la vida en el desierto; también pasaron por la tragedia de una despedida dolorosa, acompañada por una sensación de derrota, en lugar de triunfo, por las miserias que iban a caer sobre la ciudad condenada. Se necesitaban el coraje y la fuerza de carácter de un Simeón, hijo de Cleofás, y la consolación de una visión de la Nueva Jerusalén, para aliviar el dolor de la partida.

Pero lo que más les ayudaba era la convicción de que el período de ausencia no sería muy prolongado, aunque dicha convicción fuera desapareciendo a medida que transcurrían los años, y las décadas y seguía sin aparecer el esperado del cielo. A pesar de todo, se mantuvo tercamente, siglo tras siglo, que Dios tenía que cumplir lo que habían profetizado los profetas. «Porque es aún visión para su fecha, aspira ella al fin y no defrauda; si se tarda, espérala, pues vendrá ciertamente, sin retraso» (Ha 2, 3). Aproximadamente un año después del éxodo nazoreano, los amenazados esenios zadokitas de Qumran, que tenían la misma fe, ocultaron sus rollos manuscritos más importantes en las cuevas

existentes entre las rocas; después, cruzaron también el Jordán y caminaron hacia el norte, donde los mesianistas podían esperar la llegada del Día.

Al comentar las palabras de Habacuc, declararon: «Dios le dijo a Habacuc que escribiera lo que le sucedería a la generación final, pero no le hizo saber cuándo llegaría ese tiempo... La era final será prolongada, y excederá todo lo que han dicho los profetas; porque los misterios de Dios son inescrutables». En cuanto al período de la espera, dijeron: «Eso afecta a los hombres que se atienen a la verdad y cumplen la Ley, cuyas manos no se aflojarán en el servicio de la verdad cuando se prolongue la era final. Porque todas las eras de Dios llegan a su final tal y como Él las ha determinado en los misterios de su sabiduría».226

No cae dentro del ámbito de esta obra seguir el destino de los nazoreanos en el exilio. Porque siguieron siendo judíos, adictos a la Ley y a los profetas, y no pudieron aceptar las doctrinas de la nueva religión del cristianismo, que se desarrolló en un medio ambiente de pensamiento gentil, y por ellos los nazoreanos permanecieron aislados. El nuevo judaísmo de los rabinos también les pareció desagradable. Así pues, tal y como expresó Jerónimo en el siglo IV «aunque se consideraron tanto judíos como cristianos, no fueron ni lo uno ni lo otro».^[219] Las ortodoxias que establecieron ambas religiones no les dejaron ningún lugar y los discriminaron. Y, sin embargo, ellos eran los depositarios de la fe que había inspirado la original Revolución de Pentecostés, la fe de Pedro y Jacobo y de sus colegas apostólicos. Su testimonio no se extinguió del todo, y algunos reflejos del mismo han llegado incluso hasta nuestros días.

El cristianismo, sin embargo, tiene una gran deuda de gratitud para con los nazoreanos. Si la Iglesia tuviera que depender de las epístolas de Pablo, no sabría casi nada de la carrera y de las enseñanzas de Jesús. Lo que sabemos sobre el Cristo histórico ha llegado hasta nosotros a través de fuentes nazoreanas, mediatizadas por los Evangelios.

Si los peregrinos cristianos debieran visitar alguna parte de Jerusalén que mereciera la pena para ellos, deberían concentrarse en esa cresta, ahora casi indistinguible, situada fuera de las murallas de la ciudad, que representa lo que ha sobrevivido del Ofel y del Akra. Aquí fue donde estuvo antes la Ciudad de David, y donde empezó y terminó la Revolución de Pentecostés. Y aquí estuvo también el centro administrativo desde donde funcionó el gobierno interino, en nombre del Mesías ausente. [220]

Por lo tanto, daremos los últimos vistazos a lo que sucedió aquí durante la guerra y después de ésta.

Curiosamente, y pocos meses después de la partida de los nazoreanos, se instaló en el Ofel otro supuesto rey de los judíos, aunque sólo como fugitivo. Se trataba de Menahem, de la familia de Judas de Galilea. Una vez iniciada la revuelta, trató de convertirse en su líder real, y acudió a Jerusalén acompañado de una fuerza a la que había equipado de la armería de Herodes en la fortaleza de Masada. Al principio, los nacionalistas aceptaron su ayuda, y lograron ocupar el palacio de Herodes, a excepción de las torres que lo flanqueaban. Los partidarios de Menahem encontraron al sumo sacerdote Ananías y a su hermano Ezequías, y los asesinaron. Pero el triunfo de Menahem fue breve porque su actitud fue la propia de un tirano. Cuando acudía al Templo envuelto en sus vestiduras reales, él y sus seguidores fueron atacados por el pueblo. Menahem huyó y se refugió en el Ofel. Allí fue descubierto, torturado y ejecutado.

Durante las últimas fases de la guerra, cuando los romanos dirigidos por Tito ya habían acampado ante Jerusalén, el Ofel y la zona del Templo fueron controladas por las fuerzas dirigidas por Juan de Gischala, que antes había llegado a Jerusalén procedente de Galilea, mientras que la mayor parte del resto de la ciudad era controlada por un líder rival, Simón, hijo de Gioras. Finalmente, en septiembre del año 70 d. de Cristo, cuando ya se había incendiado el Templo, el Ofel y el Akra fueron saqueados e incendiados por las tropas romanas. Las casas y las calles se convirtieron en la pira

funeraria de las multitudes que todavía no habían sucumbido al hambre.^[221]

En los informes con los que contamos se produce aquí un vacío. Epifanio es la única autoridad de que disponemos para apoyar la afirmación de que se produjo un regreso de los refugiados nazoreanos desde Perea a Jerusalén.^[222] Sin embargo, no ofrece indicación alguna sobre lo que aconteció. Es muy poco probable que eso sucediera antes del reinado de Trajano, en la primera década del siglo II. Disponemos de la evidencia aportada por Hegesipo y Julio Africano en el sentido de que la familia de Jesús siguió gobernando sobre las comunidades, como una especie de gobierno en el exilio, hasta el principio del reinado de Trajano, cuando Simeón, hijo de Cleofás, que ya era centenario, murió como mártir.^[223] Al parecer, y asociados con él en el gobierno, había otros, como los dos nietos de Judas, el hermano de Jesús. Aun cuando se dedicaron a visitar las diferentes comunidades, parece ser que instalaron su base de operaciones en Batanea, en la región de Pella, y en el Hauran, en pueblos como Nazara y Cochaba.^[224] No disponemos de ninguna indicación en el sentido de que «los herederos» (la familia de Jesús) regresaron a Jerusalén.

A partir de la tradición, y tras haber obtenido la información probablemente de las *Memorias* de Hegesipo, Eusebio entendió que, tras la muerte de Simeón, hubo otros trece obispos judíos de Jerusalén. Proporciona sus nombres, pero no conoce durante cuánto tiempo ejercieron el cargo, y sólo indica que, en cualquier caso, éste fue de corta duración.^[225] Comoquiera que la sucesión judía terminó hacia el año 133 d. de C., durante la segunda revuelta judía dirigida por Bar-Cochba, debieron de haber ejercido el cargo durante un período de aproximadamente dos años y medio. La cuestión es que ninguno de los trece parece que fue de la familia de Jesús. Por lo tanto, podría ser que se hubiera producido un cambio de política, y que durante el reinado de Trajano se adoptaran actitudes aún más liberales con respecto a los seguidores de Jesús, por lo que una parte de los nazoreanos pudieron haber decidido

regresar a Jerusalén y reconstruir allí la comunidad, dirigidos por una serie de obispos a los que ellos mismos eligieron. Es posible que Epifanio tenga razón.

Según Epifanio, los que regresaron de Pella establecieron una pequeña iglesia en Sión. La iglesia seguía en pie en el año 131, cuando el emperador Adriano, queriendo construir la nueva ciudad de Aelia Capitolina sobre las ruinas de Jerusalén, envió para supervisar las obras a un pariente suyo, Aquila de Sinope, en el Ponto, quien se convirtió en discípulo de Jesús, aunque posteriormente fue expulsado de la comunidad y finalmente se convirtió al judaísmo y se dedicó a traducir el Antiguo Testamento al griego.^[226]

La construcción de Aelia quedó interrumpida al año siguiente, un año de censo romano, por la segunda revuelta judía, y Justino el mártir cuenta que Bar-Cochba persiguió a los cristianos porque éstos no negaban el mesianismo de Jesús y, según menciona Eusebio, no quisieron unirse a la lucha contra los romanos.^[227]

Una vez reprimida la revuelta, tras una prolongada lucha en la que tanto los romanos como sus oponentes sufrieron numerosas bajas, se continuó la construcción de los nuevos edificios de la ciudad. Pero los judíos no fueron admitidos en la nueva Aelia Capitolina de Adriano. Cuando se estableció allí una iglesia, no contaba con miembros nazoreanos, puesto que ellos también eran judíos. Dicha iglesia fue gentil y estuvo dirigida por Marco, un obispo gentil.

Hasta el siglo XIX no hubo en la Ciudad Santa otro obispo de raza judía. Eso se produjo en 1841, cuando el reverendo Michael Solomon Alexander fue nombrado Señor Obispo de la Iglesia Unida de Inglaterra e Irlanda en Jerusalén.

Por lo que se refiere a la información de que disponemos, ésta fue la Revolución de Pentecostés, realizada por los nacionalistas judíos partidarios de Jesús, el hijo de José, a quien consideraban su rey de derecho, nombrado por Dios, descendiente de la línea de David.

En su carácter, fue una revolución que no tuvo otro objetivo específico que testimoniar a Jesús como el Mesías, puesto que se proclamó que estaba a la diestra de Dios y que no tardaría en regresar para establecer su reino. No existió plan alguno para crear un reino mediante la acción directa, como pretendieron los zelotes; sólo se trató de alistar bajo el estandarte del Mesías a una comunidad de fieles observadores de los mandamientos de Dios, con objeto de esperar el Día del Juicio y de la Liberación.

La revolución estuvo rodeada de un cierto sabor jacobino. Pero en lugar del «rey sobre las aguas», para los nazoreanos fue «el rey que está en el cielo». Y, sin embargo, la canción jacobina del siglo XVIII, dirigida al príncipe Carlos, también podría haber sido la oración de los nazoreanos.

No puedes estar mejor dotado, ¿Acaso no vendrás otra vez?

La Revolución de Pentecostés fracasó en la medida en que dicha oración no encontró respuesta alguna. Se basó en lo que no se podía probar, así como en un acontecimiento sublime que se encontraba más allá de todo cálculo y control humanos. Contenía una proposición repleta de condicionales, idealista en su concepción y en su convicción, pero a la que le faltó la característica de toda empresa pragmática sin la que la creación de un cielo en la tierra no será nunca más que una visión incumplida, un sueño que jamás podrá hacerse realidad.

Al parecer, Jacobo el Justo fue mucho más consciente de esto que muchos de sus contemporáneos, si es que son realmente ciertas las palabras que se le adscribieron a él cuando enseñó:

¿De qué sirve, hermanos, que alguien diga que tiene fe, cuando no tiene obras que lo demuestren? ¿Puede la fe salvarle? Si un hermano o una hermana están desamparados, faltándoles incluso el pan diario, y uno de vosotros les dice: «Vete en paz. Ocúpate de calentarte y alimentarte lo suficiente», pero no le ayuda en sus necesidades físicas, ¿de qué le sirve? Lo mismo sucede con la fe. A menos que las obras surjan de ella, es una fe destinada al

aislamiento... Porque, del mismo modo que el cuerpo sin espíritu está muerto, así sucede con la fe sin obras (Jas.2, 14-17).

Si la historia de la Revolución de Pentecostés tiene una moraleja, puede muy bien ser la de una advertencia a todas las gentes de buena voluntad en el sentido de que, «*si estáis Esperando a Godot*^[228] recordad que Godot también os está esperando a vosotros».

Tercera parte - Entre bastidores

25.- Alineamiento

Una de las características de los tiempos de gran crisis en la historia humana es que producen personalidades notables, incluyendo a entusiastas religiosos que dan lugar a la aparición de extrañas sectas. La naturaleza tiene su propia forma de responder a las presiones sociales y políticas. La reacción contra el helenismo había hecho esto con los judíos, y la persecución emprendida por Antíoco Epifano había permitido a los hermanos asmoneos dar un paso adelante. Pero la convicción sobre los Últimos Tiempos, desarrollada durante el reinado de Herodes, fue la responsable de una extraordinaria proliferación de movimientos. Es imperativo ser muy conscientes de estas manifestaciones político-religiosas en el contexto judío, ya que proporcionan el caldo de cultivo donde tuvo su origen el cristianismo. De hecho, se podría decir que una de tales manifestaciones fue el propio cristianismo en su expresión original nazoreana.

A pesar del reciente número de libros de carácter popular que se han publicado sobre el tema, sigue existiendo una lamentable ignorancia sobre las influencias que afectan a Jesús y a sus seguidores judíos. Se continúa imaginando, debido a que las Iglesias no enseñan otra cosa, que los seguidores judíos de Jesús se oponían a una religión bastante rígida y árida llamada judaísmo. De hecho, en aquellos tiempos el judaísmo no era tanto un credo como un estilo de vida del pueblo judío, basado en las Leyes

divinas, la Torah, escritas en los libros de Moisés. El elemento dogmático se circunscribía esencialmente a la creencia en la Unicidad de Dios, y a la afirmación de que Israel había sido elegido como el vehículo para la transmisión de la voluntad divina a la humanidad. Todo lo demás era una cuestión de pensamiento, persuasión e interpretación de los distintos grupos.

Todo el mundo sabe que había fariseos y saduceos, así como esenios; pero no se percibe que estos grupos sólo contaban con no más de seis o siete mil personas cada uno. Había otras sectas y partidos, como veremos, que tampoco tenían un gran tamaño. Pero la mayor parte de la población no tenía ninguna afiliación denominativa; eran, simplemente, judíos que podían favorecer una u otra opinión, según prefirieran en cada momento, sin simpatizar especialmente con ninguno de los grupos.

Los fariseos formaban una asociación estrechamente unida que era escuchada por el pueblo, sobre todo porque eran antiaristocráticos y mostraban una gran virtud y celo en la observancia de la Torah, que impregnaba su vida diaria y su conducta de rasgos de santidad. Pagaban puntualmente el diezmo y a menudo se les distinguía por llevar grandes filacterios en la oración, exagerando la longitud de la franja con una hebra azul que los judíos llevaban sobre su vestidura externa. También formaban una fraternidad dedicada a la predicación y a la enseñanza, que configuraba la espina dorsal de las sinagogas. Hicieron mucho bien desde el punto de vista educativo, ya que, para ellos, el hombre inculto era aquel que no conocía la Torah. Los ricos les parecían personas inútiles, e insistían en que todos sus miembros ejercieran una profesión. Uno de sus ejemplares más notables en esta época fue el gran Hillel, que era leñador. Aun cuando eran maestros de la Ley, en aquellos tiempos no había entre ellos nada parecido al rabino profesional.

Los fariseos depositaron grandes esperanzas en la expectativa de un Mesías de la línea de David, que para ellos sería el rey piadoso ideal observante de la Torah, lo cual se debió al

antagonismo frente a dirigentes que seguían formas extrañas y que eran marionetas en manos de un poder pagano. Poseían un fuerte sentido de la justicia social y, debido parcialmente a ello, creían firmemente en la redención de Israel y en el ideal de la era por venir. De ahí el énfasis que ponían en la purificación de la vida nacional y en la eliminación de la misma de todo vestigio de vicio, idolatría y brutalidad.

Los saduceos representaban una aplicación de las Leyes de Moisés mucho más antigua y exacta. Formaban más una clase que una secta, y abogaban por el tradicionalismo conservador, con fuertes intereses jerárquicos y ritualistas. Contemplaban con añoranza la época en que el sacerdocio y la nobleza dirigían los asuntos del gobierno y ahora, bajo la dirección de Roma, trataban de conseguir una restauración de su posición en la medida de lo posible. Su objetivo era una teocracia investida de autoridad eclesial.

En cuestiones políticas, los saduceos se consideraban realistas; reconocían que no vivían en un mundo perfecto, pero preveían la posibilidad de que la fe judía y la sabiduría de las leyes judías alcanzaran reconocimiento universal, hasta el punto de que Jerusalén pudiera convertirse en el centro de culto de la humanidad. Durante el primer florecimiento del triunfo y la reforma macabea, los saduceos enfatizaron la distinción entre Israel y el resto de las naciones.^[228.1] pero más tarde mostraron tendencia a acomodarse más a las circunstancias. Seguían deplorando la tosquedad del paganismo, y afirmando la superioridad del judaísmo, pero aceptaban disfrutar de muchas de las ventajas de la civilización contemporánea. Rechazaban la idea de una intervención divina de carácter cataclísmico.

De este modo, el saduceísmo atrajo a la aristocracia y a las personas acomodadas, relacionadas a menudo con las principales familias sacerdotales. No encontró apoyo alguno entre los desposeídos que, aun manteniendo en general el culto del Templo,

como hacían los fariseos, rechazaban la arrogancia y la opulencia de la jerarquía dirigente.

Por lo que se ha dicho de estos dos grupos prominentes, no tiene sentido alguno la descripción que se ha hecho a menudo de Jesús como un rabino judío reformador. Tal y como ponen de manifiesto los Evangelios de un modo correcto y continuo, la gran mayoría del pueblo judío no pertenecía a ningún grupo concreto; y Jesús se preocupó sobre todo de la gente común. Los verdaderos reformadores religiosos fueron los fariseos que, a través de la interpretación, trataban de mitigar las aplicaciones más severas de las ordenanzas mosaicas, para lograr que su práctica resultara más sencilla en las condiciones imperantes. La escuela farisaica de Hillel fue notable por su tolerancia compasiva. El objetivo consistía no en esclavizarse a los mandamientos, sino en alcanzar la capacidad para regocijarse con su práctica, con lo que la nación estaría preparada para la liberación.

Los antiguos juicios cristianos no tuvieron en cuenta la cronología ni los efectos de las circunstancias contemporáneas sobre las actitudes judías a lo largo de los diferentes períodos de la historia. Supusieron erróneamente que la literatura rabínica de tiempos posteriores, cuando los judíos ya se habían visto privados de sus libertades nacionales y religiosas, viéndose obligados para sobrevivir a mostrarse más exigentes con lo que se requería para mantener vivo el judaísmo, se podía utilizar como guía del carácter del judaísmo bajo condiciones anteriores y diferentes.

Jesús, como hombre del pueblo que era, mantuvo frecuentes contactos con los fariseos, pero apenas con los saduceos hasta que escenificó su gran y último desafío en Jerusalén. No estaba en desacuerdo con los fariseos, pero su pensamiento iba dirigido a aquellos a quienes los anteriores no llegaban, es decir al rebaño perdido de la Casa de Israel. Un reino dividido en facciones que se oponían entre sí no podía durar. Era el enfermo que necesitaba al médico. Y el primer paso hacia la redención nacional debería ser implicar a los pobres, a los desposeídos y a los marginados, y lograr

así una integración fundamentada en los dos mandamientos principales de la Torah: el amor a Dios y al prójimo.

La ansiedad y la opresión habían creado tirantez en las relaciones humanas hasta llevarlas casi a un punto de ruptura. En consecuencia, Jesús resaltó las características de la sociedad tal y como quedarían constituidas en el ambiente del Reino de Dios, donde no habría hostilidad, ni crítica inútil, ni injusticia, ni negligencia. Eso no era ninguna reforma del judaísmo, sino una afirmación de sus principios más vitales, tal y como habían sido proclamados por los profetas. Eso representaba el cumplimiento de la esperanza mesiánica tal y como se había profetizado, algo que incumbía al Mesías, que debía conducir al pueblo judío —y no sólo a unos grupos seleccionados de santos y pietistas— hacia la experiencia de convertirse en una nación santa para beneficio de toda la humanidad. De eso trata precisamente el Sermón de la Montaña.

El contraste principal de las enseñanzas de Jesús se producía con las de los esenios, considerados por los mal informados como espejos de sabiduría y virtud de quienes Jesús aprendió mucho. Sin duda alguna, Jesús aprendió de una parte de su literatura, y aprobó la simplicidad de su estilo de vida y su rechazo de las posesiones materiales, al tiempo que aceptaba algunos de sus principios.

Tras su desaparición, la organización y el pensamiento esenios contribuyeron a configurar la estructura y la visión de las comunidades nazoreanas. Pero ello se debió en buena medida a los nuevos miembros del movimiento.

Sabemos muy poco sobre los orígenes de los esenios o eseanos. Se cree que derivan del antiguo chasidismo con una mezcla añadida de filosofía oriental. Abbot Nilus, que vivió al final del siglo IV d. de C., consideró que eran una rama de los recabitas, un antiguo clan nómada que se abstenía del vino y de la práctica de la agricultura. Sin duda alguna, los esenios, según los describe Josefo y otros, se habían apartado de la corriente principal de la vida judía, aunque algunos de sus miembros aparecían en los

tribunales y eran consultados por los dirigentes debido a sus dotes proféticas. Vivían en comunidades cerradas sobre sí mismas, tanto urbanas como rurales, y que tenían su asentamiento principal cerca del mar Muerto. En este sentido, podemos aceptar que Qumran representó el centro de la actividad esenia durante el siglo I d. de Cristo, y que el partido de la Nueva Alianza fue, por lo menos, el heredero de las enseñanzas esenias.

Según el punto de vista de este movimiento, Israel se había extraviado tanto, que quienes observaban las Leyes de Moisés con un sentido absolutamente estricto y puro, debían separarse de la sociedad y vivir preferiblemente en el desierto. Tenían simpatizantes entre los sacerdotes; pero, para ellos, ni los saduceos ni los fariseos eran suficientemente ortodoxos. Configuraban la secta más dura e inflexible del pueblo judío, según ha señalado el profesor Yadin en su discusión sobre los manuscritos del Templo.^[229]

Los qumranitas veían la única esperanza de salvación en la total observancia de la Torah, y en la evitación de toda clase de contaminación. Los aspirantes a ser admitidos en la orden tenían que pasar por un prolongado período de prueba, y aceptar una disciplina muy estricta. Produjeron muchos libros sagrados propios, algunos de los cuales sólo podían ser utilizados por los totalmente iniciados. Por medio de sus técnicas, interpretaban proféticamente las Escrituras, especialmente en relación con sus propios asuntos. Regulaban sus fiestas de acuerdo con el antiguo calendario lunar, y utilizaban una era relacionada con una sucesión de Jubileos. También investigaban las propiedades medicinales de las plantas y las piedras, afirmando que, desde Shem, hijo de Noé, se les habían entregado los secretos de la naturaleza. Comoquiera que el llamamiento de Jesús iba dirigido a los que eran despreciados y de los que no se ocupaba ninguno de los sectores autosuficientes de la nación, no sintió simpatía alguna por la exclusividad de los esenios. ¿De qué le habrían servido a las masas judías la reclusión monástica, el aprendizaje esotérico y la celosa conservación de los

secretos? Todo aquello que fuera valioso debía ser de propiedad pública, y lo que se susurraba a los oídos debía gritarse a la gente.

Los esenios, sin embargo, se consideraban a sí mismos como los verdaderos Pobres. Creían ser los Muy Elegidos que heredarían el Reino de Dios. Ellos eran el residuo leal y obediente de Israel que, gracias a su total pureza y fidelidad sin compromiso a la Torah, se hallaban calificados para la bendición de la era por venir. Su devoción y sus sufrimientos eran una expiación por la profanación del país y por las iniquidades de sus habitantes; de ese modo, ellos, los santos, se hallaban libres de todo vestigio de culpabilidad en relación con una generación malvada y adúltera. En consecuencia, como los Elegidos de Dios, eran los depositarios últimos de la revelación divina que, a través de su ciencia, conocían los misterios de los Últimos Tiempos, contenidos en los oráculos de Dios.

La mayoría del pueblo judío, explotado y lleno de ansiedad, no sabía dónde pisaba. Se le había enseñado a esperar un salvador que cambiaría su situación y arrojaría del país a sus enemigos, que no sólo eran los paganos, sino también los propios pecadores judíos que ocupaban el poder; y, al mismo tiempo, estaban llenos de sueños supersticiosos sobre las calamidades y los castigos que traería consigo la Cólera por venir.

En estas circunstancias, existió entre los espíritus más atrevidos y temerarios la tendencia a unirse y apoyar lo que Josefo llama la cuarta filosofía entre los judíos, que surgió más o menos por esta época. El movimiento fue originado por Judas, el Galileo o Gaulanita, procedente de la ciudad de Gamala, al este del mar de Galilea, y un fariseo llamado Zadok. Se ha puesto en duda, pero parece probable que Judas de Galilea debe ser identificado con Judas, hijo de Ezequías, también de Galilea, que dirigió un levantamiento en el norte a la muerte de Herodes el Grande. Su padre Ezequías había sido un cabecilla rebelde de Galilea muerto por Herodes, cuando éste era gobernador allí, antes de acceder al trono. Esta identificación se produjo porque Josefo describió a Judas de Galilea como un hombre cultivado, animado por un impulso

religioso y que, por lo tanto, era algo más que el líder guerrero de un grupo de bandoleros. Judas, hijo de Ezequías, llevó a cabo sus hazañas hacia el año 4 a. de C., mientras que Judas el Galileo saltó a un primer plano unos diez años más tarde, durante el censo romano del año 6 d. de C. También disponemos del testimonio de Josefo, según el cual un hijo de Judas de Galilea fue candidato a la dirección de la revuelta del año 66 d. de C. Este último, llamado Menahem, podría haber sido, claro está, un nieto, y en la tradición judía se le conoce como Menahem, hijo de Ezequías. Esto sugiere que el padre de Menahem se llamaba como su abuelo, Ezequías, que había sido a su vez padre de Judas de Galilea. Parece improbable que Menahem fuera capaz de sostener una actividad militante cuando ya debía de tener más de sesenta años, como sería el caso si Judas hubiera sido su padre. En conjunto, parece más probable que Judas de Galilea y Judas, hijo de Ezequías, fueran una misma persona, y que Menahem fuera un nieto de este Judas.

El ánimo rebelde de los judíos se puso de manifiesto inmediatamente después de la muerte de Herodes. Vieron ese acontecimiento como una oportunidad para obtener su independencia de Roma, y se opusieron fuertemente a la sucesión como rey de Arquelaos, el hijo de Herodes. No fue sólo Judas, hijo de Ezequías, el que se lanzó por el camino de la guerra, sino que también hicieron lo mismo otros muchos en distintas partes del país; algunos quizá lo hicieron simplemente para explotar la ruptura del orden establecido, pero otros se propusieron instalarse como reyecillos locales. No hay indicación alguna de que ninguno de estos individuos afirmara ser el Mesías de la anticipación profética. Dieron muchos problemas a los romanos, pero fueron despiadadamente exterminados, ya que Roma no tenía la menor intención de abandonar su dominio sobre el país.

El estallido que se produjo en la capital, Jerusalén, y en el que estuvieron implicados muchos de los mejores ciudadanos, fue algo bastante más serio. Se inició durante la Pascua del año 4 a. de C.

como un tumulto contra Arquelao, cuyas tropas mataron a unas tres mil personas. Cuando Arquelao se dirigió a Roma para obtener la confirmación de su soberanía por parte del César, Sabino, el agente financiero de Augusto en Siria, se encaminó a Jerusalén para hacerse cargo de la propiedad de Herodes, ya que éste había nombrado albacea testamentario al propio emperador. Quintilio Varo, el legado de Siria, anticipándose a los problemas que cabía esperar, ya había dejado una legión en la ciudad. Y los problemas surgieron durante la fiesta de Pentecostés, cuando Jerusalén estaba abarrotada de peregrinos judíos. Se produjo una terrible lucha con las fuerzas romanas, en la que algunas de las antiguas tropas de Herodes participaron del lado de los rebeldes. Muchos murieron y, durante el transcurso de la lucha, los romanos incendiaron los pórticos del Templo y saquearon su tesoro. La revuelta, que fue ganando apoyo en otras partes del país, no pudo ser reprimida hasta que Varo recorrió el país, devastándolo, al frente de un ejército en el que también había aliados árabes. Los líderes de la revuelta fueron perseguidos y dos mil de los más importantes cabecillas fueron crucificados.

Así terminó la llamada Guerra de Varo. Arquelao no obtuvo el trono de Herodes. En lugar de ello, el César lo nombró etnarca en el sur. El resto del país fue repartido entre los otros dos hijos de Herodes: Antipas y Filipo, nombrados tetrarcas. Roma ejercía una supervisión general a través del legado de Siria.

Pero la llama de la libertad se había encendido, y volvería a brillar de nuevo en el año 6 d. de C., cuando Arquelao fue depuesto, y la zona que él había gobernado mal, compuesta por Judea, Samaria e Idumea, se convirtió en una región administrativa bajo el gobierno de un procurador romano. De este modo, todo el país quedó sujeto a tributo, y Quirino, que era ahora el legado de Siria, ordenó que se llevara a cabo el censo de personas y propiedades. Por lo que respecta a los judíos, fue precisamente esta innovación lo que dio notoriedad a Judas de Galilea y a su asociado Zadok. Ambos proclamaron que Israel no podía reconocer a más señor que

al propio Dios, y que la imposición del tributo reducía a los judíos a la condición de esclavos.

A la cuarta filosofía se le ha prestado una atención creciente desde el descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto, debido a que en ellos se reflejan ciertas actitudes comunes, y a que existen indicios de la existencia de cierta relación entre los respectivos partidos. Los seguidores de Judas y Zadok empezaron a ser conocidos como galileos, y más característicamente como zelotes. Pero, a pesar de los esfuerzos eruditos de Driver y Roth,^[230] se ha ido demasiado lejos en la identificación del grupo que escribió los manuscritos con los zelotes, y del Manahem ya mencionado con el Maestro de Verdad. No obstante, necesitamos examinar las insinuaciones de la tradición, a veces confusas, complicadas por los cambios y alteraciones introducidos en los siglos II y III, ya que, si no lo hacemos así, obtendremos puntos de vista erróneos sobre los comienzos del cristianismo y sobre la naturaleza del movimiento nazoreano, que se desarrolló bajo la dirección de Jacobo, el hermano de Jesús. Las formas modernas del culto a Jesús, y un reciente libro titulado *El Evangelio secreto*, de Morton Smith, han ignorado simplemente las causas y efectos históricos.

Por lo que podemos deducir de la afirmación revisada que hace Josefo en *Antigüedades*, los seguidores de Judas y Zadok abrigan creencias similares a las de los fariseos. Lo que los distinguía fundamentalmente era que los zelotes eran activistas, con un compromiso inflexible con la libertad, lo que les llevó a oponerse a todo aquel que siguiera un estilo de vida extranjero y se mostrara servil con Roma, comprometiéndose finalmente con la guerra total. Las personas que observaban celosamente los mandamientos de Dios aspiraban a una teocracia democrática, lo que implicaba una purificación de la vida nacional, desprovista de todo vestigio de paganismo, así como a la redención del país, considerado como posesión especial de Dios.

Jesús, que contaba por lo menos con un zelote entre sus apóstoles, se refirió a lo que representaba este movimiento cuando

dijo: «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos la arrebatan» (Mt 11, 12). Los militantes no podían soportar una espera indefinida para que se produjera la intervención divina. Estimulados por los males sufridos por la nación, decidieron luchar las batallas del Señor en Su nombre.

Un aspecto importante surge al tener en cuenta el considerable intervalo de tiempo existente entre el período en que se desarrollaron las principales actividades del Bautista, y la época en que Jesús empezó a hablar. Posiblemente, las parábolas fueron creadas quince o veinte años después de la muerte de Jesús, cuando la situación había empeorado considerablemente. Pero hay una alternativa. El Evangelio de Mateo, tras afirmar que los padres de Jesús se dirigieron a Nazaret cuando se enteraron de que Arquelao gobernaba ahora Judea (final del capítulo 2), sigue diciendo inmediatamente después: «Por aquellos días aparece Juan el Bautista, proclamando en el desierto de Judea» (3, 1).^[231]

El interpolador de la antigua versión rusa de *Guerra judía* así lo creyó, puesto que introduce la primera predicación de Juan el Bautista al principio del reinado de Arquelao, como consecuencia de lo cual fue llevado ante el etnarca y el Consejo judío, el Sanedrín. Lo que aquí se dice de Juan es significativo: «Acudió a los judíos haciendo un llamamiento por la libertad y dijo: “Dios me ha enviado para mostraros el Camino de la Ley, con la que os podréis librar de muchos amos; y no habrá ningún mortal que os gobierne, sino sólo el Altísimo que me ha enviado”». ^[232]

Así pues, Juan habría hecho su llamada al arrepentimiento nacional aproximadamente al mismo tiempo y en términos similares a cuando y como lo hicieron los fundadores de los zelotes. Juan se refiere al Camino de la Ley. Ahora bien, ésta es la misma expresión que empleó el pueblo que redactó los manuscritos del mar Muerto para referirse a la vía con la que se habían comprometido. Es más, según la *Regla de Damasco*, también denunciaban como fornicación el hecho de tomar una segunda esposa mientras la primera aún

vivía. Juan el Bautista atacó precisamente a Antipas por haber tomado a la esposa de su hermano.

Existen, de hecho, numerosas pruebas sobre los lazos existentes entre la secta bautista, los zelotes y los supuestos esenios de los manuscritos del mar Muerto, algunos de los cuales se establecieron al principio del reinado de Arquelao. Los *Reconocimientos* clementinos, que reflejan ciertas tradiciones nazoreanas, dicen que el pueblo judío «estaba dividido en numerosos partidos, incluso desde los tiempos de Juan el Bautista... El primer cisma fue el de los llamados saduceos, que se produjo casi en la época de Juan» (l. 5354). Debido a la coincidencia de nombres, el autor confunde aquí a los saduceos, muy anteriores a Juan, con los zadokitas. Un error similar se produce en *Aboth R. Nathan*, donde se dice que un cierto Zadok fue el fundador de los saduceos. Según hemos visto, Zadok fue el cofundador de los zelotes, junto con Judas de Galilea.

Los zadokitas de los manuscritos veneraban a un Zadok y tenían un Libro de Zadok que no ha sido recuperado^[233]. En consecuencia, debemos otorgar cierta credibilidad a su historia. Esta se expone principalmente en la *Regla* de Damasco, conocida por primera vez gracias al descubrimiento de antiguos manuscritos en la sinagoga Karaite, en Fostat (El Cairo), y que derivan de una colección más antigua de manuscritos del mar Muerto, surgida a la luz a principios del siglo IX.^[234]

En esta obra se relata la primera fase de la existencia del movimiento, desde la emigración de Palestina de los «Penitentes de Israel» en dirección a Damasco. Fueron dirigidos o bien se les unió un estudiante de la Ley, bajo cuya dirección establecieron una Nueva Alianza,^[235] y que estableció el código de regulaciones por el que se guiarían hasta la llegada del Maestro de Verdad de los Últimos Tiempos. Esta emigración era muy antigua, ya que hay referencias a varias generaciones y, gracias a un pasaje de Josefo, la he fechado en otra obra en los años 160-159 a. de C., durante la

persecución que siguió a la muerte en combate de Judas Macabeo. [236] No he visto razón alguna para cambiar este punto de vista.

El movimiento permaneció circunscrito al norte durante un largo período, y allí se le unieron otros. Pero cuando se creyó que ya habían llegado los Últimos Tiempos, la secta regresó a Judea para participar en la lucha final de las fuerzas de los Hijos de la Luz contra los Hijos de la Oscuridad. Las tres fases de la historia de la secta vienen representadas por una interpretación de las palabras de Ezequiel (44, 15): «Pero los sacerdotes levitas, hijos de Sadoq, que cumplieron mi ministerio en el santuario cuando los israelitas se descarriaban lejos de mí, ellos sí se acercarán a mí para servirme, y estarán en mi presencia para ofrecermela grasa y la sangre». La *Regla de Damasco* explica: «Los sacerdotes son los Penitentes de Israel que partieron de la tierra de Judea, y los levitas son los que se les unieron. Los hijos de Sadoq son los Elegidos de Israel, que estarán al Final de los Días». Por lo tanto, la fase de los Hijos de Zadok se relaciona con la época de su regreso.

El objetivo del regreso se manifiesta en la *Regla de guerra* de Qumran: «Los hijos de Leví, Judá y Benjamín, los exiliados en el desierto, lucharán contra ellos [es decir, contra los Hijos de la Oscuridad]... todas sus bandas, cuando los exiliados Hijos de la Luz regresen del Desierto de los Pueblos, para acampar en el Desierto de Jerusalén».

La cuestión es: ¿cuándo se produjo el regreso? Hay varias pistas. La primera indica que se produjo al principio de lo que se consideró como los Últimos Tiempos. Esto, según hemos podido mostrar, se produjo alrededor del final del siglo I a. de C., y, por lo tanto, al principio del reinado de Arquelaos. La segunda pista es que, ahora, el nombre de Zadok aparece en primer plano en los manuscritos, y la comunidad empieza a denominarse Hijos de Zadok o zadokitas, lo que coincide con el advenimiento de Zadok, colega de Judas de Galilea, y con la manifestación de los zadokitas «casi al mismo tiempo que Juan el Bautista» durante la primera fase de sus actividades.

Pero podemos ir más lejos. Las pruebas arqueológicas y numismáticas obtenidas en Qumran muestran que este asentamiento, que pudo haber sido esenio, fue abandonado en el año 31 a. de C., cuando resultó parcialmente destruido por un gran terremoto, y no fue vuelto a ocupar hasta aproximadamente el año 4 d. de C. Tal y como señala Driver, no hay nada que relacione necesariamente a los nuevos ocupantes con sus predecesores, y bien podrían haberse tratado de los seguidores de Judas y Zadok. [237] Si del término «Desierto de los Pueblos» inferimos una conexión con Galilea de los Gentiles [es decir, Naciones], entonces la zona de Damasco, de donde los exiliados regresaron al advenimiento de los Últimos Tiempos, bien podría haber sido la región situada al noreste del mar de Galilea, no muy lejos de donde nació Judas de Galilea. [238] ¿Se referían los zadokitas de los manuscritos a la zona de Qumran cuando dijeron que regresaron para acampar en el «Desierto de Jerusalén»? Fue precisamente en el desierto de Judea, al este de Jerusalén, donde apareció Juan el Bautista, y los zadokitas exigían a todos los que se les unían que «deben separarse de los hombres impíos y marchar al desierto», citando como apoyo de esta idea el mismo texto de Isaías aplicado a Juan el Bautista: «Prepara en el desierto el camino del Señor, y traza en el desierto un camino para Dios».

El ámbito de las manifestaciones de estos Últimos Tiempos se extendió también a Samaria, donde surgió una secta con el nombre de dositeos cuyas tradiciones la relacionan con los zadokitas y con el movimiento de Juan el Bautista. [239] Surgida en el noreste, al principio de la era cristiana, la palabra profética se extendió por el sur y el suroeste como un mar de lava. La excitación aumentó progresivamente hasta alcanzar su clímax en la revuelta judía del año 66 d. de C. Según registra el Talmud (T. J. *Sanh.* 29c), «Israel no caerá en la cautividad hasta que no existan veinticuatro variedades de sectarios» (es decir, hasta que no se doblara el número de las doce tribus).

Éste era el auténtico ambiente de las ideas que influyeron sobre Jesús y le impulsaron a aportar su propia contribución. Aquí estaba el «buen suelo» de la parábola de los Evangelios en el que se echaría la semilla del mensaje del Reino. Por lo tanto, era perfectamente apropiado que, en compañía de Jesús, hubiera zelotes como Simón y Judas Iscariote, y antiguos discípulos de Juan el Bautista como Pedro y su hermano Andrés, y Felipe, procedente de Bethsaida, en el extremo nororiental del mar de Galilea (Jn 1, 44).

Debemos embebernos de esta atmósfera si queremos obtener una verdadera comprensión, para luego ir muy lejos ante lo que hemos observado, y absorber lo que podamos descubrir.

26.- Actitudes reflejadas

Es posible que los lectores familiarizados con el Nuevo Testamento hayan observado ya que algunas actitudes típicas de la cuarta filosofía, en sus variadas expresiones, se reflejan también en los Hechos de los Apóstoles. Parece como si los primeros cristianos hubieran sido fuertemente influidos por el pensamiento de la cuarta filosofía, como consecuencia de aquellos que se sintieron atraídos por Jesús y también de quienes, en número creciente, lo fueron por el movimiento nazoreano. Así pues, debemos considerar con mayor benevolencia la posición adoptada por los nazoreanos, especialmente en aquellos temas que produjeron un amargo conflicto con Pablo.

Muchos eruditos han estudiado estas claras pruebas del impacto ejercido por las ideas, el lenguaje y las prácticas zadokitas sobre la Iglesia primitiva. La afinidad ya había sido observada por algunos de los Padres de la Iglesia, y uno o dos de ellos supusieron que los esenios fueron los cristianos originales, al menos en su aspecto nazoreano. Este punto de vista ha resurgido en los tiempos modernos, particularmente en lo que se refiere a la secta de los ebionitas. Cuando los manuscritos del mar Muerto empezaron a salir a la luz, se observó inmediatamente que los esenios zadokitas se denominaban a sí mismos como los de *Ebionim*, los Pobres, como una de las designaciones del Partido de la Nueva Alianza. El propio hecho de que estas gentes hubieran establecido el pacto de la

Nueva Alianza en la zona de Damasco representó una verdadera sorpresa. Había, además, otros términos y expresiones comunes. Y no sólo eso sino que, a primera vista, la vida y los sufrimientos de la Figura Paterna del Partido, mucho antes de la época de Jesús, el denominado Maestro de Piedad, parecía sugerir que las experiencias de Jesús no eran más que un reflejo de la imagen de este previo Desconocido. Si los cristianos no eran la misma gente, ¿por qué mostraban tantas similitudes?

Sin embargo, no se podían sustentar opiniones tan extremas, aun cuando permanecía el hecho de una afinidad entre zadokitas y nazoreanos, demasiado circunstancial para ser atribuida a la casualidad. Tuvo que haber existido un contacto directo entre los cristianos y el movimiento de la cuarta filosofía. Josefo no menciona nunca a los nazoreanos, pero es al menos posible que se refiera a ellos cuando habla de «otra clase de esenios».

En aquellos pasajes de los Hechos relacionados con los seguidores judíos de Jesús, debemos recordar cuáles eran los objetivos y las intenciones del autor. Intentaba aplacar a las autoridades romanas y modificar el abismo existente entre los apóstoles de Jerusalén y Pablo. Aun así, se mantiene lo bastante cerca de sus fuentes como para preservar valiosos fragmentos de información. Desgraciadamente, omite demasiadas cosas, sobre todo aquellas que más deseáramos saber. Su héroe es Pablo, y relata muy poco sobre los creyentes de Judea que sirva para ilustrar la conversión y la carrera de Pablo, así como la proclamación del evangelio a los gentiles. Debemos recordar que los Hechos abarcan un espacio de casi treinta años, marcados además por los grandes cambios que se produjeron en los asuntos judíos, y por la creciente inquietud y excitación que acentuaron e intensificaron tendencias anteriores. Los Hechos no nos presentan enfáticamente ninguno de estos acontecimientos, y sólo dejando de lado la historia de Lucas, y prestando atención a la narración que nos ofrece Josefo sobre aquellos años, podemos captar el significado de esta circunstancia.

En el capítulo anterior hemos visto que los grupos de la cuarta filosofía habían optado por tres posiciones principales. Eran zelotes por la Torah; antigentiles debido a la contaminación del paganismo; y se oponían al César o a cualquier extranjero como gobernante.

Cuando Pablo subió a Jerusalén por última vez y fue recibido por Jacobo y los ancianos de los nazoreanos, se le dijo: «Ya ves, hermano, cuantos miles y miles de judíos han abrazado la fe [de Jesús], y todos son celosos partidarios de la Ley. Y han oído decir de tí que enseñas a todos los judíos que viven entre los gentiles que se aparten de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos ni observen las tradiciones. ¿Qué hacer, pues? Porque va a reunirse la muchedumbre al enterarse de tu venida. Haz, pues, lo que te vamos a decir: Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen un voto que cumplir. Tómalos y purifícate con ellos; y paga tú por ellos, para que se rapen la cabeza; así todos entenderán que no hay nada de lo que ellos han oído decir de tí, sino que tú también te portas como un cumplidor de la Ley» (21, 20-24).

A continuación, Pablo fue espiado por ciertos judíos de Asia, que le denunciaron como «el hombre que va enseñando a todos por todas partes contra el pueblo, contra la Ley y contra este Lugar» (21, 28).

Durante algún tiempo, en la balaustrada que rodeaba el Templo propiamente dicho, se habían colocado a intervalos advertencias en griego, latín y hebreo, señalando: «A ningún extranjero se le permite la entrada en la balaustrada que rodea el Templo y al interior. Quien sea descubierto será responsable de su propia muerte, que se producirá».

La sencilla afirmación de que los seguidores de Jesús también eran zelotes para la Torah, arroja cierta luz sobre la controversia acerca de la recepción de los gentiles en la comunidad cristiana, iniciada en Antioquía cuando: «Bajaron algunos de Judea que enseñaban a los hermanos: “Si no os circuncidáis conforme a la costumbre mosaica, no podéis salvaros”» (15, 1). En la Epístola a

los Gálatas, Pablo dice que esos hombres eran emisarios de Jacobo, el hermano de Jesús.

Debemos considerar la cuestión de la judaización de un modo diferente. No era una cuestión de un judaísmo conservador *versus* un cristianismo liberal y progresivo. El cristianismo, como religión, no empezó a existir hasta después de la caída de Jerusalén en el año 70 d. de C. La gente de la que nos ocupamos eran representantes de los partidos eclécticos entre los judíos, y los nazoreanos pertenecían a ellos. La época pertenecía a los Últimos Tiempos, cuando Satán intensificaba sus asaltos contra Israel para obligarla a olvidar la Torah. Por ello, se creía que la redención de la nación dependía de la observancia más leal y obediente de la Ley de Moisés. La autorización de la cuarta filosofía había desaparecido. No debía haber compromiso alguno.

La actitud de los diferentes partidos implicados nos la presenta Hipólito en su *Refutación de todas las herejías*,^[240] donde revisa y amplía la información dada por Josefo. Hipólito cree que todos estos partidos particularistas son variedades de los esenios. Al comentar sus actitudes, resalta los extremos a los que estaban dispuestos a llegar. Había quienes se negaban a abandonar sus camas en Sabbath, por temor a violar su santidad. Había otros que jamás tocaban una moneda, sobre la base de que no se debía llevar, mirar o hacer una imagen. Otros no entraban nunca en una ciudad por temor a tener que pasar bajo una puerta adornada con estatuas. Las cosas habían llegado ya a un punto en que los extremistas zelotes, si escuchaban a un gentil hablando de Dios y de su Ley, lo esperaban y lo amenazaban de muerte si se negaba a ser circuncidado.

Tanto la Mishna como Josefo confirman el aumento creciente del fanatismo. El héroe de los extremistas era el bíblico Pinjas (Nm 25, 6-13). Eran capaces de matar a un hombre por cohabitar con una mujer siria. Si un sacerdote servía en el Altar en un estado de impureza, los sacerdotes jóvenes, que eran zelotes, lo sacaban al patio del Templo y le abrían la cabeza a golpes.^[241]

Durante los años cincuenta del siglo I, la situación avanzaba hacia un momento cumbre de intensidad emocional. Como ya hemos visto, una de sus manifestaciones entre los zelotes fue la aparición de los sicarios, que asesinaban a quienes ellos consideraban como negligentes o colaboradores. Josefo informa que aquellos a quienes él llama impostores y bandoleros «formando bandas, incitaban a los demás a rebelarse, exhortándoles a afirmar su independencia, y amenazando con matar a cualquiera que se sometiera a la dominación romana, suprimiendo por la fuerza a quienes aceptaran voluntariamente la servidumbre. Se distribuyeron en grupos por todo el país, saquearon las casas de los ricos, asesinaron a sus propietarios e incendiaron los pueblos. De ese modo, los efectos de su frenesí se sintieron por toda Judea, y a cada día que pasaba esta guerra se convertía en una llama más feroz».^[242]

En los Hechos hallamos un eco de este período cuando se nos dice que un grupo zelote de más de cuarenta hombres se comprometieron a no comer o beber hasta que no hubieran matado a Pablo (23, 12-13). Es típico de Lucas que atribuya este complot simplemente a «los judíos».

Pero en esta atmósfera podemos empezar a comprender la insistencia de los zelotes nazoreanos para que los creyentes gentiles se vieran obligados a circuncidarse y observar la Torah. No nos sorprende que castigaran a Pedro por haber estado con hombres incircuncisos y haber comido con ellos (Hch 11, 3).

Durante esta década hubo defensores de la cuarta filosofía que se dedicaron a visitar a todas las comunidades judías de la diáspora, tratando de asegurarse su apoyo para un levantamiento mesiánico general contra los romanos. Los judíos helenizados esparcidos por todo el Imperio no podían distinguir con facilidad entre zelotes y portavoces puramente nazoreanos. En Tesalónica. Pablo y Silas fueron tomados por agentes de la cuarta filosofía. Los judíos locales, que veían así amenazadas su paz y sus privilegios bajo el Imperio, se alarmaron e informaron a las autoridades,

diciendo: «Esos que han revolucionado todo el mundo se han presentado también aquí... Además todos ellos van contra los decretos del César y afirman que hay otro rey. Jesús» (17, 6-7). Sabemos por nuestras fuentes que los judíos fueron expulsados de Roma por el emperador Claudio por haberse comprometido con la sedición mesiánica, y que a los judíos de Alejandría también se les advirtió contra los predicadores itinerantes que constituían una «peste que amenaza a todo el mundo».^[243] El propio Pablo fue finalmente acusado de ser «una peste de hombre que provoca altercados entre los judíos de toda la tierra y que es el jefe principal de la secta de los nazoreos» (Hch 24, 5).

Los nazoreanos, como los zadokitas, se alegraban con la observancia de los santos días judíos. La *Regla de Damasco* declara: «Pero con aquellos que observan los mandamientos de Dios, Él confirmó la alianza con Israel para siempre... Sus Sabbaths santos y sus gloriosas fiestas, sus testimonios piadosos y sus caminos de verdad». Pablo vio cómo sus propias enseñanzas eran continuamente amenazadas y desautorizadas. Acusa a los gálatas de abandonar su doctrina: «Andáis observando los días, los meses, las estaciones, los años y probablemente los Jubileos de acuerdo con el calendario lunar zadokita» (Ga 4, 10). Pablo también advierte a los colosenses de no permitir a nadie que los juzgue en cuestiones de comida y bebida, o en relación con una fiesta, luna nueva o Sabbath. No deben someterse a las regulaciones de «no tomes», «no gustes», «no toques» (Col 2, 16-22). La posición de Pablo era singular: era considerado como un extraño y hasta muchos de los que le siguieron se negaron a aceptar sus excentricidades doctrinales y abrazaron las enseñanzas nazoreanas ortodoxas.

Teniendo en cuenta todas estas circunstancias, no resulta nada extraño que hubiera un fuerte componente zelote-zadokita entre los seguidores de Jesús. Estaba representado especialmente por una juventud ardiente, militante y revolucionaria (véase Hch 5. 1-11). Josefo dice de la cuarta filosofía que «ha sido el apoyo que le ha

dado la juventud lo que ha causado la ruina de nuestro país» (*Antig. XVIII, 9-10*).^[244]

Según los Hechos, Pedro declara que la exuberante inauguración de la comunidad nazoreana en Jerusalén es el cumplimiento de la profecía de Joel (Jl 2. 28-32), según la cual «En los Últimos Tiempos, Dios dice: “Verteré mi espíritu en toda la carne. Vuestros hijos e hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños”» (2, 16-17). Los ancianos tendrían sus sueños, pero serían los jóvenes los que tendrían visiones y actuarían según ellas. Cuando todo empezó, muchos de los discípulos eran jóvenes de poco más de veinte años, incluyendo quizá al impulsivo Simón Pedro y a los impetuosos hijos de Zebedeo. El gran atractivo de la causa nazoreana era la llamada que hacía a los jóvenes sionistas idealistas y nacionalistas.

Las evidencias de zelotismo entre los primeros cristianos aún pueden descubrirse en los Hechos, a pesar de los objetivos que persigue el libro, así como en los propios Evangelios, especialmente en Mateo y Lucas.

Al igual que los Hechos, los Evangelios fueron escritos después de la guerra judía contra los romanos, cuando Jerusalén y el Templo ya habían sido convertidos en ruinas. Había nuevas condiciones, nuevos problemas, nuevas exigencias de fe. Los Evangelios fueron diseñados para cristianos gentiles, muy alejados de la desolada Judea, en una época en que la Iglesia se estaba distinguiendo de los judíos, mostrando incluso hostilidad hacia ellos. Pero los evangelistas, que reflejaban el cambio de las circunstancias en la presentación de la imagen de Jesús y en sus enseñanzas, no podían contar su historia con verosimilitud sin depender de las fuentes de que disponían, pues esas mismas fuentes les daban la autoridad que necesitaban. Hubo un tiempo en el que se pensó que se basaron fundamentalmente en la tradición oral; pero cada vez está más claro que se basaron sobre todo en documentos ahora perdidos. Pudieron haber organizado su material de un modo

diferente, introduciendo cambios y adiciones, pero no se separaron muy radicalmente de sus fuentes, allí donde dispusieron de ellas.

Había mucha información vital que no se podía obtener, y los evangelistas, especialmente Mateo y Lucas, dejaron los vacíos, confusiones y contradicciones como rompecabezas no resueltos. También retuvieron de los informes de que dispusieron algunos aspectos de las enseñanzas y el comportamiento de Jesús con los que la Iglesia ya no mostraba tolerancia, y con los que no estaba de acuerdo.

Ahora podemos reconstruir aproximadamente algunas de aquellas fuentes, o al menos discernir su carácter. De algunas de ellas es evidente que tuvo que haberse tratado de originales escritos en hebreo o arameo. Los manuscritos del mar Muerto y los *pseudepigrapha* judíos indican la existencia de una considerable actividad literaria llevada a cabo por grupos adictos de la cuarta filosofía. Pero lo que tratamos de manifestar aquí es que si las actitudes zelotes y zadokitas eran predominantes entre los seguidores de Jesús, tal y como hemos señalado, en tal caso lo que se creyó e informó acerca de aquel que «restauraría el reino de Israel» (Hch 1, 6), tuvo que haber sido consistente con ellos. Y la impresión de tales actitudes tuvo que haber quedado reflejada en los libros de texto nazoreanos.

El concepto profético que se tenía del Mesías era que ejemplificaría de modo extraordinario la observancia de la Torah. Muchos miles de judíos creyeron que Jesús era el Mesías. Probablemente no lo habrían creído así si se hubiera sabido que Jesús se había mostrado en contra de la Torah. Un párrafo judío interpreta las palabras de Isaías 9, 6, «el gobierno recaerá sobre sus hombros», como «ha aceptado la Torah sobre sí mismo, para observarla».

Así, vemos a Jesús declarar en el Sermón de la Montaña: «No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una *i* o una tilde de la Ley sin que todo

suceda. Por tanto, el que traspase uno de estos mandamientos más pequeños y así lo enseñe a los hombres, será el más pequeño en el Reino de los Cielos; en cambio, el que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos» (Mt 5, 17-20).

En otra parte, encontramos: «Entonces Jesús se dirigió a la gente y a sus discípulos y les dijo: “En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced, pues, y observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen”» (Mt 23, 1-3).

Jesús insiste en las palabras de la Torah: «Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre Celestial» (Mt 5, 48). «Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura» (Mt 6, 33). No es suficiente con observar formalmente los mandamientos. Los que entrarán en el Reino de los Cielos deben ser conscientes de sus implicaciones.

La misión de Jesús va dirigida exclusivamente al rebaño perdido de la Casa de Israel. Por lo tanto, los apóstoles no tienen que ir a ningún lugar de los gentiles, ni siquiera tienen que ir a ninguna ciudad samaritana (Mt 10, 56).

Evidentemente, surgió la cuestión de si era permisible que el Mesías curara a los gentiles. Una de las respuestas que se dieron parece que fue: sí, pero sólo en circunstancias excepcionales. Hubo el caso del oficial romano que tenía un esclavo enfermo que le era muy querido. Este centurión reconoció no ser una persona digna para que Jesús acudiera bajo su techo. Había enviado a ancianos judíos locales para lograr la ayuda de Jesús, y éstos le dijeron que el hombre se merecía su ayuda «porque ama a nuestro pueblo, y él mismo nos ha edificado la sinagoga» (Lc 7, 1-7), de hecho, Jesús no entra en la casa del gentil.

Hubo otro caso, el de una mujer sirio-fenicia cuya hija fue curada por Jesús. Ella le saludó como Hijo de David y le rogó que se apiadara de ella. Él no contestó, pero ella le siguió, sin dejar de llorar. Los discípulos deseaban que le concediera su petición, aunque sólo fuera por librarse de ella; pero Jesús insistió en que

sólo había sido enviado para los israelitas. Dirigiéndose a ella, le dijo: «No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos». Pero ella se apresuró a replicar:

«Pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos». Entonces, Jesús replicó: «Mujer, grande es tu fe, que te suceda como deseas» (Mc 7, 24-30; Mt 15, 21-28).

En ambos casos se encuentra una justificación para que Jesús cure a un gentil. Por lo demás, y a excepción de uno de entre diez leprosos que luego resultó ser un samaritano, y de dos endemoniados en la zona de Gerasa, que podían no haber sido de religión judía, en los Evangelios no aparece ninguna otra referencia a que Jesús curara a no judíos. Tampoco se dice en ningún momento que entrara en las casas de los gentiles o comiera con ellos.

En las instrucciones que da Jesús a los doce apóstoles hallamos correspondencias con la práctica esenia. «No os procuréis oro ni plata, ni calderilla en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero merece su sustento. En la ciudad o pueblo en que entréis, informaos de quién hay en él digno, y quedaos allí hasta que salgáis» (Mt 10, 9-11).

Josefo dice de los esenios: «A la llegada de alguno de la secta procedente de cualquier parte, se ponían a su disposición todos los recursos de la comunidad, como si fueran suyos propios; y ellos entraban en las casas de hombres a los que nunca habían visto antes, como si se tratara de los amigos más íntimos. En consecuencia, no llevaban consigo nada durante sus viajes, excepto armas para protegerse de los bandoleros. En cada ciudad hay uno de la orden, nombrado expresamente para atender a los extraños, que les provee de vestiduras y de todo lo necesario» (G. J. II, 124-125).

En relación con el juramento. Jesús les dice a sus seguidores que no deben jurar. «Habéis oído también que se dijo a los antepasados: No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos. Pues yo os digo que no juréis en modo alguno..., ni por

tu cabeza, porque ni a uno solo de tus cabellos puedes hacerlo blanco o negro. Sea vuestro lenguaje: “Sí, sí”, “No, no”, que lo que pasa de aquí viene del Maligno» (Mt 5, 33-37).

Refiriéndose al mismo tema, Josefo afirma de los esenios: «Cualquier palabra suya tiene más fuerza que un juramento; evitan jurar, algo que consideran peor que el perjurio; pues dicen que alguien a quien no se cree sin necesidad de apelar a Dios ya está condenado» (G. J. II, 135).

En el Sermón de la Montaña hay otros elementos de las enseñanzas de Jesús que reflejan la mejor ética de los esenios. Podemos citar dos ejemplos. Jesús advirtió contra la cólera y el odio. Los esenios dicen:

«A menos que te mantengas alejado de la mentira y la cólera, y ames la verdad y la paciencia, perecerás. Porque la cólera es ciega, y no permite a nadie ver el rostro de ningún hombre con verdad». Más tarde, se añade: «Porque el espíritu de las cosas odiosas está lleno con Satán, a través del apresuramiento del espíritu; pero el espíritu del amor actúa con la Ley de Dios en el largo sufrimiento que conduce a la salvación de los hombres» (*Testamentos de los doce patriarcas*; Dan 2, 1-2; Gad 4, 7).

Lo mismo sucede con el tema del adulterio (Mt 5, 27-28), sobre el que dicen los esenios: «Aquel que tiene una mente pura en el amor, no mira a una mujer con una mirada de fornicación; porque no hay suciedad en su corazón, porque el Espíritu de Dios descansa sobre él» (Benj.8, 2).

La parábola de las ovejas y los cabritos (Mt 25, 31-46) se basa en la experiencia del patriarca José en Egipto, tal y como aparece en *Testamentos*. Aquí, José declara: «Fui vendido como esclavo, y el Señor me hizo libre; fui tomado en cautividad, y su fuerte mano me socorrió; me vi asaltado por el hambre, y el propio Señor me alimentó. Me encontré solo, y mi Dios me reconfortó; estuve enfermo, y el Señor me visitó. Estuve en prisión, y mi Dios me mostró su favor y me liberó; fui golpeado, y Él abogó por mi causa;

los egipcios me hablaron amargamente, y él me liberó, envió a mi pueblo esclavo y me exaltó» (Jos 1, 3-7).

Hay en el Nuevo Testamento numerosas evidencias de la utilización por parte de la Iglesia primitiva de literatura, ideas y técnicas de interpretación de origen esenio-zadokita. Sin duda alguna, los nazoreanos atraieron a muchos de otros grupos situados dentro de la esfera de influencia de la cuarta filosofía, lo que contribuyó a que la formulación cristiana se basara en buena medida en sus escritos, organización y convicciones. No se podía esperar otra cosa; y ya no se puede sostener que, en sus inicios —y al margen de lo que pasara después—, el cristianismo era distinto de las actitudes contemporáneas existentes en el judaísmo.

Finalmente, llegamos aquí a esa pregunta vital para el pueblo judío que se le plantea a Jesús: «¿Es lícito pagar tributo al César o no? ¿Pagamos o dejamos de pagar?» (Me 12, 14-15). Se pretendía que Jesús contestara, y podría haber dicho sí o no. Pero la pregunta se le había planteado como una trampa. En un caso, Jesús habría reconocido el señorío del César, mostrando así que él no podía ser el Mesías. En el otro caso se habría proclamado abiertamente como un rebelde activo, a quien se podría arrestar y ejecutar inmediatamente, contando además con la posibilidad de que sus seguidores y mucho otros de los presentes se enzarzaran en una lucha violenta que habría causado muchos muertos.

Si la brillante respuesta que dio Jesús no hubiera sido más que un inteligente equívoco, difícilmente habría sido preservada por los nazoreanos entusiastas. En la narración de Marcos, es significativo que Jesús pida que le traigan un denario romano para mirarlo. No se afirma que él mismo tocara la moneda. Preguntó entonces qué imagen e inscripción tenía. Y le dijeron que la imagen del César. El contestó entonces: «Lo del César, devolvédsele al César, y lo de Dios, a Dios». Si Jesús hubiera querido decir que los judíos debían pagar tributo al César, la primera parte de su respuesta habría sido más que suficiente. Pero al introducir la segunda parte, de hecho, como bien sabría percibir su auditorio judío, negaba la primera sin

necesidad de recurrir a una negativa directa. Quienes eran marionetas de Roma podían pagar al César con su propia moneda, mientras que dicha obligación dejaba de existir para quienes consideraban a Dios como el bien supremo. La soberanía de Dios sobre su pueblo, eliminaba la del César.

Está bastante claro que las autoridades judías colaboradoras conocían perfectamente bien las implicaciones de la respuesta de Jesús. Porque cuando los sumos sacerdotes redactaron la acusación contra él, en la lista se encontraba: «prohibiendo pagar tributo al César» (Lc 23, 2).

Así pues, y en una variada serie de conexiones, encontramos facetas de la cuarta filosofía que surgen en las contenidas y a veces contradictorias posiciones de los autores de los Evangelios y de los Hechos. Empezamos así a conocer el verdadero carácter del cristianismo primitivo y las razones de su estricta adherencia al Camino de la Ley, el Camino de la Libertad de toda clase de paganismo.

27.- Nuevas Alianzas

Debemos considerar ahora un aspecto de la situación a la luz de las actitudes judías sobre los Últimos Tiempos. Nos referimos al que se ocupaba de las Alianzas de Dios. La idea de una Nueva Alianza sellada con la sangre de Jesucristo es particularmente preciosa para los cristianos. Fue creada por Pablo y otros para significar que con Cristo se había superado la Antigua Alianza mosaica en lo relativo a la salvación, y que los castigos de la Ley contenidos en las ordenanzas habían quedado abolidos para los creyentes, gracias a la expiación consumada en el Calvario. Pero esto sólo se podía argumentar así siempre y cuando se aceptara otro elemento de las enseñanzas paulinas: que todas las personas, de todas las nacionalidades, que creyeran en Jesús como el Cristo (el Mesías), se convertían por ello mismo en israelitas y formaban parte del verdadero Israel de Dios. De ese modo, estaban bajo la ley de Cristo, con su perfección configurando su comportamiento y transformándoles en nuevos hombres y mujeres.

Esto surge necesariamente de la profecía de Jeremías, en la que se hizo una referencia a una Nueva Alianza, puesto que la predicción sólo se aplicaba a Israel y Judá.

He aquí que días vienen —oráculo de Yahveh— en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza; no como la alianza que pacté con sus padres, cuando les tomé de la mano para sacarles de Egipto; que ellos rompieron mi alianza, y yo hice estrago en ellos —oráculo de Yaveh—. Sino que ésta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días —oráculo de

Yahveh—: pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo... cuando perdone su culpa, y de su pecado no vuelva a acordarme (Jr 31, 31-34).

La toma de conciencia de la Ley interior haría practicable la realización de la Ley exterior. El pueblo observaría la Ley porque se había convertido en algo natural el hacerlo así, y no porque así se lo ordenaran. Ésta fue la interpretación que los nazoreanos opusieron al punto de vista de Pablo; y tenía tanto sentido que una buena parte de los conversos de Pablo fueron ganados a ella, con gran disgusto de él. Optaron por las más completas implicaciones de su recién adquirido estatus de israelitas, en lugar de la incierta identidad que les ofrecía las enseñanzas paulinas.

La profecía de Jeremías forma parte de una serie de visiones sobre los Últimos Tiempos relacionadas con la restauración de Israel y con la redención de Sión, y su cumplimiento sólo podía ser considerado en conexión con lo anterior. De hecho, la Nueva Alianza garantizaba lo imperecedero de la nación judía.

La Iglesia de épocas posteriores se sintió muy feliz de ignorar la mayoría de asociaciones de la Nueva Alianza afirmadas por Jesús como el Mesías e hijo de David, y fue una verdadera sorpresa descubrir, a partir de la literatura zadokita, que, como legalistas de Israel, su comunidad se había comprometido en una Nueva Alianza que era el Camino de la Ley. Sin embargo, ¿cómo podía ser que los convencidos de que los Últimos Tiempos eran inminentes, ocupados habitualmente con el significado profético de las Escrituras, no hubieran tenido en cuenta las predicciones de la alianza?

Los grandes pactos de la Biblia se habían establecido entre Dios y sus elegidos, con Noé, Abraham, Isaac y Jacob, con Moisés, David y Salomón. Dios, por su naturaleza, no podía romper sus promesas. Las alianzas sólo podían ser quebrantadas por los partidos humanos. Aun así. Dios no violaría su palabra y, en consecuencia, para que surtieran efecto las antiguas alianzas, se tenían que reafirmar sobre la base de nuevas condiciones que permitieran su cumplimiento. «La palabra de nuestro Dios

permanece por siempre» (Is 40, 8). «Así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié» (Is 55, 11). La nueva alianza no tenía por qué superponerse a la antigua, sino más bien crear las circunstancias en las cuales la antigua pudiera ser operativa. La Nueva Alianza no podía estar destinada a destruir, sino a cumplir.

La cuarta filosofía estaba decidida, en todos sus aspectos, a combatir todo aquello que contribuyera a retrasar la realización del Reino de Dios, el advenimiento de la era de la salvación y la regeneración. Si poseyéramos los *Comentarios sobre Jeremías*, de origen esenio-zadokita, serían extremadamente reveladores. Pero es suficiente con los manuscritos del mar Muerto y con los *pseudoepigrapha* judíos, para dejar claro que se estaba librando una guerra contra las fuerzas de Belial en relación con las profanaciones que impedían el cumplimiento de otras tres alianzas, la Alianza de la Monarquía, la Alianza del Sacerdocio, y la Alianza de la Tierra.

Jeremías había escrito al respecto:

Mirad qué días vienen —oráculo de Yahveh— en que confirmaré la buena palabra que dije a la casa de Israel y a la casa de Judá.

En aquellos días y en aquella sazón haré brotar para David un Germen justo, y practicará el derecho y la justicia en la tierra. En aquellos días estará a salvo Judá, y Jerusalén vivirá en seguro. Y así se la llamará: Yahveh, justicia nuestra.

Pues así dice Yahveh: No le faltará a David quien se sienta en el trono de la casa de Israel; y a los sacerdotes levíticos no les faltará quien en presencia mía eleve holocaustos y quemar incienso de oblación y haga sacrificio cada día.

Fue dirigida la palabra de Yahveh a Jeremías como sigue: Así dice Yahveh: Si llegareis a romper mi alianza con el día y con la noche, de suerte que no sea de día o de noche a su debido tiempo, entonces también mi alianza romperéis con mi siervo David, de suerte que le falte un hijo que reine sobre su trono y con los levitas sacerdotes, mis servidores. Así como es incontable el ejército de los cielos, e incalculable la arena de la mar, así multiplicaré el linaje de mi siervo David y de los levitas que me sirven (Jr 33, 14-22).

Según los santos, el cumplimiento de estas promesas estaba siendo postergado debido a la corrupción del pueblo y a la impiedad de los sacerdotes. Y todo había empezado con la helenización del

país y había ido cada vez a peor hasta la revuelta del año 66 d. de C.

Los zadokitas citaban a Isaías 24, 17: «¡Pánico, hoy y trampa contra ti, morador de la tierra!». Éstas, afirmaban ellos, eran las tres redes de Belial, en las que Israel se encontraba atrapado. Y las interpretaban como «fornicación, riqueza y profanación del Santuario» (*Regla de Damasco* 6). Lo único que se podía hacer era alejarse, irse al desierto, abandonar la asociación con los malvados y no tomar parte directa en los sacrificios del Templo.

De una forma similar, los *Salmos de Salomón* declaran: «Estaban haciendo el mal en lugares secretos de la tierra; el hijo tenía relación con la madre, y el padre con la hija: y todos ellos cometían adulterio con las esposas de sus vecinos... Saqueaban la Casa del Santísimo, como si no hubiera nadie para entregar o heredar. Y pisoteaban su Santuario con todas sus profanaciones y, en el momento de su separación, profanaban los sacrificios como carne común; y no había pecado que no cometieran, e incluso peor que los gentiles» (5. *Sal.* 8). En consecuencia, «aquellos que amaban las asambleas de los santos se apartaron de ellos, y huyeron como gorriones que abandonan sus nidos, y deambularon por el desierto para salvar sus almas del mal, y consideraban hermoso que se les uniera cualquier alma que se salvara de ellos (es decir, de los malvados)» (5. *Sal.* 17).

El comportamiento de los sumos sacerdotes durante el siglo I d. de Cristo se había convertido en un verdadero escándalo, según afirman todas las fuentes, incluyendo a Josefo y el Talmud. Eran venales y a menudo compraban el cargo a los romanos con oro. Eran arrogantes, avariciosos y opresivos.

Surgió así la expectativa de que Dios enviaría a un nuevo sacerdote a quien revelaría su palabra, y que no tardaría en aparecer el piadoso Hijo de David. De este modo, se creyó habitualmente en la doctrina de los Mesías sacerdotal y davídico, tal y como se refleja en *Testamentos de los doce patriarcas*^[245] y en los manuscritos del mar Muerto.^[246] Los fariseos también esperaban a

los dos Redentores, que tenían su correspondencia en Moisés y Aarón. Los dos de los Últimos Tiempos serían Elías, de la casa de Aarón, y Mesías, el hijo de David.^[247] También parecían estar de acuerdo con esto las palabras de Zacarías: «Así dice Yahveh Sebaot: He aquí un hombre cuyo nombre es Germen: debajo de él habrá germinación (y él edificará el Templo de Yahveh). Él edificará el Templo de Yahveh; él llevará las insignias reales, se sentará y dominará en su trono; habrá un sacerdote a su derecha, y consejo de paz habrá entre ellos dos» (6, 12-13). La aparición de estas personalidades también había sido profetizada por Zerobabel y por Josué, el hijo de Josedec, el sumo sacerdote.

Para los zadokitas, que enfatizaban el papel del ministerio sacerdotal, el sumo sacerdote de la nueva era sería superior al monarca. Para los nazoreanos, que seguían en esto a los fariseos, el Elías regresado sería el predecesor del Mesías davídico. En los Evangelios, ambos se convierten en Juan el Bautista y Jesús; pero algunos sostenían, como en la Epístola a los Hebreos, que un Mesías sería rey y sumo sacerdote a un tiempo, según la orden de Melquisedec.^[248] San Efraím el Sirio insistió en que Jesús era rey y sacerdote a un tiempo, y la tradición recibida por Hegesipo aseguraba que Jacobo, el hermano de Jesús, había oficiado de hecho como sumo sacerdote.^[249] Pero tales interpretaciones violan la predicción de la permanencia del sacerdotado levítico.

Los zadokitas se aplicaban a sí mismos las palabras de Ezequiel:

«Pero los sacerdotes levitas, hijos de Sadoq, que cumplieron mi ministerio en el santuario cuando los israelitas se descarriaban lejos de mí, ellos sí se acercarán a mí para servirme, y estarán en mi presencia para ofrecerme la grasa y la sangre» (44, 15). «Los *sacerdotes* —dicen los zadokitas—son los penitentes de Israel que salieron de Judá; y los *levitas* son aquellos que se les unieron. Y los *Hijos de Zadok* son los Elegidos de Israel, llamados por el nombre que surgirá en el Fin de los Días» (*Regla de Damasco*, 4). Esto parecía conferir un estatus sacerdotal a los laicos; pero, al parecer,

los zadokitas contaban entre sus filas con numerosos sacerdotes, así como con levitas, y en su comunidad distinguían cuidadosamente las órdenes de sacerdotes, levitas y laicos.

Así, leemos:

Al entrar en la [Nueva]. Alianza, los sacerdotes y levitas bendecirán al Dios de salvación y toda su fidelidad, y todos aquellos que entren en la Alianza deberán decir: Amén, amén. Después, los sacerdotes recitarán los favores de Dios, manifestado en sus poderosas obras, y declararán toda su misericordiosa gracia a Israel, y los levitas recitarán las iniquidades de los hijos de Israel y sus culpables rebeliones y pecados durante la dominación de Satán. Y después de ellos, todos aquellos que entren en la Alianza se confesarán y dirán: nos hemos extraviado. Hemos desobedecido. Nosotros, y nuestros padres antes que nosotros, hemos pecado y transgredido los preceptos de la verdad y de la piedad (*Regla de la comunidad, 1*).

Los tres grados funcionaban siempre en orden de precedencia.

Durante todo el «Período de Perversidad» en Israel, hasta la Redención, los zadokitas se negaron a asistir al Templo profanado, y sus sacerdotes no participaban tampoco en los servicios del Templo. Pero continuaron enviando las ofrendas prescritas, siempre y cuando fueran entregadas por una persona en estado de pureza ritual y no fueran colocadas sobre el altar en un Sabbath.^[250]

A través de la cuarta filosofía se transmitió al pueblo la creencia de que los dirigentes extranjeros de Israel eran enemigos del verdadero sacerdotado^[251]. Esto fue fácilmente aceptado por las masas que sufrieron bajo la dominación de Herodes y de Roma, y que detestaban a la jerarquía por estar en connivencia con los romanos, copiar el estilo de vida de los gentiles, y actuar en general de un modo tan escandaloso y arrogante. A medida que se fue desarrollando la revuelta hubo ataques contra los ricos y los aristócratas, y los sumos sacerdotes se contaron entre las primeras víctimas. Los predicadores zelotes azuzaron fácilmente la ira de los desheredados y los oprimidos, afirmando que hasta que no se arrojara a los que habían usurpado la Casa de Dios y el trono, no podría alcanzarse la liberación de Israel.

Para los hombres de buena disposición espiritual no sólo tenía que haber una Nueva Alianza en relación con la observancia de las

Leyes divinas, sino también una Nueva Alianza para redimir las promesas hechas a David y al sacerdotado, que habían sido violadas por los usurpadores y perversos. Los ministros de estas Nuevas Alianzas serían el rey ideal y el sacerdote ideal, que estarían encantados de cumplir la voluntad de Dios con toda pureza y santidad. Comoquiera que Dios no podía romper sus promesas, la rectificación tenía que producirse por parte de quienes la habían roto. El cumplimiento tendría lugar elevando Dios mismo al mensajero sacerdotal de la Alianza, que purificaría a los hijos de David (Mal 1, 3) y a la rama piadosa de David.

La tercera Alianza se refería a la tierra. No se trataba sólo de la Tierra Prometida, sino de la Tierra Santa, la tierra y herencia de Dios (Jr 2, 7). Se trataba de una tierra de la que «se cuida Yahveh tu Dios; los ojos de Yahveh tu Dios están constantemente puestos en ella, desde que comienza el año hasta que termina» (Dt 11, 12). Así pues, Dios también había escogido a Jerusalén, y Sión era su «colina santa» (Sal 2, 6).

La Alianza de la Tierra requería igualmente la fidelidad de Israel. Si el pueblo era obediente, viviría en ella en paz y con felicidad. Pero si se comportaba con maldad, sería azotado por las plagas, los terremotos, las hambrunas y pestilencias, y la invasión extranjera. En último término, sería expulsado y entraría en cautividad.

En consecuencia, los hombres piadosos siempre estaban dispuestos, cada vez que ocurrían desastres naturales, o guerra u opresión, a afirmar que tales desgracias eran los castigos por la impiedad nacional. Y eso lo achacaban especialmente a las horribles iniquidades que se cometían desde los altos puestos.^[252] Los militantes estaban preparados para apoyar a los profetas de la perdición, y para afirmar que la raíz de todos los males estaba en los extranjeros. La presencia de extraños, con sus estilos de vida idólatras, las tentaciones que interponían en el camino del pueblo, era lo que profanaba el país. El remedio consistía en expulsar a todos los extranjeros, y en obligar a todos los residentes gentiles a convertirse en judíos. Entonces, la tierra quedaría limpia e Israel

recuperaría la libertad, aceptando a Dios como el único Señor. Según el punto de vista de los zelotes extremistas, el Reino de Dios no se alcanzaría más que por medio de la violencia.

Por lo tanto, afirmaban que era esencial empezar por capturar Sión y destruir a todos aquellos que la habían convertido en otra Sodoma y Egipto (Rev 11, 8). Se estudiaron con una esperanzada convicción las visiones de Ezequiel, con su promesa de una Nueva Jerusalén. Tanto los nazoreanos como los zadokitas se deleitaban con la futura Ciudad de Dios. Los Elegidos se veían a sí mismos haciendo expiaciones por el país, renovando de este modo la Alianza, mediante la cual se realizarían todas las promesas de restauración, paz y bendición. Dios cumpliría la Alianza de la Tierra mediante el perdón, una vez que el pueblo se hubiera arrepentido.

Había muchos dispuestos a escuchar todas estas proposiciones, a execrar a Belial y a sus aliados, y a considerar las crecientes calamidades de la nación como las señales que precedían el advenimiento de la era mesiánica. Los sufrimientos actuales debían ser considerados como la última pesadilla de los Últimos Tiempos, la hora de la decisión y la enmienda. Quien se volviera hacia Dios y resistiera hasta el final, sería salvado.

Estamos describiendo una atmósfera bastante extraña a la que no es fácil adaptarse. Pero debemos hacer el esfuerzo, porque ése fue el ambiente en el que se produjeron los comienzos del cristianismo, y lo que representó es muy posible que no concuerde con lo que hemos supuesto hasta ahora.

28.- País nazareno

Los seguidores judíos de Jesús eran conocidos comúnmente como nazoreanos (en hebreo *Notsrim*). El nombre de cristianos se creó en un ambiente no semítico, en Antioquía, Siria. Después de la caída de Jerusalén fue aceptado por la Iglesia en el Imperio romano. Pero la vieja denominación persistió en el este, donde los creyentes judíos se mantuvieron durante muchos siglos, para describir a los cristianos en general.

El significado de la designación *Notsrim* es bastante claro: significa los «guardadores» o «preservadores», y se les podía aplicar a quienes mantenían la verdadera enseñanza y tradición, o a los que compartían ciertos secretos que no divulgaban a los demás como hacían los esenios zadokitas. La cuestión es si este nombre tenía también un significado geográfico. ¿Fue conocido Jesús como el Nazoreano, del mismo modo que Judas fue conocido como el Galileo o Gaulanita?

Encontramos un paralelo en otro contexto sectario. Los samaritanos (*Shomronim*), habitantes de Samaria, no se preocupaban de derivar su nombre de Shemer (1 R 16, 24), pero se consideraban a sí mismos como los *Shamerine*, es decir, los que guardaban y observaban la verdadera Ley de Moisés. Su equivalente arameo es *Natsaraya*. En el Evangelio, las parábolas de Jesús se refieren a secretos (misterios) del Reino de Dios, que se dan a conocer exclusivamente a sus discípulos, pero que no son

revelados a «los de fuera», a quienes se aplica lo que se dice en Isaías (6, 9-10), en el sentido de que verán, pero no percibirán, y oirán, pero no entenderán (Me 4, 10-12: Mt 13, 10-17). Con referencia a los alfareros (*yotsrim*) en el libro de Crónicas, el Talmud utiliza la palabra en el sentido de *notsrim* cuando comenta: «No bebemos vino porque nuestro padre Yonadab, hijo de Rekab, nos dio este mandato:

«“No beberéis vino ni vosotros ni vuestros hijos nunca jamás, ni edificaréis casa, ni sembraréis semilla, ni plantaréis viñedo, ni poseeréis nada”».^[253] Como ya hemos visto, Abbot Nilus entendió que los esenios derivaban de los recabitas, y los sacerdotes recabitas estaban en contacto con los nazoreanos.

Nos encontramos aquí en la frontera de uno de los grandes problemas sobre los orígenes cristianos, un problema tanto de localización como de asociación.

Recordemos algunas de las cosas que ya hemos tratado previamente. Los esenios y su ala zadokita daban mucha importancia a los secretos que poseían. Estos secretos eran de muchas clases. Había secretos sobre la interpretación correcta de las escrituras. Estas gentes también afirmaban ser los verdaderos *mantenedores* de las Leyes divinas, y del método de determinar la correcta observancia de las fiestas. Al considerar las ramificaciones de la cuarta filosofía, también hemos observado la estancia de los predecesores de los zadokitas en la tierra de Damasco, de cuyo «desierto de los pueblos» regresaron cuando creyeron llegada la hora de los Últimos Tiempos.

Judas, uno de los principales promotores de la cuarta filosofía en su expresión zelote popular, procedía de Gamala, al este del mar de Galilea. Los movimientos de Juan el Bautista, aproximadamente por la misma época, contaban con simpatizantes galileos y enfatizaban de modo similar el Camino de la Ley, y el eslogan «Ningún gobernante excepto Dios». Había una rama samaritana del movimiento conocida como dositeanos.^[254]

Así pues, disponemos de indicadores que señalan la existencia de un terreno original de movimientos proféticos y conservacionistas en la zona situada al noreste y al este del mar de Galilea. La actividad se alimentaba de elementos que eran legados del antiguo reino de Israel, que había conservado una cierta hostilidad contra Judá y consideraba su religión como corrupta. Cuando se creyó que habían llegado los Últimos Tiempos, las fuerzas que exigían una lealtad más pura a Dios y a su Ley, como medio para la salvación de todo Israel, surgieron de sus bases e invadieron el sur, a ambos lados del Jordán.

Así pues, ahora tenemos que seguir tales indicadores, porque los temas que aparecen son de la máxima importancia para la correcta comprensión de la posición de quienes se adherían a la causa de Jesús el Nazoreano. Las dificultades son grandes porque debemos seguir una serie de líneas de investigación, porque las fuentes son diversas y las cristianas son demasiado mezquinas en cuanto a su información. Algunas de las cosas que vamos a tratar cambian tanto la imagen del cristianismo primitivo que muchos desearán rechazarlas casi instintivamente. Sólo podemos limitarnos a presentar las pruebas, tratando de que su comprensión no sea una empresa demasiado extenuante.

Al igual que quienes construyeron el túnel del rey Ezequías en Siloé, el mejor método parece ser el de ponerse a trabajar desde ambos extremos, para encontrarnos en el centro.

La región de la que nos ocupamos se extiende en una banda horizontal, desde el oeste hacia el este, por el norte de Palestina. En el oeste estaba el río Jordán, que tenía su origen en el mar de Galilea. Al norte estaba el monte Hermón y más al este Damasco. Hacia el este estaba el camino que cruzaba el desierto hacia el Eúfrates y Babilonia, y al sur el territorio de Gilead. El territorio, que comprendía un cinturón de tierras fértiles, estaba cruzado por el río Dan, un afluente del Jordán.

Antiguamente había sido el país de los ameritas, conocido parcialmente como la tierra de Argob. Había sido notable por una

raza indígena de alta estatura, los refaítas o anakitas, supervivientes de la raza que vivía aquí en el momento en que los israelitas conquistaron Og, rey de Basan, cuya capital estaba en Edreí, y de cuya cama se dijo que tenía cuatro codos de ancho por nueve de largo (Dt 3, 1-11). En la región había muchas cuevas, y la propia Edreí tenía vastas cavernas subterráneas que formaban una especie de ciudad subterránea.

A este territorio, llamado por los zadokitas tierra de Damasco y «desierto de los pueblos», emigró un grupo de chasiditas judíos (los Piadosos), buscando refugio ante la persecución iniciada por Antíoco IV, y un lugar donde pudieran mantener su fe en toda su pureza. El ejemplo es bastante familiar en la historia religiosa. Tenemos un indicio de que esta emigración se produjo hacia el año 159 a. de C., tras la muerte de Judas Macabeo, pues Josefo registra que, después de que Judas hubiera sido muerto en combate, «todos los perversos, y los que transgredieron las leyes de sus antecesores, volvieron a invadir Judea y se lanzaron sobre ellos y los molestaron desde todas partes. Una hambruna ayudó a su impiedad y afligió a todo el país, hasta que no pocos de ellos, impulsados por las necesidades y porque ya no podían soportar las miserias ocasionadas por el hambre y por sus enemigos, abandonaron el país y se dirigieron hacia los macedonios (es decir, hacia el norte)». ^[255]

Una de las primeras producciones literarias del chasidismo fue el libro de *Enoc*, que tiene una conexión especial con la zona en la que se asentaron. El libro está construido alrededor de la historia del Génesis según la cual, antes del diluvio, los hijos de Dios bajaron a conocer a las hijas de los hombres y tuvieron relaciones con ellas. La descendencia de esta unión fueron los gigantes (Gn 6, 1-4).

Según Enoc ^[256] fueron ciertos ángeles de los llamados Vigilantes (Dn 4, 13, 17) los que cometieron este crimen. Había unos doscientos de ellos «y descendieron en los tiempos de Jared sobre la cumbre del monte Hermón, porque se habían jurado y comprometido con imprecaciones mutuas (a cohabitar con

humanos)». Encontramos aquí juegos de palabras. Descendieron (en hebreo *jeredu*) apropiadamente en los tiempos de Jared, padre de Enoc, y Hermón fue llamado así por el juramento (en hebreo *herem*) mediante el que se comprometieron (*En. 6, 6*). Las mujeres mortales dieron a luz gigantes que se volvieron contra la humanidad. Entonces, Miguel, Gabriel y otros ángeles dijeron a Dios lo que habían hecho los Vigilantes, enseñando la impiedad en la tierra y revelando las cosas secretas del cielo. La decisión divina fue que los malvados habitantes de la Tierra fueran destruidos por un diluvio, mientras que los ofensores Vigilantes serían arrojados al abismo de fuego, condenados al tormento y a la prisión eterna.

El escenario de toda esta historia se encuentra en la región a la que emigraron los chasiditas. Ahora, se envió al ángel Miguel para informar a los Vigilantes de la sentencia que había recaído sobre ellos. Los Vigilantes se acercaron a Enoc para pedirle que elevara una súplica de gracia, a lo que él se mostró dispuesto. Observamos aquí que, a lo largo de todo el libro, y al igual que los manuscritos del mar Muerto hablan del Maestro de Piedad, a Enoc se le designa con el nombre de Escriba de Piedad, o Verdadero Escriba. Enoc se sienta junto a las aguas del río Dan para estudiar la petición. Se queda dormido y en una visión se entera de que no puede haber perdón para los rebeldes. En consecuencia, cuando se despierta acude a informarles. «Y cuando me desperté, acudí a ellos, y estaban todos sentados con los rostros cubiertos en Ubies-jael, que está entre el Líbano y Seneser». El texto etíope de los nombres está viciado. Posiblemente, en lugar de Seneser debemos leer Genesar, que está en la costa noroccidental del mar de Galilea.

Los lectores cristianos sabrán que los primeros seguidores de Jesús estaban familiarizados con este libro, al que consideraban como de inspiración divina. En Judas aparecen referencias a los ángeles caídos, donde hay una cita directa de *Enoc* en los versos 14 a 15. La historia también encuentra un eco en 2 Pedro.

El propósito de la narración de *Enoc* sobre el castigo de los Vigilantes se pone de manifiesto desde el principio del libro, y está

completamente de acuerdo con la propaganda zadokita.

Empieza diciendo: «Las palabras de la bendición de Enoc, con las que él bendice a los elegidos y piadosos, que vivirán en el día de la tribulación, cuando queden eliminados todos los impíos y paganos. Y Enoc contestó y habló... Lo escuché todo [lo que los ángeles me mostraron] y comprendí todo lo que vi, pero no para esta generación, sino para las remotas generaciones que han de venir» (1, 1-2).

La historia de los ángeles caídos es una lección de lo que les ocurriría en los Últimos Tiempos a todos aquellos que hubieran transgredido la Ley del Señor y hubieran pronunciado arrogantemente palabras orgullosas y duras contra su grandeza. En consecuencia, «los años de vuestra destrucción serán multiplicación en la execración eterna, y no encontraréis compasión... Pero para los Elegidos habrá luz, alegría y paz, y ellos heredarán la tierra». Es como la afirmación cristiana de que cuando llegue el Hijo del Hombre, se producirá una repetición de lo que sucedió en tiempos de Noé (Mt 24, 37-39).

Es imposible no ver la conexión con la visión del Hijo del Hombre de Daniel, explicada para significar que «el reino y el dominio, y la grandeza de los reinos bajo todo el cielo, serán entregados al pueblo de los santos del Altísimo». Esto concuerda con la enseñanza de Jesús de que el Reino de los Cielos sería de los pobres de espíritu, y de que los mansos heredarían la tierra (Mt 5, 3-5). De modo similar, en la *Regla de Damasco* de los zadokitas se dice que «en el período de la cólera... Dios hará que una rama de Israel y Aarón, una raíz de su planta, herede esta tierra».

Para seguir esta última referencia, vemos que, en *Enoc*, a los santos se les llama Planta de Piedad, o Planta Verdadera. Este pensamiento se remonta a Isaías 60, 21: «Todos los de tu pueblo serán justos, para siempre heredarán la tierra; retoño [en hebreo, *neAer*] de mis plantaciones, obra de mis manos para manifestar mi gloria». Esto nos recuerda una vez más las palabras de Jesús:

«Toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será arrancada de raíz» (Mt 15, 13).

Debemos prestar la máxima atención y tener continuamente presente el entretelado de hilos de pensamiento existente en la literatura sobre todas las manifestaciones del Camino, para poder así dejar de considerar a los cristianos como un fenómeno único. Cada vez aparece con mayor claridad la existencia de una fertilización cruzada, y que el término nazoreano se refiere a un grupo de sectas con fuertes afinidades, así como con ciertos rasgos característicos. Debemos dejar a un lado el paulismo, sobre el que se basa en buena medida lo que más tarde sería el cristianismo ortodoxo, para reflejar la verdadera posición de quienes fueron los primeros seguidores de Jesús el Nazoreano. De igual modo, debemos abandonar la idea de que podemos conocer al verdadero Jesús a través de la interpretación que más tarde hicieron los cristianos de él. Ahora, toda nuestra perspectiva debe cambiar radical, y quizá dolorosamente, a medida que va surgiendo más información.

Tras haber echado un vistazo al extremo más alejado del túnel y encontrado una línea que conduce hacia dentro, podemos volvernos hacia el extremo más cercano, tan próximo a nosotros que, de hecho, es contemporáneo.

Existen dos clanes supervivientes con una larga historia tras ellos, y que tienen una antigua asociación con la región por la que estamos interesados. Los dos poseen una similitud en cuanto a su nomenclatura.

El primero es el de los nusairiyeh, un pueblo misterioso que se encuentra principalmente en Siria, y cuyos antepasados pertenecieron a la región situada al sur del Líbano.^[257] No se sabe aún con seguridad cuál fue su origen. El doctor Thomson, autor de una popular obra victoriana. *La Tierra y el Libro*, tuvo varios encuentros con los nusairiyeh. Ellos se mostraron extremadamente evasivos sobre su religión, y el buen doctor sólo pudo suponer que afirmaban ser cristianos, aunque no como los otros, que veneraban

a Moisés y a Jesús. La persecución a la que habían sido sometidos por los seguidores del Islam les hacía ser muy precavidos. Celebraban sus ceremonias en secreto, y el autor añade: «Si alguno de sus miembros divulgaba sus secretos, sería asesinado sin remordimiento, piedad o dilación». Las referencias islámicas ilustran que, al igual que nuestra otra secta, los nusairiyeh habían absorbido ideas de varias fuentes a lo largo de su historia. No obstante, su existencia, al igual que su nombre, siguen constituyendo un lazo de unión con el pasado, algo que no debemos ignorar.

Es concebible que este pueblo nos retrotraiga a aquellos nazarenos o nazareanos precristianos, descritos por Epifanio en el siglo IV como supervivientes asentados en Gilead o Basan. Por su religión, estos nazarenos eran una especie de judíos, pero en sus creencias se hallaban más estrechamente relacionados con los samaritanos dositeanos. Afirmaban estar en posesión de la verdadera Ley de Moisés, que difería de la de los judíos, tal y como decían los samaritanos. En este sentido, dice Epifanio, eran como los oséanos.

El obispo Epifanio, que en su gran obra *Panarion* se dedicó al estudio de numerosas sectas, se enfrentó valientemente con los problemas de identificación debidos a la similitud de nombres — oséanos y jeseanos, nazarenos y nazoreanos—, y con la relación que éstos pudieran tener con los cristianos, a los que también se llamaba nazoreanos. A ello se añadía la complicación adicional de los devotos judíos llamados naziritas. Ciertamente, resulta difícil salir de este laberinto, ya que todos estos grupos se encuentran aproximadamente en la misma región.

Más tarde volveremos sobre el mismo problema. Pero, por el momento, vamos a circunscribirnos a los nazarenos. Es posible que los nusairiyeh se remontaran hasta ellos. ¿Eran el pueblo de este territorio? En Plinio encontramos una referencia a una tetarquía nazerí (*Historia natural* 5, 81). Esto estaba cerca de Coele-Siria. Plinio escribió en el siglo I d. de C., pero es un misterio saber cómo descubrió el nombre. La única tetarquía existente en las cercanías

era la creada por Augusto para Filipo, hijo de Herodes el Grande, que comprendía Batanea (Basan), Auranitis, Traconitis y parte de Iturrea, en la región de Panea (más tarde Cesárea Filipi). Medio siglo después, y con ciertas ampliaciones, fue asignada a Agripa II. La Auranitis (el Haurán) tenía la reputación de ser un nido de rebeldes y descontentos.

Justo al otro lado de la región había vestigios de pueblos más antiguos que habían conservado un cierto grado de independencia, y que eran considerados como taciturnos y poco comunicativos. Como hipótesis de trabajo, se puede sugerir que la región fue conocida como país de los nasarenos o nazarenos (véase el Seneser de *Enoc* y Genesar, convertido en Genezaret), situada junto al mar de Galilea. Algunos eruditos han propuesto que la zona oriental de Galilea de las Naciones fue denominada Nasara de Galilea. La zona más amplia parece venir indicada en la profecía de Isaías, en el sentido de que en los Últimos Tiempos, Dios glorificaría «el camino del mar, allende el Jordán, el distrito de los Gentiles» (Is 9, 1-2), donde el pueblo que andaba a oscuras vería una gran luz.

¿Quiere esto decir que el país nativo de Jesús era la zona oriental de Galilea? ¿Y pudo esta reputación crear el proverbio judío «¿Puede venir algo bueno de Nazaret?»? (Jn 1, 46).

Todavía no estamos preparados para desarrollar este tema y debemos volver ahora a nuestro segundo hilo, representados por aquellos que son conocidos como mandeanos, pero que se llaman a sí mismos nazoreanos. Con el propósito de distinguirlos de los nazoreanos cristianos, cuando hablemos de ellos nos referiremos a los nazoreanos mandeanos. Éstos sobrevivieron en condiciones bastante miserables en los terrenos pantanosos del bajo Eúfrates, y han sido estudiados detalladamente. Una buena parte de su literatura ha sido traducida por la amiga del autor, la ya fallecida lady Drower, así como previamente por Lidzbarski y otros.

Estas gentes han sufrido tantas vicisitudes a lo largo de los siglos, que sus tradiciones son confusas y los escritos que se han conservado no son de una gran antigüedad. No obstante, sabemos

que, en su origen, fueron una rama del movimiento conectado con Juan el Bautista, que más tarde incorporó conceptos gnósticos y algunos irano-babilonios. Según las enseñanzas que exponían, Jesús fue tratado como un falso profeta, a quien Juan el Bautista se había negado en principio a bautizar. Sabemos por los textos nazoreanos clementinos que en una primera fase se produjo un conflicto entre los bautistas y los nazoreanos cristianos, en relación con el tema de quién había sido el Mesías, si Juan o Jesús. La tradición nazoreano mandeana es hostil a los judíos porque, al principio, fueron perseguidos por ellos en Jerusalén. Estamos muy interesados en esta tradición ya que el nombre de «nazoreano» enlaza a los primeros mandeanos con los primeros cristianos.

Un texto mandeano estudiado por el doctor Rudolf Macuch^[258] da pie al punto de vista según el cual esta persecución se puede fechar en el año 37 d. de Cristo. Matthew Black comenta: «Es posible que nos encontremos aquí con un movimiento de cristianos, emigrados de Palestina, aunque la fecha resulta curiosa». En cualquier caso, lo que afirma el *Harán Gawaita* mandeano es que los nazoreanos mandeanos huyeron de Judea —se cita el número de 60 000, pero probablemente deberíamos leer 6000—, y encontraron asilo en el Haurán (Auranitis). «Hay una frase en los himnos bautismales —escribe lady Drower—: “Con Haurán nuestras prendas, en Haurarán nuestro refugio”, que pueden indicar la posibilidad de que estos nombres de lugares se refieran a distritos geográficos, donde antiguamente encontraron cobijo los perseguidos religiosos».

Pero ¿por qué sería curiosa la fecha del año 37 d. de C.? Al parecer, a estas autoridades en la materia no se les ha ocurrido pensar que aquí nos encontramos con la misma persecución que estalló tras el martirio de Esteban, y que encontró en Saulo de Tarso su más ávido instrumento. Los Hechos parecen circunscribir las víctimas del ataque a los seguidores de Jesús; pero esto no tiene por qué ser necesariamente correcto. La acción podría haber estado igualmente dirigida contra los bautistas y los zadokitas, todos ellos

grupos que creían en el advenimiento de los Últimos Tiempos, los del Camino de la Ley, el Camino de la Libertad, cuya ardiente propaganda era considerada por las autoridades prorromanas como altamente peligrosa. Se nos ha enseñado a pensar que el nazoreanismo no estaba confinado a los seguidores de Jesús, sino que estaba relacionado con todos los defensores de la cuarta filosofía. Así, los acontecimientos del año 37 d. de C. adquieren una nueva importancia histórica.

Los que fueron dispersados huyeron hacia el norte. Algunos, al parecer, se dirigieron a Samaria y, siguiendo la costa, llegaron hasta Fenicia y Siria (Hch 8, 1; 11, 19). Pero, evidentemente, otros muchos cruzaron el Jordán cerca de Jericó y, a través de Gilead y Basan, llegaron al Haurán, el territorio de Damasco, el lugar original donde se refugiaron los zadokitas, donde tuvieron que haber permanecido muchos de ellos.

¿Quién era el Ananías de Damasco que abrió los ojos a Saulo y le habló sobre el Justo? ¿Fue acaso un zadokita?

Otra tradición sobre esta persecución, conservada en *Reconocimientos* clementinos, informa que 5000 de los discípulos bajaron a Jericó,^[259] donde recibieron informes secretos de que Saulo había sido encargado de ir a Damasco para hacer estragos entre los fieles, y que se apresuraba a llegar allí porque creía que era el lugar al que había huido Pedro (I. 71).^[260] Siempre ha sido un misterio el hecho de que las autoridades de Jerusalén consideraran la región de Damasco como una zona de concentración de seguidores del Camino. Los manuscritos del mar Muerto y la literatura mandeana nos ayudan ahora a explicar este misterio.

Pero regresemos específicamente a los nazoreanos mandeanos: sus registros indican que, a partir del Haurán, se movieron más tarde hacia el noreste, en dirección a Harán, hasta que finalmente llegaron al Eúfrates, donde se encuentran actualmente. En otras palabras, seguían aproximadamente, pero al contrario, la ruta tomada por Abraham cuando llegó a Harán procedente de la Ur de los caldeos, y finalmente se instaló en Caná. Siguiendo una ruta

muy similar el eminente fariseo Hallal había llegado a Judea procedente de Babilonia, durante la época de Herodes el Grande. [261] De hecho, y según nos informa Josefo, los judíos de Babilonia seguían habitualmente esta ruta cuando acudían a Jerusalén en peregrinación.

Así pues, desde el extremo más cercano del túnel también nos movemos hacia el interior, encontrándonos siempre en un punto de conjunción situado en la misma zona particular. Las diversas sectas que nos interesan y que tanto confundieron a Epifanio, estaban en contacto en la región tenazmente independiente que les daba asilo a todas ellas.

Pero no hemos terminado todavía con el celoso Padre de la Iglesia. Él afirma que los seguidores de Jesús fueron conocidos inicialmente como jesaenos. Eso pudo haberse debido a Jesse, el padre del rey David, teniendo en mente la predicción de Isaías de que alguien surgiría del retoño (*nezer*) del tronco de Jesse (11, 1). Pero Epifanio cree que los jesaenos fueron probablemente los conocidos como terapeutas, familiares para Filón, en Egipto. Así pues, por jesaenos se está refiriendo a los eseanos o esenios, a los que identifica con los cristianos porque el nombre hebreo de Jesús debe ser traducido como *therapeutes*, con la asociación de físico o salvador (*Panar.* 29).

Con ello aparece en la imagen un nuevo nombre: el de los naziritas.

Epifanio sabe que este nombre no tiene nada que ver con los nazoreanos. Los naziritas eran personas que habían sido dedicadas a Dios, como Sansón y Samuel [262], o que habían aceptado un voto temporal o permanente. Una característica de los naziritas era que nunca se cortaban el pelo y se abstenían de ingerir intoxicantes. Decididamente, Jesús no era nazirita y en las imágenes más antiguas de él se le representa con el pelo corto. Los naziritas, sin embargo, no formaban una secta y ni siquiera una orden especial; y el hecho de que algunas sectas o grupos favorecieran el ascetismo, y fueran abstemios y vegetarianos, no nos autoriza a llamarlas

naziritas. Algunos de los individuos pertenecientes a ellas pudieron aceptar los votos naziritas, pero lo mismo hacían otros muchos judíos. La Mishnah dedica toda una sección de legislación a los nazirs, tanto hombres como mujeres.

No es necesario tratar aquí otras sectas citadas y descritas por los heresiologistas cristianos. Los eruditos las conocen bien y los detalles sobre ellas no harían más que confundir al lector. Es suficiente con decir que existían ciertas afinidades entre quienes vivieron antes de la época de Jesús, especialmente al principio del siglo I. Más tarde, después de la primera y la segunda revuelta judía contra Roma, se produjo una mayor multiplicación de sectas con un intercambio aún mayor de creencias y prácticas entre ellas. Lo que debemos retener como dato importante es que fue la zona general situada alrededor de lo que conocemos como territorio nazareno, la que tanto contribuyó inicialmente al surgimiento de la preocupación por los Últimos Tiempos, y donde se dieron también los últimos impulsos relacionados con la misma.

Ahora, estamos razonablemente bien preparados para alcanzar el lugar de encuentro sobre el que han convergido nuestras dos líneas de investigación.

29.- Lugar de encuentro

Los nazoreanos, que fueron los partidarios judíos de Jesús seguían siendo muy activos y florecían en el siglo IV, cuando Epifanio y Jerónimo se familiarizaron con ellos. Sus comunidades y sinagogas se desparramaban por un arco que se extendía desde la costa siria, a través del norte de la Transjordania, hasta Perea. Poseían y utilizaban en exclusividad un evangelio en arameo conocido por los Padres de la Iglesia como el Hebreo Mateo o *Evangelio de los Hebreos*. Los ebionitas, más sectarios, parece ser que emplearon el mismo evangelio, aunque con ciertas variaciones. Gracias a citas que han conservado partes del texto, sabemos que esta obra tenía correspondencias con Mateo, en particular, pero también con Lucas. Contenía asimismo tradiciones independientes y lecturas alternativas a los escritos canónicos. Su composición no debió de haberse efectuado mucho después de mediados del siglo II, y una parte del material pudo haber sido muy antiguo e importante.^[263]

Según Epifanio se encontraba nazoreanos de todas clases, incluidos los ebionitas, en Beroea (Alepo), en Coele-Siria, y también en la Decápolis, en la proximidad de Pella y, en general, en la Transjordania, en Batanea (Basan) y en un lugar llamado Cocabe (en hebreo Cochabe), situado en la zona de Carnaim, en Arnemi y Astarotae (Ashtaroth-Karnaim). Véase *Panar.* 18, 1; 29, 7; 30, 2.

Esta información, al igual que informaciones anteriores, como veremos, nos dirige hacia la parte oriental del Jordán. Esto concuerda con lo que ya hemos visto hasta ahora. En el período precristiano se produjo la emigración zadokita al noreste, la tierra de Damasco, el desierto de los pueblos. Judas de Galilea procedía de Gamala, en la Gaulanitis. Juan el Bautista reflejaba al profeta Elías, que había sido nativo de Gilead. Al principio del movimiento nazoreano cristiano hubo una persecución que obligó a muchos refugiados a buscar asilo en la región de Damasco, y los nazoreanos mandeanos recuerdan que, en esta época, su pueblo huyó al Haurán. Después, cuando estalló la revuelta judía contra los romanos, la tradición cristiana insiste en que los seguidores de Jesús en Judea, obedeciendo la predicción de Jesús o cualquier otra revelación, cruzaron el Jordán cerca de Jericó y se establecieron en las cercanías de Pella, en la Decápolis.

La Galilea occidental, tanto la del norte como la del sur, no aparece en esta imagen como una importante zona de concentración, aunque sabemos que hasta allí fueron a parar algunos nazoreanos cristianos, ya que varios rabinos los encontraron allí desde el siglo I hasta el siglo IV, y los escritos nazoreanos estaban en la biblioteca del Colegio Rabínico de Tiberíades, la sede del patriarca judío.^[264]

Esto hace surgir en un primer plano el tan debatido problema de Nazaret. Sigue dudándose de si la Nazaret hacia la que millones de cristianos han dirigido sus pasos, fue, en efecto, el lugar donde se asentó la familia a la que pertenecía Jesús, y donde él creció hasta hacerse hombre. Aparte de una dudosa referencia que puede remontarse hasta el siglo VI, ninguna mención de esta Nazaret se hace en ninguna descripción previa de la Galilea occidental. En este territorio se menciona a Cana, así como Magdala y Cafarnaúm, pero no Nazaret.^[265]

La tetraarquía nazarina de Plinio no parece que estuviera en la Galilea occidental.^[266] Tenemos que distinguir entre una palabra hebrea escrita con la letra *samech* (con lo que sería *Naser* o *Nosar*),

y otra palabra escrita con la letra *tsadi* (con lo que sería *Natsrath*), asociada con la palabra *netzer* en relación con Nazaret. El empleo de la letra «z» está mal interpretado en ambos casos.

Así pues, el territorio hacia el que dirigimos nuestra atención es, según Josefo, el correspondiente a la tribu de Naftalí. Dicho territorio se extendía desde la alta Galilea, hasta el norte del monte Líbano (Hermón) y las fuentes del Jordán, y por su parte oriental hasta Damasco (*Antig. V, 86*). La cuna de los militantes y mesianistas judíos fue el norte de Transjordania en la época de la que estamos tratando. En la guerra contra los romanos, cuando Vespasiano arrasó Galilea y ocupó Tiberíades, la espina dorsal de la revuelta estaba formada por luchadores judíos por la libertad procedentes del este. Josefo los describe en términos despreciativos como «una muchedumbre procedente de la Traconitís, la Gaulanitis, Hippos y Gadara, sediciosos y fugitivos, cuya infame carrera en tiempos de paz se vio estimulada durante la guerra» (*G. J. III, 542*). Esta referencia, incidentalmente, apoya la idea de que la Transjordania era una región familiar como lugar de asilo.

Supongamos que el Nazaret de los Evangelios se encontraba en el este. ¿No estaría esto más de acuerdo con el proverbio «¿Puede venir algo bueno de Nazaret?»? ¿Y no se adaptaría eso mucho mejor a las circunstancias de la predicación de Jesús en la sinagoga de Nazaret, según informa Lucas?

Jesús habla de un texto en Isaías que promete buenas noticias para los pobres, la liberación de los cautivos, libertad para los oprimidos, sentimientos que, sin duda alguna, atraían a la gente. A continuación, dice a sus oyentes: «Lo que hemos oído decir que habéis hecho en Cafarnaúm, hacedlo también aquí, en vuestro propio país». Si suponemos que Jesús sabía que muchas gentes de la localidad eran militantemente nacionalistas, eso podría explicar lo que sigue a continuación. Citando al profeta transjordano Elías y a su sucesor Elisa, recuerda a la gente que, aun cuando había muchas viudas y leprosos en Israel, estos profetas fueron enviados a los paganos, a una viuda de Fenicia y a un hombre que era sirio.

Esto fue un insulto que encrespó el sentimiento nacionalista, y la congregación se encolerizó y se indignó para expulsar a Jesús.

El discurso puede muy bien haber sido apócrifo, pero si el autor había leído a Josefo —como hay pruebas de que así fue—, conocería bien los sentimientos y actitudes de las gentes del noreste.

Elías, y probablemente también Elisa, eran figuras heroicas de los grupos que abrazaban la cuarta filosofía. Juan el Bautista aparece con la personalidad de Elías, prometiendo que del cielo descendería el fuego sobre los impíos. Algunos de los milagros atribuidos a Jesús parecen haber sido inspirados por las hazañas de estos profetas, tal y como se relatan en Reyes, como por ejemplo resucitar a un joven, el hijo de una viuda (Lc 7, 11-16), la cura de leprosos, y el alimentar a una multitud dejando incluso sobras (véase 2 R 4, 42-44).

Podemos intercalar aquí un pasaje rabínico sobre Elisa. «Se ha escrito» (2 R 8, 7), «Y Elisa fue a Damasco». ¿Por qué fue a Damasco? R. Jochanan dice que fue para convertir a Gehazi (su siervo) al arrepentimiento, pero él no se arrepintió. «Le dijo: “Arrepiéntete”, pero él contestó: “Tú mismo me has dicho que a quien ha pecado y ha hecho pecar a la multitud, no se le da la oportunidad del arrepentimiento”» (véase *Sotah* 47a, y también *San.* 107a).

Gehazi, que aceptó un soborno de Naaman el Sirio es tratado en el Talmud, junto con otros, como un tipo de herético inflexible. Recordemos también que Pablo fue a Damasco para arrestar sectarios. La discusión rabínica es pertinente aquí porque tuvo que haber sido bien conocido para los eruditos judíos de los siglos III y IV que los herejes judíos predominaban desde hacía tiempo en la región de Damasco.

El Talmud también menciona a Ben-Netzer como un cabecilla de bandoleros con pretensiones a convertirse en rey.^[267] No se ha determinado nunca de un modo satisfactorio a quién se refiere, pero el nombre tiene una connotación mesiánica, derivada de que es

retoño o descendiente del tronco de Josué en Isaías 11, 1. Ocurre aquí igual que con Bar-Cochba, el líder de la segunda revuelta en el año 133 d. de C., cuyo nombre real, Cosiba, fue cambiado para reflejar la profecía de Balaan (Nm 24, 17) sobre la estrella (*cochab*) que vendría de Jacob.

Lo interesante es que encontramos la profecía del Retoño y la de la Estrella unidas por los cristianos primitivos como un testimonio de Jesús. Así, Justino mártir dice: «Isaías, otro profeta, habló así: “Una estrella se elevará de Jacob, y una flor surgirá de la descendencia de Josué”» (I *Apol.* 32). Al parecer, Justino no sabe que la primera parte de su cita es de Números, y no de Isaías. El mismo fenómeno se produce al principio del Evangelio de Marcos. Hay aquí una cita de Malaquías 3, 1, seguida inmediatamente de una de Isaías 40, 3, aunque todo el texto se adscribe a este último. Encontramos otros ejemplos en los que una predicción, considerada como de aplicación a Cristo, es atribuida a una errónea autoridad del Antiguo Testamento. También descubrimos que, al citar los testimonios proféticos referidos a Cristo, algunos de los Padres de la Iglesia cometen el mismo error. Esto parece indicar que no se estaban haciendo referencias directas a la Biblia, sino a una colección de *Testimonia*, en los que se habían ordenado diversos pasajes, tomados de libros diferentes del Antiguo Testamento, bajo temas iniciados con las palabras de un profeta particular. Un grupo, por ejemplo, trataría de los textos de la Piedra en los Salmos, Isaías y Daniel.^[268]

Lucas atribuye al propio Jesús las instrucciones sobre los testimonios (Lc 24, 44), y es posible que en las palabras utilizadas encontremos la frase inicial de un libro primitivo de Testimonios: «Con el auxilio de Dios hasta el presente me he mantenido firme dando testimonio a pequeños y grandes sin decir cosa que esté fuera de lo que los profetas y el mismo Moisés dijeron que había de suceder: que el Cristo había de padecer y que, después de resucitar el primero de entre los muertos, anunciaría la luz al pueblo y a los

gentiles» (véase Jn 5, 46; Hch 26, 22-23). El recuperado *Evangelio de Tomás* comienza de una forma bastante similar.

La compilación de los *Testimonia* es adscrita por Papías (c. 140 d. de C.) a Mateo. «Mateo compiló los Oráculos en lengua hebrea, y cada cual los interpretó [o expuso] como fue capaz»^[269]. Esto podría haber sido conocido como el *Evangelio de Mateo*, del mismo modo que una colección de dichos de Jesús podría haberse conocido como *Evangelio de Tomás*, equivocando así a escritores posteriores que imaginaban que la referencia se hacía al Mateo canónico. Esta pequeña obra, un manual esencial para los misioneros cristianos, especialmente en relación con los judíos, fue dispuesta, al igual que los libros de Moisés, en cinco libros. Sobre esta base, Papías produjo su propia obra en cinco libros y la tituló *Exégesis de los Oráculos pertenecientes al Señor*.

El documento de Mateo era conocido por los primeros rabinos, pues ellos transmitieron una tradición de que Jesús tuvo cinco discípulos: Matthai, Naqai, Netzer, Buni y Thodah. El pasaje en el Talmud (véase *San.* 43 a) se refiere a textos probatorios expuestos por los seguidores de Jesús, así como a contratextos empleados para refutar a los anteriores. El autor señaló ya hace tiempo que estos cinco discípulos representan las cinco divisiones del Libro de los Testimonios,^[270] y el primer nombre que surge es el del compilador Mateo (Matthias).^[271] Observemos que su tercera sección (*Netzer*) habría tratado presumiblemente de los testimonios del Retoño y la Rama, lo que explicaría por qué la predicción que aparece en Mateo 2, 23, según la cual Jesús sería llamado el Nazoreo, se adscribe a los profetas (en plural). La evidencia patrística sugiere que la obra original en hebreo fue ampliada en las versiones griegas posteriores para reflejar así los avances del pensamiento cristiano, y que fue precisamente esa versión la que utilizó Justino.

Pero ya hemos hecho una amplia digresión —aunque quizás haya sido útil—de lo que estábamos observando, es decir, la conjunción de las predicciones de Netzer y Cochab en una sola

profecía. A la luz de la referencia de Justino, es necesario recordar que uno de los centros nazoreanos situados en Batanea, al este del Jordán, se llamaba Cochabe o Cochaba. La tradición dice que fue en las cercanías de este lugar, al sudoeste de Damasco, donde Saulo de Tarso tuvo su visión de Jesús.

Siguiendo esta pista, podemos esperar que no muy lejos de Cochaba descubramos una localidad de Netzer. Y no nos sentiremos desilusionados.

En su *Historia eclesiástica*, Eusebio hace referencia a la *Carta a Arístides*, de Julio Africano. En esta carta, que trata sobre las genealogías de Jesús en Mateo y Lucas, Julio recoge una tradición sobre los miembros de la familia de Jesús que habían sobrevivido a la guerra de los años 66 a 70 d. de C. Se enorgullecían de su descendencia davídica y, a partir de recuerdos o de registros privados, compusieron su árbol genealógico. Julio continúa diciendo: «Éstos procedían de Nazara y Cochaba, pueblos judíos, y llegaron a otras partes del país, explicando la genealogía citada lo más fielmente que les era posible al libro de las Crónicas» (*Hist. ecl.* 1, 7).

Aquí, hacia finales del siglo I d. de C., encontrando a miembros de la familia de Jesús residiendo en lugares denominados significativamente Nazara (Villa de los Retoños) y Cochaba (Villa de la Estrella). Presumiblemente se les llama pueblos judíos porque estaban en la zona donde había muchos no judíos, y no lejos de las ciudades griegas de la Decápolis. Fue a Pella, en la Decápolis, adonde se dirigieron los nazoreanos cristianos procedentes de Judea y Jerusalén poco antes de que estallara la guerra contra los romanos. Si aceptamos la afirmación de Epifanio citada al principio de este capítulo, en el sentido de que Cochaba estaba en Batanea, deberíamos buscar Nazara en el mismo distrito. Fue aproximadamente en esta zona donde, después de la guerra, parece ser que los cristianos nazoreanos instalaron una especie de gobierno en el exilio bajo un primo de Jesús llamado Simeón, hijo de

Cleofás. Eusebio se refiere a esto, basándose en las pérdidas *Memorias* de Hegesipo, escritor del siglo II.

Tras el martirio de Jacobo [es decir, el hermano de Jesús] y la captura de Jerusalén, que se produjo inmediatamente después, se informa que aquellos apóstoles y discípulos del Señor que habían sobrevivido se reunieron desde todas partes con aquellos relacionados con el Señor por lazos de sangre, pues la mayor parte de ellos aún vivían. Estos consultaron entre sí para determinar quién era el más adecuado para suceder a Jacobo. Y unánimemente declararon a Simeón, hijo de Cleofás, a quien se menciona en el volumen sagrado [es decir. Lc 24, 18] como digno de la sede episcopal de allí. Dicen que era un primo hermano del Salvador, porque Hegesipo asegura que Cleofás era el hermano de José (Hist. ecl. III, 11).

Surge entonces la cuestión: ¿cuándo aparecieron estos pueblos de nominación mesiánica? ¿Fueron creados mucho antes por una corriente de piadosos judíos? Y, desde luego, tenemos que plantearnos entonces: cuando los parientes de Jesús se encuentran en estos pueblos después de la guerra, ¿estaban regresando a sus hogares ancestrales? ¿Era esta Nazara la Nazaret de los Evangelios donde —según Lucas— se había asentado la familia de Jesús antes de que éste naciera?

Se trata de un problema al que no se puede dar una respuesta clara. Hemos tenido en cuenta toda una serie de factores que nos indican la zona oriental, en lugar de la occidental de Galilea. Todas las actividades iniciales de Jesús se llevaron a cabo al norte del mar de Galilea, a una distancia considerable de la Nazaret tradicional. No se ha explicado el porqué, partiendo de alguna parte situada en la baja Galilea occidental, Jesús y su familia (Jn 2, 12) se trasladaron a Cafarnaúm, al principio del lago. Pero si hubieran partido de Batanea, eso habría sido algo más natural. Entre los primeros seguidores de Jesús había pescadores que vivían en Betsaida, en el extremo norte del lago, algunos de ellos con nombres griegos, como Andrés y Felipe. La afirmación de que Jesús era el Mesías se hizo en el norte, en Cesárea Filipi.

Un interesante pasaje de Josefo puede arrojar cierta luz sobre el problema. Hacia el año 23 a. de C., César Augusto añadió al reino de Herodes el Grande los territorios de la Traconitis, Batanea y la

Auranitis. La razón que le movió a hacerlo así fue el comportamiento de Zenodoro, «que incitaba permanentemente a los bandoleros de la Traconitis a molestar a los habitantes de Damasco» (G. J. I, 398). La información a la que nos referimos, sin embargo, aparece en *Antigüedades*. Al parecer, Herodes, tras haber obtenido este territorio, quiso asegurarlo contra las incursiones de los traconítidas. Aquí podemos citar a Josefo con cierta amplitud:

Cuando Herodes supo que un judío de Babilonia había cruzado el Eúfrates con quinientos hombres de caballería, todos ellos arqueros a caballo, y un grupo de parientes que ascendían a cien hombres más... envió a buscar a este hombre y su banda de seguidores, prometiéndoles la entrega de tierras en la toparquía llamada Batanea, situada en la frontera de la Traconitis, pues deseaba crear una zona de amortiguación mediante la creación de dicho asentamiento, y prometió que ese territorio quedaría libre de impuestos, y que quedarían exentos de todos los tributos habituales, pues se les permitiría asentarse en este territorio sin ninguna obligación.

Persuadido por esta oferta, el babilonio acudió allí para tomar posesión de la tierra y construir en ella fortalezas y pueblos, a los que dio el nombre de Batirá. Este hombre era un escudo, tanto para los habitantes expuestos a los ataques de los traconitas, como para los judíos que acudían a realizar sus sacrificios en Jerusalén, procedentes de Babilonia; de este modo impedía que éstos sufrieran daños a manos de los bandoleros de Traconitis. Y allí acudieron muchos hombres —y de todas partes— devotos de las costumbres ancestrales de los judíos [*hois ta loudaion therapeutai patria*]. Y así, este territorio se hizo muy populoso gracias a su inmunidad, una situación que duró mientras vivió Herodes. Pero cuando su hijo Filipo le sucedió, los sujetó a tributo, aunque no fue mucho y sólo durante un corto período de tiempo. Agripa el Grande, sin embargo, así como su hijo del mismo nombre, quisieron oprimirlos, aunque no quisieron arrebatarles su libertad. Y los romanos, que sucedieron a estos reyes como gobernantes, también preservaron su estatus como hombres libres, pero los agobiaron por completo mediante la imposición de tributos (Antig. XVII, 23-28).

Es posible que sea una suposición atrevida, pero, entre los judíos devotos de su fe ancestral que acudieron a este paraíso sin impuestos de Batanea, ¿no pudo haber ardientes mesianistas, incluida la devota familia de la que procedía Jesús? ¿Ayudaría eso a explicar la existencia de pueblos judíos en Batanea, denominados Nazara y Cochaba? Resulta al menos curioso que tantas líneas de aproximación como las que hemos expuesto se crucen en la misma zona.

30.- ¿Quién es quién?

Mientras tratábamos de la cuestión de Nazaret hemos recogido incidentalmente información, basada en la autoridad de Hegesipo, según la cual el Cleopas o Cleofás mencionado en Lucas (24, 18) era hermano de José, el padre de Jesús y, por lo tanto, su tío. Este Cleofás tuvo un hijo, llamado Simeón, un primo hermano de Jesús, que finalmente se convirtió en el jefe de los nazoreanos.

Lucas sólo habla de dos seguidores de Jesús que se encontraron con él después de su resurrección, mientras iban de camino hacia el pueblo de Emaús. Uno de los dos se llamaba Cleofás. Su compañero, a quien no se cita por el nombre, podría haber sido su hijo Simeón. Evidentemente, la fuente de Lucas no identificaba a estas personas con claridad, puesto que si hubiera estado claro que se trataba de parientes de Jesús, aún habría sido más sorprendente «que no lo reconocieran».

Una de las dificultades que tenemos con los Evangelios es que, a veces, nos dan los nombres de las personas sin añadir ninguna otra cosa sobre ellas. Veamos otro ejemplo de Lucas; poseemos la referencia a las mujeres a las que Jesús había curado, y que viajaban en su compañía, ayudándole a cubrir sus necesidades. Se nos habla de María la Magdalena, de Juana, la mujer de Chuza, camarera de Herodes Antipas, y de Susana (8, 3). ¿Quién era Susana? No tenemos la menor pista. De modo similar, Marcos, cuando nos habla de Simón de Cirene, a quien se le pidió que

llevara la cruz de Jesús, añade como por casualidad que era el padre de Alejandro y Rufo (15, 21). Estos hijos tuvieron que haber jugado algún papel en la Iglesia primitiva, pues sus nombres han sido registrados. Pero no se nos revela qué papel jugaron.

Los problemas de identificación surgen en conexión con la familia de Jesús, e incluso con los doce apóstoles. Se trata de problemas que no se pueden resolver sobre la base de las afirmaciones de los Evangelios. Puede parecer extraordinario que surja un conflicto de testimonio en cuestiones sobre las que no esperaríamos ninguna justificación para el desacuerdo. Afortunadamente, hallamos cierta ayuda en información procedente de otras fuentes, aun cuando no pueden aclarar por completo nuestras confusiones.

¿Cómo es posible que surja un misterio sobre los doce apóstoles?

Únicamente podemos asumir que los evangelistas tuvieron que basarse en lo que encontraron en las fuentes escritas de que dispusieron. El efecto de la devastadora guerra contra los romanos no había sido sólo la destrucción de una gran parte de la literatura nazoreana, sino que también contribuyó a cortar la comunicación entre los cristianos de occidente y los refugiados nazoreanos en la Transjordania, entre los que se encontraban miembros de la familia de Jesús y los apóstoles supervivientes. Los evangelistas estaban demasiado lejos, tanto en el espacio como en el tiempo, para confiar en la memoria oral, y tuvieron que depender ampliamente de la limitada cantidad de material a la que tuvieron acceso. No estaban en situación para poder preguntar o buscar rectificación o discrepancias. En consecuencia, preservaron y perpetuaron limitaciones de conocimiento y afirmaciones que no estaban en armonía entre sí.

La dificultad experimentada por los evangelistas queda ilustrada por la cantidad de mujeres que fueron testigos de la crucifixión. Entre ellas, según Marcos, estaban María Magdalena, María la madre de Santiago el Menor y de Joses, y Salomé (15, 40).

Además, María Magdalena y María la madre de Joses vieron dónde se enterraba a Jesús; pero cuando las mujeres acudieron a la tumba el domingo por la mañana, las mujeres que acuden son María Magdalena, María la madre de Santiago, y Salomé.

Sólo se trata de una cuestión sin gran importancia, pero es curioso que Marcos hable en un lugar de María madre de Santiago, y casi inmediatamente de María madre de Joses. Quizás hubo una fuente diferente para la historia de la resurrección. Mateo sigue a Marcos en cuanto a la crucifixión, excepto por el hecho de que, en lugar de a Salomé, identifica a «la madre de los hijos de Zebedeo». Pero Mateo también introduce un cambio en la historia de la resurrección al omitir a Salomé. En la tumba sólo estaban María Magdalena y «la otra María».

Lucas no cita a las mujeres que asistieron a la crucifixión y que vieron dónde quedaba enterrado el cuerpo de Jesús. En la tumba había varias mujeres, entre las que se encontraban María Magdalena, Juana (Lc 8, 3) y María madre de Santiago (24, 10).

En la narración de Juan hay tres mujeres ante la cruz: María, la madre de Jesús y su hermana María, la esposa (o hija) de Clopás, y María Magdalena (19, 25). Los otros evangelistas no tienen conocimiento de la presencia de la madre de Jesús, y no podríamos deducir por ellos que la madre de Santiago y Joses era la esposa de Clopás o Cleofás y estaba emparentada con la madre de Jesús. Sólo cuando conocemos el testimonio de Hegesipo, sabemos que Cleofás era el hermano de José, el padre de Jesús. María, la madre de Jesús, difícilmente podría haber tenido una hermana del mismo nombre y, por lo tanto, en este caso «hermana» significa presumiblemente «hermana política», es decir, cuñada. En tal caso, Santiago el Menor y Joses habrían sido primos hermanos de Jesús. Pero Cleofás tenía otro hijo, Simeón, no mencionado, que se convirtió en jefe de los nazoreanos después del año 70 d. de C. ¿Fue Mana, la madre de Santiago y de Joses, madre igualmente de Simeón? En tal caso, ¿por qué no se especifica así? ¿Acaso el hijo de Cleofás era de otro matrimonio? Simplemente, no lo sabemos.

Lo que surge de todo esto, sin embargo, tiene un interés considerable: entre los seguidores de Jesús en vida estaba su tío, su tía y los primos por parte de su padre.

Antes de continuar será conveniente preguntarnos cómo obtuvo Hegesipo esta información. Eusebio y otros que conocieron sus *Memorias* infirieron que él era un cristiano de origen judío. Pero eso no es cierto, aun cuando pudo haber sido medio judío. Hegesipo fue un perspicaz archivero que visitó las comunidades cristianas en diversos países y anotó todo lo que le dijeron sobre su historia y sobre las anécdotas que habían conservado, contadas por personas distinguidas relacionadas con sus iglesias. Más tarde, recopiló toda esta información en una obra compuesta de cinco libros, en algún momento situado entre los años 160 y 180 d. de C. Debido a esta narración, Hegesipo ha sido llamado el padre de la historia eclesiástica.

Parece probable que, en sus viajes, Hegesipo llegó a Jerusalén, llamada entonces Aelia Capitolina, donde durante el reinado de Antonino Pío, que sucedió a Adriano, había conseguido establecerse una pequeña iglesia compuesta enteramente por gentiles, bajo la dirección del obispo Marcos. Una vez reprimida la revuelta de Bar-Cochba, Adriano se vengó de los judíos y de su religión mediante terribles edictos, entre los que se incluía la completa negativa a todos ellos para acceder a la Ciudad Santa y a la zona donde anteriormente había estado el Templo. Es muy posible que fuera de la iglesia gentil de Aelia, ávida por reclamar la sucesión de la comunidad original cristiano-nazoreana, de la que Hegesipo obtuviera sus informaciones sobre la historia pasada y las tradiciones relacionadas con Jacobo, el hermano de Jesús, su primo Simeón y otros.

Simeón había sido ejecutado como cristiano y como descendiente de David al principio del reinado de Trajano, cuando, según se decía, ya era centenario. En cualquier caso, era un hombre muy anciano y no pudo haber nacido mucho después del año 10 d. de C. Cuando desapareció, ningún otro miembro de la

familia de Jesús accedió al cargo de obispo de Jerusalén, aunque hubo otros trece, todos ellos judíos, cuyos nombres nos da Eusebio, que ocuparon la sede aproximadamente entre los años 104 al 134 d. de C.

Es una verdadera pena que ya no existan las *Memorias* de Hegesipo, a excepción de unas cuantas citas. Pero podemos apreciar que, a pesar de lo confusas y parcialmente legendarias que fueron las informaciones que se le dieron, incorporaban en buena medida restos de hechos que habían sido preservados hasta entonces. Por ello, lo que reluce compensa en cierto modo la reticencia y la ignorancia de los escritores del Nuevo Testamento.

Aun así, y según hemos visto, nos enfrentamos con grandes dificultades de identificación. Algunos nombres eran extremadamente populares entre los judíos, sobre todo los de los progenitores de las doce tribus de Israel, y por el lado femenino una María había sido hermana de Moisés, la Miriam del Pentateuco. Los primeros comentaristas se quedaron extrañados por el hecho de que dos Manas tuvieran hijos llamados Santiago, José y también, quizá, Simeón. Según Marcos (6, 3), seguido por Mateo (13, 55-56), Jesús tuvo cuatro hermanos: Jacobo, José, Judas y Simeón (Simón), y por lo menos dos hermanas. Jesús tuvo que haber sido el mayor de todos, porque fue el primogénito de María, esposa de José (Lc 2, 7; Mt 1, 25). Para salvaguardar el carácter único de Jesús y la virginidad perpetua de María, se argumentó que aquellos a quienes se llamaba hermanos tuvieron que haber sido primos de Jesús, o bien hermanastros, los hijos de José con una esposa anterior, también llamada María.

Pero eso, simplemente, no se sostiene. Marcos y Mateo afirman muy claramente que los hermanos y hermanas de Jesús eran los hijos de su propia madre, y no se confunden en absoluto con los hijos de otra María, esposa de Cleofás, que bien podrían haber sido sus primos. Los nombres, como hemos dicho, eran muy comunes. Dos hijos de Judas de Galilea se llamaban Jacobo y Simeón.

Marcos se refiere al hijo mayor de «la otra María», llamándolo Santiago (Jacobo) el Menor, una referencia a su estatura, y la intención pudo haber sido la de distinguirlo de otro discípulo llamado Santiago, que habría podido ser Santiago, el hijo de Zebedeo y Salomé. La cuestión entonces es saber si Santiago, el hijo de María y Cleofás (es decir, Santiago el Menor), es el mismo que Santiago, hijo de Alfeo. Y eso nos lleva a las listas apostólicas.

La lista de Marcos (3, 16-19) empieza con los tres apóstoles principales: Simón (apodado Pedro), y Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, apodados Boanerges. Siguen Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el Cananeo y Judas Iscariote. La lista de Mateo (10, 2-4) es virtualmente idéntica; pero coloca a Andrés en segundo lugar, como hermano de Pedro, y en lugar de Tadeo nos da el nombre alternativo de Lebeo (encontrado también en textos occidentales de Marcos). Lucas tiene dos listas (6, 13-16 y Hechos 1, 13), donde a Simón el Cananeo se le llama correctamente Simón el Zelote; pero aquí, en lugar de Tadeo-Lebeo, encontramos a Judas, que es hijo o hermano de un Santiago. Sólo que ¿a qué Santiago se refiere?

No hay lista alguna en el Evangelio de Juan, pero en 21, 2 aparece una referencia a algunos de los doce apóstoles: Simón Pedro, Tomás llamado Dídimo (ambos nombres significan Gemelo), Natanael de Cana. Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, y otros dos a los que no se cita por sus nombres.

En otra parte, Juan menciona a Felipe, Judas Iscariote,^[272] y a otro Judas (no Iscariote). Así nos ofrece referencias de nombres sobre ocho apóstoles. Cuando comparamos los nombres de Juan con las listas sinópticas parece probable, aun cuando no se nos diga así, que Natanael es el mismo personaje que Bartolomé, que significa simplemente hijo de Tolmai o Ptolemo. Pero ¿por qué tenemos que suponerlo? Juan parece estar de acuerdo con Lucas en el sentido de que entre los doce apóstoles había un Judas que no era Iscariote, aquel a quien Lucas llama Judas de Jacob, y que sustituye a Tadeo, llamado también Lebeo.

Pero, una vez más, nos encontramos con problemas. El nombre de Tadeo significa Pecho (*Shad*), y el de Lebeo significa Corazón (*Leb*), lo cual indica un apodo antes que un nombre personal. Si Lucas habla de un mismo individuo su nombre verdadero debió ser Judas, posteriormente identificado como un hermano de Santiago. El Santiago más probable sería el hijo de Alfeo. Pero entonces, en Marcos (2, 14), seguido por Lucas, Jesús habla de un recaudador de impuestos llamado Leví, hijo de Alfeo. Leví pudo haber sido confundido con Leb (Lcbeo). En tal caso, tendríamos que suponer que Santiago, hijo de Alfeo, tuvo un hermano llamado Judas que era recaudador de impuestos y que, cuando se unió a Jesús, recibió el nombre de Lebbiti o Thaddai (en sirio). Esto encajaría estupendamente, excepto por el hecho de que en la lista sinóptica encontramos un Mateo que, según el Evangelio de Mateo, era al parecer el mismo recaudador de impuestos.

Sigamos esforzándonos. Parece que no existe justificación alguna, aunque algunos escritores antiguos y posteriores han creído lo contrario, para hacer que Santiago, el hijo de Alfeo, sea el mismo Jacobo (Santiago), el hermano de Jesús. Pero hay una epístola en el Nuevo Testamento con el nombre de Judas, hermano de Jacobo, como el Judas de Santiago en el Evangelio de Lucas. Este Judas, ¿es el hermano de Santiago, hijo de Alfeo, o el hermano de Jacobo, que fue a su vez el hermano de Jesús? Hegesipo registra una historia sobre los nietos de este último Judas.

Veamos ahora a «la otra María», que estaba al pie de la cruz, y que fue la madre de Santiago y Joses (José) y no de Santiago y Judas. Este dato hace que sea difícil afirmar que su Santiago fue hijo de Alfeo; pero, sin lugar a dudas, Lucas, que se refiere tanto a Cleofás e independientemente a Alfeo como padres de Santiago, habría utilizado el mismo nombre en ambos casos de haberse tratado de la misma persona. Alfeo era un nombre hebreo relativamente corriente, pero Cleofás o Cleopás parece ser una contracción de Cleopater o Cleopatros, la forma masculina de

Cleopatra. Claro está que el mismo hombre podría haber tenido un nombre hebreo, con un sonido griego.

Pero no estamos aún al final de la madeja, porque aún nos queda Tomas—Dídimo. Se trata aquí de un término descriptivo y no de un nombre, pues ambas palabras significan Gemelo. En la literatura siria primitiva, así como en el *Evangelio de Tomás*, de Egipto, el nombre aparece siempre como Judas Tomás, Judas el Gemelo. Pero ¿por qué se le llamaba Gemelo, y de quién lo era? ¿No podría ser que Judas de Santiago fuera el hermano gemelo de Santiago y que por eso se le llamara Tomás? Pero Juan habla de un Judas, no Iscariote, y también de un Tomás, como si fueran personas distintas. Hay leyendas que aseguran que Judas Gemelo fue llamado así porque se parecía extrañamente a Jesús,^[273] e incluso una que dice que Judas Iscariote se parecía tanto a Jesús que sufrió en la cruz en su lugar.^[274]

En conjunto, parece improbable que entre los doce apóstoles hubiera tres personas llamadas Judas.

Posiblemente, el lector no se había dado cuenta hasta ahora de estos enigmas de nombres e identidades, habiendo pensado que sabíamos en todo momento quién era quién. Ahora que hemos mostrado claramente nuestro punto de vista, apreciaremos mejor lo muy alejados que estaban los evangelistas de las circunstancias sobre las que escribieron. No deberían haber existido dudas sobre los nombres de los doce apóstoles, y ningún misterio sobre sus relaciones si los evangelistas hubieran estado en contacto directo con quienes sobrevivieron a la guerra. Es evidente que no tuvieron la posibilidad de comprobar y complementar los limitados recursos de que dispusieron, lo cual califica el valor de sus testimonios en todos los demás aspectos. No podemos tratarlos como si fueran autoridades por derecho propio, sino sólo como escritores que, hasta cierto punto (algo que nosotros debemos intentar determinar), preservaron reliquias de material mucho más digno de confianza.

Sin embargo, de todo este tema surge un importante aspecto positivo en lo que se refiere a esta investigación. Nos referimos al

hecho de que disponemos de nombres de personas por lo demás desconocidas, así como de nombres de otras personas cuyas conexiones y relaciones habían dejado de estar claras, y a quienes los evangelistas se refieren, en su conjunto como una comunidad estrechamente relacionada que rodeó a Jesús. Algunos de los nombres de estos discípulos judíos, como Andrés y Felipe, son griegos, lo que confirma su asociación con una zona de fuerte influencia helénica.

Desaparece así la imagen, que ha sido fomentada de un modo tan ignorante, sobre un Jesús que va de un lado a otro acompañado de doce discípulos. Por el contrario, nos introducimos en una imagen de un grupo de acompañamiento con miembros de ambos sexos, que podría haber estado compuesto por unas sesenta o setenta personas.^[275] Se trata de un grupo bastante joven, ya que muchos de los hombres tienen poco más de veinte años, y que en algunos casos tienen a uno o dos parientes entre ellos. Forman así un grupo itinerante, como un clan de recabitas o de esenios. Hay tantos nombres comunes entre ellos que, para distinguirlos, se utilizan apodos, como Simón la Roca, Juan el Tempestuoso, Santiago el Menor y Judas Gemelo.

A partir de aquí, podemos considerar cómo estaban las cosas entre Jesús y su familia. En los Evangelios canónicos se nos hace suponer que Jesús se dirigió al Jordán por iniciativa propia para ser bautizado por el profeta Juan. Pero el *Evangelio de los Hebreos*, utilizado entre los nazoreanos, dice lo siguiente: «Expectantes, la madre de Jesús y sus hermanos le dijeron: “Juan el Bautista está bautizando por la remisión de los pecados. Vayamos y seamos bautizados por él”. Pero él les dijo:

“¿En qué he pecado para que tenga que ser bautizado por él, a menos que, quizá, haya cometido un pecado de ignorancia?”». ^[276] No conocemos el contexto y, por lo tanto, no sabemos si Jesús eligió ir con su familia, o permaneció atrás y más tarde decidió ir él solo. Pero, en cualquier caso, se nos da aquí la información de que María y sus otros hijos fueron bautizados.

En el Evangelio de Juan, Jesús y su familia no siguen caminos separados, pues al principio de las actividades de Jesús, leemos: «Después bajó a Cafarnaúm con su madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no se quedó allí muchos días» (2, 12). Más tarde, aun cuando hay desacuerdo en cuanto a cómo actuó Jesús, la familia no se separó. Antes de la fiesta de los Tabernáculos, sus hermanos le dicen a Jesús: «Sal de aquí y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces, pues nadie actúa en secreto cuando quiere ser conocido. Si haces estas cosas, muéstrate al mundo» (Jn 7, 4). Sus hermanos acuden a la fiesta, y Jesús les sigue poco después. Esto sigue la misma línea que el *Evangelio de los Hebreos*, donde también podemos observar otras afinidades con la información de Juan.

Una vez más, es Juan el único que nos informa en los Evangelios canónicos de que la madre de Jesús estaba en Jerusalén en el momento de la crucifixión, en compañía de las otras mujeres que eran sus discípulas. Y comoquiera que la Pascua era una de las tres fiestas judías de peregrinaje, los hermanos de Jesús también debieron de haber estado allí. De hecho, según Jerónimo, el *Evangelio de los hebreos* afirma que Jacobo, el hermano de Jesús que se convirtió en jefe de los nazoreanos, había tomado parte en la Última Cena.^[277] La comida de Pascua, como muy bien sabemos, era una celebración familiar, con un cordero asado compartido por todos los miembros de la familia. Ya hemos visto que entre los seguidores de Jesús había probablemente primos y también un tío y una tía por parte de su padre.

Cuando el movimiento se estableció en Jerusalén, los Hechos de los Apóstoles nos dicen que al principio no sólo estuvieron presentes los apóstoles, sino también las mujeres del grupo, junto con María, la madre de Jesús, y sus hermanos (1, 13-14). Al principio, el número total de discípulos en Jerusalén fue aproximadamente de ciento veinte. De modo que, aun cuando inicialmente su familia no había comprendido a Jesús y había desaprobado su comportamiento, alejándolo de su pensamiento,

como resalta Marcos en particular, no habían roto las relaciones con él, y al final terminaron por estar con él y aceptarlo como el Mesías. No es habitual para una familia reconocer la dignidad especial y la importancia de uno de sus miembros, con el que ha estado en íntimo contacto durante la vida cotidiana y el crecimiento, compartiendo el mismo hogar. Debió de haber sido bastante difícil vivir con Jesús, con sus sueños, carácter abstraído y pensamientos abstractos^[278].

Jacobo, el siguiente hermano de Jesús por su edad, fue un tipo de persona muy diferente, si lo juzgamos por lo que nos dice Hegesipo de él. El segundo hijo de José y María mostró una fuerte inclinación por el ascetismo, cosa que, según los Evangelios, no le sucedió a Jesús. Probablemente, podemos descartar como una exageración el que sus padres dedicaran a Jacobo a Dios, como un nazirita perpetuo.^[279] Pero, en cualquier caso, se convirtió en un judío muy austero y rígidamente devoto, convirtiéndose en un Hombre Santo de los Elegidos, en mucha mayor medida que su hermano, siempre dispuesto a asociarse con los personajes más indeseables. Por lo tanto, para Jacobo tuvo que haber sido muy duro ver en su hermano gregario las características del Santo enviado por Dios. El que finalmente fuera capaz de aceptarlo así tuvo que haberle exigido un profundo examen de conciencia, y muy bien pudieron haber sido las circunstancias de la última semana de la vida de Jesús las que terminaron de convencer a Jacobo por completo. Se dijo que, después de la resurrección, Jesús se apareció privadamente a su hermano, quien, según el evangelio hebreo, había jurado no tomar alimento alguno hasta que tuviera una prueba de que Jesús había resucitado de entre los muertos.

Debemos recordar que, cuando la nueva comunidad se formó en Jerusalén, adoptó casi inmediatamente un carácter y estructura similares a la de los esenios zadokitas. Es muy posible que Jacobo tuviera alguna responsabilidad en ello. Lucas no dice en los Hechos cómo se tomaron las decisiones para organizar las cosas como se organizaron. Al principio, Pedro es el portavoz principal, y en los

Hechos no se indica cómo ni cuándo se acordó entregar el liderazgo a Jacobo.^[280] Sin duda alguna, es una omisión muy curiosa. Y aún resulta más curiosa cuando Lucas trata de la visita de Saulo de Tarso a Jerusalén, después de su conversión. Allí ve a Bernabé, quien le presenta a los apóstoles (Hch 9, 27). Pero el propio Saulo (Pablo) dice que vio a Pedro y a ningún otro apóstol excepto a Jacobo, el hermano del Señor (Ga 1, 18-19).

¿Qué clase de gente era la que siguió a Jesús y que se unió a la comunidad nazoreana en Jerusalén? No fueron exactamente las mismas personas, aunque en su mayor parte procedían de los estratos inferiores de la sociedad.

Ya hemos dejado claro que sólo una pequeña minoría de la población judía pertenecía a grupos especiales, como los fariseos, saduceos y esenios. La gran mayoría no tenía afiliación, y estaba compuesta en su mayor parte por campesinos, artesanos y pequeños comerciantes. Estas fueron las gentes que más sufrieron —y estaban sufriendo— debido a la falta de alimentos, los impuestos y la opresión y, por lo tanto, la más predispuesta a responder a la predicación de la cuarta filosofía y del advenimiento del Reino de Dios. Josefo dice de la propaganda de Judas de Galilea y de Zadok: «Como la gente los escuchaba con agrado, su imprudente empresa progresó mucho» (*Antig.* XVIII, 6). Lo mismo sucede con las enseñanzas de Jesús, sobre las que Marcos afirma que «la muchedumbre le oía con agrado» (12, 37).

Por lo tanto, es absurdo decir que el pueblo judío rechazó a Jesús: no hizo nada de eso. Fue una fracción de los grupos minoritarios fariseos y saduceos la que se sintió inicialmente ofendida. Juan pone en boca de los altos dignatarios de Jerusalén la siguiente frase: «¿Acaso ha creído en él algún magistrado o algún fariseo?»^[281] Pero esa gente [es decir, la muchedumbre judía que escuchaba a Jesús con agrado] que no conoce la Ley son unos malditos» (Jn 7, 48). Fue un hecho excepcional que uno de los dirigentes, como Nicodemo, o uno de los grandes propietarios de tierras, como el joven rico, deseara aliarse con ese grupo desigual

que dependía para su sustento de un grupo de mujeres a quienes la gente llevaba medios y regalos en forma de comida—así como de las monedas que la caridad ponía en sus bolsillos.

Cuando Pedro señala que él y los otros lo habían abandonado todo para seguir a Jesús, debemos recordar que no abandonaron precisamente grandes mansiones ni propiedades, sino más bien tugurios, pequeñas rencillas familiares y trabajos que apenas rendían lo suficiente para subsistir. Pero lo que entregaron fue algo precioso: porque se entregaron a sí mismos. Se les prometió una recompensa del ciento por uno y ningún impuesto cuando se estableciera el Reino de Dios.

Las circunstancias cambiaron algo cuando el movimiento inició su andadura en Jerusalén, después de la muerte de Jesús. Entonces se les unieron algunos individuos algo más influyentes, así como un cierto número de sacerdotes, fariseos y personas educadas. Sin embargo, los nazoreanos siguieron siendo esencialmente un movimiento del pueblo. Los cristianos se han mostrado demasiado dispuestos a aceptar las tendencias antijudías de los Evangelios y los Hechos, de modo que tales contradicciones no han sido debidamente registradas. Si la gente común había escuchado a Jesús con agrado, no pudo haber pedido a gritos su crucifixión por parte de su enemigo, el gobernador romano. El partido culpable fue la jerarquía colaboradora y sus siervos, que despreciaban y temían al pueblo judío y que, en consecuencia, no se atrevieron a detener a Jesús abiertamente. Afortunadamente, Lucas no falsificó demasiado sus fuentes, de modo que preservó la incongruencia de que, no mucho después de la crucifixión se encontrara al pueblo judío de Jerusalén, que supuestamente se había situado al lado de los sumos sacerdotes contra Jesús —una circunstancia de lo más improbable por lo que sabemos históricamente—, situado ahora al lado de los apóstoles y en contra de los sumos sacerdotes (Hechos 5, 13, 26).

Fue la plebe, el proletariado de la nación judía, la verdadera víctima de la dominación romana y de una jerarquía y aristocracia

egoístas, que vieron en los nazoreanos a sus paladines y defensores. Muchos de ellos estaban ávidos y preparados para creer que Dios había producido un milagro en la persona del rey martirizado de los judíos, y que no tardaría mucho en devolvérselo.

Tabla cronológica

Esta tabla ha sido designada para sintetizar la secuencia de los acontecimientos sobre los que ha tratado el presente libro, en conjunción con referencias a los dirigentes, autoridades e individuos que se han citado. De este modo podemos ver las circunstancias en su pleno contexto histórico, con la consiguiente ventaja para nuestra comprensión. A la luz de las investigaciones y los descubrimientos resulta muy práctico proporcionar una cronología más exacta de los comienzos del cristianismo de lo que se había podido determinar previamente.

- 33—34 Año sabático judío
- 34—35 Año censal romano
- 35 Actividades de Jesús. Juan el Bautista metido en prisión por Herodes Antipas. Ejecución de Juan el Bautista (¿otoño?).
- 35—36 Guerra entre Herodes y los nabateos (invierno).
- 36 Crucifixión de Jesús por Pilato (Pascua, primavera).
Aparición de un Taheb samaritano (a principios del verano).

Establecimiento de la comunidad nazoreana en Jerusalén bajo la dirección de Simón Pedro (Pentecostés, junio).

L. Vitelio, legado de Siria, visita Jerusalén, depone a José Caifás como sumo sacerdote y nombra a Jonatán, hijo de Anas (¿septiembre?).

Poncio Pilato, gobernador de Judea, marcha a Roma para responder de las acusaciones contra él (¿otoño?).

36—37 Ejecución del nazoreano helenista Esteban y ataque contra los nazoreanos dirigido por Saulo de Tarso. Numerosos nazoreanos se refugian en Batanea y Auranitis (invierno).

37 MUERTE DEL EMPERADOR TIBERIO, sucedido por GAYO CALÍGULA (marzo).

Vitelio en Jerusalén con Herodes Antipas. Depone a Jonatán como sumo sacerdote y nombra a Teófilo, hijo de Anas (Pascua, primavera).

Damasco cedida por el emperador Calígula a Aretas IV, rey de los nabateos.

Saulo de Tarso, ahora nazoreano, abandona Damasco para dirigirse hacia la Arabia Nabatea (primavera).

37—38 La jurisdicción nazoreana extendida por los refugiados que proclaman a Jesús como Mesías. Se forman muchos grupos, incluyendo uno en Antioquía, Siria, donde los discípulos fueron llamados cristianos por primera vez.

38 Creada una autoridad central nazoreana en Jerusalén, bajo la dirección de Jacobo, hermano de Jesús.

39 P. Petronio nombrado legado de Siria por Calígula.

Saulo regresa a Damasco, escapa allí a la detención y visita Jerusalén. Es enviado a Tarso.

El emperador Calígula decide hacer erigir su estatua en el Templo de Jerusalén.

40—41 Año sabático judío.

40 Los judíos protestan ante Petronio por la estatua y, en Roma, el rey Agripa pide a Calígula que reconsidere su decisión.

41 EMPERADOR CALÍGULA ES ASESINADO, sucedido por CLAUDIO (enero).

Claudio nombra a Agripa rey de Judea. Saulo es llevado a Antioquía por el nazoreano chipriota Bernabé.

Simón Canteras, hijo de Boeto, nombrado sumo sacerdote por Agripa.

42 Simón Canteras sustituido por Matías, hijo de Anas.

C. Vibio Marso nombrado legado de Siria por Claudio, en sustitución de Petronio.

43 Elioneo, hijo de Canteras, sustituye a Matías como sumo sacerdote.

El rey Agripa detiene y ejecuta al nazoreano Santiago, hijo de Zebedeo.

44 Agripa mete en prisión a Simón Pedro, pero éste logra escapar 44 (Pascua, primavera). Muerte de Agripa I.

Cuspio Fado nombrado gobernador de Judea por Claudio.

45 Casio Longino nombrado legado de Siria.

José, hijo de Camei (o Camith), nombrado sumo sacerdote por Herodes, rey de Caléis.

Fado suprime las actividades de la guerrilla judía.

46 Gran hambruna en Palestina.

Tiberio Alejandro nombrado gobernador de Judea por Claudio.

47—48 Año sabático judío.

Primer viaje misionero de Saulo (Pablo) y Bernabé.

48—49 Año censal romano.

Tiberio Alejandro actúa contra los nazoreanos y los zelotes. Jacobo y Simón, hijos de Judas de Galilea, son hechos prisioneros y crucificados.

Los nazoreanos lanzan una campaña misionera por todo el Imperio romano. Ananías, hijo de Nedebeo, nombrado sumo sacerdote. Ventidio Cumano se convierte en gobernador de Judea.

49—50 Controversia en Antioquía sobre las condiciones de admisión de los creyentes gentiles, seguido por un Concilio nazoreano en Jerusalén para tratar este tema. Propaganda mesianista en el Imperio romano. Claudio expulsa a los judíos extranjeros de Roma y advierte a los de Alejandría.

C. Ummidio Quadratus nombrado legado de Siria. Empieza el segundo viaje misionero de Pablo.

50—51 Desórdenes en Judea y provocaciones romanas. Primeros documentos nazoreanos, compuestos probablemente en esta época.

51—52 Conflicto entre samaritanos y galileos. Los judíos son ayudados por el líder de la guerrilla Eleazar Bar-

Deinaeo, y son atacados por las fuerzas de Cumano. Quadratus interviene para evitar la rebelión. Pablo en Corinto.

Cumano desterrado por Claudio, que envía a Antonio Félix como gobernador de Judea.

53 Pablo regresa a Antioquía, tras haber pasado en Jerusalén la fiesta de Pentecostés. Comienza su tercer viaje misionero a principios del verano.

54—55 Año sabático judío.

Militantes y profetas activos en Judea, atacados por Félix. Los nazoreanos zelotes lanzan una campaña contra Pablo y las comunidades creadas por él.

54 MUERTE DEL EMPERADOR CLAUDIO y acceso al poder de NERÓN (octubre).

Eleazar Ben-Deinaeo es apresado por Félix y enviado a Roma.

55 Aparición de los sicarios en Jerusalén. Asesinan al sumo sacerdote Jonatán, hijo de Anas.

55—57 Los zelotes y militantes se revuelven contra los ricos y todos los que se muestran favorables a Roma. En Judea se desarrolla una guerra entre facciones y clases.

Una parte de la jerarquía saducea empieza a robar a los sacerdotes pobres, privándoles de su participación en el diezmo. Un profeta judío de origen egipcio atrae a una multitud en Judea, y planea expulsar a los romanos y ocupar Jerusalén. Félix frustra este intento.

58 Pablo, tratando de anular la interferencia de su trabajo, llega a Jerusalén para apelar al

Consejo nazoreano, aportando fondos entregados por sus conversos (*Pentecostés*).

58—60 Pablo es atacado en el Templo y llevado a la fortaleza Antonia, en la creencia de que es un profeta egipcio. Más tarde es enviado a Félix, en Cesárea. Pablo es mantenido prisionero en Cesárea.

58 Ananías, hijo de Nedebeo, depuesto como sumo sacerdote por Agripa II, quien lo sustituye por Ismael, hijo de Feabi. Choque entre ciudadanos gentiles y judíos en Cesárea.

60 Félix es llamado por Nerón, y Porcio Festo es nombrado gobernador de Judea.

Pablo es llevado a juicio, pero, habiendo apelado al César, es enviado a Roma por Festo (verano).

61 Tras un viaje accidentado y una estancia en Malta, Pablo llega a Roma (primavera). Controversia entre el rey Agripa y la jerarquía a propósito de una vista del interior del Templo. Se envía una embajada a Roma.

El sumo sacerdote es retenido allí. Agripa nombra sumo sacerdote a José Cabi.

61—62 Año sabático judío.

61 Muerte de Porcio Festo (¿finales de otoño?).

Anas (Ananus), hijo de Anas, es nombrado sumo sacerdote en sustitución de José Cabi (invierno).

62 Jacobo el Justo, jefe de los nazoreanos, hecho prisionero por Anas y ejecutado. Se presenta una protesta ante el nuevo gobernador Albino (*Pascua*, primavera).

Anas es depuesto por Agripa después de tres meses de ocupar el cargo, y Jesús, hijo de Damneo, es nombrado sumo sacerdote.

62—63 Año censal romano.

Reinado del terror en Judea, fomentado por la rapacidad de Albino.

63 C. Cestio Gallo enviado como legado de Siria.

Primera audiencia del juicio de Pablo en Roma (¿otoño?).

64 Segunda audiencia y condena. Pablo es ejecutado (¿primavera?).

Gran Incendio de Roma. Los cristianos de la ciudad son acusados de incendiarios y condenados a muerte (verano).

Jesús, hijo de Damneo, depuesto como sumo sacerdote y sustituido por Jesús, hijo de Gamala.

Albino es llamado a Roma y sustituido por Gesio Floro.

65 El Templo de Jerusalén queda finalmente terminado. Miles de trabajadores se quedan sin empleo.

Matías, hijo de Teófilo, nombrado sumo sacerdote por Agripa, en sustitución de Jesús, hijo de Gamala.

65—66 Floro, para encubrir sus excesos en Judea, estimula a los judíos 65-66 a la revuelta. Simeón, hijo de Cleofás, un primo hermano de Jesús, actúa ahora como jefe de los nazoreanos. Judea en plena fiebre guerrera. Muchos abandonan el país.

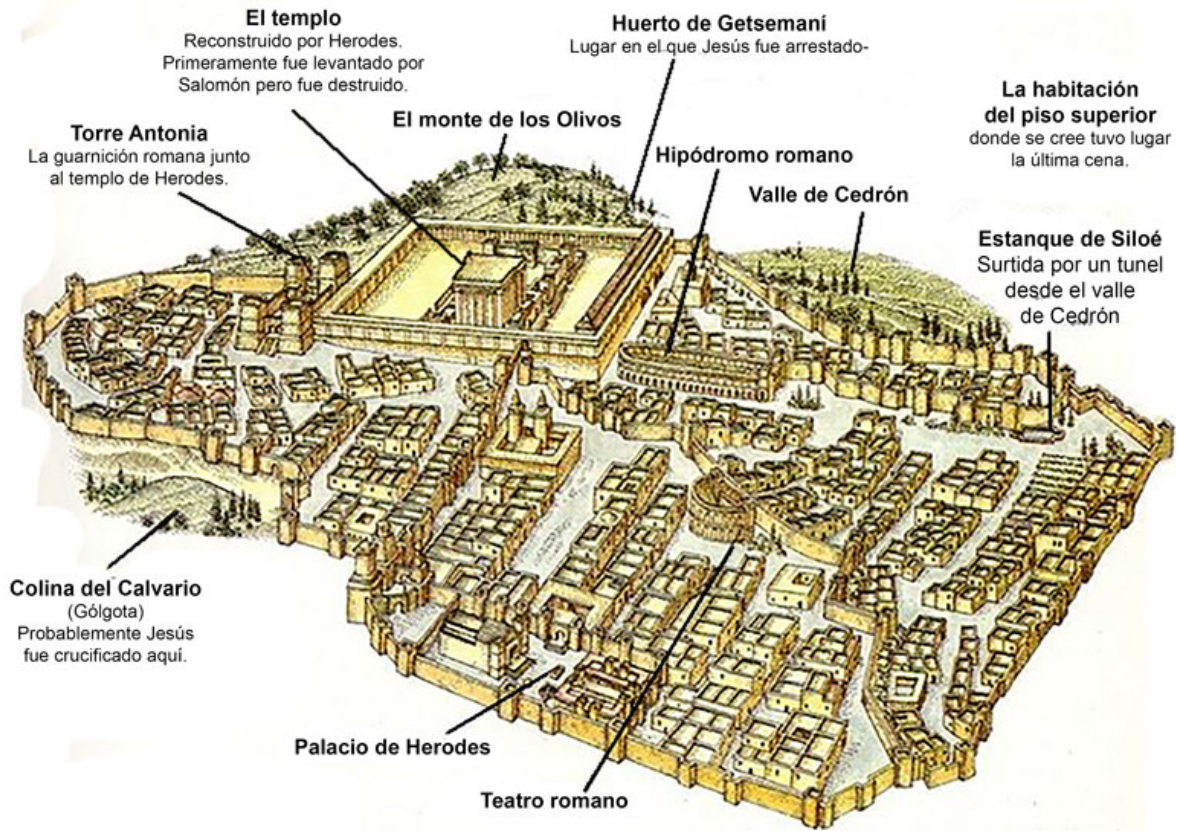
66 Los nazoreanos se retiran a la Transjordania y trasladan su gobierno desde Jerusalén a Batanea, en

la región de Pella (*¿Pascua*, primavera?). Empieza la revuelta judía contra Roma (mayo).

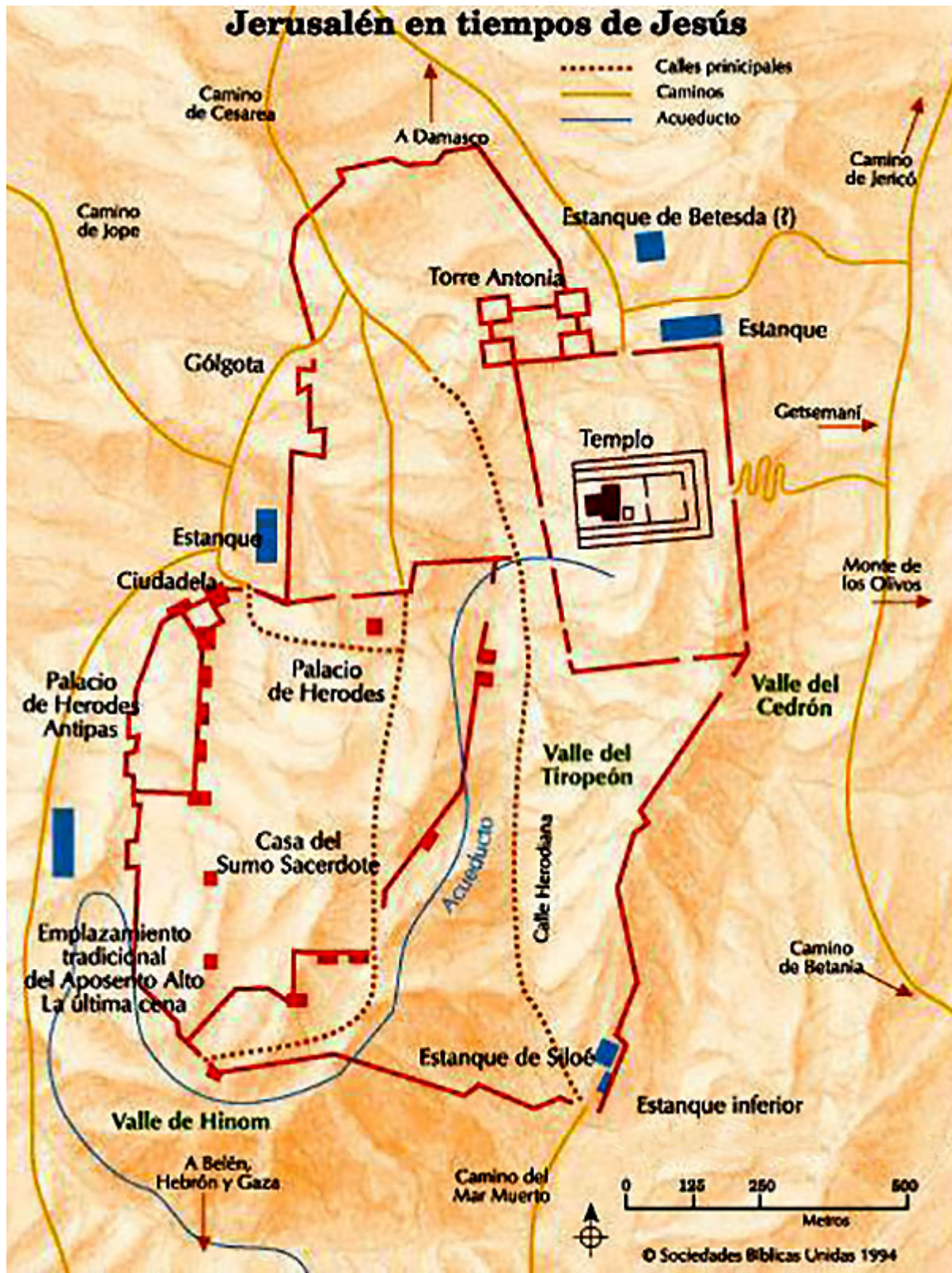
Ilustraciones

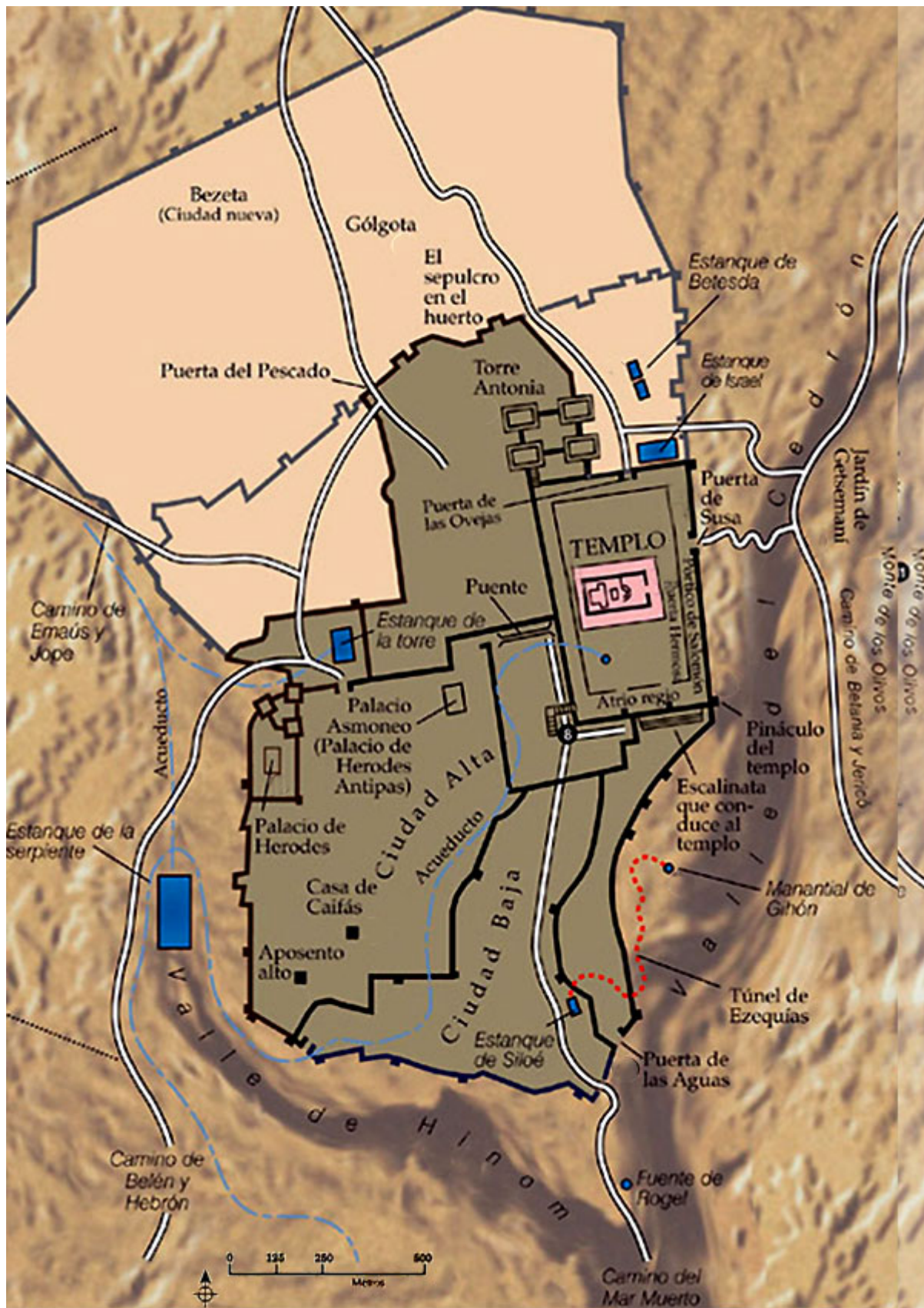


Jerusalén en tiempos de Jesús



Jerusalén en tiempos de Jesús





NOTAS

[¹] Llamado también «el Mundo por Venir», la última era en la que se realizaría el Reino de Dios sobre la tierra, el Milenio. Al principio de la era, y según los diversos puntos de vista que se desarrollaron, los hombres piadosos de todas las eras anteriores resucitarían de entre los muertos para compartir sus bendiciones, mientras que los hombres piadosos con vida, incluyendo a los gentiles, disfrutarían igualmente de las felicidades de una tierra redimida y regenerada, que tendría su centro en la Nueva Jerusalén. <<

[2] Los dos Espíritus, el de la Luz y el de la Oscuridad, y los dos Caminos, el de la Vida y el de la Muerte, Bendición y Maldición (Dt 11, 26; 30, 15-20). Los levitas de la comunidad zadokita proclamaban estas alternativas a todos aquellos que deseaban entrar a formar parte de la Nueva Alianza. <<

[3] Éste era el punto de vista de los esenios zadokitas, y el mismo objetivo inspiraba a Pablo (Flp 3, 10-14). De donde se infiere que los Hijos de la Luz luchaban contra los Hijos de la Oscuridad, y que Cristo estaba opuesto a Belial. <<

[4] Estos términos aparecen en las antiguas enseñanzas cristianas. Pero en esta época las imágenes de la Piedra y el Hijo del hombre se habían aplicado ya a Jesús. El es la piedra colocada sobre Sión (Is 28, 16; 1 P 2, 6), la piedra rechazada por los constructores (Sal 118, 22; Mt 21. 42). En el Apocalipsis evangélico, quienes se encuentran en Judea son dirigidos para que huyan a las montañas cuando vean que la Abominación de la Desolación, de la que se habla en Daniel, aparece en el Santuario (Mt 24.15-16). <<

[5] Julio Africano, *Epístola a Arístides*, citado por Eusebio en *Historia eclesiástica* 1, 7. <<

[6] Según el Talmud, Herodes había sido un esclavo en la casa de los asmoneos (*Baba Bathra*, fol. 3b). <<

[7] Para más detalles véase Schonfield, *El libro perdido de la natividad de Juan* (1929), y más brevemente en *El complot de Pascua*. <<

[8] Las diversas interpolaciones efectuadas en el texto del antiguo manuscrito ruso de Josefo se muestran y discuten por Robert Eisler en *El Mesías Jesús y Juan el Bautista*, también se reproducen en la traducción de Thackeray de la *Guerra judía* (Biblioteca Clásica Loeb). Hay razones para creer que estas inserciones fueron responsabilidad de un movimiento cristiano judaizante que apareció en la Edad Media y que, en el norte de Italia, fue denominado josefinistas, que tenía afiliaciones con sectarios afines en los Balcanes, Lituania y el sur de Rusia. Fueron parcialmente inspirados por maestros judíos karaítas en Vilna, Kiev y en otras partes. <<

[9] El Talmud dice que Herodes condenó a muerte a todos los rabinos de su tiempo, excepto a uno, a quien dejó ciego (*Baba Bathra*, fol. 3b-4a). Es posible que esta tradición haya sido la fuente de la historia interpolada que hemos citado. <<

[10] Véase Suetonio, *Domiciano*, en *Vidas de los Césares*, y Schonfield, *Jesús: ¿Mesías o Dios?* <<

[¹¹] Eusebio, Hist. Ec, III, 20. <<

[12] Eusebio, *op. cit.* III, 32. <<

[13] Recientemente ha salido a la luz una versión distinta del pasaje de Josefo sobre Jesús. Las narraciones de Jesús como milagrero, tal y como aparecen en el texto esloveno de *Guerra judía*, son interesantes, aunque no tienen valor histórico. Para un punto de vista diferente, véase Eisler, *El Mesías Jesús y Juan el Bautista*. <<

[14] Epifanio escribe: «Tienen otros Hechos a los que llaman de los Apóstoles, entre las que hay muchas cosas llenas de su impiedad, mediante las que se han suministrado a sí mismos armas contra la verdad. Porque perpetúan ciertos Ascendientes e Instrucciones en los *Ascendientes de Jambo*, representándolo como contrario al Templo y a los sacrificios, y contra el fuego del altar, y otras muchas cosas banales, de modo que no se avergüenzan de ellas, ni siquiera de denunciar a Pablo por ciertas declaraciones inventadas sobre el trabajo maligno y fraudulento de sus falsos apóstoles» (*Panar.* 30. 16). Algunas reminiscencias de *Ascendientes* han sido preservadas en *Reconocimientos* clementinos (1. 66-71). Se denominaba Ascendientes a los escalones que conducían a la zona interior del Templo, y en los que, según la historia, se produjo un debate público entre los nazoreanos y los sumos sacerdotes. <<

[15] Epifanio, *op. cit.* 30, 3-6. <<

[16] Véase Schonfield, *Según los hebreos* (1937). <<

[17] Véase Hechos 13, 43; 13, 50; 14, 19; 17, 5; 17, 6:18, 12. <<

[18] Véase 1 R 17 y II R 4. <<

[19] Se trató de una conjunción de Júpiter y Saturno en el signo de Piséis, lo que se produjo en mayo, octubre y diciembre del año 7 a. de C. <<

[20] Según Manson en *Un compañero para la Biblia*, «La fecha de la crucifixión presenta un problema no resuelto, y probablemente insoluble». <<

[21] Este fue el día oficial de Año Nuevo, *Rosh Hashanah*. <<

[22] *Seder Olam*, capítulo 30, ed. Neubauer. Véase S. Zeitlin, *Megillat Taanit* como fuente para la historia y la cronología judías en los períodos helenístico y romano (1922). El *Megillat Taanit* (Rollo de Ayunos) indica de hecho fechas del año en las que no se debe guardar ayuno, ya que conmemoran acontecimientos propicios de la historia judía, desde la época de los Macabeos hasta la época romana. <<

[23] Observemos que la segunda revuelta judía dirigida por Bar-Cochba empezó en un año censal romano (132-133 d. de C.), inmediatamente precedido por un año sabático judío. <<

[24] Josefo no indica con exactitud ni el año ni la estación; pero resulta difícil creer que el asunto del Mesías samaritano pudo haber ocurrido antes de que el año 36 d. de C. estuviera ya bastante avanzado. Debido principalmente a las protestas del Consejo samaritano ante Vitelio, se dio a Pilato la orden de regresar a Roma. Pilato no pudo haber tardado mucho en desobedecer esta orden, y el emperador murió en marzo del año 37 d. de C. <<

[25] Entre otros, por Theodor Keim, Schenkel, Hausrath y Kirsopp Lake. <<

[26] Véase la nota de Feldman sobre *Antigüedades XVIII*, 90, vol. IX, p. 65, de la traducción de Josefo en la edición de la Biblioteca Clásica Loeb. Cuando Vitelio hizo su primera visita a Jerusalén, ya había enviado previamente a Marcelo para que se hiciera cargo provisionalmente de los asuntos judíos, tras haber ordenado a Pilato que regresara a Roma. Por lo tanto, es increíble que esta visita se produjera en la Pascua del año 36, cuando Pilato aún no había abandonado Palestina, cosa que hizo por lo menos seis meses después. Si hubo una fiesta durante la visita del legado, tuvo que haber sido una de las fiestas de otoño, posiblemente el día de Año Nuevo del calendario judío, en septiembre, lo que habría sido una ocasión apropiada para que las vestiduras del sumo sacerdote volvieran a estar bajo la custodia de los romanos, así como para el nombramiento de un nuevo sumo sacerdote. <<

[27] En 1967, después de la guerra de los Seis Días, se han continuado las excavaciones en la zona, inmediatamente al oeste y al sur del monte del Templo, bajo los auspicios del Instituto Israelita de Arqueología, de la Universidad Hebrea, en Jerusalén, y la Sociedad de Exploración Israelita. B. Mazar ha publicado informes sobre los progresos realizados. Gracias a la amabilidad del profesor Yigael Yadin, pude visitar sistemáticamente toda esta zona en noviembre de 1972, como parte de la preparación de este libro. <<

[28] El término significa Valle Grueso o Fértil, al que se hace referencia en Is 28, 1 y 4. La versión siria de Mateo, *Gusemani*, apoya la lectura de *Ge-she-munim*, como en Isaías. <<

[29] Se encontrará más información sobre el tema en Schonfield, *El complot de Pascua*. <<

[30] Los restos son conocidos como Arco de Wilson, por el nombre de su descubridor. Al sur se puede ver el ala oriental del Arco de Robinson; pero no se sabe que este último no formaba parte de un viaducto que cruzaba el valle, sino que era un medio para descender a él. <<

[31] Véase el plano de Jerusalén, y la nota anterior. <<

[32] Véase el capítulo 25, en la Tercera parte. <<

[33] Véase la Tabla de Ciclos. <<

[34] Filón, *Embajada a Gayo* 37. 301-303. Los teólogos cristianos han estado familiarizados durante muchos siglos con esta fuente, pero hasta los tiempos modernos se han tomado muy poco interés por corregir la imagen que presentan los Evangelios de un Pilato débil y dócil que exoneró a Jesús y trató de librarlo de los judíos. Tales son los efectos de los prejuicios teológicos. <<

[35] Véase Branden, *Jesús y los zelotes*, pp. 75-77. Según *Embajada a Gayo*. cuatro de los príncipes herodianos escribieron a Tiberio sobre la acción de Pilato en relación con los estandartes, y el emperador se apresuró a contestar, haciéndolo enfáticamente el mismo día que recibió la comunicación, ordenando a Pilato que retirara los estandartes y los situara en el templo de Augusto en Cesárea. Esto sugiere que Tiberio se había hecho completamente cargo de los asuntos de estado, ya que sucedió en el año 31 d. de C. <<

[36] Véase Primera parte, capítulo 3. <<

[37] Véase Primera parte, capítulo 3, y Tercera parte, capítulo 25. <<

[38] Desde luego que, cuando se produjo la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, Pilato pudo haber estado todavía en Cesárea, donde residía habitualmente. En tal caso, es posible que sólo se enterara al día siguiente de la acción de Jesús en el Templo, cuando le informó el comandante romano de la fortaleza Antonia, que vigilaba la zona del Templo. <<

[39] Podría favorecer la versión de los Evangelios si se pudiera afirmar que el populacho judío estaba muy dispuesto a obedecer las órdenes de los sumos sacerdotes. Sin embargo, tenemos pruebas de que la gente ordinaria era antagonista de la jerarquía saducea, a la que consideraban arrogante, decadente y tolerante para con el gobierno romano. Incluso los Hechos de los Apóstoles admiten que los judíos de Jerusalén estaban en contra de los sumos sacerdotes y a favor de los seguidores de Jesús (Hechos 5, 25-26). <<

[40] Véase Schoenfield, *El complot de Pascua*. Primera parte, capítulo 11. <<

[41] Véase Rendel Harris, *Testimonios* (2 vols.), y Lukyn Williams, *Adversus Judaeos*. <<

[42] Este punto de vista fue expresado por Robert Eisler en *El Mesías Jesús y Juan el Bautista* (Methuen. 1931). Volveremos más tarde al tema, en el mismo capítulo. <<

[43] Durante la guerra contra los romanos, los defensores construyeron una mina bajo el muro de la fortaleza Antonia, en dirección a los terraplenes del atacante. Al incendiar la madera acumulada en el túnel, los terraplenes romanos se colapsaron. Más tarde, a medida que se desarrolló el ataque romano contra la fortaleza Antonia, incluso las máquinas de asedio hicieron muy poco efecto contra las murallas. La fortaleza sólo cayó debido precisamente a la mina que habían construido previamente los judíos bajo ella (G. J. V, 469-472; VI, 26-28). La caída de la torre de Siloé pudo haberse debido, de modo similar, a la mina construida por los judíos durante el estallido de violencia al que se refiere Lucas, haciendo caer la estructura sobre quienes prendieron fuego a la madera acumulada. <<

[44] Véase Eisler, *op. cit.* pp. 500-510. Su texto es seguido ampliamente por Joel Carmichael en *La muerte de Jesús*. El autor tuvo el privilegio de conocer personalmente a Robert Eisler durante veinte años. Es un hombre de amplios intereses y una gran erudición, dotado de una memoria fabulosa, dispuesto a abordar casi cualquier problema. Poseía la inocencia y la curiosidad de un niño, pero cuando llegaba a concebir una idea no soportaba la contradicción y llevaba demasiado lejos sus a menudo brillantes puntos de vista. <<

[45] El lector que desee estudiar tanto ésta como otras adiciones existentes en el texto eslavo de Josefo lo encontrará en la traducción de H. St John Tackeray de la *Guerra judía*, en la edición de la Biblioteca Clásica Loeb, donde han sido impresas en forma de un apéndice al tercer volumen. <<

[46] Muchos de los fariseos rechazaron la idea de un Mesías guerrero. Véase Schonfield. *El complot de Pascua*. <<

[47] Por razones evidentes, resulta imposible analizar la enorme cantidad de detalles reunidos por Eisler en el curso de sus investigaciones, por lo que se debe consultar su libro. <<

[48] Véase Eisler, *op. cit.*, p. 473 y ss. <<

[49] Aun cuando siguen siendo válidas las afirmaciones hechas por el autor en *El complot de Pascua*, sobre todo en lo que se refiere a su tesis principal, queda lugar para las circunstancias que se indican aquí. La historia de la Pasión queda investida así de un mayor realismo y significado. Sobre la cuestión de Barrabás, la obra de Joel Carmichael, *La muerte de Jesús*, depende ampliamente de Eisler. <<

[50] Es interesante observar que, en las fuentes cristianas sectarias y musulmanas, encontramos una confusa tradición en el sentido de que alguien parecido a Jesús fue detenido y crucificado en su lugar. Véase Schonfield, *Según los hebreos* (Duckworth, 1937). <<

[51] Las circunstancias han sido descritas por el autor en *El complot de Pascua*. y la cuestión de Barrabás ha sido abordada en el capítulo anterior. <<

[52] Esto, desde luego, son suposiciones que no pueden verificarse. Pero tampoco se puede verificar la historia de Mateo en el sentido de que, entre los judíos, se creyó que los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús para apoyar así su creencia de que había resucitado de entre los muertos. No cabe la menor duda de que, en debates posteriores, se utilizó dicho argumento, y Mateo lo contrarresta con el cuento de una guardia situada ante la tumba, que habría podido impedir el acceso de los discípulos a ella. Los otros Evangelios no informan de ninguna medida de este tipo, lo que resulta muy extraño. Lo que pudo haber sucedido realmente se considera y se discute en *El complot de Pascua*, y desde entonces ha sido un tema tratado en la ficción por Frank Yerby, en su novela *Judas, mi hermano*. <<

[53] La Midrash, *Shir haShirim Rabba*, en el Canto 2, 9, «Mi amado es como un corzo o como un ciervo joven», comenta: «Aparece un corzo y está oculto, aparece y se vuelve a ocultar. Así, nuestro primer redentor [Moisés] apareció y se ocultó, y más tarde volvió a aparecer. Así también nuestro último redentor [el Mesías] les será revelado, y volverá a ocultarse ante ellos... para volver a revelarse». El Targum de Micah. 4, 8. dice: «Y tú, Mesías de Israel, que prefieres ocultarte debido a las ofensas de la congregación de Sión, a ti llegará el reino». La idea de un Mesías elevado a los cielos tiene su derivación de la visión de Daniel sobre el Hijo del Hombre, llevado envuelto en nubes ante la presencia del Anciano de los Días, como para recibir su reino. Circuló una leyenda según la cual Menahem, descendiente de Judas de Galilea, fue llevado a los cielos durante su infancia como Mesías, y esa misma leyenda aparece también en la Revelación (12, 5). Véase Schonfield, *El libro perdido de la natividad de Juan* (T. y T. Clark, 1929). <<

[54] Véase Schonfield, *El complot de Pascua*, Primera parte, capítulos 12 y 13. Allí expuse el punto de vista de que Jesús había confiado en sobrevivir a la crucifixión, y junto con José de Arimatea, había planeado que se le administrara una droga mientras estaba en la cruz, lo que produciría la sensación de haber muerto. Más tarde, su cuerpo sería sacado de la tumba por José, para ser reanimado. Este plan no se dio a conocer a los discípulos. <<

[55] Véase Primera parte, capítulo 3. <<

[56] Véase Gaster, *Escatología samaritana*. He hecho numerosas visitas a los samaritanos y he estudiado sus tradiciones; les ayudé también a construir una escuela para sus hijos en Nablús, al pie del monte Gerizim. <<

[57] Véase Primera parte, capítulo 3, p. 51, y nota 8. <<

[58] En *Antig.* XV, 405, Josefo había dicho anteriormente que Vitelio no autorizó la entrega de las vestiduras hasta que no hubo consultado con el emperador por carta, y que Tiberio concedió su petición. Sin duda alguna, habría sido apropiado que la entrega se produjera durante alguna de las grandes fiestas judías del otoño, y especialmente antes del Día de la Expiación. <<

[59] Esto se enfatiza aún más en las fuentes no canónicas. En el *Evangelio de los Hebreos* se había escrito: «Y cuando él [Jesús] se acercó a Pedro y a quienes estaban con él, les dijo: “Mirad, tocadme y veréis que no soy un espíritu sin cuerpo. Y a continuación ellos tocaron y creyeron”» (citado por Jerónimo en *Sobre hombres ilustres*, 16). Orígenes encontró un pasaje similar en *La doctrina de Pedro*. Ignacio, en *A los de Esmima*, escribe: «Sé y creo que él [Jesús] está en la carne incluso después de su resurrección». Ignacio estaba influido por la cuarta filosofía. <<

[60] Tanto los Evangelios como la Revelación muestran una gran familiaridad con el Templo y su ritual. Que el discípulo bien amado había sido un sacerdote judío es algo afirmado por Polícrates, obispo de Efeso a finales del siglo II, en una carta dirigida a Víctor, obispo de Roma (Eusebio, *Hist. ecl.* V, 24). Véase Schonfield, *Jesús: ¿Mesías o Dios?*, capítulo 12. <<

[61] Véanse las útiles notas de Theodor H. Gaster, en *Las escrituras del mar Muerto en su traducción inglesa* (Doubleday Anchor Books, 1956. <<

[62] El Evangelio de Juan (16, 13), hace decir a Jesús que «el Espíritu de la verdad os guiará hasta la verdad completa». En la Regla de Damasco de los manuscritos del mar Muerto, el Espíritu de la Verdad es la guía de los Hijos de la Luz. En una midrash se enseña: «A esa generación [en Egipto] enviaste redención a través de dos redentores, como se dice (Sal 105, 26): “Envió a Moisés su siervo y a Aarón, a quien había elegido”. Y también a esta generación (de los Últimos Tiempos) envió a dos, correspondientes con aquellos otros dos. “Envía tu Luz y tu Verdad” (Sal 43, 3). “Tu Luz” es la del profeta Elías, de la casa de Aarón... y “tu Verdad” es la del Mesías, el hijo de David...» (Midr. Tehill. 43, 1). Juan el Bautista, la figura similar a Elías, es descrita como «una luz que arde y alumbrá» (Jn 5, 35), mientras que «la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo» (Jn 1, 17). El prólogo del cuarto evangelio, sin embargo, indica que Jesús también es la luz, en consonancia con la doctrina según la cual el Mesías era tanto sacerdote como rey. Véase, además, Schonfield, Secretos de los manuscritos del mar Muerto, capítulo 9. <<

[63] Véase más adelante, Segunda parte, capítulo 9. <<

[64] Citado del *Evangelio de los Hebreos* por Jerónimo, *De hombres ilustres*, 2. <<

[65] *El Evangelio de Tomás* no es estrictamente un evangelio, sino una colección de dichos y enseñanzas de Jesús registrados por el apóstol Judas Tomás, según un manuscrito copto encontrado en Nag Hammadi, en Egipto, entre una serie de libros gnósticos. Partes de la misma obra existentes en un texto griego anterior, habían surgido previamente a la luz en Egipto, en Oxyrhynchus, a finales del siglo XIX y principios del XX. Se cree que esta obra preserva ciertas tradiciones judeocristianas. <<

[66] Joel 2, 28-32 (Hechos 2, 17-21). Véase también más adelante, capítulo 9. <<

[67] Véase más arriba. Primera parte, capítulo 2. Lucas hace que Pedro se dirija a compatriotas judíos como si él no lo fuera, empleando la mayor parte de las veces la segunda persona del plural. Pero Pedro hace referencia a la tumba de David, que se encontraba muy cerca del lugar donde estaba hablando (Hechos 2, 29). <<

[68] El bautismo «en nombre de Jesús» requiere una explicación, puesto que generalmente es algo que no se entiende. A partir de fuentes rabínicas conocemos el bautismo «en nombre de». (*Yeban*, fol. 45b). Así, un prosélito era bautizado «en nombre de un prosélito», una mujer «en nombre de una mujer». Así pues, «en nombre de» representa «en la capacidad de». Por lo tanto, ser bautizado en el nombre de Jesús significa «en identificación con Jesús», es decir, como un adherente de Jesús. Posteriormente, se perdió la identificación con el hebraísmo (véase Mt 28.19). <<

[69] Vermes, *Los manuscritos del mar Muerto en inglés*, pág. 44.
Véase también Black, *Los orígenes cristianos y los manuscritos*, p.
92. <<

[70] Vermes, *op. cit.*, pág. 31. Es un detalle interesante considerar que el calendario esenio fijó la celebración de Pentecostés el 15 de Sivan, y que siempre caía en un domingo, el primer día de la semana. Fue precisamente un domingo cuando se produjo la resurrección de Jesús, según indican los Evangelios. <<

[71] Véase anteriormente, Segunda parte, capítulo 7, pp. 92-94. <<

[72] En mi propia traducción de las Escrituras cristianas. *El auténtico Nuevo Testamento*, ofrecí en las notas una cantidad considerable de tales referencias. Desde luego, sería muy costoso ofrecerlas todas y su compilación exige a todo un equipo de eruditos. Pero sería una empresa extremadamente valiosa. <<

[73] El griego *parakíesiós* implica aquí proporcionar ayuda, lo que está de acuerdo con la referencia al apoyo de José a la causa. La derivación de Bernabé de la palabra *Nebuah*, «profecía» o «exhortación», es forzada. *Nedabah*, sin embargo, transmite la idea de liberalidad (véanse los nombres judíos de Nadab y Nodab). La raíz hebrea es *nua*, traducida en la Septuaginta griega por *parakíesis* (Jer. 16. 7, y Job 43, lie Is 51, 19). El apodo completo Bar-Nadabas había sido abreviado a Bar-Nabas, como la contracción de Silvanos, que se convierte en Silas. Entre los sumos sacerdotes encontramos a un Ananías Bar-Nedebaios. <<

[74] La *Regla de la comunidad* de los escnios zadokitas dice que si alguien miente en cuestiones de propiedad «será excluido de la Comida pura de los Muchos durante un año, y hará penitencia con respecto a una cuarta parte de su comida» (capítulo 6). La «muerte a manos del cielo», en la frase judía, no excluye necesariamente la intervención humana. Véase Josefo, *Antig.* XVII, 285; XX, 186-187. Había quienes estaban muy dispuestos a llevar a cabo la voluntad del Señor, actuando como ejecutantes. <<

[75] Véase más arriba. <<

[76] Un pasaje similar aparece en los *Reconocimientos* clementinos. Libro I, capítulo 65. Pero allí son omitidas las referencias a Judas de Galilea y a Teudas, como en los Hechos. Según Josefo, *Antig.* XX, 97-98, las actividades de Teudas se desarrollaron una década después de cuando se supone que habló Gamaliel—En *Reconocimientos*, Gamaliel es descrito como un creyente secreto de Jesús, que permaneció en el Sanedrín siguiendo los consejos de los nazoreanos, para poder así advertirles de los designios contra ellos o simplemente para saber las intenciones del Consejo. <<

[77] Véase Segunda parte, p. 204, y Tercera parte, p. 232. Según el *Yaiqut* en Jer. 35, 12. A veces, los recabitas se casaban con las hijas de los sacerdotes y sus nietos servían como sacerdotes en el Templo. <<

[78] Véase Segunda parte, pp. 189-190. <<

[79] Josefo. *Antig.* XVIII, 90-95. y también el capítulo 11, más adelante. <<

[80] Hacia finales del año 36 d. de C. y durante el invierno del año 37 Vitelio pudo ocuparse muy poco de Jerusalén ya que, siguiendo las órdenes del emperador, estaba ocupado preparando un ejército para atacar a los nabateos en defensa de Heredes. <<

[81] Se consideraba, quizá, que todos los extranjeros tenían dinero, puesto que se podían permitir el lujo de viajar, y muchos de los helenistas tuvieron que haber sido comerciantes. <<

[82] En una serie de artículos publicados en *The Journal of Jewish Studies*. Véase especialmente «Los manuscritos del mar Muerto— Documentos de la secta judeocristiana de los ebonitas» (*JJS*, Vol. II, Núm. 3, 1951) y «Los Fragmentos de Damasco y el origen de la secta judeocristiana» (*JJS*. vol. II, núm. 3, 1951). <<

[83] *Regla de la comunidad*, 9 (Vermes). A partir de los manuscritos, Teicher infirió que la secta no comía carne. «La ausencia de consumo de carne significaba no matar animales. Por ello, es inconcebible que la secta de los manuscritos del mar Muerto hubiera tenido una clase de sacerdotes dedicados a los sacrificios» (Teicher. «Sacerdotes y sacrificios en los manuscritos del mar Muerto», en *JJS*, vol. V, núm. 4, p. 94). Pero, al parecer, la prohibición se refería a la ingestión de carne cruda, no a la de carne propiamente dicha. La referencia se encuentra en los estatutos de la *Regla de Damasco*, 12. <<

[84] En la Epístola a los Hebreos, obra de un seguidor helenista de Jesús, que probablemente fue Apolo de Alejandría, se argumenta que el sistema sacrificial fue abrogado a la muerte de Cristo. En apoyo del argumento se cita el Salmo 40, 6-8 (Heb. 10). <<

[85] Brandon, Jesús y los zelotes, p. 157. <<

[86] Véase más adelante, Tercera parte, capítulo 28, p. 260. <<

[87] No hemos considerado aquí lo que provocó la ira de Saulo. En otra parte he sugerido que él era un estudiante del ocultismo judío y había llegado a creer que él mismo estaba destinado a ser el Mesías. Véase Schonfield, *Jesús: ¿Mesías o Dios?*, capítulo 5, y el estudio suplementario «La cristología de Pablo», en el mismo volumen. <<

[⁸⁸] Jonatán, hijo de Anas, fue asesinado antes de la revuelta, y durante la misma murieron el joven Anas y Jesús, hijo de Gamala. Véase Josefo, *G. J.* II, 254-257; IV, 314-325. <<

[89] Los zelotes debieron de haber tenido fuertes motivos para odiar a Jonatán ya que unos veinte años antes fue asesinado por los sicarios terroristas. Es interesante observar que, según dice Josefo, el rey Agripa ofreció en el año 41 restaurar a Jonatán en el puesto de sumo sacerdote, aunque éste declinó diplomáticamente el honor (*Antig. XIX, 313-316*). La verdadera razón de su rechazo pudo haber sido la conciencia del odio que le tenía el pueblo por el pogrom dirigido contra los nazoreanos cuatro años antes. <<

[90] Las profecías fueron aplicadas a las predicaciones de Juan el Bautista en el desierto (Me 1, 14; Le 1, 76). La *Regla de la comunidad* de los esenios zadokitas instruyen a los miembros para que «se separen del trato con los hombres impíos y acudan al desierto para preparar el Camino del Señor: como está escrito, prepara en el desierto el Camino del Señor... este [Camino] es el estudio de la Ley que él ordenó por la mano de Moisés, y que los hombres obedecerán de acuerdo con todo lo que les ha sido revelado por su santo Espíritu». (VIII). <<

[91] Los manuscritos del mar Muerto hacen una frecuente referencia al Tiempo del Juicio, o Tiempo de la Prueba, durante la cual los impíos perseguirán a los hombres piadosos. La Revelación (3. 10) también habla de este Tiempo. Una de las fuentes de este concepto es Dn 12. 9-10, donde leemos; «Anda, Daniel, porque estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del Fin. Muchos serán lavados, blanqueados y purgados; los impíos seguirán haciendo el mal; ningún impío comprenderá nada; sólo los doctos comprenderán». <<

[92] Esta conjunción se produjo previamente en la persona del dirigente asmoneo Juan Hircano I, de quien muchos pensaron que era el Mesías. Véase *Test. de los doce patriarcas* (Lcví 8. 14-15); Josefo. G. J. 1, 68-69; *Antig.* XI11. 300. <<

[93] Véase Schonfield, *Jesús: ¿Mesías o Dios?*, capítulos 2 y 3. <<

[94] Véase Cohn, La búsqueda del milenio. <<

[95] Rev. 6, 9-10; Dn 7, 18. La afirmación mosaica de que Israel sería «un reino de sacerdotes» ha sido variada, convirtiéndose en «reyes y sacerdotes». Al parecer, los esenios zadokitas parecen no haber confinado la descripción «sacerdotes» a los de descendencia levítica o aarónica. <<

[96] Ireneo *Haeres.* V, 33. <<

[97] Hay muchas similitudes con el pensamiento y la terminología de los manuscritos del mar Muerto en las epístolas paulinas. Véase también más adelante, Tercera parte, capítulo 28. Curiosamente, en la narración de la historia antigua de los zadokitas se hace referencia al «estudiante de la Ley que vino de Damasco» y estableció los preceptos que debían seguir. Véase Schonfield, *Secretos de los manuscritos del mar Muerto y El judío de Tarso*. <<

[98] El Evangelio de Lucas dice que los apóstoles permanecieron en Jerusalén después de la muerte de Jesús, y en los Hechos no se hace referencia previa a la existencia de comunidades nazoreanas en Galilea. Y, sin embargo, Jesús tuvo que haber contado allí con numerosos seguidores. Lucas se concentra en el movimiento occidental del Mensaje, lo que nos ha privado de importante información. <<

[99] Véase el tratamiento del tema por parte de Vermes en su introducción a *Los manuscritos del mar Muerto en inglés*, así como otras autoridades sobre los manuscritos. <<

[¹⁰⁰] Los zadokitas tenían su «Comida santa de los Muchos». En la *Regla mesiánica* se describe un banquete asambleario y las reuniones que se hacían en la era mesiánica, donde el sacerdote dirigente es el primero en extender la mano sobre los primeros frutos del pan y del vino, seguido por el dirigente davídico, el Mesías de Israel. <<

[¹⁰¹] El *Didaco* se considera fechado a principios del siglo II, pero algunos de sus elementos son más antiguos. En esta forma de la acción de gracias no observamos ningún pensamiento de que se considere a Jesús como divino, ni tampoco se hace ninguna alusión a su muerte expiatoria. <<

[102] Véase I Tm 3. <<

[103] Véase anteriormente, Segunda parte, capítulo 8, pp. 94-98. <<

[104] Cuando Pablo escribió a los gálatas sobre su enfrentamiento doctrinal con la autoridad central, se muestra deliberadamente ofensivo cuando afirma acerca de Jacobo y sus colegas: «Y de parte de los que eran tenidos por notables —¡qué me importa lo que fuesen!—. En Dios no hay acepción de personas en todo caso, los notables nada nuevo me impusieron» (Ga 2, 6). <<

[105] Véase más adelante. Segunda parte, capítulo 21. p. 204. <<

[106] Ambas afirmaciones son de Clemente de Alejandría, citadas por Eusebio, *Hist. ecl.* II, 1). Si Bernabé fue uno de los setenta, eso sugeriría que su grupo no había sido nombrado por Jesús en vida, como sólo afirma Lucas. Pero como se aceptaba que Jesús podía hablar desde los cielos a sus seguidores en la tierra, mediante revelación, algunas de las cosas recibidas de esta manera podrían haber sido fácilmente relacionadas con posterioridad con hechos ocurridos durante su vida, ocupando así un lugar en los Evangelios. Algunos de los dichos de Jesús pudieron haberse originado de este modo. <<

[107] Eusebio, *op. cit.* II, 23. <<

[108] Epifanio, *Panarion*, 78. <<

[¹⁰⁹] Mishnah, *Aboth*. 1, 2. Véase, además, la *Enciclopedia judía* (Funk y Wagnalls) en el artículo «Simeón el Justo». <<

[¹¹⁰] Jerónimo, Comentario sobre Calatas, 1, 19. <<

[¹¹¹] *Epístola de Clemente a Jacobo*, que precede las *Homilías clementinas*. El Clemente al que nos referimos es Clemente de Roma, discípulo de Pedro. <<

[112] Véase Primera parte, capítulo 2, p. 34, y Schonfield, *Jesús: ¿Mesías o Dios?* <<

[113] Suetonio, *Vitelio*, 2. <<

[114] *Ibíd.*, Gayo, 22. <<

[115] Cuando aún vivía Tiberio, Agripa, que se había hecho amigo de Gayo, le dijo imprudentemente en presencia de su auriga, que confiaba en que el emperador no tardara en renunciar al trono en su favor. Sus palabras fueron informadas a Tiberio, y Agripa fue detenido y cargado de cadenas. Fue inmediatamente puesto en libertad en cuanto Gayo accedió al trono, y gozó de su gran favor. Para esta anécdota completa, véase Josefo, *Antig.* XVIII, 161-255.

<<

[116] Josefo sólo se refiere a una carta de Petronio a Gayo desde Tiberíades, y debido a la alusión que hace en ella sobre la lluvia y las tareas agrícolas, tuvo que haber sido escrita a principios del año 40 d. de C. Pero, parece ser que Petronio envió posteriormente otra carta, la cual enojó tanto al emperador que éste rompió la promesa que le había hecho a Agripa. El año sabático judío empezó en septiembre del 40. <<

[¹¹⁷] Véase más adelante, capítulo 17. <<

[118] Véase M. R. James, El Nuevo Testamento apócrifo. <<

[119] Véase más adelante, capítulo 16. <<

[120] *Meg.* fol. 6a. <<

[121] *Kethub.* fol. 17a. <<

[122] Mishnah, 5iMM/—, 3, 3-4. <<

[123] *Sotah*. fol. 41a. <<

[124] Josefo. *Antig.* XIX, 332-334. <<

[125] Josefo afirma que, aunque Agripa recibía de sus territorios unos ingresos no inferiores a los doce millones de dracmas, «tomaba mucho dinero prestado ya que, debido a su generosidad, sus gastos eran extravagantes, mayores que sus ingresos, y sus ambiciones no conocían límites en cuanto a gastos» (*Antig.* XIX. 352). <<

[126] Clemente de Alejandría, citado por Eusebio, *Hist. ecl.* II, 9. <<

[127] Véase más arriba, p. 116. <<

[128] Véase S. G. F. Branden, *Jesús y los zelotes*. <<

[129] Josefo, *Antig.* XX, 97-98. <<

[130] Véase más arriba, 111. <<

[¹³¹] Véase Josefo, *Antig.* XX, 102. Menciona que Judas de Galilea había levantado al pueblo para que se rebelara en la época del primer censo romano, pero no indica que más tarde sus hijos estuvieron igualmente comprometidos. Quizá tuvo la intención de dejarlo como algo supuesto, creyendo imprudente decirlo abiertamente. Tampoco se refiere directamente al censo de los años 62-63 d. de C. <<

[132] *Evangelio de Nicodemo* 16, 7. Véase también Jn 19, 34-35. <<

[133] Sustituyendo la *Guerra judía*, pág. 221 y s. Véase la traducción que hace Thackeray de Josefo, Vol. III, págs. 651-652 (Biblioteca Clásica Loeb), y Eisler, *El Mesías Jesús*. <<

[134] Eusebio, *Hist. ecl.* III, 5. <<

[135] Citado por Eusebio de Apolonio en *Hist. ecl.* V, 18. <<

[136] Citado por Clemente de Alejandría, *Strom.* VI, 6. <<

[137] Véase el final actual del Evangelio de Marcos, y Romanos 10, 12-21. <<

[138] Véase Schonfield, *El complot de Pascua*, Segunda parte, capítulo 4, «La confección de los Evangelios». <<

[139] Véase Schonfield, *El complot de Pascua*, Segunda parte, capítulo 3, «El Justo sufriente y el Hijo del Hombre»; también «La cristología de Pablo», en *Jesús: ¿Mesías o Dios?*, de Schonfield. <<

[¹⁴⁰] *Oráculos sibílinos*, libro VIII, 1-3, 37-42, 91-95, 121-129. II *Ibíd.*, libro III. 45. <<

[¹⁴¹] *Oráculos sibilinos*, libro VIII, 1-3, 37-42, 91-95, 121-129. II *.Ibíd.*, libro III. 45-60. <<

[¹⁴²] Véase H. Idris Bell, *Judíos y cristianos en Egipto*, págs. 25-26. La tradición atribuye la evangelización de Egipto a Juan Marcos. <<

[143] Suetonio, *Claudio*, 25. <<

[144] Dion Casio. 60, 6. <<

[145] Hipólito, *Philosophumena* libro IX. 26. Las observaciones representan la cuarta filosofía en general. <<

[¹⁴⁶] Véase Josefo, *Antig.* XX. 105-117; G. J. U. 223-231. <<

[¹⁴⁷] *Apocalipsis de Baruc* 48, 31-39. Véase también Jas. 5, 1 —9:1
Co 3, 13. <<

[¹⁴⁸] *Ibíd.* 39, 5 hasta 40, 3. Este pasaje y el citado anteriormente son partes de este libro que se cree fueron compuestas entre los años 50 y 65 d. de C. Véase la Introducción a la edición de R. H. Charles (A y C. Black, 1896). <<

[149] *Ibíd.* 48, 2 <<

[150] Los argumentos se encuentran principalmente en Calatas y Romanos. <<

[151] Véase Schonfield, *Jesús: ¿Mesías o Dios?*, capítulo 10. <<

[152] Es pertinente aquí referirnos a la narración que hace Josefo de la conversión de Izates, rey de la Adiabena. Un mercader judío llamado Ananías había logrado que las mujeres de la corte se convirtieran en temerosas de Dios, y ellas, a su vez, ayudaron a convencer a Izates (*Anfig.* XX, 34). Izates estaba ávido por convertirse en un judío de pleno derecho, pero por razones de estado y por el riesgo que corría él mismo, Ananías disuadió al rey de dar este paso. Sin embargo, otro judío llamado Eleazar, «que llegó de Galilea y que tenía la reputación de ser extremadamente estricto en todo lo relacionado con las leyes ancestrales», urgió a Izates a ser circuncidado. Al visitar la corte y encontrar al rey leyendo la Ley de Moisés, le dijo: «En tu ignorancia, oh rey, eres culpable de la mayor ofensa contra la Ley, y por lo tanto contra Dios. Porque no debieras limitarte a leer la Ley, sino más bien a hacer lo que se ordena en ella. ¿Durante cuánto tiempo seguirás sin ser circuncidado? Si todavía no has leído la Ley en lo que se refiere a esta cuestión, léela ahora, para que puedas saber así lo que es la impiedad que estás cometiendo». El rey, por lo tanto, decidió no prolongar más la realización del rito (XX, 38-45). <<

[153] Ga 2, 11-14. <<

[¹⁵⁴] Está escrito en la Mishnah (*Ahoth*, 5): «La cautividad cae sobre el mundo debido a la idolatría, la fornicación y el derramamiento de sangre». Los rabinos posteriores dijeron que «Un hombre puede cometer cualquier pecado denunciado por la Ley si su vida se halla en peligro, excepto los de idolatría, fornicación y asesinato». (*Sanh.* fol. 64a). En la Revelación (21, 8; 22, 15) se dice: «los fornicadores, asesinos e idólatras» se agrupan entre aquellos que son excluidos del Árbol de la Vida y de la Ciudad de Dios. El propio Pablo excluye del Reino de Dios a los que cometieran éstos y otros pecados graves (Ga 5, 19-21; 1 Co 6, 9-10). <<

[155] En su regulación. Jacobo cita a Amos 9.11-12, aunque sustituye «lo que queda de Edom» por «residuo de hombres». (Adán). Edom era un término aplicado al Imperio romano. Podemos comparar el *Comentario sobre Habacuc* zadokita, donde la referencia del profeta a «el residuo de los pueblos» se interpreta que se refiere a los romanos (designados como el Kittim). Jacobo infiere de Amos que la restauración de la tienda de David vendría acompañada por la caída del señor de los gentiles del Imperio romano. <<

[¹⁵⁶] Véase Hechos 15. Una versión del texto de la carta se da en los versículos 2329. <<

[¹⁵⁷] Véase más arriba, pp. 106-107. <<

[158] G. R. Driver. *Los manuscritos de Judea*, pp. 582-583 (Basil Blackwell, 1965). <<

[159] Theodor H. Gaster, *Las Escrituras del mar Muerto en su traducción inglesa*. Introducción, Sección VI, v especialmente p. 17 (Doubleday Anchor Books, 1956). <<

[¹⁶⁰] Brandon, Jesús y los zelotes, distingue correctamente entre el material evangélico preservado por los cristianos judíos y aquellos elementos que entran en conflicto con dicho material y que reflejan las enseñanzas de la Iglesia de los gentiles. <<

[161] El pasaje se encuentra en la versión latina del *Comentario sobre Mateo*, atribuida a Orígenes (ahora llamada pseudo-Orígenes) en Mt 19. <<

[162] R. H. Charles en su edición y traducción de los *Testamentos*, incluye una lista de los puntos de comparación en la Sección 26 de su Introducción, «Influencia de los *Testamentos* sobre el Nuevo Testamento». <<

[163] Charles, *El Apocalipsis de Baruc*, Introducción, págs. 55-58. <<

[164] | Co 5, 12-13; Mc 4, 11. <<

[165] Eusebio, *Hist. ecl.* 3, 39, observa que Papías, en su *Exégesis de los oráculos dominicales* ha registrado «ciertas extrañas parábolas de Jesús y enseñanzas suyas». Evidentemente, esto tuvo mucho que ver con crjiiio, en su cumplimiento milenario. <<

[166] Tácito, *Anales* XII, 54. <<

[167] «Este Eleazar, hijo de Dinai, es bastante bien conocido para la Mishnah, donde se le menciona como un famoso “asesino”, y para la Midrash, que le conoce como el líder de una de las desgraciadas generaciones que intentaron forzar la redención mesiánica de Israel antes de que lo decidiera la propia voluntad de Dios» (Eisler, *El Mesías Jesús*, p. 102). <<

[168] Según el Talmud, Gittin, fol. 55b-57a, los actos de represión judíos provocaron la destrucción por parte de las fuerzas de Adriano durante la segunda revuelta de los años 132-135. <<

[169] Baba Kama. <<

[170] Brandan, *Jes origen y desarrollo*». <<

[171] Véase más adelante. <<

[172] Véase más arriba. <<

[173] Véanse anteriormente, pp. 121-122. El movimiento «clandestino» judío parece ser que tuvo sus espías y agentes por todas partes. No cabe la menor duda de que se recordaba que Jonatán jugó un papel importante en la primera persecución de los nazoreanos. <<

[174] Félix estuvo casado con una judía eminente, la encantadora Drusila, hija de Agripa I. Ella había sido antes la esposa de Aziz, rey de Emesa, pero le había abandonado. Véase también Hechos 24, 24. <<

[175] Véase Josefo, *Antig.* XX, 181 y 205-207. <<

[176] Brandon, *Jesús y los zelotes*, pp. 118 y 169. <<

[177] Jas. 2, 6; 5, 1-6. <<

[178] Véase Hechos 21-26. Las traducciones que se dan son propias, procedentes *del Auténtico Nuevo Testamento*. <<

[179] Una de sus afirmaciones inflamatorias fue que Pablo había traído incluso a griegos al interior del Templo, lo que estaba prohibido bajo pena de muerte. Según los Hechos lo acusaron de ello porque habían visto a Pablo en la ciudad, en compañía de Trofimo el Efesio. <<

[180] Josefo. *G. J.* II 261-263; *Antig.* XX, 169-172. <<

[¹⁸¹] Ananías seguía siendo sumo sacerdote en el año 58 d. de C.
Su sucesor, Ismael, fue nombrado al año siguiente. <<

[182] La acusación contra Félix, por adulación política, quedaba totalmente descartada de acuerdo con el comportamiento del gobernador en el desempeño de su cargo. De hecho, fracasó por completo en su intento de conseguir la paz y el orden. <<

[183] Claudio Lisias, citado en los Hechos como comandante de la fortaleza Antonia. <<

[184] Tácito, *Hist.* V. 9, Véase también *Anales* XII. 54, y Josefo, *Antig.* XX. 182 <<

[185] Según los Hechos, Pablo no habría llegado vivo a Jerusalén, ya que se había organizado un complot para asesinarle mientras aún estuviera de camino. <<

[186] Presumiblemente Simón Canteras, de la familia de Boeto, nombrado sumo sacerdote por Agripa I en el año 41 d. de C. La narración sobre la embajada se da en *Antigüedades XX*, 194-196.

<<

[187] Suegro de José Caifás, sumo sacerdote en la época de Jesús.

<<

[¹⁸⁸] Hechos 5.28. Una narración confusa sobre la disputa aparece en *Toldoth Jeshu*. un contraevangelio judío que circuló durante la Edad Media y que, sin embargo, se basa en fuentes nazoreanas primitivas. Véase Schonfield, *Según los hebreos*. <<

[189] Josefo, *G. J.* IV. 305-325. Otros sumos sacerdotes fueron asesinados por los rebeldes; el notable sumo sacerdote Ananías, hijo de Nedebeo, que había privado a los sacerdotes de sus diezmos, junto con su hermano Ezequías, fueron asesinados por los seguidores de Menahem el Zelote, descendiente de Judas de Galilea. Jesús, hijo de Gamalas, otro sumo sacerdote, también fue asesinado junto con Ananus (Anas) por los idumeos. <<

[190] ¿Se refiere Josefo aquí a los fariseos dirigentes? <<

[191] Orígenes, *Contra Cels.* 1, 47; Eusebio, *Hist. ecl.* II. 23. <<

[192] Véase Eisler, El Mesías Jesús y Juan el Bautista. <<

[193] Véase la Mishnah, *Sanhed* 7.4 <<

[194] Com.//ab. 9 (Vermes). <<

[195] *Evangelio de los Hebreos*, citado por Jerónimo, sobre Mt 27, 51, y en *Epístola a Hedibia*. 8. <<

[196] Véase la referencia que hace Hegesipo a «la puerta de salvación». <<

[197] Josefo, G. J. VI, 293-296 <<

[198] Como Josefo, Juan también predijo que Vespasiano se convertiría en emperador. <<

[199] Este acontecimiento está fechado con exactitud por Josefo, según el cual sucedió cuatro años antes del estallido de la guerra. Las profecías de Jesús, hijo de Ananías, continuaron durante siete años y cinco meses, hasta marzo del año 70 d. de C. (G. J. VI, 308).

<<

[200] Una de las primeras acciones realizadas al principio de la revuelta del año 66 d. de C. fue que una serie de judíos dejaron de pagar el tributo a Roma (Josefo, *G. J.* II, 404-405). <<

[201] Véase más arriba, p. 162. Pablo no tuvo intervención alguna en la creación de la comunidad romana, que debió su existencia a apóstoles judíos, entre los que probablemente se encontraba Pedro. En consecuencia, dicha comunidad siguió la línea ortodoxa de lealtad a la Ley de Moisés. <<

[202] Tácito, *Anales* XV. 33-36. <<

[203] Véase más arriba. Véase también Rev. 18, 8. <<

[204] Paulus, *Sent.* 5, citado por E. G. Hardy. *Estudios sobre historia romana* (Primera Serie), pp. 53-54. Sobre la tortura infligida a los cristianos, véase Tácito, *Anales* XV, 44. <<

[205] Véase Josefo, *G. J.* II, 278-279; *Antig.* XX, 256. En esta última obra, dice que «los malhadados judíos, incapaces de soportar la devastación causada por los bandoleros, se vieron obligados a abandonar su país y a huir, pues pensaron que sería mejor instalarse entre los gentiles, sin importar dónde». No es en modo alguno imposible que Josefo pensara al escribir esto en los nazoreanos, así como en otros muchos refugiados. Tuvo que haber conocido su partida de Jerusalén hacia la región de las ciudades griegas de la Decápolis, al otro lado del Jordán. Véase más adelante, pp. 263 —264. <<

[206] Epifanio, *Panar.* 30. Véase Schonfield, *Según los hebreos*, capítulo 15, y *Santos contra el César*. <<

[207] S. Krauss. Das Lehen Jesús nach Judischen Quellen. <<

[208] La sustitución de Cefás por Calpus es comprensible, ya que Simeón Cetas (Pedro) era mejor conocido. Según el *Codex Strasburg* era llamado Cefa «porque estaba sobre la piedra donde Ezequiel profetizó en el río Chebar, y cuando estaba sobre ella a Simeón le llegó una voz procedente del cielo». <<

[209] Este era el nombre más familiar para designar la parodia judía de los textos nazoreanos; pero hubo otros. Véase Krauss. *op. cit.* <<

[210] Eusebio *Hist. Ecl...* III, 11 <<

[211] *Ibíd.* III, 5. <<

[212] Epifanio. *Panar.* 29, 7; 30, 2; *De Mens. et Pond* 15. <<

[213] S. G. F. Brandon, La caída de Jerusalén y la Iglesia cristiana (1951), y Jesús y los zelotes (1967). <<

[214] Véase Tercera parte. <<

[215] Véase Tercera parte. <<

[216] Véase Is 1, 7-28, especialmente el versículo 10. <<

[217] Josefo, G. J. IV, 433-436. <<

[218] *G. J.* II, 284. <<

[219] Jerónimo, Epístola a Augusto. <<

[220] Véase más arriba. Primera parte, capítulo 4, y Segunda parte, capítulo 13. <<

[221] Josefo, G. J. VI, 344-345. <<

[222] Epifanio, De Mens. et Pond 15. <<

[223] Parece ser que Simeón perdió la vida como consecuencia de «un complot de palacio», siendo denunciado a los romanos por parte de ciertos herejes como descendiente de David y seguidor de Jesús (Hegesipo, citado por Eusebio, *Hist. ecl.* III. 32). <<

[224] Véase Tercera parte, capítulo 29. <<

[225] Eusebio, *Hist. ecl.* IV. 5. <<

[226] Epifanio, *De Mens. et Pond* 14-15. <<

[227] Justino Mártir. / *Apol.* 31; Eusebio, *Crónica*, en *Año 18 de Adriano* (134 d. de C.). <<

[228] La brillante obra de Samuel Beckett. <<

[228.1] La distinción aparece en la Epístola a Eristeas, aproximadamente hacia mediados del siglo II a. de C. Esta obra cuenta la historia de la traducción de la Biblia al griego, y el autor pone en boca de Eleazar, el sumo sacerdote, las siguientes palabras: “Entonces, cuando el legislador (Moisés)... había considerado en su sabiduría todas las cosas, nos cercó con empalizadas inexpugnables y con murallas de hierro, con la intención de que no tuviéramos trato alguno con nadie de otras naciones, y fuéramos puros de cuerpo y mente, abandonadas todas las ideas vanas, dedicados a reverenciar al Todopoderoso Dios que reina sobre toda la creación. Y comoquiera que los sacerdotes que gobernaban a los egipcios... nos llamaron “hombres de Dios”, una designación que no se aplica al resto de la humanidad, sino sólo a aquel que reverencia al verdadero Dios. Pero ellos son hombres que comen carne y beben y llevan hábitos, pues toda su naturaleza encuentra solaz en estas cosas. Pero entre nuestros compatriotas estas cosas no tienen valor alguno y sus reflejos a lo largo de toda la vida conciernen a la soberanía de Dios» (139-140). <<

[229] El Rollo del Templo, uno de los más largos e importantes de los manuscritos del mar Muerto, fue obtenido después de la guerra de los Seis Días, y la edición del profesor Yadin todavía estaba en preparación cuando se escribió la presente obra. Pero Yadin ha puesto de manifiesto que el documento pretende ser las palabras del Señor pronunciadas ante Moisés en el Sinaí, y trata sobre las regulaciones que afectan al Templo y a la ciudad santa de Jerusalén, tal y como era vista idealmente por los esenios. <<

[230] Véase G. R. Driver, *Los manuscritos judaicos*, y Cecil Roth, *El tras fondo histórico de los manuscritos del mar Muerto*. Estos dos eruditos trabajaron en estrecha colaboración sobre la tesis de que los zadokitas de los manuscritos debían ser identificados con los zelotes. Sus conclusiones no dejaban de estar plenamente justificadas. <<

[231] La narración de Lucas sobre la natividad refleja parcialmente una cierta controversia con los bautistas, que consideraban a Juan como el verdadero Mesías. Se afirma la importancia de Juan, como sucede también en el Evangelio de Juan, pero sólo como el predecesor de Jesús. Es posible que sea cierta la afirmación de que Isabel, la madre del Bautista, fuera pariente de María, la madre de Jesús; pero que Juan hubiera nacido seis meses antes que Jesús plantea un conflicto con otras pruebas y puede ser considerada como simple propaganda. <<

[232] El pasaje citado sigue II, 110 de la *Guerra judía* y se encuentra completo en Eisler, *El Mesías Jesús y Juan el Bautista*, así como en el Apéndice de la traducción de Thackeray de la *Guerra judía* en la edición de las obras de Josefo hecha por la Biblioteca Clásica Loeb.

<<

[233] La información es dada por Kirkisani, un erudito karaíta del siglo X d. de C., en su *Kitab al—Anwar*. Véase la Introducción a la obra de Charles, *Fragmentos de una obra zadokita*. <<

[234] El primer gran descubrimiento de los manuscritos fue informado por Timoteo, metropolitano de Seleucia, en el año 819 d. de C. Los detalles han aparecido publicados en numerosos libros y documentos que tratan sobre los manuscritos, incluyendo a Schonfield, *Secretos de los manuscritos del mar Muerto*. <<

[235] El estudiante de la Ley es descrito como la Estrella, en alusión al pasaje de Números: «Y surgirá una estrella de Jacob». Los zadokitas lo interpretaron en el sentido de que significaba una partida literal de la tierra de Israel. <<

[236] Véase más adelante. <<

[237] Véase Driver, *Los manuscritos judaicos*, p. 47. <<

[238] Véase más adelante, el capítulo 28. <<

[239] Sobre los dositeos, véase por ejemplo a Driver, *op. cit.*, y Black, *Los manuscritos y los orígenes cristianos*. <<

[240] Véase Brandon, *Jesús y los zelotes*, pp. 45-46, y Black, *Los manuscritos y los orígenes cristianos*. Apéndice B. <<

[241] Mishnah, *Sanedrín* 9, 6. pp. 396-397. <<

[242] *Guerra judía* II, 264-265. <<

[243] Suetonio. *Claudio 25.* y la *Epístola de Claudio a los alejandrinos* (H. Idris Bell, *Judíos y cristianos en Egipto*). <<

[244] Josefo tenía buenos motivos para conocer los intensos sentimientos religiosos y la militancia de la juventud. Cuando se encontraba al mando en Galilea, los jóvenes le consideraron como alguien demasiado tibio en la lucha por la libertad. Organizaron complots contra él, e hicieron circular un informe en el sentido de que intentaba traicionar a los galileos en favor de los romanos (*Vida*, 127, 171-173, 185). Fueron probablemente los jóvenes rebeldes los que, cuando dos nobles no judíos buscaron asilo, exigieron que fueran circuncidados como condición para permanecer entre los judíos (*Vida*, 113). <<

[245] *Testamentos*, Simeón 7, 1-2. <<

[246] Véase la Regla de Damasco 9 (manuscritos del mar Muerto). <<

[247] *Midrash Tehillim* 43, 1. Véase Schonfield, *Secretos de los manuscritos del mar Muerto* <<

[248] Los dirigentes asmoneos, como los sumos sacerdotes, adoptaron un título según la orden de Melquisedec, llamándose a sí mismos Sacerdotes del Altísimo Dios. Véase *Testamentos*, Leví 8, 14, así como el comentario del doctor Charles en su edición. <<

[249] Efrém Sirus, *Comentarios evangélicos*, en Epifanio, *Panar.* 78.

<<

[250] Véase G. Vermes, *Los manuscritos del mar Muerto en inglés*, pp. 45-46. Sus observaciones se basan en la *Regla de Damasco* 6 y 7. <<

[251] Un sacerdote impío aparece de modo prominente en los manuscritos, especialmente en el *Comentario de Habacuc*, y de hecho, los sacerdotes impíos habían aparecido ya antes en tal tipo de literatura. Véase *Testamentos*, Leví 14, 5-8, «Robaréis las ofrendas al Señor y de su porción elegiréis porciones, comiéndolas voluptuosamente con rameras... Y seréis alabados debido a vuestro sacerdocio, y os elevaréis contra los hombres, y no sólo esto sino también contra las órdenes de Dios, porque condenaréis las cosas santas con denuestos y risas». <<

[252] La profecía de las Setenta Semanas de Daniel fue solicitada. «Y ahora he sabido que, durante setenta semanas, andaréis extraviados, y profanaréis el sacerdocio, y contaminaréis los sacrificios. E invalidaréis la Ley y dejaréis sin contenido las palabras de los profetas debido a vuestra malvada perversidad. Y perseguiréis a los hombres piadosos y odiaréis a los divinos; y las palabras de la fe no serán escuchadas... Y por ello, vuestros lugares santos serán arrasados hasta los cimientos. Y no tendréis ningún lugar que sea limpio, pero estaréis entre los gentiles, como una maldición y una dispersión, hasta que Él os vuelva a visitar y, lleno de piedad, os vuelva a recibir» (Lcví 16. 1 —5; véase Mt 23, 29-39). <<

[253] *Baba Bathra*, 91b. <<

[254] Véase Driver, *Los manuscritos judaicos*, y Black, *Los manuscritos y los orígenes cristianos*. <<

[255] Josefo. *Antig.* XIII, 1-3. Véase además Schonfield, *Los secretos de los manuscritos del mar Muerto.* <<

[256] La edición y traducción de *Enoc* utilizada aquí es la de R. H. Charles. Se han encontrado fragmentos de *Enoc* entre los manuscritos del mar Muerto. <<

[257] Algunos de sus asentamientos se han descubierto no hace mucho tiempo en las laderas meridionales del monte Hermón, donde descendieron los ángeles de *Enoc*. <<

[258] Macuch, *Alter und Heimat der Mandäismus nach neuerschlossenen Quellen* Theologische Literaturzeitung, 82. Véase también Black, *op. cit.*, pág. 68, y E. S. Drower, *Polémica mandeana*, Bulletin of the School of Oriental and African Studies, Vol. XXV, Tercera parte, 1962. <<

[259] Algunos de los refugiados bien pudieron haber buscado asilo con los zadokitas, en Qumran, no lejos de Jericó. Pero la comunidad de allí no habría podido absorber al gran número de personas implicadas, aun cuando la tradición tienda a exagerar las cifras. <<

[260] Esto, ciertamente, le da a uno la razón del porqué Saulo se dirigió a Damasco, pero lo que hemos sugerido parece más probable. Las propias alusiones de Saulo al respecto, en sus epístolas (2 Co 11, 32-33; Ga 1.16-17) no dicen nada sobre la expedición, ni de la razón por la que se encontró con problemas con el gobernador de Damasco. Él sólo nos dice (1 Co 15, 8-9) que tuvo una visión de Jesús, y que persiguió a la comunidad de Dios. Posteriormente se dirigió a Arabia, presumiblemente al territorio nabateo cercano a la Traconitis. <<

[261] Excepto que se tenía que llevar cuidado con los bandoleros de la Traconitis y los salteadores árabes, ésta era una de las rutas habituales desde Babilonia hasta la costa del Mediterráneo, donde toda la zona estaba cruzada por caminos romanos. <<

[262] Y, desde luego, Juan el Bautista. Los votos naziritas fueron tomados por Jacobo, el hermano de Jesús y, al parecer, también por Pablo en una ocasión. <<

[263] Los fragmentos aparecen en James, *El Nuevo Testamento apócrifo*. Véase también Schonfield, *Según los hebreos*. <<

[264] Véase R. Travers Herford, *Cristianismo en el Talmud y la Midrash*. <<

[265] Véase Klausner, *Jesús de Nazaret*. Josefo, que estaba al mando de las fuerzas judías en Galilea, describe el país con un considerable detalle, pero no hace la menor referencia a Nazaret. De ello no se desprende, desde luego, que no existiera. <<

[266] Creo que el primero en señalar la importancia de la referencia de Plinio fue John Lightfoot, en el siglo XVII, en su obra *Horae Hebraicae et Talmúdicæ*. <<

[267] Herford, *op. cit.* No hay la menor indicación de sobre dónde se supone que vivió este Ben-Netzer. Es descrito como «un rey entre los bandoleros, y un bandolero entre los reyes». ¿Pudo haber operado en la frontera entre Batanea y la Traconitis? <<

[268] Véase J. Rendel Harris. *Testimonios* (2 vols.). <<

[269] Eusebio, *Hist. ecl.* III. 39. <<

[270] Schonfield, *Según los hebreos* (1937). <<

[271] Al principio del texto ebionita del *Evangelio de los hebreos*. Jesús dice: «Al pasar por el lago de Tiberíades, seleccioné a Juan y a Santiago, hijos de Zebedeo, y a Judas el Iscariote; y a ti, Mateo, sentado en el puesto de la aduana, te llamé y tú me seguiste. Por eso, deseo que seas uno de los doce apóstoles como testimonio para Israel» (Epifanio, *Panar.* 30, 13). <<

[272] En el Evangelio de Juan, a Judas Iscariote se le llama hijo de Simón (13, 26). ¿Podría haber sido el hijo de Simón el Zelote? <<

[273] Sobre todo el problema de los nombres, las tradiciones y las antiguas explicaciones acerca del tema, véase Rendel Harris, *Los doce apóstoles* (1927). No se puede obtener ninguna ayuda adicional de los Evangelios canónicos y de los Hechos acerca de apóstoles individuales, que son bastante legendarios. <<

[274] Esta sugerencia se hace en la última falsificación conocida como el *Evangelio de Bernabé*. <<

[275] La cifra tuvo que haber variado a lo largo de las diferentes etapas de la vida pública de Jesús. <<

[276] Citado por Jerónimo, *Contra Pelagio* 3, 2. <<

[277] Jerónimo, *De hombres ilustres*, 2. <<

[278] Sobre las características de Jesús, véase Schonfield, *El complot de Pascua*. <<

[279] Hegesipo relata que Santiago había sido consagrado a Dios desde el vientre de su madre. Se abstenía de tomar intoxicantes y nunca se afeitó la cabeza. No llevaba nunca vestiduras de lana, sino sólo de lino (Eusebio, *Hist. ec.* II, 23). <<

[280] Los más cercanos asociados de Jesús en los Evangelios son Pedro, y Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo. Al principio de los Hechos ellos siguen estando al frente de los discípulos. Pero en la época de la disputa sobre los términos de la admisión de los gentiles, Santiago hijo de Zebedeo había sido ejecutado de acuerdo con las órdenes de Agripa I, y Jacobo, el hermano de Jesús, no sólo ocupaba ahora su lugar, sino también el puesto supremo (Ga 2, 9; Hechos 15, 13). <<

[281] Sin embargo, sabemos por los Hechos que entre los nazoreanos había un número importante de fariseos que creían (Hechos 15, 5). <<